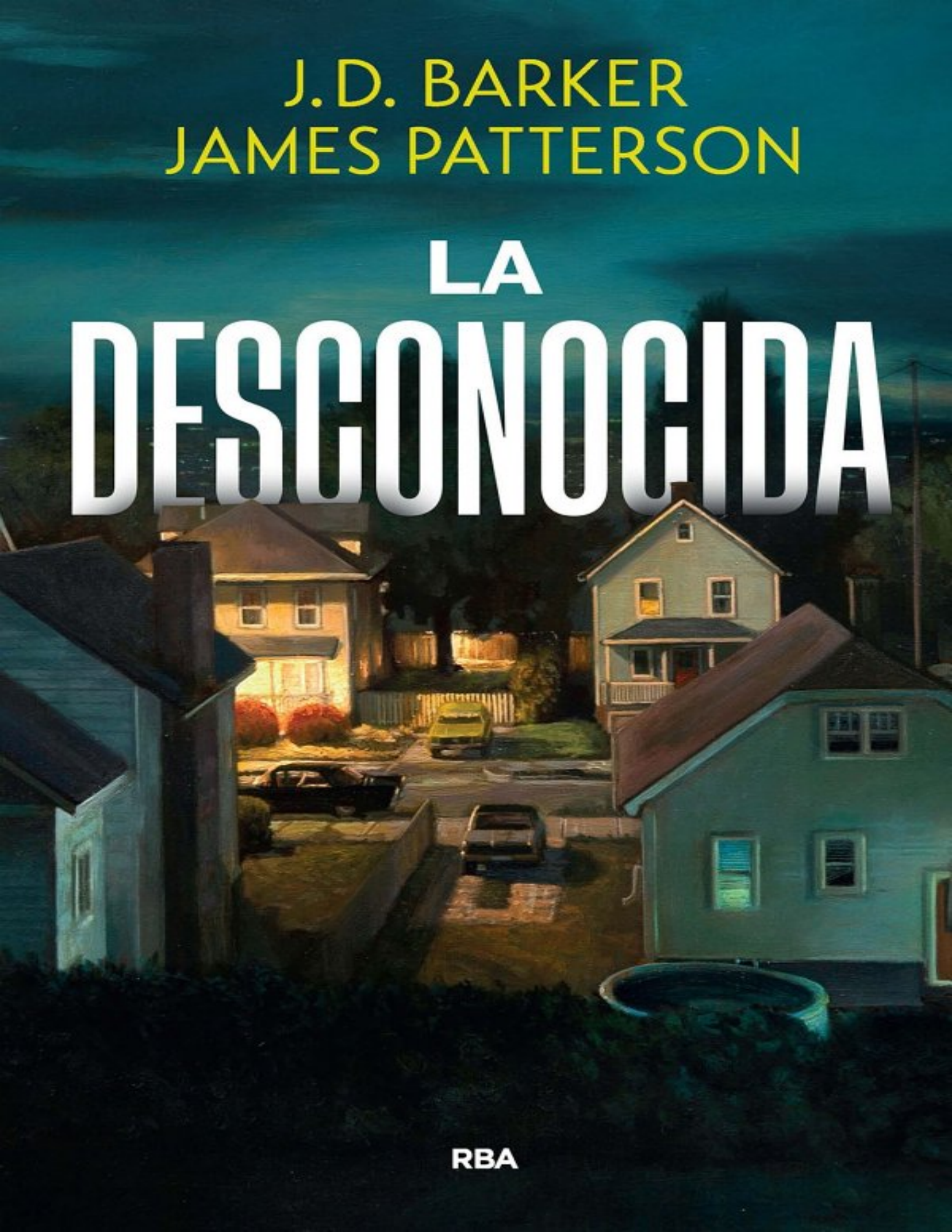
J.D. BARKER
JAMES PATTERSON

LA DESCONOCIDA



RBA

J.D. BARKER
JAMES PATTERSON

LA DESCONOCIDA

Traducción de Víctor Manuel García de Isusi

RBA

Índice

1
2. LILY ESTÁ ASUSTADA
3. MATT
4. LYNN TATUM
5. MATT
6. LYNN TATUM
7. LYNN TATUM
8. MATT
9. LYNN TATUM
10. MATT
11. MATT
12. NORMAN HEATON
13. MATT
14. NORMAN HEATON
15. MATT
16
17. NORMAN HEATON
18. MATT
19. MATT
20. LA SHERIFF ELLIE
21. MATT
22
23. HANNAH
24. HANNAH
25. HANNAH

26. LA SHERIFF ELLIE
27. HANNAH
28. RILEY
29. MATT
30. RILEY
31. MATT
32. RILEY
33. MATT
34. RILEY
35. MATT
36
37. RILEY
38. MATT
39. MATT
40. HANNAH
41. MATT
42. HANNAH
43. MATT
44. HANNAH
45. RILEY
46. MATT
47. MATT
48. RILEY
49
50. HANNAH
51. MATT
52. MATT
53. HANNAH

54. MATT
55. RILEY
56. HANNAH
57. RILEY
58. MATT
59. HANNAH
60. MATT
61. HANNAH
62. MATT
63. HANNAH
64. RILEY
65
66. MATT
67. RILEY
68. MATT
69. CODY HILL
70. RILEY
71. MATT
72. MATT
73. RILEY
74. MATT
75. CODY HILL
76. MATT
77
78. LA SHERIFF ELLIE
79. LA SHERIFF ELLIE
80. MATT
81. LA SHERIFF ELLIE

82. MATT
83. LA SHERIFF ELLIE
84. MATT
85. LA SHERIFF ELLIE
86. MATT
87. LA SHERIFF ELLIE
88. MATT
89. LA SHERIFF ELLIE
90. MATT
91
92. CODY HILL
93. LA SHERIFF ELLIE
94. MATT
95. LA SHERIFF ELLIE
96. MATT
97. CODY HILL
98. LA SHERIFF ELLIE
99. MATT
100
101. LA SHERIFF ELLIE
102. CODY HILL
103. BUCK
104 MATT.
105. BUCK
106. MATT
107. BUCK
108 MATT
109. BUCK

110

111. MATT

Título original inglés: *Confessions of the Dead*.

© del texto: James Patterson y J. D. Barker, 2024.
© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi, 2025.
Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con
Te Foreign Office Agència Literària, S. L., y Kaplan/DeFiore Rights.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición: abril de 2025.

REF.: OBDO474
ISBN: 978-84-1098-320-5

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Nota del análisis: me llamo [redacted], subdirector y agente especial a cargo de [redacted] de [redacted]. Me han encomendado la tarea de ofrecer una explicación lógica de los acontecimientos que ocurrieron entre las 6:37 (GMT-4) del 15/10/2023 y las 22:16 (GMT-4) del 16/10/2023 en el punto 43.9792° N, 71.1203° O, un área definida ahora como «Hollows Bend, NH». Este informe es preliminar, porque los acontecimientos aún no pueden darse por concluidos. Imagino que mucha gente más cualificada que yo revisará este texto y estos acontecimientos durante los próximos días, incluso durante las próximas semanas, y espero que eso sirva para arrojar más luz de la que yo he podido aportar hasta el momento. Con tal intención, me permito añadir un prefacio a lo que estás a punto de leer, que consiste en una sencilla afirmación (estas palabras las escribió una persona mucho más sabia que yo):

> Mediado el curso de la vida
> me vi en el interior de un bosque oscuro
> porque me había desviado del camino recto.

Seré sincero: no sé lo que esto significará para el resto de nosotros. Si estás buscando esas respuestas, no las encontrarás aquí. También tengo claro que, si sigues leyendo más allá de esta página, en cuanto empieces a tirar del hilo, todo lo que creías haber entendido se embrollará de tal modo que ya no podrás volver a hilvanar la madeja.

1

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 20:17 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: Para que conste, soy la agente especial Beatrice Sordello. Aún tenemos que determinar si es necesaria la cuarentena, así que, hasta que no nos digan lo contrario, me encuentro en una cabina Manfred, que es una cámara de aislamiento doble, es decir, dos cubos de plexiglás sellados, el uno frente al otro. Ambos tienen su propia atmósfera, que se monitoriza de forma remota no solo para asegurar que el aire es respirable, sino en busca de patógenos desconocidos. Hasta que no me digan lo contrario, voy a permanecer en mi cámara y el sujeto al que procederemos a interrogar permanecerá en la suya. Todo el que entre en cualquiera de las dos cámaras ha de llevar un traje protector completo y será sometido a los protocolos de descontaminación pertinentes tanto a la entrada como a la salida. Cabe destacar que no hemos encontrado signos de contaminantes en el aire, así que todo solo tiene por objeto extremar la precaución. El sujeto al que interrogaremos parece gozar de buena salud, si bien presenta los signos propios del reciente cambio físico que acaba de sufrir —principalmente cortes y abrasiones, de los que ya ha sido tratado—. Procedo a cambiar al micrófono secundario para que me oiga.

[Clic audible]

SORDELLO: ¿Puede decirme su nombre?
SUJETO 1: ¿En serio? Ya sabe mi nombre.
SORDELLO: Para que conste.

SUJETO 1: Agente Matthew Maro.

SORDELLO: El nombre completo.

SUJETO 1: Agente Virgil Matthew Maro, pero nadie me llama así.

SORDELLO: ¿Cómo lo llamo entonces?

MARO: Matt. Con Matt es suficiente.

SORDELLO: Matt, la mujer que acaba de entrar en su cámara va a ponerle una serie de sensores en el pecho, en el brazo derecho y en la frente. Eso no solo nos permitirá registrar sus signos vitales, sino el patrón de sus ondas cerebrales durante la grabación. ¿Tiene algún inconveniente?

MARO: ¿Qué es, algo así como un detector de mentiras?

SORDELLO: Su único propósito es la observación de sus reacciones corporales.

MARO: Vale. Vale, sí, no pasa nada. Si sirve de ayuda.

SORDELLO: Bien. Ya estoy recibiendo parte de los datos. Parece que la transmisión es buena. Para que conste, el corazón del agente Maro en reposo tiene 102 pulsaciones por minuto y su tensión es de 132-81. Aunque parece un tanto elevada, es normal, teniendo en cuenta... los recientes acontecimientos. El oxígeno en sangre y los patrones cerebrales son normales.

MARO: Ha dicho usted que es agente especial, pero no ha mencionado a qué cuerpo pertenece.

SORDELLO: Ya llegaremos a eso. ¿Quiere que pida que le administren algo para que se calme?

MARO: No, estoy bien. Es solo que..., bueno, ya me entiende, solo trato de hacerme a la idea.

SORDELLO: Espero poder ayudarle con eso.

MARO: Si quiere ayudarme, ¿qué le parece si les dice a esos que bajen las armas? No tengo intención de hacerles nada.

SORDELLO: Me temo que eso no puedo hacerlo; tenemos que seguir unos protocolos.

MARO: ¿Tienen protocolos para esto? ¿Ya les había sucedido antes?

SORDELLO: Su presión sanguínea está aumentando. ¿Seguro que no quiere un sedante suave?

MARO: Entiendo lo de las armas, pero ¿por qué hay un sacerdote?

SORDELLO: Agente, necesito que se centre. No sé de cuánto tiempo disponemos. Tenemos que grabar mientras podamos.

MARO: Vale, vale.

SORDELLO: Cuénteme. Empiece por ayer por la mañana. Intente no dejarse ningún detalle, aunque no le parezca relevante.

MARO: [No responde]

SORDELLO: ¿Agente?

MARO: Lo de la chica, ¿no? Lo de cuando apareció, ¿es eso?

SORDELLO: [Micrófono del sujeto desactivado — Solo audible para el técnico] ¿Puede comprobar el monitor de la respuesta cardíaca? Es que se ha apagado durante treinta segundos y ahora ha vuelto a funcionar.

[Clic audible — Micrófono del sujeto activado]

SORDELLO: Sí, empiece con lo de la chica.

2

LILY ESTÁ ASUSTADA

Antes

El domingo por la mañana, poco después de que las últimas hebras frescas de niebla nocturna desaparecieran, en Hollows Bend, New Hampshire, se percibía un zumbido. Las calles, desiertas veinte minutos antes, ahora estaban abarrotadas de vehículos. En la mayoría viajaban turistas que volvían a casa después de un fin de semana en las montañas o tomando fotos de las hojas de los árboles de Nueva Inglaterra con alguna cámara carísima; unas hojas que, a partir de la segunda semana de octubre, adquirían tonalidades rojas o doradas y yacían en el suelo en tales cantidades que había zonas donde no se veía el verde de la hierba.

La cafetería Stairway, situada en Main Street, era la parada final de estos turistas y el punto de inicio para muchos vecinos de Hollows Bend, que disfrutaban viendo cómo los visitantes se marchaban. Por lo uno y por lo otro, a las diez no había un asiento vacío en el lugar.

El agente Matt Maro estaba sentado en su taburete preferido, al final de la barra, con la espalda contra la pared, observando a Gabby Sanchez yendo de mesa en mesa con unos zapatos cómodos. Acarreando los humeantes desayunos que mantenía en precario

equilibrio sobre su delgado brazo, Gabby se movía con esa elegancia tan suya, girando e inclinándose como una bailarina. Incluso cuando un cliente se quejaba, Gabby nunca dejaba de sonreír. Matt envidiaba su capacidad para contener la ira. Esa era una de las muchas razones por las que se había enamorado de aquella mujer.

Gabby lo pilló mirándola, le guiñó un ojo a toda velocidad, se giró con un movimiento coqueto de cadera y se dirigió hacia el reservado de la esquina, donde se encontraban todos los Lockwood —ocho en total—, y prestó especial atención a Libby, que había cumplido cuatro años recientemente e insistía en pedirse ella misma lo suyo.

A su izquierda, Matt oyó un gruñido seguido de una tos llena de flemas y giró el taburete. El hombre encorvado que estaba en el taburete de al lado bien podría haber pasado por un muerto de no ser por la manera en que comía los huevos, como a paladas.

Roy Buxton —«Buck» para todos excepto para los cobradores y las monjas de Saint Mary— debía de haber pesado en torno a los sesenta y cinco kilos en sus buenos tiempos, pero ya hacía mucho que los buenos tiempos habían quedado atrás para él. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y olía al típico sótano con humedades. Tenía encima tal capa de suciedad, tanto en la ropa como por el cuerpo, que bien podría habérsele descamado de no ser por la capa de sudor que contribuía a que siguiera allí pegada.

Para entretenimiento de muchos que no eran del pueblo, Matt lo había encontrado la noche anterior en Main Street, un poco después de las once, con una botella de Jack en una mano y los zapatos en la otra, arrastrando los pies e inmerso en una discusión consigo mismo que bien podría haber tratado de política o de *Juego de tronos*. Matt llevó a Buck a la pequeña comisaría y lo metió en la

celda junto con una manta, una almohada y dos botellas de agua. No era la primera vez que el hombre se tumbaba en aquel camastro y Matt tenía claro que tampoco iba a ser la última. Aquel baile tan particular se había convertido en un ritual, como lo de desayunar a cuenta del condado en la Stairway a la mañana siguiente.

—¿Me pasas el kétchup? —Buck estiró la mano, pero no miró a Matt a los ojos. No solía hacerlo.

Matt deslizó el bote por la barra.

Buck consiguió abrir el tapón y sujetó la botella sobre el plato de tal manera que parecía que fuera a caérsele. Cubrió de salsa los huevos, las patatas —caseras— e incluso el beicon. Cuando dejó el bote en el borde de la barra, Matt lo cogió a toda prisa justo antes de que se cayera y lo puso en lugar seguro.

—Buck, ¿cuándo fue la última vez que fuiste al médico? ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un chequeo?

El hombre ni siquiera levantó la cabeza de los huevos.

—Oye, Matt, ¿qué te parece si dejamos la charla para dentro de media hora, eh? Es que el beicon se me indigesta con los sermones y me da gases.

—Estoy preocupado por ti.

Buck se inclinó hacia la izquierda, levantó la pierna del taburete y se tiró un pedo lo bastante sonoro como para que varios parroquianos que estaban más cerca se lo quedaran mirando.

—Te lo has ganado, agente.

Dos taburetes más allá, el señor Wheeler, el de la tienda de comestibles, los miraba a ambos con mala cara. Matt esperó un instante antes de decir:

—Como no dejes de beber, tu cuerpo no aguantará mucho más.

—Aguantará lo que le eche. Estoy bien. —Mientras decía aquello, el sudor le corría por la frente, dejándole unos surcos más claros en la suciedad—. Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Buck intentó pinchar un pedazo de patata, falló y lo intentó de nuevo.

—Anoche resbalé, y punto. No volverá a pasar. —Consiguió ensartar la patata y se la llevó a la boca maniobrando con cuidado—. No pretendía causarte molestias con mis mierdas, agente.

Matt le dio un sorbo al café. Habían mantenido distintas variantes de aquella misma conversación tantas veces que ya había perdido la cuenta. La sheriff Ellie Pritchet también había intentado ayudar a Buck en numerosas ocasiones, y su padre antes que ella, cuando él era el sheriff. Lo máximo que habían conseguido era poner a Buck en la nómina del ayuntamiento, ocupándolo en trabajos de lo más variopintos. Intentaban mantenerlo ocupado. La cuestión era que Buck llevaba dándole a la bebida los veintinueve años que Matt llevaba en el planeta y muchos más. Sin embargo, eso no quería decir que Matt no se esforzara para conseguir que Buck se mantuviera sobrio.

—Mira, esta noche hacemos una barbacoa en casa de Gabby. Hamburguesas, perritos, un par de solomillos cojonudos que Gabby ha comprado en McKinnon's. ¿Qué te parece si te recojo y, cuando acabemos, te llevo a casa? Una buena cena..., no sé, podríamos ver el partido de fútbol americano. Con Gabby y Riley, su hija, ya sabes, me siento en inferioridad numérica. A esa casa no le vendría mal un poco más de testosterona.

Buck estaba intentando tragar un gran bocado que parecía habérsele atascado en mitad de la garganta y bebió un sorbo de agua.

—No creo que tu novia quiera a gente como yo en su casa. Algo así deberías hablarlo con ella.

—¿De qué has de hablar? —Gabby se había colado por detrás de la barra y estaba poniendo café en la enorme cafetera con una mano mientras que con la otra llenaba un vaso de Coca-Cola de la máquina de refrescos.

—He invitado a Buck a cenar esta noche.

A la mujer se le salió de la coleta uno de sus rizos castaños y le cayó sobre el ojo derecho. Sopló para apartarlo y le dedicó una sonrisa al anciano.

—¡Claro! ¡Nos encantará que vengas!

—Ay..., qué majos sois. —Buck se manchó al meterse una loncha de bacón en la boca y se limpió con la mano—. Disculpadme un momento, tengo que ir al baño.

Acto seguido, Buck se bajó del taburete, se tomó unos instantes para equilibrarse —aún le temblaban las piernas— y se alejó cojeando. Matt se quedó mirando cómo pasaba de largo el cuarto de baño y entraba en la cocina, que estaba al final del pasillo.

Gabby también lo estaba mirando.

—No va a volver, ¿verdad?

Matt negó con la cabeza.

—Saldrá por la puerta de atrás y subirá la montaña, de vuelta a casa.

Gabby frunció el ceño y dijo:

—No lo entiendo. Tiene que sentirse muy solo.

Matt cogió el tenedor y empezó a desayunar. La comida se le había enfriado.

—Supongo que hay gente que prefiere su propia compañía.

—No sé..., siempre parece que esté... triste. —Gabby bajó la voz y señaló con la cabeza el reservado que había al otro extremo—. Henry Wilburt le dijo a su esposa que, si Buck pretendía matarse bebiendo, le iba a costar la hostia lograrlo. Al parecer, ella le dijo que alguien debería darle una pistola para que dejara de dar por saco a todo el mundo.

Matt se contuvo, pero tenía ganas de girarse para lanzarles una mirada. La esposa de Henry Wilburt estaba a cargo de la venta de pasteles en la escuela elemental, tejía bufandas para los sintecho y era voluntaria dos días a la semana en la biblioteca, donde les contaba historias a los pequeños.

—¿Corine Wilburt ha dicho eso?

Gabby asintió.

—Que no te engañe ese pelo canoso. Esa mujer es malvada.

Matt pensó en la palabra que Gabby acababa de decir en su idioma y la repitió:

—Malvada...

Gabby enarcó las cejas.

—¡Veo que has estado practicando! —le dijo.

Matt levantó la mano con el pulgar y el índice adelantados y añadió:

—Un poquito.

Addie Gallagher llegó pasando de lado por entre los demás clientes mientras Gabby y Matt hablaban y puso el bolso en el taburete que Buck había dejado vacío.

—¿Practicando qué?

Al oír aquella voz, Matt se sobresaltó y el café se le derramó en la camisa.

—Lo siento. No pretendía asustarte. Espera, que te limpio...

Addie cogió una servilleta de papel del servilletero, la mojó en el vaso de agua de Matt y se puso a limpiar la mancha del uniforme, que iba haciéndose cada vez más grande.

—Hay que hacerlo cuando aún está húmeda o no saldrá en la vida. —Miró a Gabby—. ¿Tienes vinagre blanco?

Luego le puso la mano en el hombro a Matt y se lo apretó con suavidad.

«Ay, Dios —pensó Matt—, ya verás...».

La verdad era que no le apetecía nada empezar el día con una especie de lucha por la jurisdicción.

En el instituto, Addie era la chica a la que Matt llamaba veinte minutos después de dejar a su cita en casa. Amigos con beneficios. Follamigos. Poco más que meterse mano y algo más después de beber un poco. Cuando ella empezó a colgarse de él más de lo que a él le parecía bien, Matt puso fin a aquello. Y, cuando empezó a llamarla después de pasarse un poco cuando salía de fiesta, a eso también tuvo que ponerle fin. Habían perdido todo contacto cuando él se fue a la Universidad de New Hampshire y ella se fue... adondequiera que hubiera ido. Matt no había vuelto a pensar en ella hasta que Addie reapareció en Hollows Bend el verano anterior con la intención de reavivar la llama. Matt le dejó claro que estaba con Gabby y que lo que había habido entre ellos era cosa del pasado. El regreso de Addie fue el combustible de la primera pelea fuerte que tuvo con Gabby y la chispa de todas las que vendrían después. Matt

no tenía secretos con Gabby, pero puede que eso hubiera sido un error, porque, a veces, no saber es mejor que saber. La relación de Gabby con su anterior novio había terminado cuando ella lo pilló engañándola y, cuando uno probaba ese sabor, jamás se le iba de la boca.

Aunque Gabby aún sonreía, no podía ocultar la vena que latía en su sien izquierda igual que la fina hebra de vapor indica que la tetera está a punto de ponerse a silbar.

Matt le apartó la mano a Addie.

—No pasa nada, tengo otra en la comisaría.

Addie le sonrió a Gabby.

—Es curioso, he estado fuera mucho tiempo, pero todo el mundo me ha recibido con los brazos abiertos. Por el modo en que estoy reconectando con todos, me siento como si nunca me hubiera ido. —Trasladó su sonrisa de Gabby a Matt, ampliándola—. Me alegro de volver a verte. De verdad.

Addie cogió el bolso y recorrió la cafetería con su sujetador negro bien visible a través de la fina blusa, conjuntada con unos vaqueros ceñidos. Matt hizo como que no miraba, pero Gabby se la quedó mirando sin disimulo.

—Las mujeres embarazadas no deberían vestir así —comentó.

Hacía un mes que Addie había dejado caer la bomba. Estaba de unas doce semanas y aún no le había dicho a nadie quién era el padre. En un pueblo pequeño, como era el caso de Hollows Bend, aquel era un tema candente. Y es que no podía decirse que el pasado de Addie y de Matt fuera precisamente un secreto.

Matt sacó la cartera y dejó un billete de veinte en la barra.

—Será mejor que vaya tirando para la comisaría. Ellie está de patrulla y Sally está cuidando sola del fuerte.

Gabby no respondió. La mujer seguía mirando las mesas, pero había pasado de estar sonrojada a ponerse pálida. Matt se dio cuenta de que la gente guardaba silencio y de que había dejado de oírse el ruido de cubiertos. Oyó una serie de gritos de sorpresa y después se hizo el más completo silencio.

Matt bajó una mano hasta la pistola por instinto, se dio la vuelta lentamente en el taburete y se quedó mirando la entrada de la cafetería.

En la puerta, con el sol brillando a su espalda, había una chica de unos dieciséis años. Iba completamente desnuda. La chica tenía el pelo largo y moreno, y le caía sobre el hombro derecho, cubriéndole parcialmente el pecho. Iba descalza y tenía los pies manchados de barro.

lectuepub4.com

3

MATT

La chica no se movía.

Nadie se movía.

Gabby se inclinó sobre la barra y le cogió la mano con fuerza a Matt. Alguien en la cafetería se aclaró la garganta.

Nadie fue hacia ella.

Matt no estaba orgulloso de aquello, y era algo que lo atormentaría hasta el día de su muerte. No era de los que se quedaban paralizados, no estaba en su naturaleza. Ni siquiera en sus días de gloria se había quedado paralizado, cuando jugaba al fútbol americano, en la línea de veinte yardas, con los líneas viniendo directos hacia él, dispuestos a causarle el mayor daño posible. Lanzaba la pelota. Daba un paso lateral. Reaccionaba, actuaba. Nunca se quedaba paralizado.

La chica parecía etérea.

Celestial.

¡Dios, parecía un puto ángel! ¡Un ángel!

Pero no cualquier ángel, sino un ángel caído, y, durante escasísimos segundos, Matt tuvo muy claro que, si la chica se diera la vuelta, vería unas protuberancias en los omóplatos, allí donde había tenido las alas.

Matt sabía que todo aquello sonaba increíble. No había pisado una iglesia desde que era crío, pero esa era la sensación que le transmitía la chica. Miró a la gente que abarrotaba la cafetería y se dio cuenta de inmediato de que no era el único que pensaba así. Incluso pilló a Peggy Lockwood santiguándose, y ella sí que iba a misa, al menos tres veces a la semana.

Matt no reconocía a la chica. No era de la zona y, si había venido a pasar el fin de semana con los demás turistas, no la había visto; la recordaría.

Matt se levantó del taburete y notó que le temblaban las piernas tanto como a Buck. En una fracción de segundo, tras un zumbido en el oído, sintió como si de pronto hubiera una intensa presión de aire o de agua. Se le puso la carne de gallina hasta el punto de sentir ese típico cosquilleo que notas en los dedos cuando se te duerme una extremidad. Durante el tiempo que tardó en dar un paso, el mundo se inclinó y se desvaneció. Y él no fue el único al que le sucedió; los presentes se frotaban los brazos y se miraban unos a otros con una mezcla de miedo y asombro.

Alguien a su izquierda dijo con voz infantil:

—Huele a ozono. ¿Alguien más huele el ozono?

A Matt le pareció que se trataba de Hershel Brown, pero no podía ser, porque Hershel Brown era un negro de más de metro noventa y de unos cincuenta y tantos años que andaría por los ciento cuarenta kilos. Su voz era tan profunda que hacía vibrar los ventanales de la cafetería, no tenía nada de infantil. Cuando Matt lo miró, el miedo que vio en sus ojos le dijo cuanto necesitaba saber.

La chica aún no se había movido. Desnuda como el día en que vino al mundo, seguía en la entrada, manteniendo la puerta abierta

con un brazo y el otro colgando a un lado. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero no pronunció ningún sonido.

Matt se rehízo.

El agente cruzó la cafetería hasta el perchero donde había colgado su chaqueta cuando había llegado con Buck y la cogió con tanta fuerza que a punto estuvo de tirar el colgador. Se acercó a la chica, le echó la chaqueta por los hombros y examinó su cuerpo con atención en busca de signos visibles de algún tipo de traumatismo —cortes, moratones, abrasiones—, pero no encontró nada. Eso sí, la chica debía de sufrir una conmoción.

Matt juntó los bordes de la chaqueta con dedos temblorosos, encajó la cremallera y logró subirla hasta el cuello. La chica no era muy alta, rondaría el metro cincuenta y cinco, así que la chaqueta le llegaba por la mitad de los muslos, lo que le proporcionaba cierto recato.

—Todo va a ir bien —le dijo Matt con voz suave, pero, nada más pronunciar aquellas palabras, el agente se dio cuenta de que eran mentira.

La chica dio un paso adelante, lo suficiente para que la puerta se cerrara, y Matt miró por encima del hombro Main Street, y más allá el pueblo. La chica tenía los pies llenos de barro, pero hacía casi una semana que no llovía.

Matt vio cómo una forma oscura se precipitaba desde el cielo un instante antes de que se estrellara contra la puerta de cristal de la cafetería, a unos treinta centímetros por encima de la cabeza de la chica. El golpe produjo un ruido sordo lo suficientemente fuerte como para que el agente diera un brinco. La forma oscura

permaneció allí un instante, al otro lado del cristal, y a continuación se deslizó sin vida hasta la acera.

Un cuervo.

Al animal se le quebró el pico a causa del impacto. Uno de sus ojos oscuros se había reventado, manchando las plumas de alrededor con una especie de gelatina aceitosa.

Matt se acercó un poco, y casi de inmediato se oyó otro golpe, esta vez en el ventanal del reservado donde estaban el señor y la señora Tangway. Algunas mujeres de la cafetería chillaron, así como un par de hombres, pero no tan fuerte como cuando las cristaleras recibieron el impacto de un tercer cuervo... y de todos los que lo siguieron.

4

LYNN TATUM

Lynn Tatum estaba de pie en el centro del abarrotado despacho de su casa —que había sido un dormitorio antes de la pandemia—, en Morning Glory Street, leyendo la nota que había en el centro del monitor de su ordenador:

> No tenía claro si hoy trabajabas y no he querido despertarte. He ido a por zumo, vuelvo enseguida. Los niños están jugando en la habitación de Gracie. J

Lynn alzó la vista para consultar el reloj que había en la pared de enfrente. Faltaba un cuarto de hora para las once. Se había quedado dormida y, sí, se suponía que tenía que trabajar. Mierda.

El puto mareo la había sacado de la cama. La arrancó de un sueño bastante placentero sobre unas vacaciones en el Club Med de las Islas Turcas y Caicos, ya hacía una vida de eso —antes de los niños —, cuando aún era feliz —antes de casarse— y su cuerpo seguía pareciendo un cuerpo —antes de los cafés manchados diarios con doble de caramelo...—. Se despertó y el mundo titilaba; a punto había estado de caerse de la cama, pero logró rehacerse... más o menos..., por decir algo.

Todavía medio dormida, se dejó caer en la silla y se revolvió como si algo le mordiera las posaderas. Dio un brinco y se quedó mirando

el asiento de madera con los ojos muy abiertos —uno de los cochecitos Matchbox de Oscar, el Aston Martin plateado al que le faltaba el capó y que tenía una puerta hundida—. Tiró el cochecito con fuerza contra la pared de enfrente y se quedó mirando cómo se estrellaba y desaparecía por detrás de las cajas blancas de cartón que tenía apiladas precariamente en una esquina. El juguete dejó una marca en el yeso. No es que a Lynn le importara mucho. Que Josh lo añadiera a su lista de proyectos de los sábados, esa con la que no se ponía nunca.

El escritorio de Josh y el de Lynn estaban espalda contra espalda, y, así como el espacio de ella estaba relativamente ordenado —había un posavasos para la taza de café, porque el posavasos le molestaba menos que las marcas que dejaban las tazas—, el de Josh yacía enterrado bajo montones de libros de contabilidad, impresiones de Códigos de Rentas Internas, adornitos y vete tú a saber qué más cosas necesarias para que su empresa de contabilidad siguiera adelante. A Lynn le parecía un misterio que su marido lograse hacer funcionar la empresa. Había desistido de ir tras él ordenando sus cosas. Quizá haría bien en colgar una sábana entre las dos mesas para dividir el espacio, ya pequeño de por sí. «¿Crees que así lo pillarías, Joshy, cariño?». Igual sí.

Gracie chilló en el otro extremo del pasillo, Oscar se rio y a continuación se oyó como si se cayera la basura. Lynn conocía perfectamente aquel sonido: acababan de volcar el baúl de los juguetes de Gracie en el suelo del dormitorio. Al igual que su padre, la una y el otro convertían el desorden en un arte.

Lynn gruñó y cerró los ojos. Respiró hondo y contuvo el aliento un momento. La pastilla para dormir que había tomado la noche

anterior le había llenado la cabeza de telarañas y había vuelto pegajosos sus pensamientos. No le apetecía trabajar —¡era domingo, joder!—. Lynn odiaba su trabajo. Debería regresar a la cama, a dormir. Aunque solo fuera ese día; tomarse la mañana para ella. Que se encargara Josh de encontrar la el modo de pagar la hipoteca. Los servicios. La comida. La gasolina de esa chatarra en la que él la obligaba a ir de aquí para allí. Que se encargara él de los niños. Que se encargara él de...

Otro estruendo en la habitación de Gracie.

Lynn se inclinó hacia atrás y soltó un grito por encima del hombro:

—Pero ¿qué coño estáis haciendo?

No respondieron. ¡Claro que no! Para qué iban a responder.

Lynn abrió de golpe el cajón central del escritorio, sacó los tres botecitos de pastillas y los alineó en el borde de la mesa. Los destapó todos y se tomó una pastilla de cada uno. La pastilla blanca borraría los restos de la pastilla para dormir y la ayudaría a concentrarse. La azul silenciaría los pensamientos feos. La amarilla... La verdad es que no estaba del todo segura de lo que hacía la amarilla, pero el médico se la había recetado y a ella con eso ya le bastaba. Debería darse una ducha, pero no tenía tiempo.

Mientras devolvía los botecitos al cajón, se recostó en la silla y cerró los ojos.

Gracie pegó un grito, un alarido agudo que helaba el alma. Lynn sintió cómo el chillido le arañaba la columna vertebral. No abrió los ojos. Le daba igual lo que estuviera pasando, que se encargase Josh.

En su ordenador sonó una campanita y se abrió una cajita en el centro de la pantalla, justo por detrás de la nota de Josh, como si el

gilipollas de su marido la hubiera puesto donde sabía que más iba a molestarle. ¡Y posiblemente lo había hecho! Un poquito de «que-te-jodan» antes de abandonar sus responsabilidades matutinas. No se tragaba eso de que hubiera ido a por zumo. Lo más probable era que hubiera ido a jugar un rato al pilla-pilla con Nancy Buckley, la vecina de dos calles más abajo, mientras el marido de esta estaba en el golf. Allí fue donde encontró el coche de Josh la última vez que el cabrón había ido a por zumo.

Gracie y Oscar volvían a reír. Oyó unos piececitos en el pasillo, y bajando las escaleras. ¿Conque jugando en la habitación de Gracie, eh?

No era su problema.

Era problema de Josh.

Le tocaba a él cuidar de los niños mientras ella trabajaba.

En su ordenador volvió a oírse otra campanita y apareció otra cajita de texto. El sonido de aquella campanita sonaba casi tan hondo como el grito de Gracie.

Quitó la nota del monitor. En la cajita de la pantalla ponía:

Servicio de cobro de Lanford: 23 llamadas en cola.
¡Regístrate y gana mucho dinero en este domingo especial!

No podía hacerlo. Aún no. No hasta que las pastillas empezaran a surtir efecto. ¿Por qué les estaba costando tanto? ¿Porque se las había tomado sin agua? No, por eso no podía ser. Quizá tuviera que tomar más. La noche anterior había tomado dos somníferos en vez de uno. Puede que se debiera a eso.

Otra vez pasitos, como dos animalillos subiendo por las escaleras. Un momento después, la puerta de la habitación de Gracie se cerró

de golpe. Más gritos. Tanto Gracie como Oscar chillaban, el uno al otro, pero las palabras se oían apagadas y Lynn no entendía lo que decían.

Lynn fue hasta la puerta del despacho y la cerró, también de golpe. Se arrepintió de inmediato. En un espacio confinado, una puerta cerrada hacía que el desorden estuviera más cerca. Habían descubierto moho en la casa cuando la compraron y Josh juraba y perjuraba que lo había quitado todo, pero ¿olería así si de verdad lo hubiera hecho?

Otra cajita:

Servicio de cobro de Lanford: 29 llamadas en cola.

¡Te lo estás perdiendo! Segundos perdidos = ¡oportunidades perdidas!

Oscar dijo algo a gritos. No sé qué del color rojo.

Lynn cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos.

¿Por qué no hacían efecto las putas pastillas?

Abrió el cajón de golpe y miró los botecitos. Una más de cada.

Solo una.

5

MATT

Matt tiró de la chica hacia el interior de la cafetería justo cuando al menos otra media docena de cuervos se estrellaban contra la puerta y los ventanales que daban a Main Street.

Venían directos de las montañas formando una línea compacta, y volaban a toda prisa, furiosos. Chillaban justo antes de estrellarse contra el cristal. El día se oscureció a medida que la primera decena se convirtió en centenares, y esos centenares acabaron por ocultar el sol. Una voz en la parte de atrás de la cabeza de Matt susurró la palabra «bandada» —que es como se llamaba a los grupos de cuervos— y, mientras la palabra resonaba en su mente, varios se estrellaron contra el ventanal, donde empezó a formarse una telaraña de grietas. Otra bandada de cuervos se estrelló contra el mismo punto, como si estuvieran intentando...

—¡Que todo el mundo se aparte de los ventanales!

La mitad de los clientes se quedaron petrificados en su asiento y la otra mitad se metió debajo de la mesa, llevándose a los niños consigo.

Era imposible que los pájaros estuvieran apuntando a un determinado lugar, pero, desde luego, lo parecía. Eran como misiles en miniatura lanzados por los aires. Una lluvia negra. Los pájaros caían sobre las aceras. Sobre Main Street. Sobre la hierba. Sobre el

kiosco de la banda de música, la pequeña estructura que apenas se distinguía aunque no estaba ni a sesenta metros de distancia. Saltó la alarma de varios coches. En la capota abatible de un Audi A5 empezaron a aparecer agujeros; la lluvia de cuervos la estaba haciendo jirones, y al poco ya no quedaba nada de ella.

Gabby se acercó gateando hasta Matt, lo cogió del brazo y le gritó por encima del estruendo:

—¿Dónde está la gente?

Por lo que Matt había podido ver, algunas personas se habían metido en sus coches y otras se habían ocultado debajo, pero la mayoría había corrido a refugiarse en los negocios de Main Street. Ahora bien, ¿habrían conseguido llegar? Nadie había entrado en la cafetería... desde lo de la chica.

Matt tiró de Gabby, apretó los labios cerca de su oreja y se dispuso a responder, pero el ventanal que había más cerca de la mesa de los Tangway explotó, convertido en una lluvia de cristales. Debajo de la mesa, Bob Tangway cubrió con su considerable corpachón a su esposa y a sus dos hijos para protegerlos, y los tapó con la chaqueta de color azul marino del traje. Por la abertura se habían colado un sinfín de cuervos, que volaban en círculos por el interior de la cafetería y se estrellaban contra las paredes, contra el suelo, contra las mesas. Sus chillidos y aleteos se mezclaban con los gritos de terror de la gente de la cafetería. Matt vio a Addie de refilón, que trataba de protegerse junto a la barra, llorando a mares.

A su izquierda, muy cerca de él, la chica tenía la cabeza metida en la chaqueta de Matt; el pelo le cubría el rostro. Uno de los cuervos cayó sobre las baldosas, al lado de donde se encontraban, y se partió el cuello debido a la violencia del golpe. Dos más sufrieron la

misma suerte inmediatamente después, justo en el mismo sitio. Otro se estrelló contra la espalda de la chica, picoteó el abrigo, rasgó la tela y sacó el relleno blanco dando furiosos picotazos. La chica no se movía. Matt asustó al pájaro, pero observó horrorizado cómo volvía a la carga. Esta vez el agente se lo quitó de encima de un puñetazo. El pájaro salió resbalando por el suelo, se golpeó con la pata de una silla y se quedó inmóvil.

A Matt le cayó algo pesado en la cabeza y sintió unas patas enganchándose en su pelo y dándole tirones. Un pico afilado le picoteó la cabeza, y los gritos del agente se unieron a los de los demás clientes mientras buscaba el cuervo a tientas, daba con él, se lo sacaba de encima y lo golpeaba contra el suelo hasta que dejó de moverse. Mató a cinco más antes de que aquello acabara.

6

LYNN TATUM

Gracie y Oscar estaban gritando, peleándose por Dios sabe qué. Lynn se tapó los oídos con las palmas de las manos y empezó a canturrear con la esperanza de ahogar sus gritos. No sirvió de nada. Era como si supieran lo que estaba haciendo y gritaran más alto para compensarlo. ¿Dónde coño estaba Josh? ¿Por qué no le hacían efecto las pastillas?

En la pantalla del ordenador se abrió otra cajita:

> Recuerda, no eres un cobrador, ¡eres un amigo! Si no fuera porque ayudas a las personas con las que hablas, su crédito tendría un impacto negativo. ¡Les estás haciendo un favor! ¡Eres una solución a su problema! 31 llamadas en cola. ¡31 personas esperando tu ayuda! ¿A qué estás esperando?

Lynn respiró hondo y contuvo la respiración, tal y como le había dicho el médico.

Trabaja.

Gana dinero.

Supéralo.

Antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión, se puso los auriculares, leyó el texto de la pantalla y pulsó el botón para conectarse.

—¿Hablo con Gordon Woolley?

El sistema de Lanford marcaba un número automáticamente, y, cuando una persona respondía, la dejaba en espera con una grabación que le pedía que aguardara unos instantes. Si la persona colgaba mientras sonaba la grabación, la llamaban desde un número de teléfono diferente. Una vez se apoderaba de ti, el sistema ya no te soltaba. Según indicaba el medidor de tiempo, Gordon Woolley ya había colgado un par de veces durante el minuto anterior.

—¿Quién coño es? —La voz sonaba áspera, como llena de gravilla.

—Me llamo Tamera. —Mentira—. ¿Hablo con Gordon Woolley?

—¿Qué quiere?

Lynn cerró los ojos de nuevo.

—Lo llamo de parte de Automóviles First Encore. ¿Es usted consciente de que lleva tres meses de retraso en el pago de las cuotas de su Toyota Tundra del 2016 y de que se ha cursado una orden de embargo?

—Ah, ¿sí? ¿Y a usted qué coño le importa?

Lynn tragó saliva.

—Me han autorizado a que le haga una oferta irrepetible. Si realiza usted dos pagos conmigo durante el día de hoy, no solo pararé la orden de embargo, sino que reduciré el tercer pago a la mitad para que pueda ponerse al día. ¿Cómo preferiría hacer los pagos? Me vale una tarjeta de crédito o que me proporcione un número de cuenta.

El hombre que estaba al otro lado de la línea no dijo nada, pero tampoco había colgado, porque Lynn lo oía respirar. La mujer añadió:

—Y, claro, si reduzco a la mitad el tercer pago hoy mismo, el saldo se quedará a cero al final del periodo de duración del préstamo.

—¿No cree que si tuviera el dinero habría pagado ya?

A Lynn le dio un vuelco el corazón.

—Si no dispone de fondos ahora mismo, estoy autorizada a ofrecerle un crédito de bajo interés por el valor de su próxima nómina. Solo necesito que le haga una foto a su última nómina y me la envíe. ¿Prefiere esta opción para ponerse al día hoy mismo, o le resultaría más sencillo hacerlo mediante una tarjeta de crédito?

—¡Que te jodan, mema de las narices! ¡No vuelvas a llamarme, joder!

La llamada se cortó con un clic abrupto. Que le colgara no le dolió tanto como aquella palabra. Odiaba aquella palabra.

Pasa.

Ignóralo.

No dejes que te afecte.

Una nueva cajita llenó su pantalla:

> ¡Felicidades! ¡Has ganado 1,37 $! ¡Y aún tenemos mejores noticias: durante los próximos 30 minutos podrías ganar un 20% de todos los pagos que consigas! ¡Toma, bonificación de domingo! 34 llamadas en cola. ¡No te lo pierdas!

Las pastillas la adormilaban. Las pastillas hacían que todo fuera posible y evitaban que aquella gente se le metiera en la cabeza. ¿Por qué no le estaban haciendo efecto? Desvió la vista hacia el cajón de nuevo. ¿Otra más? No. No debía tomar tres.

Oyó un ruido fortísimo al otro lado del pasillo, a pesar de que las puertas estaban cerradas. Aquello no era la cesta de los juguetes, sino algo mucho más grande. Lynn empezó a levantarse de la silla..., pero se dejó caer de golpe otra vez.

No.

No pensaba hacerlo.

Se tratara de lo que se tratase, era cosa de Josh. Que se encargara él. Que lo limpiara él.

En una esquina de su escritorio había una goma elástica de las anchas. Lynn la cogió, se la puso en la muñeca y tiró de ella. Dejó que el dolor le subiera por el brazo antes de hacer rodar el ratón hasta el botón de «Conectar» que había en su monitor una vez más y pulsarlo, dando paso a la siguiente llamada.

—¿Hablo con Klara... Pacheco?

—Sí.

Lynn tiró de nuevo de la goma elástica.

—Le llamo de parte del Grupo Médico Springton en relación con el pago pendiente de... —Aunque había leído los detalles hacía apenas unos segundos, no recordaba la cantidad exacta y tuvo que mirar la pantalla una vez más: 23.681, 43 dólares.

—Mi marido murió la semana pasada, ¿no cree que este tema podría esperar un poco?

Lynn se quedó callada y estudió la pantalla. El sistema de Lanford utilizaba un programa sofisticado de reconocimiento de voz para analizar lo que se decía y proporcionar varias respuestas determinadas de antemano; guiones aprobados por el departamento legal. Como resultaban bastante repetitivas, Lynn había memorizado la mayoría de ellas. No obstante, esta vez se quedó en blanco y esperó a que el ordenador se actualizara. Cuando lo hizo, Lynn leyó el texto en voz alta:

—Siento mucho su pérdida, señora Pacheco. No obstante, esta factura en concreto tiene casi un año de antigüedad. Dado que se trata de una deuda médica, puedo ponerla al día con un pago

mínimo de un uno por ciento. ¿Preferiría hacer el pago con una tarjeta de crédito o a través de su cuenta corriente?

«Por favor, no llores... Por favor, no llores...».

Lynn soportaba que la insultaran y se olvidaba enseguida de quienes le colgaban el teléfono, pero cuando la gente lloraba... Esos eran los peores.

—Fue entonces cuando el cáncer apareció por primera vez —dijo la mujer—. Hace un año. Springton fue el primer centro en el que se trató Lou. El primero de cuatro.

Al fondo del pasillo, Oscar lanzó un grito, seguido casi de inmediato por un alarido de Gracie. Lynn se llevó las manos a los auriculares y los apretó contra los oídos. Sentía la sangre caliente, y una especie de picor debajo de la piel, como si la sangre la transportaran unas hormigas demasiado grandes como para correr por sus venas.

La pantalla se actualizó con una nueva respuesta, pero Lynn no tenía claro que pudiera leerla. Siempre podía colgar. Que el sistema volviera a llamar a la mujer y que fuera otro el que se encargara del tema. Sí, eso sería lo mejor. Como Lynn dudó un poquito más de lo establecido, apareció en la pantalla un nuevo mensaje:

¡Esta llamada entra en la bonificación del 20 %! ¡Vamos, que tú puedes!

Lynn cerró el mensaje y leyó una vez más las respuestas del sistema. Si no lo hacía ella, otro lo haría. Alguien se llevaría ese veinte por ciento. ¿Por qué no ella? Tiró de nuevo de la goma elástica y se esforzó en bloquear las emociones que sentía en el estómago. Leyó el texto que había generado el ordenador:

—Por desgracia, señora Pacheco, avaló usted el pago del tratamiento con la escritura de su casa. Si no hace un pago conmigo hoy mismo, se iniciará un proceso de ejecución hipotecaria. Yo puedo impedirlo solo con que efectúe usted un pago de 236,81 dólares. ¿Tiene la cartera a mano? Aceptamos prácticamente todas las tarjetas de crédito.

—¿Y cuándo tendría que hacer el siguiente pago?

Lynn consultó el sistema.

—En una semana.

—En una semana.

Lynn tiró de la goma elástica tanto como pudo y la soltó. La goma hizo un fuerte «¡crac!» al golpear la muñeca. Lo repitió.

—Sí. ¿Le parece que hagamos el pago, señora Pacheco?

—¿Tiene usted familia? —La voz de la mujer había empezado a quebrarse—. ¿Está usted casada?

—No. —Mentira.

Lynn movía el pie izquierdo por debajo de la mesa tan deprisa que parecía una liebre. Su pierna saltaba al mismo tiempo que el pie, golpeando la parte inferior del cajón con la rodilla. Intentó dejar de hacerlo, pero aún fue peor, como si tapara un grifo, la energía acumulada no tuviera por dónde salir y la presión se expandiera por dentro, inflándole la pierna como un globo. Antes de que hubieran transcurrido diez segundos ya estaba moviendo el pie de nuevo.

—Claro. No podría ganarse usted la vida con esto si estuviera casada, si quisiera a alguien o si tuviera a alguien en su vida que se preocupara por usted. Si hubiera alguien en su vida, no trataría usted así a las personas.

Lynn no respondió. Sabía que era mejor no hacerlo. La habían entrenado para que ignorara las trampas y se ciñera al guion.

Al otro lado del pasillo, Gracie se puso a chillar de nuevo, y esta vez no parecía tener intención de parar. Estuvo gritando a voz en cuello como un minuto entero; un grito largo, agudo. Lynn pulsó con todas sus fuerzas el botón para silenciar su micrófono. Si la mujer lo había oído, no dijo nada. Lynn tenía la sensación de que acabaría pagando. Tiró de la goma una vez más, pero esta vez casi ni lo sintió.

—Señora Pacheco, necesito el número de su tarjeta de crédito.

—Es usted una persona horrible. ¡Espero que arda en el infierno! —respondió la mujer antes de colgar el teléfono con todas sus fuerzas.

Un nuevo mensaje en la pantalla:

¡Felicidades! ¡Has ganado 1,37 $!

Lynn no recordaba haber sacado los botes de las pastillas del cajón. Desde luego, no recordaba haberlos abierto y haber alineado con el teclado una pastilla de cada..., pero allí estaban. Por un segundo pensó que quizá se había olvidado de tomárselas cuando se puso a trabajar; al fin y al cabo, estaba medio dormida.

El maratónico alarido de Gracie concluyó por fin, y tanto su hermano como ella se quedaron en silencio.

Lynn se metió las tres pastillas en la boca con la palma de la mano y se las tragó. En esta ocasión sintió los efectos de inmediato. Puede que fuera su imaginación, o puede que no. Quizá se había tomado las pastillas antes... o quizá no. No lo recordaba, y tampoco es que

le preocupara demasiado. La calidez..., el adormilamiento... Eso vendría más tarde. La cogería y...

Otro grito; esta vez era Oscar.

—¡Bastaaa! —Lynn gritó tan alto como pudo—. ¡Callaos de una puta vez!

El silencio que siguió a sus palabras fue duro y afilado, abrupto.

Lynn pulsó con fuerza el botón del ratón sobre el enlace para conectarse de nuevo y se puso con otra llamada.

—¿Hablo con Louis Martinez?

Las palabras le salieron rápido, como desparramadas de la boca. Al otro lado de la línea solo se oía una respiración fuerte.

—¿Señor Martinez?

Nadie respondía.

—¿Señor Martinez? Tiene usted una deuda apremiante que...

—Te dije que como volvieras a llamarme iría a tu casa y te abriría en canal como a una cerda. ¿Lo recuerdas?

—Nunca hemos hablado, señor Martinez. Me gustaría...

—¿Qué te gustaría? —El hombre hablaba con voz grave y un ligero acento del sur—. ¿Qué te parece si voy a hacerte una visita? ¿Sabes que ocultáis la identidad de vuestro número, verdad? Pues he comprado una maquinita que se salta la ocultación y me da tu número real. Estás en... ¿Dónde coño está Hollows Bend, New Hampshire? Oh, fíjate, pues no está tan lejos. En unas horas estoy ahí. Igual voy y podríamos pasar un ratito juntos. ¿Te gustaría? Seguro que sí, que te gustaría mucho. ¿Alguna vez te la han metido por...?

Lynn se quitó los auriculares de golpe y los arrojó sobre el escritorio. Se pasó la mano por el pelo; lo tenía aceitoso.

Un nuevo mensaje:

¡Felicidades! ¡Has ganado 0,29 $! ¡41 llamadas en cola, 41 personas dispuestas a hablar contigo!

Le temblaban las manos y el corazón le latía a martillazos. Sudaba tanto que tenía el pijama pegado al cuerpo. Lo que fuera que pensaba que le estaban haciendo las pastillas, había dejado de sentirlo. Esto era otra cosa; otra cosa y no era buena. ¿Una sobredosis? No. No por... ¿Cuántas había tomado? A ver, un momento. No le iba a pasar nada. Sentía una especie de pinchacitos por dentro y era como si la habitación se desvaneciera. Lynn cerró los ojos en cuanto sintió que se mareaba. Vio en el interior del párpado unos destellos de color rosa..., rojos..., púrpuras... Todo pasó en unos instantes, pero no se fue muy lejos. La sensación se quedó como un desconocido que está al otro lado de una puerta cerrada, esperando a que se abra el pestillo.

Lynn no tenía claro cuánto tiempo había estado allí sentada, pero sus hijos estaban tan callados que daba que pensar. Aquello o era tremendamente bueno o tremendamente malo... y se inclinaba por lo último.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¿Josh?

Nadie respondió.

—¡Gracie! ¡Oscar! ¿Qué estáis haciendo?

Nadie respondió y, si ella los oía gritar, desde luego, ellos tenían que oírla a ella.

Volvió a gritar. Nada. Cuarenta y tres llamadas en cola. Una cajita con un mensaje:

¿Vas un poco despacio hoy? ¿Estás estresada? Si quieres que alguno de nuestros especialistas en salud mental te llame, pincha este enlace. ¡No dejes que la gente negativa de este mundo te venza! ¡Estamos contigo!

—¡Vete a la mierda!

Lynn se puso de pie y no se le pasó por alto que tuvo que agarrarse al borde del escritorio para hacerlo. Se detuvo un momento, el tiempo necesario para que la habitación dejara de dar vueltas. Sentía sus nervios en forma de pequeños fuegos artificiales y de leves pinchazos por todo el cuerpo. Cuando llegó al pasillo la cosa fue a peor, y el silencio la arremetió como una bofetada.

7

LYNN TATUM

Lynn abrió la puerta de la habitación de su hija y se encontró a sus dos hijos en el suelo, cubiertos de rojo.

Había rojo por todos lados.

En su ropa. En el pelo. En la piel. En la alfombra. En las paredes de la habitación de Gracie y en su ropa de cama; la colcha que su abuela le había tejido estaba tirada en el suelo junto con la almohada, manchada, inservible.

Inmóviles y terriblemente pálidos, aunque enmarcados por el color carmesí, los niños levantaron la vista y la miraron petrificados.

A Gracie le temblaba el labio superior.

—Oscar quería pintar un perro. Le he dicho que no lo hiciera.

Vestido aún con el pijama de la Patrulla Canina, el gesto de Oscar pasó del miedo a la ira:

—¡Mentira! ¡Yooo quería ver la tele! —El niño estiró tanto el pronombre que parecía que tuviera cuatro sílabas—. ¡Ha sido Gracie la que quería pintar!

—¡Mentira! —respondió Gracie enseguida—. ¡Ha cogido la pintura del estante del sótano a pesar de que le he dicho que no teníamos permiso! ¡Además, ha cogido el rojo a pesar de que los perros no son rojos, y, cuando le he dicho que ese pincel no era, ha seguido con los dedos, así que he intentado quitar la manta, pero no me ha

dejado y la manta ha acabado en el suelo y ha intentado limpiarla con la ropa de mi cesta...! ¡Me ha estropeado mi camiseta de Elsa, mamá! ¡Mi favorita!

La camiseta estaba en una esquina de la habitación, tan manchada de rojo que Lynn apenas alcanzaba a ver la imagen de la protagonista de *Frozen*, que se suponía que estaba en una explanada de hielo. La talla de la camiseta era para una niña de cinco años, demasiado pequeña para Gracie, que ya tenía siete, pero aun así seguía poniéndosela varias veces a la semana.

—Clifford es rojo —musitó Oscar, como si con eso lo arreglara todo.

El del rojo estaba al lado de otros botes de azul, verde y amarillo, tumbado en el suelo, empapando la alfombra. Era pintura acrílica y lo más probable era que pudiera limpiarse, pero Lynn no tenía la menor intención de hacer nada al respecto. Aquello era problema de Josh.

—Yo no llego a la pintura —añadió Oscar.

—¡Claro que sí! —gritó Gracie—. ¡Te subes en la encimera desde el taburete!

Oscar gritó algo a modo de respuesta, pero Lynn no lo escuchó. El zumbido que sonaba en sus oídos lo apagó por completo. Sentía como si la sangre le corriera con más fuerza, acalorada. Le latía el corazón con tanta intensidad que lo sentía en los dientes.

Otra vez estaban discutiendo. Gritando. Un jaleo de palabras apagadas que trastabillaban unas con otras. Lynn volvió a taparse los oídos, pero no sirvió de nada.

—Callaos.

La ignoraron.

Gracie golpeó el bote de pintura con la palma de la mano y este chocó contra el pecho de Oscar salpicándolo todo de pintura.

—¡Que os calléis!

Los niños guardaron silencio por fin.

Al otro lado del pasillo, en el ordenador de Lynn, volvió a sonar la campanita de otro mensaje. Probablemente fuera un mensaje que le decía que la despedirían como no se pusiera al teléfono. Pensó en las pastillas que había en el cajón y se le hizo la boca agua.

—Los dos, desnudaos y a la bañera.

Gracie la miró con los ojos abiertos como platos, horrorizada.

—¡No pienso bañarme con él! ¡Ya soy mayor!

Lynn tenía ganas de agarrarla por los hombros y sacudirla..., incluso de tirarla por la ventana; lo que fuera que sirviera para que dejara de hablar. Inspiró una bocanada de aire —la aspiró más bien — con los dientes apretados.

—Quítate la puta ropa.

A Gracie empezó a temblarle la barbilla y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Yaaa!

Esforzándose por no llorar, Gracie se puso de pie, se quitó la camiseta y la dejó en el suelo, en el charco de pintura. Y, a continuación, se quitó el resto de la ropa.

Lynn tiró de la parte de arriba del pijama de Oscar y, cuando al niño se le quedó enganchado en el codo, tiró aún con más fuerza y a punto estuvo de levantar del suelo al crío, pero algo se rasgó y el brazo quedó libre. Oscar gritó y empezó a llorar. Se cogió el brazo mientras su madre tiraba de los pantalones y del pañal que seguían poniéndole para que pasara la noche. El olor a orina rancia se

apoderó de la habitación. Josh ni siquiera se había molestado en cambiarlo antes de salir corriendo. ¡Cómo no! ¿Para qué?

Lynn temblaba casi tanto como sus hijos cuando señaló el pasillo con el dedo y dijo:

—Al baño. Ahora.

8

MATT

Aquello terminó tan rápido como había empezado. Los cuervos desaparecieron, seguidos de sus chillidos y aleteos, y fueron sustituidos por lloriqueos apagados y gritos en cuanto la gente empezó a salir a rastras de debajo de las mesas y las sillas.

Matt había abrazado a Gabby con tanta fuerza que sus cuerpos podrían haberse fundido en uno. La mujer temblaba de pies a cabeza. Su aliento, caliente, acariciaba el cuello de Matt con cada respiración. El agente hundió la cabeza en su pelo y le susurró:

—¿Estás bien?

La única respuesta de la mujer fue un asentimiento apresurado. Se cogieron de las manos y se estrecharon los dedos con fuerza.

Matt se sentó, incorporó a Gabby con él y la atrajo hacia sí. No quería soltarla bajo ningún concepto.

La desconocida estaba como a un metro y medio a su izquierda, también sentada, abrazándose las rodillas contra el pecho. Miraba a Matt desde detrás de su largo pelo moreno y despeinado, que le cubría parcialmente la cara. Había algo raro en su mirada, en sus ojos, como si una extraña visión de túnel los conectara a los de él y los convirtiera en las únicas personas de la cafetería capaces de comunicarse sin palabras. La chica miró a Gabby, y a continuación su mirada saltó al otro extremo de la cafetería, donde se encontraba

Addie, acurrucada debajo de una mesa, cerca de la vieja Wurlitzer, en una esquina. Volvió a mirar a Matt, y cuando sus ojos se encontraron esta segunda vez, había algo más en ellos.

A Matt le dio un vuelco el corazón.

«Lo sabe».

Cuando la chica torció la boca, el agente lo tuvo claro.

Matt se obligó a separarse de Gabby y se aclaró la garganta:

—¿Alguien está herido?

—¡Yo tengo unos arañazos y cortes de cristal roto!

Era Henry Lockwood. Estaba debajo de la mesa de su reservado, con aquellos brazos carnosos suyos alrededor de sus dos hijos más pequeños. Ambos lloraban. Unas mesas más allá, Helen Hardwick tapaba con una servilleta una herida que su marido tenía en la sien.

—Voy a por el botiquín —comentó Gabby mientras se apresuraba hasta la barra con cuidado de no pisar los cristales y los cuervos muertos que estaban esparcidos por el suelo.

Había cuervos por todos lados.

Matt se inclinó para observar mejor a uno de ellos.

Nunca había visto cuervos tan grandes. Debían de tener unos cincuenta centímetros del pico a la cola y era probable que pesaran entre un kilo y algo menos de kilo y medio. Las garras se parecían más a las de un halcón, y el pico, oscuro, estaba curvado en la punta, formando una especie de gancho.

En aquella fase del otoño, no era de extrañar ver cosas raras relacionadas con pájaros en Hollows Bend. Teniendo en cuenta que las bandadas empezaban a migrar al sur, Matt había visto cosas de lo más curiosas..., pero nada como aquello.

Sacó el móvil, tomó varias fotografías desde diferentes ángulos y se las envió a la sheriff.

La mitad de los ventanales de la cafetería estaban rotos, pero Henry Wilburt se encontraba junto a uno de los pocos que seguían en pie. El hombre enderezó el marco de alambre de sus gafas, limpió las lentes con la camisa y volvió a ponérselas. Tuvo que apretar los soportes del puente para que no se le resbalaran de la nariz. Cuando el hombre se volvió para mirar por el ventanal, Matt se fijó en que tenía un cortecito en la calva de su cabeza regordeta. No era grave, pero la sangre le había llegado al cuello de la bata de farmacéutico, que siempre llevaba impoluta.

—Ay, Dios mío...

Evitando el contacto visual con la desconocida, que seguía sentada en el suelo, Matt cruzó la cafetería hasta donde estaba Henry y miró afuera.

La parte de césped que se veía en la plaza, al otro lado de Main Street, estaba cubierta de cuervos muertos. Y lo mismo podía decirse del pavimento y de los coches aparcados. El Audi descapotable que Matt había visto antes parecía de siniestro total —no quedaba ni rastro de la capota—; había pájaros sobresaliendo de la tapicería de cuero en ángulos extraños, con el pico o incluso la cabeza metida en los asientos como si no hubieran hecho ningún esfuerzo por frenar o detenerse a medida que se acercaban al suelo; de hecho, parecía que hubieran acelerado, como los pilotos *kamikaze* de la Segunda Guerra Mundial, emperrados en destruir algún objetivo concreto por mucho que ello les costara la vida. Otros coches tenían abolladuras destacables. Casi todas las ventanillas estaban rotas.

La gente empezó a salir de las tiendas y negocios de Main Street; caminaban despacio y miraban al cielo en silencio, como en estado de conmoción. Rodeaban los cuervos muertos. Algunos, los menos, giraban en círculo, despacio, mirando a su alrededor.

Addie Gallagher pasó junto a Matt y apoyó las manos en la puerta.

—No deberías salir —le dijo Matt.

La mujer lo ignoró. Addie empujó la puerta y salió a la calle pisando los cristales rotos.

Gabby regresó con el botiquín, lo dejó sobre la mesa de los Lockwood y empezó a atender a los niños. Que Matt supiera, carecía de formación médica, pero se movía con la habilidad de una profesional, extrayendo con cuidado las esquirlas de cristal con ayuda de unas pinzas antes de aplicar una pomada y vendar la herida. Por lo que parecía, aquella labor sirvió para que la mujer se calmara. Ya no temblaba. Les susurraba a los niños mientras los curaba, y aquella sonrisa cálida y tan típica de ella regresó a su rostro.

Fuera, Addie bajó de la acera y cruzó la calle hasta la plaza. Había gente reuniéndose al lado del kiosco de música; todos del pueblo, a juzgar por lo que Matt veía. La mayoría de los turistas, si no todos, se habían marchado antes de que aquello sucediera..., fuera lo que fuera «aquello».

Matt volvió a mirar a la gente que estaba en la cafetería y finalmente él también salió a la calle.

—¿Qué opinas? —le preguntó Henry Wilburt cuando se unió al policía—. ¿Alguna especie de tormenta eléctrica?

Matt se limitó a mover la cabeza de lado a lado.

En el ambiente había un fuerte olor a ozono, como si acabase de pasar una tormenta. Ahora bien, ni había llovido ni había caído un solo rayo. El cielo estaba despejado, completamente azul, excepto por unas nubes blancas que rodeaban el pico del Monte Washington a lo lejos.

—Recuerdo haber leído que los pájaros tienen una especie de radar, casi como una radio, para comunicarse los unos con los otros —comentó Henry—. Se conectan con los siete u ocho que vuelan a su alrededor y son capaces de moverse como si fueran uno. Así es como vuelan en formación.

—¿Eso no son los murciélagos?

—Seguro que los pájaros también. Yo creo que algo ha debido de alterar esas señales, ha confundido a los líderes... y los demás los han seguido. —Alzó una mano al aire e imitó a los cuervos volando, y a continuación cayendo en picado—. Ya sabes, unos detrás de otros. Horrible. ¡Es un milagro que no haya muerto nadie!

En eso tenía razón. Matt miró a su alrededor y vio que la gente había sufrido algunas heridas, pero nada serio. Fuera lo que fuera aquello, al parecer concentrado en Main Street, en un radio aproximado de unos cien metros. Se veía claramente dónde acababa, al otro lado de la plaza y a ambos lados de la calle.

—Henry, hazme un favor, abre la farmacia durante unas horas. Sé que es domingo, pero es probable que la gente necesite vendas o algún medicamento.

—¡Claro, Matt! —El hombre señaló la puerta de la cafetería con la cabeza—. Deberías hacer algo con ella. No es un buen momento para ir por ahí descalzo.

Matt se volvió y vio a la chica en el umbral de la cafetería, sin prestar atención a todos los cristales rotos que había a sus pies. El agente abrió la boca para decirle algo, pero justo en ese momento le sonó el móvil. Era la sheriff Ellie Pritchet.

9

LYNN TATUM

—¡Mamá, tengo jabón en los ojos!

Gracie tenía los dedos cubiertos de espuma y se frotaba los ojos con las palmas; los tenía rojos.

—¡Pues para de hacer eso! —Lynn le dio una palmada en las manos para apartárselas de la cara y cogió el telefonillo de ducha de la pared—. A ver, espera, que te las aclaro. —Abrió el grifo y el agua salió de golpe.

Cuando se dio cuenta de que estaba sujetando el telefonillo al revés, era demasiado tarde. El agua helada la empapó, mojó las paredes, el neceser y el inodoro antes de que consiguiera girarlo y enfocarlo hacia su hija.

Gracie gritó y se echó hacia atrás:

—¡Está muy fría!

Entretanto, Oscar seguía gritando. Empezó en el dormitorio de Gracie y el berrinche fue en aumento a medida que Lynn los arrastraba a ambos al cuarto de baño y llenaba la bañera con una serie de juguetes elegidos al azar, espuma de baño y agua. El niño daba patadas y puñetazos, y ya la había arañado tres veces cuando Lynn consiguió meterlo en la bañera. El peor arañazo lo tenía en la mejilla; la uña del crío se la había rajado de lado a lado.

—¡Mamá, que está muy fría! ¡Que está muy fría!

Lynn maldijo y giró el grifo demasiado rápido. Lo giró a toda prisa en la dirección contraria, pero no fue lo bastante rápida como para que el agua no saliera ardiendo.

Gracie se echó a un lado y se golpeó la cabeza con la pared de baldosas. No dijo nada, pero su boca describió un perfecto y silencioso «au». A continuación empezó el llanto, sollozos acompañados de gritos que se interrumpían cada vez que la niña respiraba.

—Estate quieta...

Lynn dejó el telefonillo y adelantó las manos para coger a Gracie. La niña le dio un manotazo y la llenó de agua jabonosa teñida de rosa por la pintura.

Lynn cogió a su hija por las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza. La niña intentó liberarse, pero Lynn apretó más.

—¡Mamá, me haces daño! ¡Para!

Pero Lynn no paró, apretó con más fuerza. Miró a la niña fijamente a los ojos y apretó, apretó como si fuera un puto tornillo de banco. Retorció aquellas muñecas pequeñitas con todas sus fuerzas y no las soltó hasta que se percató de que el gesto de Gracie pasaba del dolor al miedo. En un instante, aquella satisfacción pasajera que acababa de sentir se convirtió en vergüenza y culpabilidad, aunque esas sensaciones apenas duraron un minuto, porque, al fin —¡bieeen!—, las pastillas estaban empezando a hacer efecto y a cumplir con su función: amortiguar los sentimientos y recubrirlos con la agradable y cálida mantita del adormecimiento.

Lynn examinó el cuarto de baño; en cierto modo, esperaba encontrarse a Josh en la puerta, todopoderoso, dispuesto a acusarla —no sería la primera vez— de ser una madre de mierda. El capitán

Rectitud. Don Si-Quiero-Tomarme-El-ZumoEn-Casa-Del-Bombón-De-Mi-Vecina-Me-Lo-Tomo. No, allí ni estaba Josh ni había nadie.

Cuando volvió a concentrarse en Gracie, vio que la niña estaba en el otro extremo de la bañera, en el más completo silencio, frotándose las muñecas. Lynn le echó una mirada que quería decir: «Ten por seguro que volveré a hacerlo como me sigas dando por saco», seguida de otra de Gracie, con los ojos entrecerrados, que respondía: «Sí, lo sé». Ahora bien, ninguna de las dos dijo nada. Luego iría corriendo a contárselo a su padre. ¡Bah!, le daba igual. Ya no le importaba. Puede que la próxima vez se lo pensase dos veces antes de marcharse y dejarla sola con trabajo y teniendo que cuidar de los niños. Y todo aquello estaba pasando porque él no se esforzaba lo más mínimo con la mierda de negocio ese de contabilidad. Lynn lo tenía muy claro y así se lo iba a plantar cuando saliera en alguna conversación, y joder, las ganas que tenía de que saliera. Estaba preparada para esa pelea. Llevaba mucho tiempo preparándose.

Puede que Gracie hubiera recibido el mensaje alto y claro, pero su hermano no. Oscar no solo seguía llorando y berreando, sino que estaba sacando todos los juguetes de la bañera, de uno en uno. Al menos la mitad ya estaban en el suelo, y de los distintos puntos de la pared contra la cual los había estrellado caían chorretones de agua rosada. Hasta el techo estaba húmedo. Como si pretendiera enseñarle cómo lo hacía, Oscar cogió un barquito de plástico y lo lanzó en línea recta. El barquito golpeó el ventilador del extractor, rebotó y dejó a su paso una rociada de agua sucia antes de aterrizar junto a la puerta emitiendo un ruido sordo. Cuando el niño cogió una pelota de golf de juguete y se dispuso a lanzarla contra el

espejo, Lynn se lo impidió de un manotazo. Le golpeó el brazo con tanta fuerza que, un instante antes de que la pelota de golf golpeara la pared de baldosas a su espalda y se desvaneciera en el agua, se oyó un sonido horrendo a la altura del hombro del crío, como un chasquido.

Aquello lo calmó, pero solo por unos segundos. Sorprendido, impactado, fue como si su cerebro procesara lo que acababa de suceder con una especie de retraso, pero, cuando por fin extrajo una conclusión, el niño empezó a gritar de nuevo, a un volumen de once sobre diez, y desatado como solo son capaces de desatarse los niños de cinco años. Lynn esperaba que la culpabilidad volvería a hostigarla, pero no fue así. Las pastillas le estaban haciendo un efecto brutal y todas aquellas sensaciones como la depresión, la culpabilidad, la ansiedad, o el miedo habían salido de la ecuación. Mientras las pastillas siguieran haciendo efecto, permanecerían guardadas en un armario y pensar en eso hizo que se sintiera bien. Muuuy bien.

«Llorad todo lo que queráis. ¡Todo lo que queráis!».

El agua empezó a salirse de la bañera. Lynn se dio cuenta de que Gracie había metido una manopla de baño en el rebosadero y había vuelto a abrir el grifo. Puede que lo hubiera hecho para distraer su atención y proteger a Oscar, o puede que se debiera, sencillamente, a que era un puto monstruo enano. Fuera por lo que fuera, a Lynn le importaba una mierda. En vez de cerrar el grifo, se acercó y lo abrió al máximo. También cerró el agua fría y abrió al máximo la caliente. Cuando Gracie hizo ademán de levantarse, Lynn la miró fijamente:

—Ni se te ocurra. Siéntate ahora mismo.

Al fondo del pasillo, el ordenador volvió a tintinear. Alguna otra cajita con algún otro mensaje; probablemente uno en el que pondría que estaba vagueando, que debería estar al teléfono, que se estaba perdiendo todo tipo de ganancias sustanciosísimas. A la mierda. ¡A la mierda todo, joder!

Había agua por todas partes, el agua había empapado la alfombrilla y se dirigía hacia la puerta.

El hombro de Oscar se había hinchado hasta adquirir el doble de su tamaño normal y parecía una especie de picaporte. ¿Estaría dislocado? Era probable. Se acercó a él, le acarició el pelo y le cogió la cabeza. Lo empujó con suavidad.

—Tranquilo, cariño, que mamá lo va a arreglar todo.

10

MATT

—¿Qué coño me has enviado, Matt? ¿Son cuervos? ¿En la Stairway?

La sheriff Ellie Pritchet estaba estudiando las imágenes que acababa de enviarle el agente.

Matt se pegó el móvil al oído.

—¿Me tienes por el altavoz? Es que casi no te oigo.

Se oyó un clic.

—¿Así mejor?

—Te oigo entrecortada.

El agente subió el volumen del móvil al máximo y se apartó de la acera. La única antena de telefonía que cubría el pueblo estaba cerca del Monte Washington y, a veces, el servicio era mejor si la tenías a la vista.

—Yo te oigo bien —respondió ella a través de un muro de estática —. Cuéntame lo que ha sucedido.

Matt se lo explicó todo a toda prisa, acelerando cada vez más a medida que hablaba. Cuando acabó, estaba enfrente de la cafetería. A través de uno de los ventanales rotos alcanzaba a ver a la desconocida; no le veía la cara, pero sentía que lo estaba mirando.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—No ha dicho ni una palabra.

Ellie Pritchet venía de una larga tradición de agentes de la ley. Su padre había sido el sheriff justo antes que ella, y su abuelo lo había sido antes que su padre. Y, aunque el puesto de sheriff era un cargo público sometido a votación, Ellie había vencido durante los últimos veintiséis años sin la menor oposición, excepto en una de las elecciones, en 2010. Ese año, un abogado de Conway se subió al cuadrilátero y, si los rumores eran ciertos, solo obtuvo tres votos: el suyo, el de su esposa y el de un primo. Tener un Pritchet en tu papeleta se consideraba un valor seguro y nadie estaba dispuesto a sufrir la vergüenza de perder contra semejante legado, un legado que, no obstante, tocaba a su fin. Ellie no se había casado y tenía sesenta y un años, por lo que la posibilidad de tener un heredero hacía mucho que había desaparecido. La mayoría de los del pueblo consideraban a Matt el siguiente en la cola, pero él no tenía claro que esa fuera su aspiración.

Una nueva masa de estática, y a continuación oyó que Ellie decía:

—¿Crees que la han violado? Eso explicaría que le faltara la ropa. ¿Tú dirías que sufre una conmoción?

—Eso es lo primero que he pensado yo también, pero no lo tengo claro. No me da la sensación de que esté conmocionada. La respiración es normal..., no tiene las pupilas dilatadas...

—Así que tampoco es que vaya drogada.

—No lo creo, no. No parece ni confundida ni ansiosa. Aparte de que no habla... parece de lo más normal.

—La gente normal no va por la calle como Dios la trajo al mundo.

Matt cruzó Main Street hasta la plaza. La bomba de la gran fuente estaba apagada por cuestiones de mantenimiento, pero la fuente estaba llena de agua y en la superficie flotaban decenas de cuervos

muertos, algunos con las alas extendidas y otros con las alas recogidas contra el cuerpo.

—A Buck lo he encontrado en ropa interior en un par de ocasiones —señaló Matt.

—He dicho «gente normal». ¿Parece una ladrona de coches?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estoy en la 112, cerca de Lower Falls, y he encontrado un Honda rojo en la cuneta. La puerta del conductor está abierta y las llaves siguen puestas en el contacto, pero no hay ni rastro del conductor.

Guardó silencio durante un segundo; cuando retomó la conversación, su voz sonó distante por unos momentos, y de pronto se volvió más intensa. Al parecer había puesto el manos libres mientras rodeaba el vehículo, y ahora se había acercado de nuevo el teléfono a la boca.

—Apenas se observan daños en la parte delantera, como si hubiera acabado aquí yendo a poca velocidad. El cambio de marchas es manual y tiene la palanca en tercera. No se ha quedado sin gasolina; todavía le queda medio depósito. La ventanilla del copiloto está rota. No lleva nada en la guantera. Tampoco tiene matrículas. Posiblemente lo han robado para dar un paseíto y el paseíto ha acabado mal.

—No sé si la chica llegará a los dieciséis. Además, ¿cuántos jóvenes que tú conozcas saben conducir con cambio manual?

—Bien visto.

Matt se inclinó hacia el agua de la fuente y tocó uno de los cuervos con el dedo, lo sumergió y se quedó mirando cómo volvía a salir a la superficie. En la punta del dedo tenía una especie de

residuo negro y como pegajoso... Se frotó las yemas del índice y del pulgar y se ennegreció ambos dedos.

—¡Puaj!

—¿Qué pasa?

—¿Sabes si ha habido por la zona alguna fuga química..., de petróleo...? Los cuervos están cubiertos de algo. —Volvió a mirar el agua—. Algo que se está mezclando con el agua de la fuente y la está manchando.

—¿Cómo exactamente?

—No sé... Como si fuera colorante alimentario negro.

—El petróleo es más ligero que el agua, flotaría en la superficie y no se mezclarían.

Pues petróleo no era.

Ellie chasqueó la lengua.

—Lleva a la chica esa a la comisaría y tómale las huellas. Luego pídele a Sally que intente dar con alguien que la lleve al centro médico de North Hollow para que comprueben si la han violado. Es mejor descartarlo cuanto antes. Si sigue sin hablar, puede que haya que hacerle un chequeo. Con una analítica completa. Pregunta por el doctor Joshi; él sabrá qué hacer.

Daba la impresión de que la mitad del pueblo estaba en Main Street, como intentando comprender qué había pasado con los cuervos. Muchos estaban sacando fotos con el móvil, otros miraban el cielo azul.

—¿Quieres que clausure la zona con cinta?

—Los pájaros mueren, Matt. Busca a Buck para que ayude a limpiar. Es domingo, así que seguro que le viene bien que hoy se

pague extra. Yo echo un último vistazo aquí y vuelvo a la comisaría. Voy a...

La estática volvió a apagar sus palabras y se cortó la llamada. Cuando Matt marcó el número de la sheriff, le saltó el buzón de voz. El agente se limpió los dedos en los pantalones y volvió a la cafetería. La chica se hizo a un lado mientras él entraba; estaba como oculta por las sombras de la máquina de discos. Gabby seguía en la mesa de los Lockwood, curando a unos y a otros. Matt se arrodilló junto a ella y le dio un beso en la sien.

—Ellie quiere que lleve a nuestra nueva amiga a la comisaría y que la espere allí. ¿Puedes con esto?

Gabby acabó de limpiar con peróxido un pequeño arañazo que Bobby Lockwood tenía en el brazo y le tocó la nariz al chico con la yema del dedo.

—Bobby ha accedido a ayudarme a cambio de un batido, así que me las arreglaré, ¿a que sí, Bobby?

—Sí, señora. —El niño asintió con rotundidad y a continuación le explicó a Matt—: Quería coger los cuervos, pero la señorita Gabby me ha dicho que no los toque.

Matt miró uno de los cuervos muertos. La baldosa sobre la que estaba relucía con la misma película negra que había visto en la fuente.

—La señorita Gabby es una mujer sabia. Yo tampoco los tocaría. —Y se dirigió a ella—. Volveré en cuanto pueda para echarte una mano.

—Si pasas cerca de mi casa, ¿podrías comprobar qué tal está Riley? No responde al teléfono.

—La torre de telefonía está haciendo cosas raras. Seguro que Riley está bien.

—Seguro que sí.

Pero había una chispa de preocupación en sus ojos y, teniendo en cuenta que estaba ayudando a toda aquella gente en vez de ir corriendo a su casa a comprobar que su hija estaba bien, comprobarlo él era lo mínimo que podía hacer.

—Pero tranquila, que me pasaré. —Y le dio un beso.

—¿Nos vemos esta noche?

—¡No te quepa la menor duda!

11

MATT

La comisaría de Hollows Bend era un edificio de ladrillo de una sola planta que se encontraba a unos setecientos metros de la Stairway, al otro lado de Main Street. Matt aparcó el coche patrulla justo delante y llevó a la chica hasta la puerta de la comisaría.

En cuanto abrió la puerta, se dio de bruces contra un muro de sonido: teléfonos que no dejaban de sonar, el fax, conversaciones ininteligibles en la radio... Sally Davie estaba en la recepción, con el teléfono en una mano y un bolígrafo en la otra. La mujer tenía el pelo rizado y canoso, y, en aquel momento, parecía completamente despeinada. Sobre el suelo, en medio de la estancia, había papeles esparcidos y un charco enorme de café junto a los restos de su taza favorita.

En cuanto lo vio entrar, se puso de pie y levantó un dedo.

—¿Pat? Oye, Matt acaba de entrar. Te voy a dejar un momento en espera, ¿eh? —Pulsó el botón para mantener las llamadas en espera, se puso el teléfono en el hombro, soltó una bocanada de aire, como si llevara rato conteniéndolo, y señaló los papeles y el charco de café —. ¡Soy boba! Me he asustado, he resbalado... ¡y me he llevado medio escritorio por delante! ¡Casi me rompo el hueso de la risa! Cuidado dónde pisas.

Matt se acercó a ella.

—¿Estás bien?

Hacía tres años que Sally tendría que haberse jubilado —le faltaban dos para cumplir los setenta— y, probablemente, era la mujer más dura que Matt conocía. Pero una caída a su edad podía ser muy peligrosa.

—He criado a cuatro chicos, Matt, dos de ellos en solitario después de enterrar a mi marido. Hace falta mucho más que una grieta en el linóleo para ponerme contra las cuerdas.

Matt no había llegado a conocer a Jack, el marido de Sally. El hombre había muerto en un atropello con fuga en Portsmouth antes de que él naciera. Estaba parado junto a su camión, abriendo la puerta, cuando alguien se lo llevó por delante. Aunque hubo dos testigos, ninguno de ellos logró anotar la matrícula y la policía no llegó a dar con el coche.

Empezó a sonar otra línea. Sally pulsó el botón de forma enérgica.

—Oficina del sheriff, enseguida estoy con usted. —Y puso al que acababa de llamar en espera antes de que este pudiera responder—. Los teléfonos se han vuelto locos. ¿Qué ha pasado ahí fuera? Nunca había visto...

Cuando se fijó en la chica medio desnuda que había al lado de Matt, Sally abrió la boca de par en par.

—Oh..., pero ¿qué tenemos aquí? —La mujer retorció el cable del teléfono alrededor del dedo—. ¿Es una vagabunda?

Matt le contó lo poco que sabía.

—¿Podrías mirar en Objetos perdidos, a ver si hay algo con lo que pueda vestirse?

Sally asintió y estudió a la chica.

—¿Cómo te llamas, cariño?

Al ver que no respondía, Matt le explicó:

—No ha dicho nada desde que ha aparecido. ¿A ti te suena de algo?

Sally se mordió el interior del carrillo, entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Cuando tienes mi edad, te da la impresión de que conoces a todo el mundo, pero no..., no me suena de nada.

—Ellie quiere que busques a alguien que la lleve al centro médico. Y hay que pedirle a Buck que limpie la plaza.

—Creía que Buck estaba contigo.

—Se ha pirado en cuanto ha acabado de desayunar. Yo diría que está en casa.

Una de las líneas en espera empezó a pitar. Sally puso los ojos en blanco y respondió:

—Oficina del sheriff, siento mucho la espera. ¿En qué puedo ayudarle?

Mientras escuchaba la respuesta, sus arrugas se fueron haciendo más profundas. Le hizo un gesto a Matt para que se acercara y puso la llamada en manos libres:

—Josh, cálmate. Ellie no está aquí, pero he puesto el manos libres y te está escuchando Matt. ¿Podrías repetir lo que acabas de decirme?

Matt miró a Sally y musitó:

«¿Josh... Tatum?».

Sally asintió.

La voz que salió del teléfono no se parecía en nada a la del hombre que Matt conocía. Josh intentaba hablar entre sollozos.

—... No me he ausentado tanto tiempo. Veinte... treinta minutos. ¡Ay, Dios..., tenéis que venir!

Matt se inclinó sobre el receptor:

—Josh, ¿qué ha pasado?

—Lynn... Ay, Dios..., Gracie y Oscar... ¡Ay, Dios mío...! ¡Dios míooo!

La voz se apagó y se oyó un golpe, como si se le hubiera caído el teléfono.

—¿Josh? ¿Sigues ahí? —le preguntó Sally.

No había colgado, porque lo oían llorar, pero tampoco respondía.

Sally señaló a la chica con la cabeza.

—Ve, que yo me encargo de ella.

12

NORMAN HEATON

Norman Heaton se sentía mareado a ratos. El mareo le llegaba como una ráfaga de viento a través de una ventana abierta, lo rodeaba y luego se desvanecía. Como con la mayoría de los dolores, pinchazos, achaques, calambres y demás mierdas que visitaban a una persona pasados los setenta, reconoció su presencia, se quedó quieto hasta que se le pasó, y a continuación confirmó que seguía respirando.

—¿Vas a querer más huevos?

Eisa Heaton estaba de pie junto al fregadero con su *muumuu* andrajoso preferido, de espaldas a él, y su voz sonaba mucho más lejana de lo que debería, como si estuviera en la habitación de al lado en vez de a metro y medio de él. Era como si Norman tuviera agua en los oídos o como si fuera en un avión que acababa de empezar a descender hacia su destino.

—¿Huevos? —Norman notó que su propia voz sonaba igual de apagada.

—Sí, eso que ponen las gallinas y que se supone que no deberías de estar comiendo, como todo ese beicon y el medio litro de sirope con el que has ahogado las tortitas. Huevos.

La voz de la mujer recuperó toda su potencia hacia la mitad de la frase y todo volvió a estar bien, fuera lo que fuera que le pasaba. Ya no estaba mareado. Oía bien. El corazón... Norman hizo una pausa,

como si fuera capaz de determinar mentalmente si su corazón latía y, como no encontró nada anormal, decidió que todo iba bien. Había estado leyendo la *Hollows Bend Gazette* cuando le sobrevino el mareo, y ahora la esquina de la página de deportes estaba retorcida en su mano sudorosa. Abrió los dedos, los flexionó y alisó el periódico. Su esposa no lo había visto, y a él le parecía bien que así fuera, cada vez que Eisa se olía el menor problema de salud insistía en que fuera a ver al doctor Billets para que le echara un vistazo, pero Norman no pensaba perderse la paliza que los Patriots iban a meterles a los Raiders esa tarde.

—¿Norman?

—¿Hum?

—¿Has acabado de desayunar o quieres más? No me has respondido.

Antes de que a Norman le diera tiempo a decir nada, Eisa se acercó a la mesa, cargó en el antebrazo izquierdo los platos con las sobras y otros restos de comida y lo dejó todo en la encimera, junto al fregadero.

—Sí..., supongo que he acabado.

Antes de que Norman se sintiera mareado, Eisa había estado hablando de las compañeras de su club de bridge. No sé qué de que Bernadette había vuelto a hacer trampas y Julie quería expulsarla del grupo o suspenderla, o alguna tontería de esas. Norman escuchaba una quinta parte de las palabras, y el resto las descartaba. Hacía tiempo que había aprendido que la clave para llevar casados cuarenta y siete años no era exactamente escuchar, sino saber cuándo escuchar y cuándo no escuchar, porque escucharlo todo volvería loco de remate a cualquier hombre.

—... aunque prometa dejar de hacerlo —comentó Eisa mientras se llevaba su taza de café medio vacía—. ¿Te lo puedes creer?

—Ya, ya... —respondió él y apuró el zumo antes de que su esposa se lo llevara también.

A Eisa le gustaba hablar. Siempre le había gustado. No tenía ningún problema en llevar la voz cantante en las conversaciones que mantenían, y la mayoría de los días a él no le importaba lo más mínimo que lo hiciera. Le parecía bien cuando era ella quien lo decía todo, pero había días en que la mujer sentía la necesidad de que él participara en la conversación y hoy era uno de esos días. Y, cuando eso pasaba, lo normal era que, cada tres o cuatro frases, la mujer lo espoleara para que hablara, para que le diera una respuesta antes de seguir hablando ella. Norman había acabado por llamar a aquellos días «los días de necesidad»... y odiaba con toda su alma los días de necesidad.

Norman sacudió el periódico, enterró la cabeza en las páginas de deportes una vez más y, por tercera vez, empezó a leer el artículo acerca de Jackie Bradley hijo. Era imposible que los Red Sox fueran a ficharlo de nuevo, pero el gacetillero que escribía el artículo pretendía que los lectores así lo creyeran.

Eisa, que seguía parloteando, se acercó a la nevera, sacó dos filetes y los llevó a la tabla de cortar. Abrió el paquete rasgando el plástico, los dejó en la tabla y empezó a darles con un mazo. Se tiró con aquello tres minutos enteros antes de parar y preguntarle:

—¿Te parece bien que cenemos filete?

Norman se aclaró la garganta, volvió a sacudir el periódico y contó hasta cinco antes de responder:

—Sí.

Eso también lo hacía constantemente, preguntarle su opinión cuando hacía tiempo que su opinión ya no le importaba. Se le pasó por la cabeza decirle que no quería filete para ver qué pasaría con aquellos dos pedazos de carne que había apaleado hasta la muerte y con el envoltorio, que ya estaba en la basura. Norman sabía que esa noche iban a cenar ternera dijera él lo que dijera, y Eisa también lo sabía, así que, ¿para qué se molestaba en preguntárselo?

Blablablá.

¿Qué había sido de aquella frase según la cual «si la palabra es plata, el silencio es oro»?

Norman se miró la mano. ¿Cuándo había cogido el cuchillo de la mantequilla? Lo estaba apretando con tanta fuerza que le había dejado una línea roja en el puente del pulgar; no lo bastante fuerte como para hacerse una herida —¡buena suerte intentando hacerte una herida con un cuchillo para la mantequilla!—, pero muy muy fuerte.

—... supongo que podría jugar con Julie si expulsan a Bernadette, pero preferiría que no fuera así. ¿Te puedes creer que todavía fuma? Y cree que su marido no lo sabe. ¡Ja! Su coche huele a cenicero sumergido en Estée Lauder aguado. Dos minutos en ese Prius y sentí que tenía los pulmones recubiertos de brea; puse a lavar la ropa en cuanto llegué a casa. Mary dijo que me recogería, pero es que vive en la otra punta del pueblo, por lo que nuestra casa no le pilla de camino y...

Norman hizo el cálculo. Hollows Bend tendría algo menos de dos mil hectáreas. Podías recorrerlo de una punta a la otra en menos de una hora, así que, ¿de verdad costaba tanto circular un kilómetro en

la dirección contraria? ¡Menudas chorradas, por Dios! Era como si a Eisa le gustase hablar por hablar.

Norman volvió a apretar el cuchillo de la mantequilla, ejerciendo con el pulgar toda la fuerza que le permitía su mano artrítica sobre la hoja. De pronto se dio cuenta de que estaba mirando a Eisa, al lateral de su cuello. No era necesario golpearla con un mazo para ablandarla, un cuchillo cortaría esa parte como si fuera...

Miró el cuchillo que tenía en las manos y sonrió.

... como si fuera mantequilla.

—¿Norman? Te he hecho una pregunta.

Norman estuvo a punto de esconder el cuchillo, lo cual habría sido una estupidez, porque Eisa no lo estaba mirando. Y también era una estupidez porque era un puto cuchillo para la mantequilla y no tenía nada de malo tener un cuchillo para la mantequilla en la mano estando como estaban en la cocina. No es que estuviera sujetando uno de los cinceles del garaje o su cuchillo de combate. Con eso sí que se podía hacer daño. Adoraba su cuchillo de combate. Si hubiera presionado el pulgar en el filo de ese cuchillo con la misma fuerza con la que estaba presionando el filo del cuchillo de la mantequilla, la punta de su dedo hace tiempo que estaría en el suelo. Con ese cuchillo podría decapitar a Eisa, casi sin esfuerzo. Empezaría clavándoselo en la parte blanda que estaba situada por encima del hombro, lo giraría, tiraría, ¡y, hala, listo! No creía que se tardara más de...

—¿Norman? ¿Otra vez divagando? —le preguntó Eisa antes de dejar caer el mazo una vez más sobre los filetes—. ¿Acaso crees que te cuento todo esto porque me gusta cómo suena mi voz? Quiero tu opinión.

«¡Ay, cotorra de los cojones, te encanta cómo suena tu voz, a mí no me engañas!».

Norman volvió a aclararse la garganta y sacudió la gaceta una vez más.

—Estoy intentando ponerme al día del partido antes de que empiece.

—Claro, porque eso es muy importante. —Eisa le dio a la carne con el mazo una vez más, solo que, en esta ocasión, su entusiasmo fue tal que los armarios traquetearon.

Norman sintió un cosquilleo en la sien y se dio cuenta de que estaba sudando. Se secó el sudor con el envés de la mano y vio su reflejo en el cuchillo de la mantequilla. Por un instante, no se reconoció. Aquellos no eran sus ojos. Sabía que no era como mirarse en un espejo, que el cuchillo distorsionaba los rasgos ligeramente, los alargaba, sí..., pero aquellos no eran sus ojos.

—¿Por qué no me llevas tú? —comentó Eisa de pronto, rompiendo aquel momentáneo silencio.

—¿Adónde?

¡Plaf!

«Dios, pobres filetes».

La mujer dijo algo hablando para sí misma, pero lo único que él entendió fue: «... nunca me escucha».

¿Por qué hacía tanto calor? ¿Se le había olvidado apagar el horno a Eisa? Norman sudaba tanto que tenía la camisa pegada al pecho y a la espalda.

—¿Podrías abrir la ventana? —le preguntó a su esposa.

Si Eisa lo había oído...

«Seguro que me ha oído».

... no se movió ni un centímetro en dirección a la ventana que había sobre el fregadero. Lo que hizo fue darles a toda prisa tres golpes más a los filetes. ¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Norman se sorprendió mirando la parte blanda del cuello de su esposa mientras ella asestaba los tres golpes. La carne fofa de su cuello se movía y temblaba como la de un... ¿Cómo se llamaba esa raza de perro? *Shar pei*, ¿no? ¡Como la de un puto *shar pei*! Recordó el aspecto que tenía aquel cuello hacía cuarenta y siete años. Aquel cuello no era así hacía cuarenta y siete años. Por aquel entonces, aquella mujer no tenía las carnes colgando. Ni cacareaba. No estaba todo el día blablablá. Un pensamiento muy loco pasó por su cabeza; aunque, en realidad, aquel pensamiento tenía mucha lógica: si le clavaba el cuchillo lo bastante profundamente y la rajaba, ¿encontraría a la mujer con la que se casó?

Los cuchillos para la mantequilla no tenían voluntad propia, no pensaban y no tenían sentimientos, pero Norman estaba bastante seguro de que el cuchillo iba calentándose en su mano, que se excitaba, que se ponía ansioso. El cuchillo le envió algún tipo de señal, como si le dijera: «Me gusta cómo piensas, Norman. No solo creo que tienes toda la razón, sino también que eres un puto genio. Cuenta conmigo. ¡Hagámoslo! Sé que no estoy afilado, pero pienso ponerlo todo de mi parte. Basta con que tú te esfuerces un poco».

—Eisa, la ventana —se oyó decir a sí mismo y aquella voz tampoco era la suya, era la voz de aquel a quien pertenecía el reflejo del cuchillo.

Esta vez su mujer echó mano a la ventana, quitó el pestillo e intentó levantar la guillotina, pero la ventana no se abría.

—Parece que la madera ha vuelto a hincharse —comentó con un gruñido.

Norman dejó el periódico sobre la mesa con cuidado, evitando la suciedad y las zonas mojadas, porque después pensaba acabar de leer la historia esa sobre Jackie Bradley hijo y no había razón alguna para estropearlo más todavía. Se levantó y sintió una especie de fuerza corriendo por sus brazos y sus piernas, como una energía que hacía mucho tiempo que no sentía, puede que hiciera ya media vida.

Norman sujetó el cuchillo con fuerza, se puso por detrás de Eisa, con los ojos fijos en su cuello, y la rodeó para poder acercarse a la ventana.

—Déjame ver.

13

MATT

Los Tatum vivían como a un tercio de Morning Glory Street, en una casa cuadrada y pintada de blanco con contraventanas negras que habría encajado a la perfección en una peli de Hughes de los ochenta, pero que no habían remodelado desde entonces y que estaba claro que necesitaba un poco de cariño. En las ventanas frontales faltaban dos de las contraventanas y otra colgaba de lado, como si estuviera planteándose tirarse al suelo. Hacía bastante tiempo que no cortaban el césped y las malas hierbas despuntaban a distintas alturas. Había una bicicleta de niño tirada en el jardín y la mayoría de la pintura púrpura del cuadro estaba marrón por efecto del óxido.

Matt ni siquiera había apagado el motor cuando Josh Tatum salió a toda prisa por la puerta principal, corrió por el camino de entrada hasta el coche patrulla y tiró de la manija de la puerta del conductor. Sin embargo, la puerta tenía el seguro echado, un hábito que Ellie le inculcó a Matt por la fuerza, cuando apenas llevaba una semana vistiendo el uniforme. Al ver que resultaba imposible abrir la puerta, a Josh se le puso la cara de un color rojo remolacha. Golpeó la ventanilla con la parte baja del puño.

—¡Matt, sal del puto coche!

Había algo raro en los ojos de aquel hombre, algo salvaje. Parecía histérico. Los tenía hinchados y rojos. Las pupilas no estaban dilatadas, pero tenía la mirada errática; miraba en todas direcciones. Matt no tenía a Josh por un drogadicto, pero la última vez que el agente vio a alguien con esa cara, era la de un chaval que llevaba todo el fin de semana de fiesta con sus amigos y acababa de probar la meta por primera vez.

—¡Josh, apártate un paso del coche!

Josh lo miró a través de la ventanilla con los ojos muy abiertos, y por un instante a Matt le pareció que el hombre estaba a punto de asestarle un puñetazo a la ventanilla. No lo hizo. Negó con la cabeza y se retiró un par de pasos trastabillando.

Matt abrió el pestillo de la puerta muy lentamente, y, cuando salió del coche patrulla, lo hizo con una mano en la pistola. Habló empleando un tono relajado y afable:

—Josh, mantén las manos a los lados, donde pueda verlas. No hagas movimientos bruscos, ¿vale?

La cara de Josh pasó, no sin dificultad, del enfado a la confusión, y de nuevo al enfado.

—¿Qué coño te pasa, Matt? ¿Es que vas a dispararme?

—¿Llevas algún arma encima?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —Estaba temblando. Levantó una mano y se limpió los mocos con el dorso.

No estaba enfadado. Había estado llorando.

—Dime, ¿qué ha pasado?

—Lynn y los niños... —Intentó decir algo más, pero sus palabras se convirtieron en un galimatías. Dejó de hablar y estuvo a punto de tropezarse con la bicicleta cuando volvía corriendo a la casa.

Matt cogió la radio que llevaba al hombro y pulsó el botón de transmisión.

—Sally, estoy en casa de los Tatum y voy a entrar. Si no sabes nada de mí en unos minutos, envía a Ellie.

—Recibido.

Con la mano aún en el arma, listo para desenfundar, Matt siguió el camino de entrada hasta la puerta principal.

Josh estaba en mitad de la sala, mirando la escalera que daba al primer piso.

A Matt se le puso el pelo de la nuca de punta mientras entraba en la estancia con cautela y comprobaba qué había dentro. No corría el aire y olía a rancio. Las ventanas estaban cerradas y no habían puesto el aire acondicionado. No se oían voces. La casa estaba tan silenciosa que daba miedo. Era tal el silencio reinante que Matt pudo oír cómo se ponía en marcha el compresor de la nevera.

—Josh, ¿dónde están Lynn y los niños?

En un primer momento el hombre no se movió, hasta que por fin alzó despacio el brazo, como si pesara una tonelada. Señaló hacia lo alto de la escalera. Le temblaba el dedo.

14

NORMAN HEATON

Eisa se puso tensa cuando Norman se le acercó por detrás y se pegó a ella. Por primera vez en cuarenta y siete años de matrimonio, la mujer dejó de hablar; al menos, durante el puñado de segundos que tardó en darse cuenta de lo que estaba haciendo su marido.

Norman, que aún tenía el cuchillo de la mantequilla en la mano, dio un rodeo alrededor de su esposa, golpeó enérgicamente con la palma de la mano las cuatro esquinas de la ventana y probó a abrirla. La ventana se resistió al principio, pero por fin empezó a subir emitiendo un chirrido agudo.

Eisa le quitó el cuchillo de la mantequilla de la mano y lo tiró al agua jabonosa del fregadero junto con los demás platos y cubiertos. Entonces hizo algo que Norman no esperaba, se echó un poco hacia atrás y lo rozó con el culo. Como él no se movía, la mujer dejó escapar un gemido y apretó con más fuerza.

Norman no recordaba la última vez que su esposa había hecho algo así, y lo cierto era que tampoco le importaba. A su mujer le olía el aliento a pasta de dientes y a zumo de naranja y, si había algo que le gustaba de todo cuanto estaba sucediendo, era el silencio; que su mujer no estuviera pronunciando ni una sola palabra. Si tenía que sacrificarse por el equipo a cambio de que su mujer se callara, se sacrificaría.

—No digas nada —le pidió a su esposa con suavidad. Se lo susurró al oído, como hacía en aquellos tiempos en que el hecho de que intimaran era tan común como el respirar. Y que el cielo lo ayudara, pero la empujó como hacía en aquellos tiempos y el cuerpo de ella respondió al de él sin ningún esfuerzo, igual que la primera vez que mantuvieron relaciones, en la camioneta Ford del sesenta y dos que Norman había aparcado en la peña de Hollows Bend, con el valle a sus pies. Norman sabía que ella también estaba pensando en aquel momento, cuando eran dos críos experimentando el uno con el cuerpo del otro en una fría noche, tapados únicamente con la vieja manta de franela que habían cogido del granero de los Carmack a sabiendas de que disponían de una hora antes de que alguien fuera a buscarlos. En la radio había estado sonando Ray Charles, pero, ¡joder!, Norman no se acordaba del título de la canción. Aquella noche le susurró «no digas nada», y ahora también repitió lo que le dijo entonces—: No hacen falta palabras.

Norman pasó el brazo izquierdo alrededor de la cintura de Eisa y el derecho alrededor de su cuello hasta alcanzó su hombro izquierdo. La estrechó con suavidad. Aquello hizo que volviera a gemir, y con aquel gemido volvió el olor, y Norman contuvo el aliento antes de que llegase hasta lo más profundo de sus pulmones. Miró el agua jabonosa y pensó que el cuchillo de la mantequilla andaba por allí. Aunque no lo necesitaba, ¿verdad? Había muchas maneras de mantenerla callada, de evitar que acabara con aquel bendito silencio.

Norman tensó el brazo izquierdo y la atrajo un poco más hacia sí por la cintura. Le pareció que a Eisa le gustaba. No obstante, antes de que soltara otro de aquellos gemiditos de los cojones y lo

apestara todo con su aliento, tensó el brazo derecho, le puso el antebrazo en el cuello, por debajo de la barbilla, y empezó a apretar. Al principio lo hizo despacio, apretando levemente. Habían pasado muchos años desde la última vez que le hizo una llave de cuello a alguien y, aunque hay cosas que nunca se olvidan, la maquinaria tiende a oxidarse cuando la dejas en el granero.

Ya fuera por incomodidad o porque pensó que aquello no cuadraba, Eisa volvió a apretarse contra él, y entonces Norman aumentó la presión de su brazo derecho con fuerza lo suficiente como para que ella echara hacia atrás la cabeza. Eisa dejó de rozar su culo contra él. Como no había tenido oportunidad de respirar, lo único que salió de su garganta fue una tos húmeda. La saliva salpicó el cristal y el protector de la ventana de la cocina.

Norman tiró de la cabeza hacia atrás lo bastante fuerte como para levantar del suelo a la mujer. No tenía ni idea de dónde provenía aquella fuerza, pero hacía que se sintiera bien. Le hacía recordar al hombre que fue en su día, al chaval que no le temía a nada. Volvió a ver el reflejo de sus ojos, esta vez en la ventana, y también vio a Eisa. Mientras que sus ojos se veían seguros de sí mismos, voraces, llenos de vida, ella los tenía abiertos de par en par, y parecían globos henchidos de miedo; se le salían de las cuencas, como si estuvieran a punto de caerse.

—Para...

La palabra salió de la boca de la mujer como un siseo, entre los dientes, estirada como si fuera una frase entera y, junto con el sonido de su voz, Norman recordó todas las cosas desagradables que le había dicho en los sesenta años que habían pasado juntos

desde aquella noche en la camioneta. ¡Guau, guau, guau! Uñas arañando una pizarra. Como si le clavaran un picahielos en los oídos.

—Te he... pedido... —Norman tiró con fuerza hacia atrás, levantó el codo y se valió de que la estaba cogiendo por el hombro izquierdo para tirar el brazo derecho más hacia atrás como si fuera la rueda dentada de un engranaje.

Eisa agitaba las piernas, le daba patadas. En un momento dado le acertó de lleno en la rodilla izquierda con el tacón. Norman aflojó la presa, pero apenas durante un segundo. Sin embargo, bastó para que el dolor quedara registrado en su cerebro, aunque no fue más que un pitido. Fuera lo que fuera que le estaba insuflando aquella fuerza, también parecía mantener a raya el dolor. A Norman le gustaba aquello. Le gustaba mucho. Se echó a reír de tanto que le gustaba, joder.

Norman tiró del brazo una vez más, haciendo fuerza con la espalda, y casi levantó a Eisa sesenta centímetros del suelo. La mujer golpeaba con las piernas los armarios que había debajo del fregadero y movía los brazos adelante y atrás, pero Norman era consciente de que aquello casi había acabado. Eisa alcanzó su cabeza con la mano, pero él apenas sintió nada. El hombre buscó el reflejo de ella en la ventana. La mujer tenía los ojos vueltos hacia arriba, completamente en blanco. Fue su propio reflejo lo que le llamó la atención. Parecía que tuviera veinte años, puede que incluso menos. No tenía una sola arruga y lucía una buena mata de pelo, moreno, peinado hacia atrás con tónico Cornwell, aquella crema de mierda que solía robarle a su padre y que hacía que le picara el cuero cabelludo. Su reflejo llevaba puesta aquella chupa marrón de cuero, que había comprado en una tienda de segunda mano de

Portsmouth porque con ella esperaba parecerse a James Dean. Joder, tío, cómo le gustaba aquella chaqueta. ¡Le encantaba! ¿Dónde coño estaría? No la había visto por lo menos en...

Norman vio por el rabillo del ojo un destello plateado, justo antes de que Eisa lo golpeara en la sien con el mazo para ablandar la carne. Fue más un intento azaroso que un ataque bien coordinado, pero, por alguna razón, consiguió alcanzarlo justo en la sien con la fuerza suficiente para que los pinchitos se le clavaran en la piel y el mazo quedara colgando medio segundo antes de caer al suelo. Norman movió la cabeza a un lado con un resonante «¡pum!» que le reverberó por dentro. El anciano se tambaleó, dejó de sujetar a Eisa con tanta fuerza y la mujer cayó al suelo hecha un guiñapo.

Norman esperó a que llegara el dolor —en ese tipo de heridas siempre tardaba un poco en aparecer—, pero, a decir verdad, no sintió nada. El eco se fue apagando hasta desvanecerse. Norman levantó la mano y se tocó la sien con cuidado. Cuando apartó los dedos, los notó húmedos y pegajosos, pero no sentía nada. Su reflejo en el cristal le guiñó un ojo.

Le costó un par de intentos, pero Eisa consiguió ponerse de pie, salir de la cocina a la desesperada y echar a correr por el pasillo, escupiendo vete tú a saber qué. Norman no fue tras ella; no iba a llegar muy lejos. Se agachó y cogió el mazo del suelo, sintió su peso. Aquello era mucho mejor que el cuchillo de la mantequilla.

La canción de Ray Charles empezó a sonar de pronto en su cabeza, y en esta ocasión recordó el título; incluso la letra. Unos días después de aquella primera vez en la parte de atrás de la camioneta Ford, Eisa había comprado el disco y lo puso una y otra vez. Norman

salió al pasillo silbándola bajito mientras la letra le venía a la cabeza: «*I can't stop loving you, I've made up my mind*...».

15

MATT

Matt le pidió a Josh que esperara en la sala antes de empezar a subir las escaleras. La quietud de la casa se volvía más espesa con cada escalón que subía y, cuando llegó arriba del todo, se sentía como si estuviera avanzando por una especie de densísima niebla invisible. Primero llegó al dormitorio de la niña, lo vio todo de color rojo y sintió que se le revolvía el estómago..., hasta que vio el bote abierto y se dio cuenta de que solo era pintura. Sintió un gran alivio, pero no le duró mucho. Cada ápice de su cuerpo sabía que allí pasaba algo malo y algo le decía que se marchara de aquella casa. Tenía la garganta seca como la lija.

Había otras cuatro puertas en el pasillo, tres de las cuales estaban abiertas. Matt miró en esas habitaciones y confirmó enseguida lo que ya le decían sus tripas: que estaban vacías. Lynn y los niños estaban al otro lado de la puerta cerrada que, muy probablemente, daba a un baño compartido. La luz estaba encendida, se veía por debajo de la puerta, pero, cuando Matt pegó la oreja a la hoja, no se oía nada excepto el zumbido de un extractor.

Llamó dos veces.

—¿Lynn? Soy el agente Matt Maro. ¿Te importa que entre?

Matt estaba desesperado por recibir una respuesta; se habría conformado con el gemido de alguno de los niños..., pero nadie

respondió y no oyó nada.

Cogió la culata de la pistola y quitó la tira de cuero de seguridad con el pulgar. Con la otra mano asió el pomo de la puerta y lo giró lo suficiente como para confirmar que no estaba echado el pestillo.

—Lynn, voy a entrar. Si estás cerca de la puerta, por favor, apártate.

Cerró los ojos un momento, respiró hondo y abrió la puerta.

Como agente de la ley, Matt había visto escenas horribles: víctimas de disparos, accidentes de tráfico mortales... Hacía dos años tuvo que presentarse en el apartamento de Robin y Stew Holland, que al despertar encontraron a su hija de tres semanas muerta en la cuna por SMSL, el síndrome de muerte súbita del lactante. Todas esas imágenes estaban en la cabeza de Matt como fotos extremadamente detalladas. Las veía cuando cerraba los ojos, cuando se despertaba a las tres de la mañana llorando o gritando..., y volvían en momentos como aquel, cuando entró en el cuarto de baño consciente de que lo que allí pudiera encontrarse lo acompañaría hasta el día de su muerte.

Gracie y su hermano pequeño, Oscar, estaban debajo del agua, bocabajo en el fondo de la bañera, visibles únicamente entre las grietas que se abrían en la superficie de espuma. Arrodillada junto a la bañera, inclinada encima de ella, con la cabeza en el agua, estaba Lynn Tatum, con el pelo extendido como un abanico, cubriendo parcialmente el cadáver de su hijo. El agua estaba tan quieta como el aire, no se había formado ni una onda; estaba claro que los tres llevaban muertos un tiempo. Lynn Tatum iba en pijama y estaba empapada. El suelo estaba lleno de agua, incluso las paredes

estaban mojadas, y también las puertas del mueble del lavabo y el lateral del inodoro. Había claros signos de algún tipo de forcejeo.

A Matt se le pasó un pensamiento por la cabeza: que solo uno de los Tatum había sobrevivido a... a lo que fuera que hubiera sucedido... y que estaba en el piso de abajo.

Matt sacó el arma y, con cuidado, encendió la radio que llevaba en el hombro.

—Sally, soy Matt, ¿me recibes? Corto. —Como no obtuvo respuesta, volvió a presionar el botón de transmitir—. ¿Ellie? ¿Sally? ¿Alguna de las dos andáis por ahí?

Hablaba muy bajo, entre susurros, sin atreverse a levantar la voz. Nadie le respondía. Sacó el móvil, pero volvió a guardarlo en el bolsillo en cuanto vio que no tenía señal.

Sintió un sudor frío en la frente. Se aclaró la garganta y preguntó en voz alta:

—¿Josh? ¿Sigues abajo? —Como el hombre no respondía, Matt añadió—: ¡Quiero que te quedes donde estás!

Matt se volvió lentamente y salió del baño. Se dirigió hacia la escalera, mirando en cada habitación mientras avanzaba, convencido de que, en cuestión de segundos, iba a tener que disparar a Josh Tatum.

16

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 20:31 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

Nota del análisis: aunque sé poco del sujeto, aún sé menos de Beatrice Sordello. Me han dicho que está doctorada en Psicología por la Universidad de [redacted], que estudió la carrera en la Universidad de [redacted] y que cursó asignaturas optativas estrechamente relacionadas con los estudios religiosos. No lleva anillo, así que, o no está casada, o se lo ha quitado. Entre treinta y cinco y cuarenta años. Si me lo hubieran preguntado, habría sugerido que monitorizasen sus signos vitales además de los del sujeto. Aunque lo ocultaba muy bien, era evidente que estaba nerviosa.

SORDELLO: Antes de que continúe usted, me gustaría aclarar un punto.

[Silencio]

SORDELLO: ¿Matt?

MARO: ¿Sí? Lo siento, es que esto todavía es un poco raro.

SORDELLO: Ha dicho que había estado presente en escenarios con víctimas de tiroteos mientras formaba parte de los cuerpos de seguridad. Eso no fue en Hollows Bend, ¿verdad?

MARO: No. Durante mi instrucción estuve un mes en Conway, New Hampshire. Fue allí. Un asunto de drogas que salió mal. El cliente intentó robar al camello y este le disparó en las tripas. El cliente consiguió disparar una vez con una 38 vieja y oxidada antes de caer. Aquello era un caos. Estaban los dos en el suelo,

sujetándose el abdomen. Una de las cosas más desagradables que he visto nunca.

SORDELLO: ¿Se marchó de Hollows Bend para la instrucción? ¿Recuerda la fecha exacta?

MARO: Seguro que lo pone en mi expediente.

SORDELLO: Pues no.

MARO: Pues debería.

SORDELLO: Los accidentes de tráfico. ¿Dónde sucedieron?

MARO: En la 112. Turistas con prisa por llegar a casa o por llegar al pueblo. La cuestión es que es una carretera bastante recta y tranquila, y tienden a ir más rápido de lo que deberían. Hasta que algo se les cruza por delante..., alguna curva que no se esperaban... Asuntos feos.

SORDELLO: Pero estamos hablando de accidentes, no de crímenes, ¿verdad?

MARO: Eso es.

SORDELLO: ¿Y lo mismo con el bebé? El SMSL implica causas naturales. Eso tampoco fue un crimen, ¿verdad?

MARO: No, no fue ningún crimen. Hollows Bend suele ser muy tranquilo.

SORDELLO: Antes de que siga, me gustaría hablar de otro asunto. Ha dicho usted que, cuando lo de los cuervos, no había turistas, que solo vio a gente del pueblo. ¿Adónde cree que habían ido los turistas?

MARO: ¿A su casa? Supongo que a su casa. No entiendo bien por dónde va.

SORDELLO: ¿Vio usted cómo se marchaban?

MARO: Pues no me estaba fijando en eso, pero es lo que suele suceder los domingos, que los turistas vuelven a casa. Somos un pueblo turístico.

[Silencio]

17

NORMAN HEATON

La segunda semana de noviembre, Norman Heaton cargaba su camioneta con suministros y Henry Wilburt y él ascendían hasta la cara ciega del Monte Washington. Allí se quedaban, como poco, una semana, hasta que ambos habían cazado al menos un ciervo —para poder fardar de ello— y entonces bajaban las piezas a Terneras y Cerdos North Hollow para que se los despiezasen. A Norman le gustaba la carne de ciervo, pero para él no había nada como un buen filete de ternera. Él no cazaba por la carne, sino por la caza en sí. Era raro que disparase a su presa desde el escondite de caza, él prefería descender y acercarse, a veces, moviéndose tan despacio que podía llevarle una hora avanzar quince metros, hasta que estaba lo bastante cerca como para lanzar el cuchillo al cuello o a la tripa de su presa y, después, seguir por el bosque al animal, que huía trastabillando hasta que empezaba a reducir la velocidad, momento en que acababa con él. A menudo los perdía en el sotobosque y tenía que confiar en sus habilidades para el rastreo a fin de poder recuperar la pista; una gota de sangre, una ramita rota, hojas pisoteadas. ¡Eso sí que era cazar! Un buen ciervo era capaz de ocultarse a simple vista, de quedarse tan quieto que podías estar a tres metros y no darte ni cuenta de que estaba allí. Eisa habría hecho bien en pedirle a algún ciervo unas cuantas indicaciones antes

de salir corriendo de aquella cocina, porque no se le daba nada bien ocultar su rastro.

Norman estaba en la arcada que había entre la cocina y la sala, y se quedó mirando cómo Eisa se caía, dos veces, mientras trataba de escapar. Primero se tropezó con la horripilante alfombra de color burdeos de la que él llevaba queriendo deshacerse desde que Bush estaba en la Casa Blanca. Luego se tropezó con la mesita baja de madera y cayó de bruces encima del mueble y, cuando consiguió ponerse de pie sobre aquellas piernas de palo que tenía, algo le había pasado en la nariz, porque le sangraba como si fuera un grifo. Norman dejó de silbar el tiempo suficiente para señalarse la nariz y decirle a su esposa:

—Tienes una cosita.

Al oír la voz de su marido, Eisa volvió la cabeza para mirarlo con tanto ímpetu que proyectó por toda la estancia una salpicadura de sangre proveniente de su nariz. La sangre manchó la pared y el ladrillo de la chimenea, dejando una línea de puntos que parecía un cuadro de Pollock.

—Norman..., ¿por qué estás...?

—¡Chist! —Se llevó un dedo a la boca—. ¿De verdad te cuesta tantísimo mantener la puta boca cerrada? —El hombre jugueteó con el mazo—. Por una vez, un domingo, me gustaría leer el periódico y disfrutar del desayuno en silencio... ¿Es mucho pedir? ¿Es mucho pedir, joder?

Había un puzle casi terminado en la mesa que tenían cerca del sofá, cinco mil piezas de un nido de gorriones lleno de polluelos. Norman cogió una de las esquinas de la mesa, la levantó de golpe y la hizo volar por la sala. La mesa chocó contra la pared y se rompió.

Las cinco mil piezas quedaron diseminadas por el suelo. ¡Joder, qué bien le sentó aquello! Cerró la mano y flexionó el brazo. Los músculos se tensaron y se contrajeron como si su extremidad fuera un gato hidráulico nuevecito. Ni rastro de la artritis que había estado presente ese día desde que se había levantado de la cama, no sin dificultad. Además, odiaba los puzles. Si ese era el último que hacían, ¡pues mucho mejor!

Eisa aprovechó aquel ensimismamiento momentáneo para escabullirse a gatas por el suelo y ponerse de pie en el otro extremo de la sala. La sangre de la nariz le tapaba la boca y el mentón, y estaba dejando perdido su *muumuu* preferido. Esas manchas sí que no iban a salir. La mujer miraba alternativamente las escaleras y la puerta principal.

Norman avanzó un paso hacia ella.

—Decídete de una vez, puta cotorra indecisa. Voy a contar hasta tres, y luego iré a por ti, y me dará igual que estés lista o no.

Con eso consiguió lo que quería.

Eisa, que tenía la mano resbaladiza por la sangre, trasteó con la cerradura y consiguió abrir la puerta. También estuvo a punto de caerse por las escaleras de entrada, pero, cuando consiguió equilibrarse, cruzó el jardín delantero y llegó bastante deprisa a Pollard Street. No iba a ser la caza que a él le habría gustado; Eisa ya no era tan rápida. En cualquier caso, sería mejor que apuntar a un ciervo desde el escondite, como hacía Henry Wilburt. Vago de los cojones.

A diferencia de su esposa, Norman no tenía problemas ni con la velocidad, ni con la energía, ni con la fragilidad de los huesos. A cada paso que daba se sentía más joven, más viril. Fue a por ella

con el vigor de un veinteañero, con el mazo preparado, como si llevara una escopeta y tuviera que apuntar con ella.

18

MATT

Matt no dijo nada mientras bajaba las escaleras de la casa de los Tatum, pisando tan cerca de la pared como podía para evitar que las tablas crujieran. Maldiciéndose por no haber preparado antes el arma, deslizó la corredera de la pistola para que entrara una bala en la recámara. En una casa así de silenciosa era imposible no distinguir aquel sonido, así que pensó que enseguida oiría a Josh —moviéndose, respirando fuerte o haciendo cualquier otro ruido—, pero lo cierto era que la planta baja estaba tan en silencio como la de arriba.

Una vez descendió el último escalón, Matt dobló con cuidado la esquina que daba a la sala inclinándose ligeramente, pegado a la pared, con el dedo en el guardamonte..., pero Josh no estaba allí. Matt vio que estaba fuera a través de la puerta principal, que seguía abierta, sentado en las escaleras y de espaldas a la casa.

Matt deslizó el dedo del guardamonte al gatillo e intentó relajar la respiración. Nunca había disparado a nadie y no quería que esta fuera la primera vez.

—¡Josh, pon las manos donde las vea! ¡Levántalas poco a poco, ponlas sobre la nuca y entrelaza los dedos!

Pero no fue eso lo que hizo Josh, sino volverse para mirar a Matt. El hombre tenía la cara roja y estaba llorando a mares. Intentó

hablar entre sollozo y sollozo:

—¿Por qué... por qué iba a hacer Lynn una cosa así? ¿Cuánto tiempo habré estado fuera..., veinte minutos? ¡De haberlo sabido... no la habría dejado sola! ¡No la habría dejado sola, joder! ¡Tienes que creerme!

En cuanto Josh se percató de que Matt empuñaba la pistola tragó saliva y empezó a negar con la cabeza.

—¡Matt, no he sido yo! ¡Yo nunca les haría daño!

Matt mantuvo el dedo en el gatillo, pero bajó el arma, apuntando al suelo. Buscó las esposas en la parte de atrás del cinto con la otra mano y se las mostró.

—Josh, no tengo ni idea de lo que ha pasado aquí, pero te aseguro que lo resolveremos. Hasta entonces, necesito que te pongas las esposas.

Josh miró las esposas, pero no las cogió.

—Lynn lo estaba pasando mal. Odiaba su trabajo..., no dormía bien... Logré que fuera a ver a un médico en Portland, que le recetó medicación. Me parecía que las pastillas la estaban ayudando..., al menos al principio..., pero estos dos últimos días... —Miró a Josh a los ojos—. Si hubiera creído que iba a hacer daño a los niños, no la habría dejado sola.

En la cabeza de Matt aparecieron destellos de lo que acababa de ver arriba: los dos niños bocabajo, en el agua; Lynn arrodillada junto a la bañera, con la cabeza sumergida.

—Así que Lynn... ha ahogado a Gracie y a Oscar y tú... —Matt dejó sus palabras en el aire.

—¡Los ha ahogado ella! ¡Ella los ha ahogado! ¡Cuando he vuelto a casa los he encontrado así, y entonces os he llamado! Ni siquiera he

entrado en el baño... Era evidente que estaban...

Se le contrajo la cara. Intentó no ponerse a llorar de nuevo, pero no pudo evitarlo. El hombre enterró la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

«O los has ahogado tú a los tres».

«O ella ha ahogado a los niños y tú la has asesinado».

Que Lynn tenía problemas no era ningún secreto. No se podía esconder algo así en un pueblo tan pequeño. Ahora bien, ¿matar a sus propios hijos? Aunque no sería la primera. La gente hacía cosas terribles cuando padecía algún desequilibrio emocional.

Matt conocía a Josh desde primaria y a Lynn casi desde entonces. No se imaginaba a ninguno de los dos matando a nadie. Cuando eran niños, Josh arrinconó un ratón en el garaje de Matt y este cogió una pala, decidido a enviar al animalillo al otro mundo, pero Josh lo detuvo, atrapó al ratón con un cubo y recorrió casi un kilómetro montaña arriba para liberarlo.

Josh seguía llorando.

Matt guardó el arma, se acercó al hombre y lo esposó con cuidado.

—Hasta que lleguemos a la comisaría, ¿vale?

—Vale.

Josh no protestó cuando Matt lo ayudó a ponerse en pie, ni cuando lo guio por el camino de entrada y lo metió en la parte de atrás del coche patrulla.

El agente sacó el móvil y comprobó la conexión. Dos barritas. No era tan fuerte como habitualmente, pero mejor eso que nada. Marcó el número de Ellie, que respondió al tercer tono, y le contó lo que

había pasado. Cuando acabó, los dos permanecieron en silencio un buen rato.

—¿Le has leído la Miranda? —dijo por fin Ellie.

—¿Qué? ¡No! —Matt se pasó una mano por el pelo—. Dudo mucho de que...

—Da igual lo que tú creas, Matt. O lo que crea yo. Esto hay que hacerlo de acuerdo con el reglamento. ¿Tiene la ropa mojada?

Matt pensó en ello, pero no estaba seguro.

—Creo que no —respondió.

—«Creo que no» —repitió ella por lo bajo—. En cuanto llegues con él a la comisaría, léele la Miranda, inspecciona su ropa y embólsala. Has dicho que Lynn estaba empapada y que había agua por todo el baño. No puedes ahogar a nadie sin liarla parda. Si hay aunque sea una sola gota de agua en su cuerpo, toma nota de ello. Haz fotos antes de que se seque. Escríbelo todo.

La voz de la sheriff se desvaneció ligeramente hacia el final, pero no lo suficiente como para que no la oyera.

Matt miró a Josh.

—¿Y si se ha cambiado de ropa antes de que yo llegara..., después de...? —Matt miró hacia la casa—. Debería volver a la casa y comprobarlo antes de que se seque...

Ellie lo interrumpió una vez más:

—No vuelvas a entrar en esa casa, ¿me has oído? Cierra la puerta principal y precíntala con cinta policial. Hay que preservar el escenario. No estamos equipados para lidiar con un homicidio. Hay que llamar a alguien.

—La oficina del FBI más cercana está en Portsmouth, a hora y media —comentó Matt.

—Primero voy a llamar a la comisaría de Jackson. Ellos tienen un laboratorio criminalístico. Si no pueden enviar a nadie, tendremos que esperar a los federales, qué remedio.

—Los niños siguen en la bañera...

Se oyó algo de estática en la línea. Cuando Matt volvió a oír a Ellie, en un primer momento no entendió bien lo que le decía, pero luego se oyó la voz con más fuerza.

—Sé que es horrible, pero lo mejor que puedes hacer por ellos es preservar el escenario del crimen.

«Es que son parte del escenario», le recordó su cerebro. Matt parpadeó y le vino a la cabeza la imagen de aquellos dos cuerpecillos bajo las burbujas rosadas. «Conseguir una condena es la mejor manera de ayudarles».

A través de otro muro de estática, Ellie comentó:

—Cuando llegues a la comisaría, quiero que llames a Harvey Cooper. Cuéntale lo que ha sucedido y dile que quiero que represente a Josh.

—Josh no ha solicitado la presencia de un abogado.

—Mejor, porque no contamos con ninguno de oficio que podamos ofrecerle. Tendríamos que traer a uno del condado y no cuentes con ello en domingo.

—Pero Cooper es abogado de familia, ¿no?

Más estática. Y a continuación:

—Por mí como si es abogado tribal en los humedales de Nueva Guinea. No podemos arriesgarnos a que se libre de una condena porque Josh no tuvo representación legal. Cooper podrá cuidar del fuerte hasta que el juzgado del condado abra mañana. Con un poco de suerte, cuando los forenses hayan acabado de examinar el

escenario del crimen, las pruebas respaldarán lo que te ha dicho Josh. Ahora bien, si no es así, tenemos que estar preparados. Léele la Miranda. Embolsa la ropa. Llama a Cooper. ¿Entendido?

—Sí, señora.

—Menuda mierda —murmuró Ellie.

En el coche, Josh estaba callado, mirando el suelo. Cuando alzó la vista, Matt miró hacia otro lado y le preguntó a Ellie:

—¿Sigues donde lo del Honda?

—No, ya no. Iba a quedarme a esperar a la grúa, pero me ha llamado Sally para decirme que había no sé qué problema en la biblioteca, así que voy para allí.

—¿En la biblioteca...? Pero ¿qué coño está pasando hoy?

19

MATT

Matt se pasó diez minutos precintando la casa de los Tatum. Varios vecinos salieron a interesarse, pero apenas les contó nada. Hasta Annie Bergen se acercó, tan tímida como era ella a la hora de mostrar sus sentimientos. La mujer dio una palmada en la ventanilla trasera del coche patrulla y se quedó mirando a Josh.

—¿Les ha hecho daño este cabrón? Lynn me contó que la engañaba con Nancy Buckley. ¿Eso te lo ha contado? ¿Qué le ha hecho a Lynn? ¿Dónde están los niños?

Matt les pidió a todos que volvieran a sus casas, aunque de poco sirvió. Cuando por fin se marchó Nancy, allí había al menos diez personas. Sabían que era mejor no acercarse a la casa, así que no hizo falta que los amenazara. Sabían que Ellie los ahorcaría como se enterara de que lo habían intentado siquiera.

Matt giró a la derecha al final de Morning Glory, hacia Sumptner, y condujo unos trescientos metros antes de cambiar la posición del retrovisor para ver a Josh.

—¿Me cuentas lo de Nancy Buckley?

Josh se sorbió los mocos y levantó las manos para limpiarse la nariz.

—No hay nada que contar. Lynn no estaba bien y veía cosas donde no las había. Me encargo de la declaración de renta de los

Buckley, punto. Lynn vio mi coche en su casa un día y decidió que se la estaba pegando.

—¿Y no se la estabas pegando?

Josh negó con la cabeza.

Matt conocía a Nancy Buckley. Se había graduado un año antes que él y, como la mayoría, se había quedado en el pueblo. Se casó con el mismo tipo con el que salía en el instituto, que trabajaba para una empresa local poniendo pladur. Matt recordaba haber visto la camioneta del marido aparcada en el Black Moose —un bar de la zona— a la hora de cerrar al menos tres veces la semana pasada. No era, desde luego, lo que se esperaba de un matrimonio bien avenido, pero eso tampoco quería decir nada.

Volvió a mirar a Josh por el retrovisor.

—¿Adónde has ido esta mañana? ¿Dónde estabas cuando...?

Josh puso unos ojos como platos.

—¡Cuidado!

Matt volvió la vista a la carretera instantes antes de que Eisa Heaton, tambaleándose, saliera medio corriendo de entre las casas, tropezase con el bordillo de la acera y cayera delante del coche patrulla. Matt pisó a fondo el freno y el coche se detuvo con un chirrido. Esperaba oír un golpe, pero no llegó.

—¡Por Dios!

Puso la palanca del cambio en «estacionamiento», salió del coche patrulla pero resbaló, y estuvo a punto de caerse cuando rodeaba la parte delantera del vehículo.

Eisa Heaton estaba de espaldas, intentando ponerse de pie, con una expresión de pánico y la cara ensangrentada.

Matt le pasó el brazo por detrás de los hombros e intentó incorporarla.

—¿Estás bien? ¿Te he dado?

La mujer tenía las palmas rascadas por el asfalto, pero, por lo demás, no se apreciaban cortes o golpes visibles. Eisa se llevó una mano a la garganta, intentó hablar, pero no podía, y entonces empezó a señalar con el dedo como si le fuera la vida en ello.

Norman Heaton salió por uno de los lados de la casa de los Peterson, avanzó pisoteando los preciados rosales amarillos de su vecino y empezó a trotar por la hierba. Sujetaba algo. Parecía un martillo.

Temblando, Eisa se zafó de los brazos de Matt, se levantó y consiguió dar dos pasos antes de caerse de nuevo.

—¡Matt, no le hagas ni caso! —gritó Norman—. ¡No hagas ni caso de nada de lo que te diga! —El hombre levantó el martillo y lo dejó caer sobre la palma de la otra mano.

La última vez que Matt había visto a Norman Heaton, el hombre necesitaba un bastón para subir las escaleras del salón de veteranos de guerra, tenía los dedos de la mano derecha retorcidos por la artritis y su garganta resollaba cada vez que trataba de respirar a consecuencia de fumar un paquete de cigarrillos diario durante casi toda su vida. Ahora, en cambio, no llevaba bastón, no parecía que le pasara nada en los dedos y su respiración se parecía más a la de una locomotora de vapor subiendo una colina que a la de un anciano con enfisema.

Matt se puso de pie, se situó delante de Eisa y abrió los brazos.

—Norman, ¿qué coño estás haciendo? ¡Tira el martillo!

El anciano no se detuvo. Al contrario, aceleró el paso y volvió a dejar caer el martillo en la palma de la mano.

—Será mejor que no te metas, Matt. Son asuntos de familia. No te conciernen.

No, no era un martillo..., era un mazo para ablandar la carne.

Matt sacó la pistola de descargas y quitó el seguro como pudo.

—¡Norman, para! ¡No te acerques más!

Norman volvió a dejar caer el mazo sobre la palma y Matt oyó un sonido como a mojado y se dio cuenta de que el anciano se había dado tantas veces con el mazo que tenía la mano deshecha. También tenía lo que parecía un golpe en un lateral de la cabeza y parte de la mejilla le aleteaba sobre el carrillo. Aun así, el hombre sonreía mientras bajaba de la acera a la carretera y volvía a levantar el mazo.

—Será mejor que te apartes, mierde...

Matt apretó el gatillo.

La pistola de descargas saltó en su mano y se oyó un «pop». Dos sondas salieron disparadas y se clavaron en la camisa de Norman. A continuación se oyó un agudo crepitar de electricidad corriendo por los finos cables desde la pistola a las sondas.

Norman se quedó rígido. El anciano levantó la cabeza de golpe y los dedos se le abrieron del todo. El mazo para ablandar la carne cayó al suelo unos instantes antes que Norman. Matt mantuvo el gatillo pulsado hasta que la carga se dispersó del todo, mientras observaba cómo el anciano se agitaba, aún rígido, debido a las convulsiones inducidas por la electricidad. Al cabo de poco, Norman quedó totalmente paralizado.

Matt dejó la pistola de descargas en el suelo, se acuclilló junto al anciano y le comprobó el pulso. Aunque débil, se lo encontró. Respiró aliviado. Pese a que no era lo habitual, estas pistolas de descargas podían provocar ataques cardíacos en personas propensas a sufrirlos y, desde luego, hacía tiempo que Norman Heaton no estaba en la flor de la vida. No solo respiraba, sino que estaba recuperando la consciencia.

«¿Habrá tomado alguna sustancia?».

—Norman, no te muevas. Te vas a poner bien. —Matt buscó las esposas en la parte de atrás del cinturón, pero no las encontró y recordó que las llevaba puestas Josh. Tenía otro par en la guantera —. No te levantes.

Matt corrió hasta el coche patrulla y acababa de abrir la puerta del copiloto cuando oyó un gruñido rasposo.

Eisa Heaton había cogido el mazo y estaba junto a su esposo, de pie, mirándolo con atención. Al instante, la anciana lo golpeó con el mazo en la cabeza y se oyó un crujido horripilante.

20

LA SHERIFF ELLIE

La sheriff Ellie Pritchet marcó el número de la comisaría de Jackson por tercera vez y, por tercera vez, la llamada emitió dos tonos y se desconectó. «Llamada fallida» ponía en la pantalla. La sheriff tiró el móvil al asiento del copiloto y murmuró:

—Me cago en todo.

Hacía unos años, una empresa de telecomunicaciones se puso en contacto con el ayuntamiento del pueblo y propuso instalar cuatro torres más para complementar la del Monte Washington. El ayuntamiento rechazó de pleno la oferta tras atender las quejas de un puñado de vecinos que decían que las torres estropearían la estética del pueblo. Era el mismo grupo de personas que se había quejado cuando se instalaron los primeros semáforos en Main Street y en Court Avenue, cerca de la plaza; los mismos que recogieron firmas para evitar que las cadenas de comida rápida se establecieran en sus calles, y que, por lo general, se cagaban en el progreso, fuera del tipo que fuera. A ver si una o dos semanas con un servicio telefónico de mierda les hacía cambiar de opinión.

Volvió a probar con la radio.

—Sally, ¿estás ahí?

Estática y más estática.

Y aunque aquello era común en la Ruta 112, rodeada de montañas de granito, no tenía ningún sentido en el centro del pueblo, a dos manzanas de la comisaría, a menos que hubiera algún problema con la antena del tejado. Puede que alguno de los cuervos esos de Matt la hubiera golpeado de lleno. No la habían cambiado desde que su padre se estrenó en el cargo, y eso había sido hacía muuucho tiempo, y en aquella época tampoco se instaló lo más moderno.

Bueno, ya se preocuparía de eso más tarde.

Ellie seguía dándole vueltas a lo que Matt se había encontrado en la casa de los Tatum cuando se detuvo delante de la biblioteca pública de Hollows Bend. Construida en torno a 1900, la biblioteca tenía dos pisos de ladrillo rojo artesanal con una torre de piedra y un reloj de cobre que tenía una relación amor-odio en cuanto a lo de dar la hora. Ellie se fijó en que ese día solo se retrasaba dos minutos, impresionante, si teníamos en cuenta que las últimas tres veces que lo había mirado retrasaba más de una hora.

Ellie apenas acababa de salir del coche cuando el bibliotecario jefe se le acercó corriendo, con un extintor en sus desgarbados brazos.

Edgar Newton andaría por los setenta y pocos; mediría, por lo menos, metro noventa y cinco, y era delgado como un raíl, setenta kilos a lo sumo. El hombre, calvo y con una nariz desproporcionada para aquellos ojitos tan juntos que tenía, llevaba trabajando en la biblioteca desde que Ellie tenía uso de razón. Cuando Ellie era niña, sus amigos lo llamaban «el Cigüeña» y, a medida que fue creciendo, se enteró de que los adultos lo llamaban «el Cabeza», lo cual no era mucho mejor.

—Newton —empezó a decirle Ellie, con cuidado de no llamarlo por ninguno de aquellos dos apodos, mientras le echaba un vistazo a la entrada de la biblioteca y cogía el sombrero del asiento del copiloto —, ¿qué sucede?

Newton cambió el extintor de brazo.

—Sígueme y verás.

El hombre la llevó hasta la entrada, dejaron atrás la recepción y cruzaron varios pasillos hasta que llegaron a una pila de libros quemados y amontonados debajo de una fotografía enmarcada de Oscar Wilde. Todo estaba cubierto por el polvo blanco que había dispersado el extintor. Por debajo del olor de aquel polvo —no muy diferente del de los polvos para bebés— se percibía el intenso olor de algún tipo de acelerante.

Newton se frotó la parte baja de la nariz con el dorso de la muñeca y respiró con fuerza, como si estuviera intentando no estornudar.

—Ha sido la señora Gilmore. No sé qué le pasa. He llegado justo cuando estaba dejando caer la cerilla y he conseguido apagar el fuego mientras ella desaparecía por los pasillos, tirando libros a su paso, murmurando no sé qué sobre no sé qué basura. —El hombre miró hacia el interior de la biblioteca, entrecerró sus ojos pequeños y brillantes y le dio la espalda a la sheriff—. Ha sido ella la que ha abierto esta mañana. Si no llego a venir media hora antes, ¡quema el edificio! —Aunque era evidente que el hombre estaba alterado, hablaba muy bajito y articulaba a la perfección cada una de sus palabras, como si estuviera pronunciando un discurso. De alguna manera, el hombre bajó aún más la voz—: Está cubierta de líquido inflamable, sheriff. Apesta a líquido inflamable. Tenía una latita en la

mano y he visto al menos otra en su bolso. Hace cincuenta años que la conozco y nunca en la vida se había comportado de esta manera. Me temo que algo dentro de ella ha debido de... romperse.

Ellie le echó un vistazo a la biblioteca. El lugar estaba tan en calma que resultaba curioso. Solo la mitad de las luces activadas por movimiento estaban encendidas. Las altísimas estanterías proyectaban unas sombras alargadas sobre la alfombra morisca.

—¿Por dónde ha ido?

Newton señaló el laberinto de libros hasta llegar a la esquina izquierda trasera.

—Estaba cerca de la sección de literatura juvenil la última vez que la vi.

21

MATT

—¡Eisa, no!

Matt se precipitó desde el coche hasta donde estaba la anciana, junto a su esposo, pero no fue lo bastante rápido para evitar que volviera a golpearlo con el mazo. La mujer no pesaba mucho, apenas debía de llegar a los cincuenta kilos, pero puso todo su empeño en el segundo golpe, y, al oír el sonido seco y profundo que emitió el cráneo del anciano, Matt tuvo claro que Norman Heaton acababa de perder la vida. Eisa golpeó a Norman un par de veces más antes de que Matt consiguiera arrebatarle el mazo. La mujer intentó evitarlo, le arañaba, le escupió y le dio patadas como un animal salvaje, pero, en cuanto se lo quitó, se quedó tranquila. Se desplomó en la carretera junto al cadáver de su esposo como si fuera una muñeca de trapo, como si alguien acabara de arrancarle la columna vertebral.

Matt le buscó el pulso a Norman otra vez, pero en esta ocasión no se lo encontró. Chasqueó los dedos delante de los ojos de la anciana.

—Eisa, ¿me oyes? —le preguntó.

La anciana no reaccionó. Tenía los ojos abiertos y respiraba, pero era como si no viera al policía.

Una mujer chilló.

Varios vecinos habían salido de su casa y se habían congregado alrededor de la escena. Pat Peterson, la autora del grito, giró la cabeza y escondió la cara en el pecho de su marido. Era casi mediodía, pero ambos iban en pijama y llevaban la bata a medio atar.

—Stu, llévatela a casa —le ordenó Matt a Stu Peterson. Y a continuación miró a su alrededor y levantó la voz—. ¡Volved todos a vuestras casas!

Un par de vecinos retrocedieron unos pasos, pero nadie se fue a su casa. Al menos la mitad de ellos tenían el móvil en la mano y estaban grabando el suceso.

Matt sacudió la cabeza y le dijo a Eisa con voz tranquilizadora:

—Venga, vamos a mi coche.

La anciana no hizo ningún esfuerzo por levantarse. Tenía el cuerpo como flojo. Matt la cogió de ambos brazos, la levantó con cuidado y la llevó al coche patrulla, pero, como tenía las dos manos ocupadas, no podía abrir la puerta. Estaba a punto de dejarla en el suelo cuando Stu Peterson se acercó y le abrió la puerta trasera. Cuando Stu vio que Josh Tatum estaba dentro, ambos se miraron unos instantes, pero Josh apartó la vista para mirar por la ventanilla del otro lado. Matt dejó a la mujer en el asiento y cerró la puerta despacio, como si no quisiera despertarla. Acto seguido hizo ademán de coger la radio que llevaba al hombro, pero Stu Peterson le puso una mano en el otro hombro y le habló en voz baja:

—Justo antes de que hayas llegado, Pat y yo hemos oído disparos. Tres.

—¿Cazadores en el Monte Washington?

Peterson negó con la cabeza.

—A mí me han sonado a pistola. Tres disparos rápidos, como de una semiautomática. El monte añade un eco y yo, al menos, no lo he oído.

Stu Peterson había estado tres veces de servicio en Afganistán y Matt a menudo se lo encontraba en la zona montañosa de North Hollow. Stu había pertenecido a las Fuerzas Especiales y tenía un arma muy potente bien guardada en el garaje y varias pistolas por la casa, todas ellas adecuadamente registradas. El propio Matt lo había ayudado con el papeleo.

Peterson miró calle abajo.

—Ha sido bastante cerca de aquí. Yo diría que en una de estas casas. Os hemos llamado, pero nadie cogía el teléfono. ¿Qué coño está pasando?

Matt no respondió a la pregunta. Pulsó el botón de su comunicador.

—Sally, soy Matt. Envíame una ambulancia a Sumptner, cerca de casa de los Peterson. Corto.

Pasaron un par de segundos. Nada. Matt volvió a intentarlo:

—¿Sally?

Nada.

Probó con el móvil. La línea directa de Sally sonó un par de veces y se desconectó. Llamó al forense, pero tampoco obtuvo respuesta. Cuando miró el cadáver de Norman, Cliff Stubbs lo estaba cubriendo con una lona azul que había cogido de su garaje.

—¡Eh, eh, eh! —le gritó Matt—. ¡No hagas eso!

Cliff tiró de la esquina de la lona para tapar el pie de Norman y se dirigió al policía:

—¿No pretenderás dejar un cadáver a la vista en mitad de la carretera? No querrás que los niños lo vean, ¿no? Tienes un montón de testigos que han presenciado lo sucedido. ¡Joder!, pero si hasta tienes una cámara en el salpicadero que seguro que lo ha grabado todo. Tú llévatelo de aquí cuanto antes.

Matt puso los ojos en blanco y volvió a llamar al forense, pero nada. Ellie tampoco respondía.

—Tienes que llevárselo al forense, ¿no? —le preguntó Stu Peterson—. Si te parece, lo llevo en mi camioneta.

—No puedo pedirte algo así.

—A ver, Cliff será gilipollas, pero tiene razón. Debes llevártelo de aquí —señaló con la cabeza a Josh y a Eisa, en la parte de atrás del coche patrulla— y ahora mismo te faltan manos.

Lo que Matt tenía que hacer era precintar la calle, conseguir que Ellie se presentara allí, que el forense también se presentara y que alguien le echara una mano para investigar y documentar todo aquello.

Una voz en su cabeza se burló de él: «Sí, claro, pero después de lo de la casa de los Tatum, de lo de Main Street y de lo que sea que Ellie está atendiendo en la biblioteca. ¡Ah, y de los tres disparos, no te olvides! Puede que detrás de alguna de esas puertas haya entre uno y tres cadáveres más. Lo que tienes que hacer es volver a la comisaría, reagruparte con Ellie, y aclarar juntos qué coño está pasando y pedir ayuda».

A Matt le daba vueltas la cabeza.

—¿Me ayudas a meterlo en el maletero del coche patrulla? —le preguntó a Peterson, y este asintió.

22

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 21:02 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: ¿Notó algo raro en Stuart Peterson en aquel momento?
MARO: ¿En Stu? [Niega con la cabeza] No, nada.
SORDELLO: ¿Y en Josh Tatum? O en Eisa Heaton. O en Norman Heaton.
MARO: No, en ninguno de ellos.

> Nota del análisis: tal y como le indicaron, en este momento la agente especial Beatrice Sordello se agachó sobre una caja que tenía a un lado de la silla y sacó varios expedientes. Los dejó en el cajón transportador que había entre ambas cámaras de la cabina Manfred, pero no se los deslizó al sujeto. Maro se inclinó un poco hacia delante para poder distinguir los nombres —que coincidían con los de las personas por las que acababa de preguntarle Sordello—, pero no les hizo más caso. Volvió a sentarse bien en la silla.

MARO: ¿Podrían darme un vaso de agua?
SORDELLO: ¿Tiene sed?
MARO: Sí.

[Silencio]

MARO: ¿Hay algún problema? La gente suele tener sed.
SORDELLO: ¿Cada cuánto tiene sed?
MARO: ¿Qué coño de pregunta es esa?

[Silencio]

SORDELLO: Ahora le traen una botella. Mientras esperamos, quiero saber qué dedujo de lo de Hannah Hernandez y Daniel Jones. ¿Sabe usted lo que les sucedió?

MARO: [Asiente]

SORDELLO: Estamos registrando tanto el audio como el vídeo, pero es mejor que hable para asegurarnos de que tenemos una transcripción más ajustada.

MARO: Sé lo que les sucedió.

SORDELLO: Aunque no estaba usted con ellos y no se encontró con ninguno en ningún momento durante el suceso, ¿sabe lo que les pasó?

MARO: [Asiente y parece que recuerde las instrucciones que acaba de darle Sordello] Igual que sabía lo que había sucedido en la cocina de los Heaton a pesar de no haber estado allí. O lo de Ellie en la biblioteca.

SORDELLO: Pero no sabe lo que sucedió en casa de los Tatum. No sabe si a los niños los mató Josh o Lynn.

[Silencio]

Nota del análisis: hubo un ligero aumento en la presión sanguínea y la captación de oxígeno de Maro. No está claro si por decepción o por alguna otra causa. Sus lecturas de referencia no parecían atípicas.

Además de los expedientes de Hernandez y Jones, Sordello añadió los de Edgar Newton y Arwa Gilmore. Dudó con el de Malcolm Mitchell, pero acabó incluyéndolo también.

MARO: De verdad, por favor, un poco de agua.

23

HANNAH

Danny gruñó y se inclinó sobre el volante de su Ford Fusion. —Joder, ¿por qué habrá tanto tráfico? Hannah levantó la vista de la lista de música que estaba compilando en el móvil. En la Ruta 112 había una retención.

Los coches estaban parados parachoques con parachoques hasta donde alcanzaba la vista.

—Puede que haya habido un accidente o algo así —comentó Hannah mientras se recostaba en el asiento.

—Esperaba llegar a Boston para comer, pero supongo que va a ser imposible.

—¿Piensas dejar que un poco de tráfico te amargue el día?

—Hannah adelantó la mano y le acarició el muslo—. No puedes deprimirte en una ocasión épica como esta.

Estaba claro que Danny no tenía ni idea de lo que le estaba hablando la joven.

Hannah apartó la mano.

—¿Sabes qué día es hoy?

Danny se paró a pensarlo.

—¿Domingo?

—Hoy, señor Jones, es, oficialmente, nuestra cita ciento once.

—Hannah volvió al móvil y añadió la última canción de Lady Gaga a la lista que estaba confeccionando—. Uno, uno, uno. Habían empezado a salir un mes después de que a Hannah la trasladaran al instituto de Hollows Bend desde Connecticut, cuando su padre aceptó un trabajo en una empresa de ingeniería en Barton. Hannah era estudiante de primer año y Danny de tercero, además de capitán del equipo universitario de baloncesto, ¡y, joder, era guapísimo! Cuando se acercó a ella por primera vez, en el pasillo, junto a su taquilla, Hannah solo oyó la mitad de las palabras que salían de su boca. Se había perdido en sus ojos verdes, y además no tenía ni idea de por qué aquel tío bueno estaba hablando con ella. Las demás chicas se habían quedado de una pieza cuando Danny le preguntó si querría salir con él. El chico sonrió cuando a ella se le cayó de la boca la palabra «sí», le dijo que ya se verían y se marchó. ¡Y ya está, eso fue todo! Desde entonces, se habían vuelto inseparables.

Danny retorció el dedo alrededor de un mechón del pelo oscuro de Hannah y se lo recogió detrás de la oreja.

—Uno, uno, uno. Tienes razón. Eso es todo un hito. Se me ocurren al menos media docena de formas de demostrarme cuánto me quieres, pero igual vas a tener que hacer unos estiramientos antes. No me gustaría que le diera un tirón, señora Hernandez.

La luz de freno de la furgoneta Toyota que tenían delante se apagó y los coches empezaron a avanzar muy, muy despacio. —¡Por fin! —Danny quitó el pie del freno y rodó despacio hacia delante. Puede que avanzaran metro y medio antes de que se vieran obligados a detenerse una vez más.

—O no.

—O no.

Hannah añadió «Bubbly» de Colbie Caillat. Le encantaba esa canción.

Danny bajó la ventanilla, se asomó y volvió a dejarse caer en el asiento.

—No se ve qué pasa ahí delante. No se ve dónde acaba la cola. Puede que nos tiremos aquí todo el día.

¡Lista completada!

Hannah se conectó al estéreo del coche de Danny por bluetooth y pulsó «Iniciar». Jason Mraz rasgueó su guitarra y empezó con su último éxito. Hannah lo escuchó unos momentos,

se inclinó hacia Danny y descansó la cabeza en su hombro.

—Puede que hoy no sea un buen día para ir a Boston, puede que sea el día de hacer alguna otra cosa.

Volvió a acariciarle el muslo y se lo apretó suavemente.

Danny esbozó una sonrisa traviesa y puso la marcha atrás.

—Me gusta cómo piensa, señora Hernandez. Ahora verás.

24

HANNAH

—Espera aquí.

Ellie emitió un suave gemido mientras cogía el extintor de las manos de Newton y enfiló el pasillo principal antes de llegar a la conclusión de que sería mejor que siguiera la pared exterior y llegara por detrás de Gilmore mientras esta hacía lo que fuera que estuviese haciendo.

Durante su desempeño como sheriff, Ellie se había cruzado dos veces en el camino de Arwa Gilmore, la bibliotecaria de setenta y seis años: la primera vez allá por 1996, y de nuevo en 2008. Su padre tenía un expediente de Gilmore de 1983. En los tres casos, la mujer había enterrado a un marido. Todos habían muerto de infarto. El primero tenía treinta y ocho años; el segundo, cuarenta y siete, y el tercero, cincuenta y uno. Todos gozaban de buena salud antes de casarse. Aunque el padre de Ellie no tenía razones para acusarla de nada, siempre consideró que había habido algo raro en la muerte de su primer marido; no es habitual sufrir un infarto a los treinta y ocho años. La autopsia indicó que la causa fue una arteria obstruida, causas naturales, pero el padre de Ellie nunca dejó de darle vueltas. En realidad, era la reacción de Gilmore lo que lo preocupaba: no se creía su dolor. El padre de Ellie ya había muerto y Ellie era la sheriff cuando murió el marido número dos, una vez más de un infarto, y

en esta ocasión, no por una, sino por dos arterias obstruidas. Ellie solicitó que exhumaran el cadáver del primer marido, pero no se lo autorizaron. Tuvo que morir una tercera persona para que un juez por fin firmara la exhumación de sus predecesores y una orden para registrar la casa de Arwa. Los tres cadáveres acabaron en los laboratorios de los federales, en Boston, donde les hicieron innumerables pruebas, pero no encontraron nada. Durante el registro tampoco hallaron ningún indicio. Dos días después, Ellie se acercó a casa de Gilmore para hablar con ella, pero la mujer había salido. Ellie volvía a su coche patrulla cuando se dio cuenta de que había una hilera de hormigas comiendo algo que rezumaba de uno de los contenedores de basura de Gilmore. Ellie levantó la tapa y vio que estaba lleno de comida: leche, nata, tres tipos diferentes de mantequilla, unos diez kilos de carne descongelándose, salchichas, chorizo, helado... Si Ellie no se hubiera hecho unos análisis recientemente, es muy probable que no hubiera caído en la cuenta, pero resultó que tenía el colesterol por las nubes y el médico le había dado una hoja con una lista de comidas que debía evitar; sobre todo, grasas saturadas: es decir, todo lo que había en aquel contenedor.

«¿Había asesinado Gilmore a sus tres maridos dándoles de comer cantidades exorbitantes de colesterol?».

Ellie nunca había comentado aquella teoría porque, como es evidente, resultaba una verdadera locura..., pero eso no quería decir que no fuera verdad. Se necesitaba paciencia, sí; pero Ellie era paciente. Estuvo vigilando a la mujer, esperando a que volviera a casarse, pero no lo hizo. En un par de ocasiones, Ellie se había fijado

en que Arwa comía ensaladas en la plaza. A Arwa Gilmore no se le había pasado por alto la atención que le prestaba la sheriff.

Se oyó un potente ruido al fondo de la biblioteca, seguido del sonido de unos pies arrastrándose, y de nuevo se hizo el silencio.

En más de una ocasión a Ellie le tocaba las narices ser bajita, y esta era una de ellas. Así como las baldas de la pared llegaban hasta el techo, las del centro de la estancia no pasarían del metro ochenta. Eso estaba la mar de bien para alguien como Newton, pero era toda una putada cuando medías un poquito más de metro y medio.

Ellie no veía una mierda, y tenía muy claro que, como intentara trepar por las baldas, estas se romperían, se caería de culo y quedaría sepultada por un montón de libros sin haber visto nada interesante.

—Ha ido a la sección infantil.

Los susurros le llegaron por la espalda y la sorprendieron.

Ellie se golpeó el codo con una balda al darse la vuelta, sobresaltada. Newton estaba justo detrás de ella, con las palmas de las manos por delante, como a la defensiva.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—¡Te he dicho que esperases allí! —le gruñó Ellie entre dientes.

—Ya, pero es que vas en la dirección equivocada y no pienso quedarme quieto mientras tú vagas sin rumbo en busca de alguien que intenta incendiar mi biblioteca.

Ellie puso los ojos en blanco.

—¿Dónde está la sección infantil?

Newton alzó uno de sus huesudos dedos y señaló hacia la derecha.

—Vale. Puedes venir conmigo, pero mantente a distancia.

Ellie oyó a Arwa Gilmore un instante antes de verla. La anciana murmuraba por lo bajo una serie de palabras duras, abruptas, que cortaban en cuanto las escupía. Era como si estuviera discutiendo consigo misma.

«Me temo que algo dentro de ella ha debido de... romperse», era lo que había dicho Newton.

Gilmore estaba de pie entre las sillitas infantiles de la zona en la que se contaban los cuentos, cerca de un conejo gigante de cartón vestido con traje. La bibliotecaria tenía un libro en las manos y estudiaba lo que ponía en la contraportada. La anciana solía llevar el pelo recogido en un moño muy bien hecho, pero Ellie se dio cuenta de que ahora llevaba varios mechones sueltos aquí y allá, como si se hubiese ido a dormir con el moño y no se lo hubiera arreglado por la mañana. Llevaba sus características gafas plateadas pendiendo de la punta de la nariz, como si estuvieran a punto de caérsele. Giró el libro para leer el lomo, frunció el ceño y se puso a hojear el tomo.

—¡Una absoluta basura! —se quejó antes de tirar el libro a la pila que tenía a sus pies.

Ellie vio el título: *Si yo dirigiera el zoo*, del doctor Seuss.

Gilmore cogió otro del estante de malas maneras y se limitó a mirarlo con cara de pocos amigos antes de tirarlo a un lado. *El concurso del gato*, también del doctor Seuss.

Había una especie de bruma en el ambiente y apestaba a acelerante, pero eso no le impidió a Gilmore coger la latita que tenía en el bolso que llevaba al hombro y empapar los libros, la alfombra y parte de la pared. Ni siquiera el conejo gigante de cartón se libró.

Ellie le hizo un gesto a Newton para que permaneciera detrás de ella, y a continuación dijo, tratando de sonar lo más tranquila

posible:

—Arwa, ¿podrías decirme qué estás haciendo?

Al principio, la anciana no la reconoció. Fue como si la atravesara con la mirada y solo viera a su jefe. La mujer entornó mucho los ojos.

—¡Estoy intentando arreglar el desaguisado que ha organizado ese hombre! —Cogió otro libro y lo sacudió. Otro libro de Seuss, este protagonizado por una cebra—. ¡Esta basura no tiene cabida aquí! ¡Es veneno para cualquiera solo con tocarlo! —Lo tiró a la pila y roció en zigzag la portada con el acelerante, que le salpicó los zapatos y el dobladillo del vestido. De su bolso sobresalía una caja de cerillas muy grande.

Ellie sujetó el extintor con más fuerza.

—Supongo que debe de haber algún procedimiento cuando quieres que retiren un libro de la biblioteca. No es necesario que hagas esto, ¿vale?

—Procedimiento... —Gilmore resopló, y el aire expelido le apartó un mechón de la cara—. Llevo todo lo que va de año pidiéndole al señor Newton que se deshaga de estos libros. Le he mostrado los datos que apoyan mi petición, los estudios, las críticas... y, ¿sabes cuál ha sido siempre su respuesta? —Hizo una pausa y se lamió los labios. Los tenía agrietados—. «Me gusta el doctor Seuss». Y lo mismo me dijo de todos los demás. —La anciana cogió otro libro de la balda y lo agitó de un lado al otro—. ¡Hasta *La telaraña de Carlota* tiene en los estantes! ¡*La telaraña de Carlota*, prohibida por la dirección de varios centros en 2006! ¡Y cuando vienen los padres y se quejan, el señor Newton espera que yo defienda el libro! —Tiró el libro a la pila y lo empapó—. ¡Pues no pienso hacerlo!

Newton se aclaró la garganta:

—La señora Gilmore y yo tenemos opiniones distintas, y ya hemos hablado largo y tendido de este tema. Cuando ella dirija la biblioteca, que ponga en práctica todas sus opiniones.

Newton tenía setenta y dos años y era más probable que muriera en aquella biblioteca que se jubilara. Gilmore debía de haber llegado a la misma conclusión, porque levantó la latita de acelerante y roció al bibliotecario, una rápida rociada desde los zapatos hasta más o menos la mitad de la chaqueta del traje antes de que el hombre se apartara.

—¡Arwa! —Ellie intentó quitarle la lata de las manos a la anciana de un manotazo, pero Gilmore era más rápida de lo que parecía y no solo se apartó, sino que también consiguió rociar a Ellie, alcanzándole en la mejilla y en el ojo izquierdo.

Ellie profirió un grito y se apartó. El extintor estuvo a punto de caérsele cuando se limpió la cara con la manga del uniforme. La sensación de quemazón llegó con cierto retraso, pero no fue tan mala como esperaba, aunque lo suficiente para provocarle unas lágrimas que le emborronaron la visión e hicieron que empezara a moquear. La sheriff vio una fuente en la pared y se disponía a ir hacia allí, pero Gilmore le ordenó que no se moviera.

—Quédate ahí —le dijo la anciana, y en ese preciso instante Ellie se percató de que ya no llevaba la latita en la mano; la había tirado y acababa de encender una cerilla.

Ellie se quedó donde estaba, pero el señor Newton, no.

El anciano retrocedió tan deprisa como pudo, arrastrando los pies, y se situó detrás de lo que parecía una mesa para manualidades. Descolgó un teléfono que había en la pared y marcó a toda prisa el

número de Emergencias, aunque de poco iba a servirle, porque la llamada la recibiría Sally en la comisaría, si es que la línea llegaba a funcionar.

Con un ojo cerrado y el otro lloroso, Ellie se fijó en la titilante llama que la señora Gilmore tenía en la mano e intentó mantener la voz serena:

—Estás empapada de acelerante, Arwa. Apaga la cerilla antes de que te hagas daño.

La anciana también miraba la llama. De hecho, la miraba como si la llama la hubiera hechizado. Y la miró mientras iba reduciéndose, hasta que casi le había llegado a la punta de los dedos.

—Creo que no lo estás entendiendo, sheriff. El fuego nos libera. Es el igualador de la naturaleza.

Ellie le lanzó el extintor.

El extintor alcanzó a Gilmore justo debajo de la barbilla e hizo que la anciana se tambaleara hacia atrás, cayera y se golpeara la cabeza con una mesa. La cerilla voló, dio un giro y cayó sobre la alfombra. Ellie se acercó, pisoteó la llama a toda prisa y se acuclilló junto a la anciana.

Gilmore no estaba inconsciente, pero los dos golpes la habían aturdido. El golpe de la cabeza se le iba a hinchar, pero no estaba sangrando. Ellie sacó varias bridas de un bolsillo y se apresuró a atar a la anciana a una silla antes de ponerse de pie y acercarse trastabillando a la fuente para limpiarse el ojo. Movió una mano de espaldas y le gritó a Newton:

—¡Vigílala, que tengo que sacarme esta mierda del...!

Si el bibliotecario jefe la oyó, no dijo nada. Desde luego, no parecía que siguiera al teléfono.

Ellie presionó la palanca que había delante de la fuente, ahuecó las palmas de las manos, vertió agua en ellas y se la echó en la cara. Su ojo izquierdo no quería permanecer abierto, así que lo abrió con una mano y le echó agua con la otra, y siguió así hasta que la quemadura se convirtió en un dolor sordo. Pasaron casi cinco minutos desde que se incorporó hasta que consiguió abrir el ojo con normalidad.

—Newton, ¿estás...?

La sheriff oyó un «¡ras!» muy raro seguido de un «¡chas!» muy fuerte.

Ellie se volvió y vio que Newton aún seguía detrás de la mesa para manualidades. El anciano estaba mirando una gran cuchilla para cortar papel cuya enorme hoja brillaba a la luz de la biblioteca.

Acababa de cortarse cuatro dedos.

25

HANNAH

De vuelta en el pueblo, Hannah y Danny estaban parados en la esquina más apartada del aparcamiento que quedaba entre la lavandería de Lou y el taller de silenciadores. La lista de Hannah sonaba en los altavoces a medio volumen. Danny y ella habían pasado al asiento de atrás; el joven introdujo la mano bajo la camiseta de ella, le acarició el estómago con delicadeza y fue subiendo poco a poco hasta la parte inferior del elaborado sujetador. Hannah le iba dando mordisquitos en la oreja mientras él acariciaba la copa, pasaba la mano por debajo del pecho izquierdo en dirección al centro e intentaba desabrochar el sujetador.

—Está detrás —le dijo Hannah tras conseguir recuperarse de una respiración agitada.

Danny le pasó la mano por detrás como hacían todos los chicos: lo suficientemente rápido como para llegar adonde querían y lo bastante despacio como para que pareciera que había sido un accidente. «¡Oh, vaya, mira lo que he encontrado! Oye, ya que estoy aquí, ¿te importa si te...?».

«Vamos, dale», pensó ella, que lo estaba deseando tanto como él.

A Hannah le encantaba que Danny siguiera poniéndose nervioso y se lo tomase con calma. Le encantaba que supiera aplicar la presión adecuada, dónde y cuándo hacerlo. Le encantaba su forma de

besarla mientras estaba con lo otro: ni descuidado, ni todo lengua. La justa. La suficiente.

Lo amaba.

—Lo sabes, ¿verdad? —comentó Hannah despacio antes de darse cuenta de que había dicho aquello en voz alta.

—¿Que si sé el qué?

Hannah le desabrochó el cinturón, luego los vaqueros y le bajó la cremallera.

—Que te amo.

Ya se lo habían dicho antes. La primera vez fue durante la cita cuarenta y tres —otro hito—, pero cabía la posibilidad de que esta fuera la primera vez que Hannah se daba cuenta de que lo decía de verdad. Amaba a aquel chico con todo su corazón.

—Y yo te amo a ti —le dijo él justo cuando por fin conseguía desabrocharle el sujetador, que cayó al suelo—. Algún día nos casaremos, tendremos una casita preciosa en Colonial con vistas a las montañas y dos coma cuatro hijos.

De eso también habían hablado en otras ocasiones. Sería después de la universidad. Troy e Ivy, un chico y una chica. Ahora bien, al igual que sucedía con lo de usar la palabra de cuatro letras, aquella era la primera vez que sonaba real. Había algo en la voz del chico. No lo decía para conseguir lo que quería, lo decía de verdad.

Hannah se apretó contra él. Tenían los cuerpos entrelazados. El calor había empañado los cristales y le parecía que eran las dos únicas personas del mundo.

—Esto es mucho mejor que Boston —dijo ella por lo bajo, mientras introducía la mano en sus vaqueros.

Cambiaron de posición y Danny se puso arriba. El joven se quitó la camisa y se quedó inmóvil, mirando a Hannah.

—¿Qué?

Danny le dijo con una gran sonrisa:

—Eres la hostia de gua...

De pronto, la ventanilla trasera explotó y en la frente del joven apareció un pequeño agujero negro, justo encima del ojo derecho.

26

LA SHERIFF ELLIE

Con veintiséis años de experiencia como agente de la ley, a Ellie le gustaba pensar que era capaz de lidiar prácticamente con cualquier situación. En Hollows Bend nunca había habido muchos delitos, pero había visto más que suficientes: había tenido que tratar con borrachos, lidiar en disputas domésticas y resolver algún que otro robo, casi siempre perpetrados por gente de fuera del pueblo. Incluso había convencido a un suicida de que no saltara del viejo banco; a ver, no se habría matado tirándose de un edificio de dos pisos, pero a Ellie le gustaba pensar que lo había librado de una fea rotura de huesos.

Ellie se pasó como mínimo diez segundos mirando, desde el otro lado de la sección infantil, a Edgar Newton —el Cigüeña, el Cabeza —, un hombre al que conocía de toda la vida, y que siempre le había parecido que olía como si llevara queso en los bolsillos. El hombre miró la cuchilla, se miró la mano cortada, la levantó y se miró los muñones de los dedos como si estuviera inspeccionando algún objeto de exposición en vez de su propia mano recién mutilada.

El entrenamiento de Ellie se hizo cargo de la situación y la sheriff corrió hasta el bibliotecario mientras se secaba el agua de los ojos. Se los notaba hinchados.

—Me parece que he tenido un accidente —balbució Newton sin dejar de mirarse la mano y con voz serena, por extraño que pareciese.

Ellie cogió a toda prisa el mantel del expositor de los libros de Harry Potter y los libros, unos volúmenes de tapa dura muy gastados, cayeron al suelo.

—Mantén el brazo levantado —le ordenó a Newton—. Tienes que mantenerlo por encima del corazón para minimizar la pérdida de sangre.

El bibliotecario hizo lo que le pedía la sheriff y esta enrolló el mantel alrededor de la herida.

—Voy a cogerte la corbata —le dijo al tiempo que empezaba a deshacerle el nudo. Cuando acabó, enrolló la corbata alrededor del mantel un par de veces y le hizo dos nudos.

—Señor Newton, ¿sigue usted ahí?

La voz de Sally sonaba incorpórea, fina, apenas audible. Ellie se dio cuenta de que provenía del auricular del teléfono. Newton lo había dejado en la mesa, al lado de la cuchilla. Ellie lo cogió y lo pinzó con el hombro.

—¿Sally? Soy Ellie.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Llevo un rato intentando dar contigo! ¡El teléfono no funciona!

Ellie sacó una bolsita de pruebas del bolsillo y empezó a recoger los dedos cuidadosamente y a meterlos en el plástico transparente. El estómago le hizo un ruido raro y tuvo que hacer un esfuerzo para que el desayuno siguiera donde estaba.

—Y entonces, ¿cómo has conseguido ponerte en contacto conmigo?

—Los móviles no funcionan —le aclaró Sally—. La radio tampoco funciona bien, pero parece que la línea fija sí.

Nada más decirlo, la voz de Sally se fue y la línea crepitó por efecto de la estática que Ellie ya había oído en otras llamadas. Pero volvió. Se oía una especie de clic al fondo, regular, uno cada tres o cuatro segundos.

Mientras recogía el dedo índice y lo metía en la bolsa, Ellie le contó a todo correr lo de la señora Gilmore y lo que acababa de hacerse el propio Newton.

—Llama a North Hollow y que envíen una ambulancia. Los cortes son limpios. Si se dan prisa, quizá puedan volver a implantárselos.

Necesitaba hielo para mantener los dedos en frío.

—Será mejor que lo lleves tú misma a North Hollow, porque llevo intentando ponerme en contacto con ellos toda la mañana, y la línea comunica y se desconecta todo el rato. Tenemos dos infartos, un apuñalamiento en casa de los Lecassa, una pierna rota por un atropello con fuga en el mirador, dos mordeduras de perro... ¡y Dios sabe qué más! Cada vez que alguien consigue ponerse en contacto conmigo, la lista se hace más larga, y eso que solo te estoy contando los problemas médicos. He recibido tres llamadas por peleas, una denunciando a un vándalo que ha entrado en la escuela elemental y ha pintado símbolos nazis en las paredes del auditorio... Henry Wilburt me ha contado que alguien ha entrado en su farmacia y ha vaciado la mitad de las baldas, pero no para llevarse nada... Lo ha dejado todo tirado por el suelo y ha roto lo que ha podido. ¿Quieres que siga? Porque hay más. Tengo gente esperando aquí; personas que no lograban comunicarse con la comisaría y que han decidido venir. No hay ni un solo asiento libre en la entrada ¡y la

mitad de la gente está discutiendo! He tenido que separar a Dave Prath y a Lou Passani hace unos diez minutos por no sé qué chorrada de que Lou había aparcado la camioneta de la empresa en la calle toda la noche justo delante de la casa de Dave. Al parecer, el vehículo entraba en su propiedad diez centímetros y eso le molestaba. ¡En una calle pública! Era como si Dave buscara una razón para liarla.

A Ellie no le entraba en la cabeza lo que estaba oyendo. La lista de Sally era más larga que todos los incidentes que habían ocurrido en el pueblo durante el último año. ¡Durante los últimos dos años! Nunca habían registrado semejante índice de criminalidad en Hollows Bend. Aquello no tenía sentido.

—¿Aparece algo en la red? ¿Está pasando lo mismo en todos lados?

—Internet lleva toda la mañana sin funcionar, como los teléfonos. Y la tele por cable tampoco va.

Los móviles, la televisión, Internet..., todos esos servicios los proporcionaba una empresa llamada BroadNet, que también se encargaba del mantenimiento de la torre de telefonía móvil. Puede que se les hubiera caído el sistema.

—¿Está Buck en Main Street limpiando lo de los pájaros muertos esos? Puede que él sepa cómo conectarnos.

—Ni lo he visto ni he oído nada de él, y no es que no lo haya intentado, te lo aseguro —le explicó resoplando.

Ellie parpadeó un par de veces. El dolor del ojo izquierdo casi había desaparecido del todo, pero aún sentía cierta quemazón.

—Vale, pues que Matt...

—Pero ¿es que no me has oído? —Sally parecía molesta—. ¡No soy capaz de ponerme en contacto con nadie! Ni con el hospital, ni con las ambulancias, ni contigo, ni con Matt. ¡Si estamos hablando es de pura chiripa! Lleva a Newton al hospital tú misma y vuelve. El pueblo se está cayendo a pedazos y solo estoy yo para encargarme de todo.

Arwa Gilmore empezaba a reaccionar. Gimió, giró la cabeza, se quedó mirando las bridas con las que Ellie la había atado a la silla y a continuación la buscó a ella.

—Sheriff, suéltame, que tengo mucho trabajo.

—Tú quédate ahí sentadita.

—¿Sentadita? ¡A que me tomo el resto del día libre! ¿Qué te parecería, eh? —le gritó Sally.

—Estoy hablando con la señora Gilmore, Sally, no contigo. Nunca se me ocurriría...

—¡Como tú también empieces a darme por culo, me largo! ¡No me pongas a prueba!

Ellie estaba empezando a arrepentirse de haberse levantado de la cama esa mañana.

—Vale, voy a llevar a Newton a North Hollow, y luego volveré a la comisaría. Si consigues hablar con Matt, dile que él también vaya a la comisaría. Allí nos reagruparemos y decidiremos cómo resolver todo esto. ¿Podrás con el fuerte hasta entonces?

Un largo silencio. Y por fin, la respuesta:

—Diles a los del hospital que envíen al menos tres ambulancias. Necesitamos ayuda.

Ellie iba a responder, pero se dio cuenta de que, o bien Sally había colgado, o bien la línea había vuelto a desconectarse. Quiso creer

que era lo segundo. Por muy exasperada que estuviera Sally, nunca la había visto eludir sus responsabilidades.

Cogió a Newton del brazo y empezó a llevarlo hacia la puerta.

—Venga, vamos al hospital.

—¡Eh! ¡No me dejéis aquí! —gritó Gilmore, tirando de los brazos con tanta fuerza que la silla se desequilibró.

Ellie se acercó a la pila de libros empapados en acelerante, se agachó, cogió uno de los del doctor Seuss y se lo lanzó al regazo de la anciana.

—Ten, para que leas mientras esperas.

27

HANNAH

Apenas un segundo después de que la ventanilla se rompiera y el agujero apareciera en la frente de Danny, Hannah oyó el disparo, un suave «¡pop!», no como en las pelis o en la televisión; se parecía más al sonido de los fuegos artificiales o al del juguete de un crío, que era lo que ella deseaba que fuera. Durante ese milisegundo intentó convencerse de que lo que había oído no era el disparo de una pistola, que el agujero en la cabeza de Danny no era real y que aquello no era sino una especie de broma muy elaborada. Durante ese milisegundo, todo se movió a cámara lenta. Hannah esperaba que la media sonrisa de Danny se completara, que se riera con ganas, que le dijera «¡Inocente!».

Danny, sin embargo, no hizo nada de eso. Por el contrario, cayó hacia delante y su cabeza golpeó con fuerza la sien de Hannah. Tras lo cual, el chico se quedó inmóvil.

—¿... Danny?

Hannah consiguió articular su nombre, pero no le salió nada más. En el coche solo se oía su respiración entrecortada y a Ed Sheeran cantando «Bad Habits» en los pequeños altavoces. Danny no hacía ningún ruido, y entonces Hannah comprendió que aquello era real.

—¡Ay, Dios mío..., Danny!

Hannah intentó sentarse, salir de debajo de él, pero Danny pesaba mucho, y tanto si estaba muerto...

«¡Por Dios, que no esté muerto!».

... como si no lo estaba, no pensaba girarlo para que cayera al suelo. Ese sonido, ese golpe, sería demasiado para ella.

—¡Danny, cariño, despierta!

—Me temo... que no va a despertar.

La voz provenía de fuera del coche y arrastraba ligeramente las palabras, como si quienquiera que estuviera hablando pensara cada palabra que decía y tuviera el cuidado de enunciar cada sílaba antes de dejar que saliera de sus labios.

Con el peso de Danny encima, Hannah estiró la cabeza e intentó ver quién había fuera del coche, pero no consiguió distinguir nada a través de la ventanilla rota —que era de donde provenía el disparo— y las demás estaban empañadas. Ed Sheeran seguía cantando y Hannah deseó poder apagar la música, pero no alcanzaba ni la radio ni el móvil. Obligó a su voz a funcionar:

—¿Quién coño eres? ¿Qué quieres?

—Te quiero a ti, Hannah..., y desde hace mucho tiempo. Me fascina que hayas dado con la manera de acercarte a mí, y más en un día como hoy.

Hannah conocía aquella voz, pero no era capaz de determinar de qué. Le resultaba familiar y extraña a la vez.

Vio una sombra muy oscura en el parabrisas trasero, pero desapareció tan rápido como había aparecido.

Una mosca negra y gorda se coló por la ventanilla abierta, se posó en el techo y miró hacia abajo mientras se frotaba las patas delanteras. Era raro ver moscas en otoño. Lo normal era que

murieran en julio. Esta era tan gorda que cabía la posibilidad de que, contra todo pronóstico, hubiera logrado vivir mucho más tiempo del que le correspondía. Voló del techo a la cabeza de Danny, pero Hannah la espantó.

—Solía verte, Hannah, corriendo después de la uni. Casi cada día... Siempre has sido tan disciplinada... Te veía y pensaba: «Tío, si Dios inventó las mujeres el sexto día, el séptimo debió de emplearlo en inventar los pantalones de yoga». Verte correr con aquellos pantalones negros tan apretados y con aquellos sujetadores deportivos tan ceñidos me ayudaba a seguir adelante en los días malos. Como un chute en vena, directo del cielo. Daba igual lo mal que se pusiera el día, pues sabía que te vería corriendo a eso de las cuatro y media y que todo mejoraría. Una vez incluso me saludaste, hará unos seis meses, pero no creo que me reconocieras. Ese día no. Tengo curiosidad por saber si me recuerdas.

La sombra volvió a moverse por el exterior del coche y apareció en la ventanilla rota. Llevaba un mono gris lleno de manchas de grasa, tanto viejas como nuevas. Hannah no le vio la cara hasta que se agachó, se quitó la vieja gorra de los Red Sox que llevaba puesta y se rascó la cabeza.

Malcolm Mitchell.

El nombre le llegó de golpe. Malcolm había dejado el instituto el otoño pasado, al empezar el último curso. Hannah no sabía por qué, pero no eran amigos ni nada; de hecho, nunca habían hablado. Malcolm era un chaval que estaba en los pasillos del instituto y, de repente, un día dejó de estar. Se desvaneció de sus pensamientos tan rápidamente como él se había desvanecido del instituto de Hollows Bend.

Aparecieron varias moscas más. Dos se posaron en el hombro de Malcolm y otra en el pelo. Era como si ni siquiera se diera cuenta de que estaban ahí. El joven le sonreía a Hannah, una sonrisa llena de dientes amarillos y torcidos.

—¡Te acuerdas de mí! ¡Lo veo en tus ojos! ¡Fíjate, pero si Hannah Hernandez sabe quién soy! —Malcolm metió la mano por la ventanilla, desbloqueó la puerta y la abrió—. Venga, sal.

Hannah no se movió; no solo porque Danny seguía encima de ella, sino porque era como si su cuerpo no quisiera funcionar. Era como si estuviera congelada, como si estuviera teniendo una pesadilla y fuera incapaz de reaccionar.

Malcolm cogió a Danny por las piernas, lo giró con fuerza y lo dejó tirado en el suelo. El joven no dejaba de sonreír. De hecho, la sonrisa de Malcolm se hizo más amplia en cuanto vio parte del sujetador de Hannah en el suelo, debajo de Danny.

—Siento haberos interrumpido. Seguro que estás muy cachonda, ¿eh?

Hannah no dijo nada. No podía.

Una de las moscas subió por la mejilla de Malcolm, caminó por su oreja y se le metió dentro. Era como si de eso tampoco se diera cuenta.

Hannah ahogó un grito antes de que saliera de su garganta.

Malcolm se dedicó a observar cada centímetro de su cuerpo, despacio, desde sus pies desnudos hasta que llegó a los ojos.

—En un primer momento tenía pensado raptarte en la calle, mientras corrías, hace unos cuatro meses. Cogí cinta americana y aparqué en la ruta que solías seguir, e incluso abrí los seguros del coche cuando te vi aparecer..., pero me rajé. De hecho, me meé

encima... y creo que el valor se me fue con la meada. No era el momento, ni para ti ni para mí. —Sonrió. De nuevo aquellos dientes torcidos y amarillos—. Me alegro de haber esperado un poco. Llevo cuatro meses imaginando lo que te voy a hacer. No sabes las fiestas que nos vamos a correr.

Malcolm la cogió por los tobillos, tiró de ella y la sacó del coche con una fuerza que parecía sobrehumana. Hannah se golpeó la cabeza contra el asiento, contra el perfil metálico del marco de la puerta y, finalmente, contra el asfalto; y entonces todo se volvió negro.

28

RILEY

Riley Sanchez miró el desagüe del fregadero.

Había oído una especie de arañazos extraños provenientes de la tubería, pero solo había sido una vez.

Dejó correr el agua hasta que el fregadero empezó a llenarse e incluso pulsó el botón de la trituradora de basura y dejó que triturara el vacío durante unos segundos, la apagó y se quedó esperando.

Pero no volvió a oír aquel sonido.

Unas cuantas gotas cayendo al vacío... y nada más.

Puede que se lo hubiera imaginado.

¡Vete tú a saber!

Internet se había caído hacía cosa de diez minutos, y la casa se sumió de inmediato en un silencio demencial. Era como si un monstruo gigantesco hubiera absorbido todo el aire de la casa por una ventana abierta. Riley había estado viendo *The Umbrella Academy* y Vanya se había quedado congelada en mitad de una frase. Inmóvil, seguía en la pantalla, pero le faltaba la mitad de la cara, que se había convertido en un desorden de píxeles.

Riley desconectó el rúter, contó hasta diez y volvió a conectarlo, tal y como le había enseñado su madre. La lucecita estaba pasando de un rojo fijo a un amarillo parpadeante cuando de pronto oyó aquel arañazo.

«Te lo has imaginado», se dijo.

Porque en las tuberías no vive nadie.

Cocodrilos en las cloacas y serpientes en los inodoros. Todo eso solo pasaba en las películas o en Internet, no en la vida real. Ahora bien..., ¿y si había algo allí? Puede que se hubiera colado la noche anterior y que no pudiera salir. O peor aún... ¿y si podía salir?

Riley cogió el móvil para mandarle un mensaje a su madre, pero decidió dejarlo en la encimera. No.

Estaba actuando como una estúpida.

Como un bebé.

No había nada en el desagüe y tampoco se había quedado sin luz, solo se había ido Internet. Además, ¿qué podría hacer su madre? Riley sabía exactamente lo que haría, arrepentirse de que siguiera quedándose sola en casa cuando ella estaba trabajando en la cafetería. Eso era lo que iba a hacer. Haría que su abuela condujera desde Barton y se quedara con ella, como el año pasado. ¡O peor..., pagaría a Patty Norhouse otra vez para que hiciera de canguro! Patty tenía catorce años, solo cuatro más que Riley, y no se podía decir que cuidara de ella. ¡Ni siquiera jugaba con ella! Cada vez que venía, la chica se pasaba todo el rato en el sofá, intercambiándose mensajitos con su novio. Lo único que...

«Ris, ras, ras».

A Riley le dio un vuelco el corazón.

¡Vale, esta vez se había oído clarísimo... y provenía del desagüe!

¡Provenía del desagüe seguro!

Riley se inclinó hacia delante y miró el desagüe, pero no vio nada aparte del bol de cereales de esa mañana lleno de agua y de restos de leche, la cucharilla sobresaliendo y las oscuras fauces del

desagüe. La goma negra brillaba aún por el agua que Riley acababa de dejar correr y estaba ligeramente manchada de restos de macarrones con queso de la noche anterior. Su madre lo tiraba todo al triturador de basura.

«Puede que, lo que sea que está rascando la tubería..., siga teniendo hambre».

En cuanto aquel pensamiento se le metió en la cabeza, Riley empezó a desear que desapareciera.

Su madre siempre le decía que tenía mucha imaginación. Sus profesores también se lo decían. A veces, tener mucha imaginación era bueno, pero otras era malo, como en ese momento... En ese momento era muy malo. Fuera lo que fuera aquello, había una razón para que estuviera pasando, alguna tontería, seguro, y, si permitía que aquello la asustase, sería culpa suya y solo suya.

Riley cogió el móvil, ignoró el hecho de que estaba temblando y encendió la linterna.

Alumbró el desagüe.

Buscó con la luz a través del agujero.

No se veía gran cosa.

En realidad, no se veía nada.

«Porque no hay nada que ver».

«Ris, ras».

A Riley se le resbaló el móvil y estuvo a punto de caérsele.

Vale, eso había sido real... y había sonado bien alto, cerca de la parte superior del desagüe... Tanto si podía verlo como si no, ahí estaba.

Riley adelantó la mano sin apartar la vista del desagüe y volvió a pulsar el interruptor del triturador de basura.

No pasó nada.

Claro que no, porque así son las cosas. Había visto suficientes películas de miedo como para saber que el triturador de basura no funcionaba cuando se suponía que debía funcionar, que entonces alguien metía la mano en el desagüe, el cacharro volvía a funcionar y se oían unos alaridos terribles. ¡Ja! No era idiota.

Aquel pensamiento hizo que se sintiera bien, que se sintiera fuerte. Real o ficticio, no iba a permitir que aquello la asustase. Iba a enfrentarse a ello, y, cuando su madre volviera a casa, le explicaría cómo se las había apañado; que lo había llevado como una chica mayor, no como una niñita asustadiza.

Riley apagó el triturador de basura, abrió los armarios de debajo del fregadero y lo desenchufó... por si acaso. A continuación, con la linterna alumbrando el desagüe, cogió la cuchara del bol de cereales y la introdujo en el agujero. La movió a derecha y a izquierda, golpeándola contra los lados de la conducción. Cuando llegó a las cuchillas del triturador, metió el mango de la cucharilla con fuerza. Desde luego, si había algo al otro lado, o lo había matado o había logrado que huyera, que saliera escabulléndose por la tubería adonde fuera que iba toda la basura del triturador. ¡Que se buscase el desagüe de otra casa, pues en el suyo no iba a vivir!

—¡Que te jodan! —le gritó. Eso también la hizo sentir bien.

De hecho, se había sentido tan bien al soltar aquel grito, que gritó una vez más. Y otra y...

Cuando por fin dejó de gritar, estaba sin aliento.

Dejó la cucharilla en la encimera, se inclinó sobre el fregadero y aguzó el oído. Silencio.

Sonrió.

¡Ni su madre lo habría hecho mejor! Ni su abuela, ni Patty Norhouse.

Pasó un minuto. Silencio.

Riley apagó la linterna y estaba lista para irse y enfrentarse al problema de Internet cuando lo vio.

Había algo nadando en su bol de cereales.

29

MATT

Matt cruzó la puerta de la comisaría llevando cogida a Eisa Heaton del brazo izquierdo y con la mano derecha en las esposas de Josh Tatum. Los tres se quedaron de piedra nada más entrar.

La comisaría estaba abarrotada de gente.

Las sillas que había debajo de las ventanas frontales estaban ocupadas, e incluso había gente de pie. Se hablaban unos a otros a voces. Ed McDougal sostenía un paquete de guisantes congelados encima del ojo izquierdo y discutía con su vecino, Ben Molton, que le clavaba el dedo en el pecho. Stacy y Tracy Bergman, gemelas idénticas casadas con dos gemelos, tenían cada una en los brazos un par de niños llorones mientras se gritaban la una a la otra, coloradas de tanto chillar. Conner Evans retorcía el brazo que tenía atrapado en la boca de la máquina expendedora, con la puertecita de plástico levantada, mientras golpeaba la máquina con la otra mano, tan fuerte que el artefacto se movía de un lado a otro.

Cuando la multitud vio a Matt, las voces se acallaron momentáneamente pero al instante empezaron a aullar de nuevo, esta vez dirigiéndose a él. Matt vio a Sally al otro lado de la estancia, detrás de su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja. La mujer levantó una mano en señal de rendición, y sacudió la cabeza como si no pudiera dar crédito a todo lo que estaba sucediendo, antes de

bajar la mirada de nuevo y empezar a apuntar algo a toda prisa en un cuaderno.

—¡Enseguida os atiendo —gritó Matt tratando de hacerse oír por encima de las voces de los demás—, pero tenéis que ser pacientes!

Aquello solo sirvió para empeorar la situación. Los gritos fueron a más. Ahora todo el mundo estaba de pie y lo rodeaba.

—¡Llevo esperando casi una hora!

—¡Me han robado el coche!

—¡Este gilipollas ha matado a mi perro! —chilló Ed McDougal.

Ben Molton levantó el brazo y lo agitó delante de Matt. Lo tenía cubierto de sangre.

—¡Su puto perro ha intentado arrancarme el brazo!

—¡Basta! —gritó Matt—. ¡No pienso ayudar a nadie a menos que tenga el culo plantado en una silla y la boca cerrada! ¡Si queréis comportaros como niños de pecho, hacedlo fuera! ¡Este no es el lugar para hacerlo!

Matt tampoco tenía intención de que sus palabras sonaran tan duras. Era como si su voz hubiera adoptado una entonación distinta. Por un segundo pensó en su padre, en los gritos furiosos de borracho que precedían a las palizas..., y, cuando salió de su ensimismamiento, se dio cuenta de que acababa de cerrar los ojos con fuerza para protegerse de uno de aquellos puñetazos que no recibía desde hacía más de veinte años. Su padre se mató al chocar con un árbol de vuelta a casa del Black Moose; no llevaba puesto el cinturón de seguridad y murió en el acto.

La comisaría había vuelto a quedarse en silencio. Todos lo miraban.

—¿Dónde está Ellie? —ladró McDougal antes de que hablara nadie más—. ¿Por qué no está aquí?

Matt apartó el recuerdo de su cabeza y se fijó en Sally; estaba de espaldas y gritaba por el teléfono. Matt se volvió hacia el anciano y bajó la voz.

—Ed, siéntate. Te atenderé en cuanto me encargue de esto. —respondió levantando las manos esposadas de Josh.

Fue como si Ed McDougal viera a Josh Tatum y a Eisa Heaton por primera vez. Se quedó mirando las gotas de sangre que Eisa tenía en un lado de la cara, y luego miró a Josh.

Antes de que al anciano le diera tiempo de hacer preguntas, Matt llevó a Eisa y a Josh a la celda que había al fondo abriéndose paso entre la muchedumbre.

Cuando Josh vio adónde lo llevaba, clavó los talones en el suelo.

—¡Yo no pienso entrar ahí!

Matt le dio un empujoncito hacia la puerta.

—Es solo hasta que se resuelva el asunto.

Eisa Heaton no protestó. Matt la condujo hasta el fondo de la celda y la ayudó a sentarse en el camastro. Se inclinó hacia ella y le susurró:

—Esto es por tu propia seguridad, Eira. Quédate aquí sentada, ¿vale?

La anciana movió levemente la cabeza adelante y atrás, lo cual podría interpretarse como un gesto de asentimiento, pero no dijo nada.

Matt le apretó el antebrazo para confortarla y se volvió hacia Josh:

—A ver, las esposas. —Mientras Matt las abría y se las quitaba, le dijo—: Ellie me ha dicho que llame a Harvey Cooper para que te

ayude. Lo mejor es que no hables con nadie hasta que él llegue, ¿entendido?

Josh volvía a tener esa expresión que lo hacía parecer hundido.

—Yo nunca les haría daño a Lynn y a los niños. Nunca.

—Lo sé —dijo Matt, a pesar de que, en realidad, no lo sabía—. Tengo que hacer una cosa más. No te va a gustar, pero es para protegernos ambos.

Josh frunció el ceño.

—¿Qué?

Matt le leyó la Advertencia Miranda.

Cuando acabó, Josh estaba llorando. Matt no volvió a mirarlo mientras salía de la celda y cerraba la puerta con llave.

Como poco, aquello hizo que la multitud mantuviera un silencio tenso. Todos miraban a Josh y a Eisa mientras Matt se acercaba al escritorio de Sally.

—Enviaré a alguien —dijo la mujer a quienquiera que se encontrara al otro lado de la línea. Colgó y miró a Matt—. ¿Qué coño está pasando?

Matt se limitó a negar con la cabeza.

—¿Dónde está Ellie?

—No tenemos ni radio ni servicio de móvil, así que he estado siguiendo su coche con el GPS —respondió Sally antes de lanzarle una mirada acusadora—. El tuyo no funciona. —Había un mapa en uno de los monitores del ordenador de la mujer, que indicaba un punto rojo—. Está parada en la 112, cerca de Lower Falls.

—¿Y qué está haciendo allí? ¿No es donde ha encontrado el coche abandonado esta mañana?

—No sé por qué se ha detenido ahí. Se suponía que debía llevar al señor Newton al hospital de North Hollow.

Matt arrugó la frente.

—¿Al Cigüeña? ¿Qué le ha pasado?

Sally se lo contó.

Matt se iba poniendo más tenso con cada palabra. Cuando terminó, se aseguró de que nadie los escuchaba y le dijo:

—Llevo el cadáver de Norman Heaton en el maletero.

El teléfono de Sally volvía a sonar y todas las líneas tenían encendido el piloto de llamada en espera, pero la mujer las ignoró. Se quedó blanca al ver a Eisa Heaton sentada en el camastro de la celda y a Josh junto a los barrotes, mirando al exterior.

—¿Qué han...?

—Eisa ha matado a Norman justo delante de mí... y Josh... —Matt bajó la voz antes de contarle lo demás.

Cuando acabó de ponerla al corriente, la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas y se tapaba la boca con las manos.

—Mira —le dijo él con calma—, no puedo dejar el cadáver de Norman en el coche, así que voy a llevarlo a la oficina del forense, y luego volveré y te ayudaré a encargarte de toda esta gente, ¿vale? ¿Puedes con esto?

Sally asintió, pero a Matt no le pareció que la mujer fuera a poder con todo aquello; parecía estar al borde de una crisis nerviosa.

Matt le cogió una mano al ver cómo le temblaba y se la apretó.

—Te voy a pedir que hagas una cosa —le dijo—. Libera una de las líneas de teléfono e intenta ponerte en contacto con la comisaría de Jackson. Si no das con ellos, llama a los federales. Que nos envíen ayuda. Me da igual a quién envíen, como si es la Guardia Nacional.

—No se fue todavía. Tenía la sensación de que, en cuanto se girase y mirara a alguna de las personas que estaban esperando en la comisaría, sería como encender la mecha de un barril de pólvora—. Si esta gente se rebela, estamos en una terrible inferioridad numérica.

—Son nuestros amigos —dijo Sally por lo bajo.

—Hoy no. —Matt llevaba toda la última hora pensando en ello y, hasta cierto punto, se sintió bien al decirlo en voz alta—. No sé qué les pasa, pero la situación empeora por momentos.

Sally se quedó pensativa tras escuchar las palabras del agente y señaló el despacho de Ellie con la cabeza.

—¿Y ella?

Matt siguió la mirada de Sally a través de las persianas abiertas.

La chica de la cafetería, que llevaba una sudadera enorme y unos vaqueros de la sección de objetos perdidos, estaba sentada frente al escritorio de Ellie, mirando a todos los presentes. El pelo oscuro le cubría la mitad del rostro y dejaba la otra mitad en penumbra, pero Matt se dio cuenta de que, en cuanto se percataba de que el agente la estaba mirando, ella le devolvía la mirada.

—¿Ha dicho algo?

—Ni una sola palabra.

—Que se quede ahí hasta que yo vuelva.

La voz de Sally fue como un chasquido cuando dijo:

—¿Y si esto está pasando en todos lados? ¿Y si no consigo dar con nadie por teléfono?

—Tú inténtalo. Enseguida vuelvo.

30

RILEY

Tenía la piel gris.

Riley solo vio un destello de lo que fuera que había en su bol de cereales antes de que aquella cosa desapareciera de nuevo en el agua blanquecina. Esperó ver burbujas, señal de que algo estaba respirando allí dentro, pero no vio ninguna. Fuera lo que fuera, no salía a la superficie a respirar.

—Vale... esto no acaba de suceder.

Pero había sucedido. Es más, mientras pronunciaba aquellas palabras, las ondas en el agua llegaron al borde del bol, rebotaron y, poco a poco, desaparecieron. Riley se quedó mirando el cuenco hasta que el agua estuvo completamente quieta, sin parpadear ni respirar, obligando a cada ápice de su cuerpo a permanecer inmóvil como una estatua. Y es que, de algún modo, algo le decía que, en cuanto se moviera, aquella cosa gris se lanzaría a por ella y la atacaría. Seguro que saltaría hasta su boca, o hasta sus ojos, y se metería en su cuerpo. Así se comportaban esa clase de seres. Lo había aprendido en las mismas películas de miedo donde salía lo de los trituradores de basura. Se metería dentro de ella, se la iría comiendo hasta llegar al cerebro y se apoderaría de ella como en esa novela de Jack Finney que había leído el verano pasado.

¡De ninguna manera pensaba convertirse en una zombi alienígena! ¡Mataría a ese bicho!

Riley cogió la cucharilla con mucha fuerza, la llevó hacia el bol... y tocó un lateral.

Nada.

Tragó saliva y tocó de nuevo el lateral del bol con la cucharilla, con más fuerza esta vez, hasta balancearlo. Nada se movió dentro.

«Está todo en tu cabeza, Riley».

Entonces lo vio de nuevo, apenas un instante, pero allí estaba. Debía de medir unos dos centímetros y medio de largo, era gris y estaba justo debajo de la superficie del agua. El bicho rodeó el bol a toda prisa y volvió a sumergirse en el agua brumosa. Fuera lo que fuera, no estaba solo..., porque Riley volvió a oír los arañazos en la tubería del desagüe, rápidos y furiosos, como si algo estuviera desesperado por salir, hubiera cogido carrerilla para intentarlo y no hubiese logrado llegar arriba del todo.

Riley estaba intentando tranquilizarse cuando sonó el móvil. Un mensaje. Soltó un grito, pero un pedazo de grito, y se cayó de bruces, con el estómago revuelto. Cuando por fin su cuerpo decidió que ya era hora de recobrar la coordinación entre el cerebro y las extremidades, se apartó del fregadero. Mientras caía, tocó el borde del móvil con los dedos, no lo suficiente como para sujetarlo, pero sí lo bastante como para que saliera volando hasta el suelo. El móvil cayó bocabajo y se oyó un feo crujido. No era la primera vez que Riley oía aquel sonido. La niña cogió el móvil y vio que el mensaje aparecía por detrás de una telaraña de rajas:

¿ESTÁS SOLA?

Todo en mayúsculas, desde un número que no reconocía.

Riley casi no tuvo tiempo de procesar que el bol acababa de hacer un ruido en el fregadero, como si diera un bote. Como si algo lo hubiera golpeado... desde abajo.

La niña se había dejado abiertas las puertas del armarito de debajo del fregadero cuando desconectó el triturador de basura y entonces se fijó en una protuberancia roja que sobresalía en la parte inferior de la máquina. Riley sabía exactamente qué era aquello porque su madre se quejaba a diario: era una especie de interruptor de seguridad o algo así, que saltaba cada vez que su madre intentaba hacer trabajar el triturador más de la cuenta. Ahora asomaba, y esa era la razón por la que el triturador no había funcionado la segunda vez que pulsó el interruptor.

Riley se movió rápido porque sabía que, si se paraba a pensar lo que estaba a punto de hacer, todo el valor que había sido capaz de reunir se desvanecería en un instante.

Miró debajo del fregadero y volvió a conectar el interruptor de seguridad, aunque no pudo lograrlo a la primera, y a continuación pulsó el botón de reinicio que había en la parte de abajo del triturador de basura. Riley esperaba que volviera a saltar —a veces lo hacía—, pero, como no lo hizo, se puso en pie y se inclinó sobre el fregadero.

El agua lechosa del bol no paraba de agitarse porque aquella cosa gris —un monstruo, un pez, un alienígena o lo que coño fuera— estaba nadando a toda velocidad alrededor del borde.

Riley estiró la mano y volcó el bol con tanta fuerza que este se partió por la mitad en la otra punta del fregadero, y la leche, el agua y la cosa lo salpicaron todo, giraron alrededor del desagüe y

desaparecieron, aunque a la niña le dio tiempo de ver cómo era el bicho. Su piel brillaba como si estuviera recubierto de aceite. Era una especie de gusano. Se desplazaba a toda velocidad y Riley no vio que tuviera ni ojos, ni pies, ni aletas..., nada de eso. Sí parecía que tuviera agallas a ambos lados, y una boquita fea y muy probablemente llena de dientes; aunque verlos, lo que se dice verlos, no los vio.

Riley pulsó el interruptor del triturador de basura con el puño, tan fuerte que rompió la placa de plástico.

El motor cobró vida emitiendo un sonido repugnante, como si aplastara una serie de huesecillos, pero Riley no tenía claro si se trataba del bicho gris o de lo que fuera que estaba rascando la tubería por dentro. Ahora bien, tampoco le importaba. Abrió el grifo a tope, giró el mando para que el agua saliera tan caliente como fuera posible y observó cómo el vapor empezaba a subir. Dejó el grifo abierto al menos un minuto.

No se atrevía a mirar a través del desagüe.

¡Ni loca!

De espaldas al armario, Riley se dejó caer deslizándose hasta el suelo y esperó a que las lágrimas aflorasen, pero no le dio tiempo, porque la campanita de otro mensaje volvió a sonar en su móvil.

SABEMOS QUE ESTÁS AHÍ. ¿ESTÁS SOLA?

31

MATT

Aunque lo suyo habría sido tirar por Main Street, Matt prefirió circular por callecitas secundarias para llegar a la oficina del forense, que estaba en la parte trasera de la funeraria Furber, y aparcó el coche patrulla dando marcha atrás en el hueco que había entre dos coches fúnebres, junto al estrecho muelle de carga situado detrás del edificio. Lo último que le faltaba era que alguien lo viera sacando el cadáver de Norman Heaton del maletero.

Una vez en lo alto de la rampa, fue hasta las puertas dobles y pulsó el timbre.

Como no respondía nadie, lo pulsó de nuevo.

Matt miró inquieto a su alrededor.

—Vaaamos, Ger.

Gerald Furber vivía solo en el apartamento de tres habitaciones que había encima de la funeraria, el mismo sitio donde había vivido con sus padres desde pequeño. El hombre tenía ahora cuarenta y siete años y no se había casado. Heredó el negocio familiar cuando sus padres murieron y era una persona solitaria. En una ocasión le confesó a Matt que prefería la compañía de los muertos a la estupidez de los vivos. Como Matt no sabía qué responder, prefirió no decir nada, aunque comprendió de inmediato por qué el hombre seguía soltero.

Cuando ya había pasado cerca de un minuto, Matt empujó la puerta y comprobó que estaba abierta.

Asomó la cabeza y llamó a Gerald:

—¿Ger? ¿Estás ahí? ¡Soy Matt!

Conectados a unos sensores de movimiento, los fluorescentes del techo fueron encendiéndose a lo largo del pasillo, llenando el espacio con una luz dura y brillante y un suave zumbido. Había varias camillas de acero alineadas en la pared de la izquierda. Matt cogió una y la llevó hasta el coche patrulla.

Después de volver a mirar a su alrededor y comprobar que no había nadie, abrió el maletero.

Envuelto todavía en la lona azul, Norman Heaton había cambiado ligeramente de posición y las piernas se le habían enganchado por debajo del gato que había en una de las paredes laterales del maletero. A Matt le llevó un rato sacarlo de allí, y aún más levantarlo del maletero y pasarlo a la camilla. Cuando acabó, estaba sudando.

Subió la camilla por la rampa y volvió a cruzar las puertas dobles, deseando encontrar a Gerald Furber esperándolo dentro. Sin embargo, el pasillo seguía vacío.

Matt se acercó al timbre y lo pulsó tres veces más. Sabía que sonaba en el despacho del forense, en la funeraria y en la casa, arriba. A menos que Gerald estuviera en la ducha o algo por el estilo, tendría que haberlo oído, porque el hombre no tenía vehículo propio, solo los dos coches fúnebres; así que, si ambos estaban en el aparcamiento, Gerald no podía andar muy lejos.

Nada.

Pues no podía quedarse a esperar, teniendo en cuenta la oleada de locura que se había extendido por el pueblo. Metería a Norman

en una nevera y ya hablaría más tarde con Gerald.

Cuando llegó al final del pasillo, Matt maniobró con la camilla para entrarla en la sala de autopsias.

Al igual que en el pasillo, las luces se encendieron automáticamente.

La sala, que era grande, con el suelo y las paredes revestidos de baldosas blancas, estaba muy bien iluminada. La luz se reflejaba en las numerosas superficies metálicas. En el centro de la sala había una mesa de examen diseñada para drenar en el suelo. La encimera que había a la derecha de Matt estaba llena de instrumental y bandejas dispuestas ordenadamente. Había una videocámara y distintas básculas, una caja de guantes de látex y varias batas iguales. Los armaritos estaban llenos de botellas y botellones de productos químicos que iban desde lejía hasta fluidos cuyos nombres Matt era incapaz de pronunciar y cuyo propósito no tenía ningún interés en conocer. Aunque estaba meticulosamente limpio, el sitio olía fuerte, y Gerald lo mantenía tan frío que Matt pensó que no le sorprendería verse el aliento. Ahora bien, por fría que estuviera la sala, Matt sabía, pues no era la primera vez que iba, que no estaba lo suficientemente fría como para preservar los cadáveres. Vamos, que no podía dejar a Norman Heaton allí mismo, tenía que meterlo en uno de los cajones que había al fondo.

Había quince cajones en total, tres filas de cinco. Algunos tenían nombres escritos sobre cinta de carrocero con la pulcra caligrafía de Gerald; los demás estaban vacíos. Matt colocó la camilla cerca de una de las puertas de la segunda fila y la abrió accionando la pesada manilla. Del interior salió una fría ráfaga en forma de nube gélida.

Matt tembló al recordar que Gerald le había explicado que los cadáveres se almacenaban a diez grados bajo cero.

El agente extrajo la larga bandeja interior, colocó la camilla justo al lado, ajustó la altura y deslizó a Norman acompañando el esfuerzo con un gruñido. Se preguntó si debería llevarse la lona, pero decidió dejarla allí por si acaso Gerald encontraba algún tipo de prueba en ella.

Matt no creía que aquello fuera a ir a juicio; al fin y al cabo, Eisa había matado a su esposo delante de media docena de testigos, incluido él. Cuando fuera el momento, la mujer tendría que declararse culpable o alegar algún tipo de locura transitoria, incluso defensa propia. Pasara lo que pasara, aquello no iba a acabar en juicio.

El agente empujó la bandeja en la que había puesto a Norman al interior del cajón, cerró la puerta y fue hasta la encimera para escribirle una nota a Gerald. Ya llevaba media página cuando oyó un gemido a su espalda.

32

RILEY

Riley miró el mensaje que se veía bajo la pantalla agrietada del móvil:

SABEMOS QUE ESTÁS AHÍ. ¿ESTÁS SOLA?

No solo no tenía ni idea de quién se lo enviaba, sino que ese plural la descolocaba. Del desagüe le llegó un suave gorjeo que ascendía por las tuberías. La niña liberó todo el aire de golpe. No se había dado cuenta de que lo estaba reteniendo. Escribió una respuesta con los pulgares temblorosos. Solo fueron cinco palabras, pero tuvo que volver atrás en tres ocasiones para corregir letras que había pulsado mal:

No, mi mamá está aquí.

Riley volvió a la pantalla de inicio, abrió una ventana del buscador, escribió unas palabras al azar y pulsó «buscar». Si recibía mensajes de texto, puede que Internet hubiera vuelto. Sin embargo, la ventana permaneció allí, colgada, con la barra de progreso avanzando muy lentamente hasta que se detuvo hacia la mitad antes de saltar a una pantalla que decía que no se podía mostrar la

página solicitada. Riley pulsó el botón de refrescar, pero el resultado fue el mismo. Estaba a punto de llamar a su madre cuando sonó la campanita de otro mensaje:

MENTIROSA. LA HEMOS VISTO EN LA CAFETERÍA

Seguían hablando en plural. A Riley le dio un vuelco el corazón y sintió que se le ponían tiesos los pelos de la nuca.

La niña destacó el número del teléfono con el pulgar y lo copió y pegó en Google con la esperanza de descubrir a quién pertenecía. Sin embargo, acabó en otra página de error.

Aquello no tenía sentido. Si Internet no funcionaba, ¿cómo era posible que estuviera recibiendo mensajes de texto? ¿Acaso vendrían de una línea distinta de Internet?

Desde allí, desde el suelo de la cocina, alcanzaba a ver la televisión de la sala. La mayor parte de la mitad pixelada de la cara de Vanya había desaparecido casi por completo. Estaba claro que Internet seguía sin funcionar. Escribió a toda prisa:

Ha llegado antes a casa. Está justo aquí.

Riley pulsó «enviar», y casi de inmediato recibió una respuesta:

¡MENTIROSA!

Y un segundo después:

O SALES DE CASA O ENTRAMOS NOSOTROS

Riley aún no había procesado del todo aquellas palabras cuando algo golpeó la ventana de la cocina.

33

MATT

Para sorpresa de Matt..., alguien acababa de gemir.

Quitó el seguro de cuero de la pistolera con el pulgar y, sin hacer ningún ruido, desenfundó el arma de reglamento. Con el dedo en el guardamonte, mantuvo la pistola a un lado y aguzó el oído.

La sala estaba en silencio.

El intenso olor a productos químicos que flotaba en el ambiente le estaba provocando dolor de cabeza y una sensación de mareo, y el frío que hacía allí tampoco ayudaba. Hasta hacía unos minutos, el dolor de cabeza no pasaba de una vibración sorda entre las sienes, pero estaba empeorando a toda prisa. Había tenido migrañas en el pasado y ahora le parecía que estaba a punto de padecer una. Precisamente hoy. Lo que le faltaba.

Mientras intentaba ignorar el dolor de cabeza, oyó otro gemido.

Débil.

Tenía que estar alerta.

Las luces brillantes eran como una bofetada.

Se aclaró la garganta:

—¿Ger? ¿Eres tú?

No respondió nadie.

«Este es un edificio viejo —le dijo su cerebro—. Es muy probable que solo sean las tuberías».

Pero volvió a oírlo.

Profundo. Gutural. Más fuerte en esta ocasión.

«¡De tuberías nada!».

Sin levantar el arma, Matt se volvió hacia el lugar del que procedía el sonido y se encontró frente a la pared de los cajones.

34

RILEY

Riley levantó la cabeza y la giró para poder mirar por la ventana. En la parte superior derecha había una mancha de color rojo oscuro que parecía sangre, y una grieta de unos pocos centímetros. La niña no había visto qué había golpeado la ventana, pero no le pareció que fuera algo duro. Al contrario, había sonado apagado, pesado, como una bolsa llena de algo húmedo.

Las piernas de Riley no querían trabajar, pero las obligó. Se puso en pie, despacio, se acercó a la ventana y miró por una esquina para permanecer lo más oculta posible.

En la acera había tres figuras pequeñas, frente a la casa, a la sombra del arce rojo de los Miller. Eran unos niños, no más altos que ella. No les veía la cara, pero tenía claro que eran niños. Uno de ellos tenía un bate de béisbol y se apoyaba en él como si se tratase de un bastón. Parecía un chico, pero Riley no estaba segura. En el centro había una chica con un vestido sin mangas de color azul y blanco. A esa sí que la conocía. Aunque Riley no le veía la cara, estaba segura de que se trataba de Evelyn Harper. Evelyn era un año mayor que Riley y debería de estar un curso por encima, pero había faltado a clase tantos días en el jardín de infancia que la habían obligado a repetir un curso. Evelyn se metía con Riley y con la mitad de las chicas del colegio de Hollows Bend. La reconocía

porque llevaba ese mismo vestido al menos una vez a la semana, incluso dos. La tercera figura era más bajita y probablemente se tratara de Robby, el hermano pequeño de Evelyn, que tenía ocho años. El curso pasado, el niño se había metido en problemas porque llegó al colegio con un gato muerto en la mochila. Le contó a todo el mundo que al gato lo habían atropellado, pero Evelyn dejó caer que lo había matado él a martillazos en un solar que había detrás de su casa. Nadie la creyó, porque Robby no era así. En cualquier caso, lo expulsaron una semana. Ahora llevaba la misma mochila, la tenía en el suelo, junto a sus piernas, y retorcía la correa con la mano.

Evelyn dio un paso adelante, salió de entre las sombras del enorme arce y se quedó mirando a Riley con la cabeza ladeada en un ángulo extraño.

35

MATT

Algunos cajones estaban etiquetados, los nombres estaban escritos sobre cinta de carrocero con la clara letra de Gerald. El gemido provenía del cajón que quedaba más abajo y más a la izquierda, un cajón que no estaba etiquetado, por lo que se suponía que debería de estar vacío.

Ahora Matt sí que levantó el arma. El agente mantuvo el dedo en el guardamonte, dio un paso adelante hacia el cajón y se arrodilló.

Cuando pegó la oreja al frío acero inoxidable, lo oyó de nuevo.

Un gemido.

Débil en esta ocasión, sí, pero estaba claro que provenía del interior.

Con la mano que tenía libre, el agente sujetó la manija del cajón y tiró de ella. La cerradura se abrió y la puerta giró acompañada de un eructo de aire gélido. La bandeja del cajón se deslizó sin esfuerzo, al igual que la que había utilizado para depositar a Norman..., solo que esta no estaba vacía.

Allí, completamente vestido, con aquella piel tan blanca suya cubierta por una capa de escarcha y con los dientes castañeteando, estaba Gerald Furber.

El hombre tenía sangre en las puntas de los dedos y había perdido tres uñas. En el lateral del cajón de acero inoxidable podían

distinguirse unas líneas rojas. La camisa también estaba manchada de sangre y Matt tuvo claro de inmediato que, si miraba hacia arriba, el techo del cajón también estaría teñido de rojo. Aunque Matt no sabía durante cuánto tiempo, Gerald había estado intentando salir de allí y no lo había logrado.

Matt se lo quedó mirando unos segundos, sin reaccionar, pues lo que estaba viendo le parecía del todo irreal... Era imposible que aquello estuviera pasando. Empuñó el arma con determinación y miró hacia el pasillo donde estaban las escaleras que daban al apartamento de Gerald.

—Ger, ¿hay alguien más aquí? ¿Quién te ha metido aquí dentro?

El forense alzó la vista. No parpadeaba y tenía los ojos más abiertos de lo que a Matt le pareció natural. Un sonido escapó de sus labios, apenas un susurro, y Matt tuvo que agacharse para entender lo que decía.

—... Escondiéndome... me he quedado... encerrado...

—¿Escondiéndote de quién?

Gerald sacó la lengua a través de los dientes, que seguían castañeteando, y se lamió los labios; los tenía agrietados y grises, como los de un muerto, como si ya no pintaran nada en el cuerpo de un vivo, como si ya hubieran cruzado al otro lado y estuvieran esperando a que el resto del cuerpo de Gerald se les uniera.

—No les gusta... lo que les hago... cuando ya han muerto. Están enfadados... conmigo. Están...

Volvió la cabeza hacia un lado y tosió. Unos mocos burbujearon en su nariz. El hombre volvió a mirar a Matt y, luego, dirigió la vista hacia el cajón que tenía justo encima, en cuya etiqueta ponía «Miller».

—Solo quería estar cerca de ella. No... no quería despedirme... aún, pero eso ha enfadado muchísimo a los demás. Siempre habían estado... callados..., hasta hoy.

Esa «Miller» era Aubrey Miller. Treinta y uno. Había muerto de un aneurisma cerebral hacía dos días. Su esposo la había encontrado muerta en el suelo de la cocina. Ellie se había hecho cargo de esa llamada y había esperado con el marido de Aubrey a que Gerald llegara con el coche fúnebre para traerla a la funeraria.

Matt guardó el arma e intentó comprender lo que le decía el hombre.

—¿Quiénes están enfadados? ¿Qué has hecho?

Gerald Furber volvió a lamerse los labios.

—Era una mujer tan...

«Guapa».

La palabra apareció en el pensamiento de Matt por la única razón de que se lo había oído decir a Ellie. La sheriff le había comentado que Gerald le había mirado los ojos a la mujer con una linternita y que enseguida había sabido la causa del fallecimiento. Al parecer, ya había visto aquello antes: unas venitas reventadas en el ojo izquierdo, y que ese ojo no estuviera mirando en la misma dirección que el derecho, sino hacia un lado. Le haría la autopsia para confirmar su teoría, pero daba la impresión de estar seguro al cien por cien. «Era guapa —le había dicho Gerald a Ellie—. Será una pena abrirla en canal». No fueron las palabras lo que preocupó a Ellie, sino el modo en que el forense le acariciaba el pelo a Aubrey Miller mientras las decía, el modo en que las pronunció, como si Ellie no estuviera presente; como si fuera un mirón disfrutando de un momento privado.

Matt sintió una oleada de repulsión que le sacudió todo el cuerpo. Se acercó más al forense, que no dejaba de tiritar.

—¿Has... has hecho algo con el cadáver de Aubrey?

Gerald no respondió.

No era necesario, se le veía en la cara.

«No les gusta... lo que les hago... cuando ya han muerto. Están enfadados... conmigo», había dicho Gerald.

Gerald se incorporó tan rápido para sentarse que golpeó con la cabeza en la mandíbula a Matt y se oyó un crujido doloroso.

—Vienen a por mí..., todos y cada uno de ellos... ¡Este sitio no es seguro! ¿Es que no los oyes? ¿Es que no los oyes?

A Matt le dolía la mandíbula después de que el golpe le hubiera hecho entrechocar los dientes, y estaba un poco aturdido. De no ser así, seguramente habría logrado sujetar a Gerald antes de que el forense rodase hacia un lado de la camilla metálica y se dejase caer en el suelo.

—¡Gerald, no...!

Matt intentó agarrarlo, pero el forense se zafó y empezó a arrastrarse, dejando manchas de sangre con los dedos en el suelo que, por lo demás, estaba inmaculado.

—¡Se me quieren llevar! —gritó Gerald—. ¡Quieren llevarme con ellos! ¡Quieren que responda por lo que he...! —Se le quebró la voz y a continuación se quedó mirando fijamente la puerta que había detrás de Matt. Con los ojos brillantes, y temblando, tanto de frío como de miedo, levantó la mano y señaló por encima del hombro de Matt con su huesudo índice—. ¡Dile a esa mujer que no se me puede llevar! ¡Dile que no pretendía hacerle daño! ¡Detenla, Matt! ¡Detenla!

Matt se giró a toda prisa y echó mano a la pistola..., pero allí no había nadie.

Estaban solos.

—Ger, cálmate —le dijo Matt—. Creo que el frío te está haciendo...

—¿Alucinar? ¿Crees que el frío me ha vuelto loco? —exclamó agitando el índice ensangrentado—. ¡Está justo ahí! —El hombre se puso de pie, pero le temblaban las piernas y se tambaleaba, así que se apoyó en la camilla con la que Matt había traído a Norman Heaton—. ¡Aubrey, no te acerques! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Gerald Furber empujó la camilla, que salió disparada por la sala de exámenes, chocó con el marco de la puerta y rebotó hacia Matt. Trató de sujetarla para que no lo golpeara, pero la camilla le cerró el paso hacia el forense, que salió corriendo de la sala. Para cuando Matt llegó al pasillo, Gerald ya estaba en la puerta delantera de la funeraria, intentando abrir la cerradura con las manos ensangrentadas.

—¡Está justo detrás de ti!

Pero detrás de Matt no había nadie. El agente echó a correr por el pasillo, y, cuando llegó a la puerta, Gerald ya la había abierto y llevaba recorridos unos diez metros de acera. Avanzaba como a saltos, dando trompicones, igual que un coche que no quiere arrancar.

Matt habría salido corriendo tras él de no ser porque, al mirar en diagonal, vio a Gabby al otro lado de la calle, en la cafetería Stairway, que ahora estaba desierta. Alguien había tapado los ventanales rotos con tablones de contrachapado. Gabby tenía el móvil pegado a la oreja y se la veía muy preocupada.

Cuando vio a Matt, le hizo un gesto con la mano para que se acercara al tiempo que le gritaba:

—¡Riley no contesta!

36

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 21:18 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: ¿Estaba alucinando o cree usted que vio un fantasma?
MARO: ¿En serio? ¿Qué tipo de pregunta es esa?

> Nota del análisis: al sujeto se le proporcionó una botella de agua de medio litro. Antes de dejarla a un lado, bebió aproximadamente dos tercios. No hubo cambios en sus signos vitales ni antes ni después.

SORDELLO: Tan solo quiero saber su opinión.
MARO: Creo que, en efecto, él creía que estaba viendo un fantasma, pero allí no había nada ni nadie. Es evidente que estaba traumatizado, puede que por algo en concreto. No tuve oportunidad de investigar el caso. Si tuviera que hacer una suposición, diría que se debía al frío que había pasado en el cajón, ya que sin duda sufría un principio de hipotermia. Las alucinaciones son comunes cuando estás expuesto a un frío extremo.
SORDELLO: Eso no explicaría lo que lo llevó a meterse en el cajón.

[Silencio]

MARO: Lo siento, ¿era una pregunta?
SORDELLO: Parece que se está empezando a poner nervioso, agente. ¿Le parece bien que sigamos o prefiere hacer un descanso?
MARO: [Mueve una mano] Lo que quiero es que esto acabe. Siga.

Nota del análisis: Sordello apartó el montón de expedientes del cajón y los reemplazó por el del forense, el de Gerald Furber. A continuación empujó el cajón para que Maro pudiera leerlo.

SORDELLO: Antes de que lo enviaran a Hollows Bend, el hombre al que usted conoce como Gerald Furber vivía en Aurora, Illinois, con el nombre de Benjamin Kramer. Trabajó en la oficina del forense durante casi dos años antes de que se descubriera que mantenía relaciones sexuales asiduamente con los cadáveres que les llegaban. Entre dos y tres veces por semana, más concretamente. Por lo general, con mujeres jóvenes.

MARO: [Coge el expediente] Eso no es posible. Furber creció en Hollows Bend. Había vivido en esa casa toda la vida. Heredó el negocio cuando su padre murió.

SORDELLO: No tengo razones para mentirle. Hay pruebas de vídeo, que fue como lo pillaron. Además, sus huellas están en el expediente. La gente que trabaja en la oficina del forense está obligada a registrarse en el estado. Es imposible que haya ningún error; era él.

MARO: [Coge una página de la carpeta, la pone contra el cristal y señala la parte superior izquierda] Entonces, ¿cómo explica esto? No puede ser él.

SORDELLO: Ya llegaremos a eso. Cuando la señora Sanchez le dijo que no lograba ponerse en contacto con su hija, ¿cómo se sintió usted?

MARO: ¿Me está psicoanalizando?

SORDELLO: Estaba usted de servicio, agente. Lo adecuado habría sido que, al salir de la oficina del forense, volviera usted a la comisaría y se reagrupara con su superiora, pero no fue eso lo que hizo, ¿verdad? Usted se fue con su novia. Con una de sus novias.

MARO: Gabby es mi novia, no una de ellas. No hay nadie más, que quede claro. Y Ellie habría hecho lo mismo.

SORDELLO: Eso no significa que esté bien.

[Silencio]

37

RILEY

Cuando estableció contacto visual con Evelyn Harper a través de la ventana, Riley se echó al suelo, lo cual fue una estupidez, porque estaba claro que Evelyn la había visto y los demás también... No obstante, su cuerpo le había dicho que se escondiera.

Buscó a tientas el móvil en la encimera, consiguió dar con él y llamó a su madre.

El teléfono dio tono en dos ocasiones y la llamada se conectó.

—¡Mamá, tienes que venir a casa! ¡Hay alguien fuera! ¡Una niña mala del colegio! ¿Recuerdas esa de la que te hablé? ¡Pues ella! ¡Y está con su hermano y con alguien más! ¡No sé lo que quieren, pero están fuera, aquí mismo!

Riley respiró hondo y esperó a que su madre respondiera..., pero no se oía nada.

—¿... Mamá?

La pantalla indicaba que la llamada se había cortado.

Volvió a llamar, pero nada.

Alguien golpeó la ventana y lo hizo con la suficiente fuerza como para que el cristal traquetease.

—¡Riley, déjanos entrar, tenemos que hablar contigo!

Era ella..., Evelyn.

Al cabo de un momento la puerta de la cocina se movió, como si alguien estuviera tirando del pomo.

—¡He llamado a la policía! —gritó Riley.

—¡Pero si los teléfonos no funcionan bien!

La voz provenía justo de detrás de la puerta de la cocina, era una voz de chico. Evelyn golpeó la ventana de nuevo.

—Solo queremos hablar. ¡Déjanos entrar!

Y de nuevo justo al otro lado de la puerta:

—¡He encontrado la llave! ¿De verdad hay gente que deja la llave de su casa debajo del felpudo? ¡Menuda estupidez!

Riley oyó cómo la llave entraba en la cerradura y se puso en pie tan rápido como pudo. Estaba a punto de echar a correr cuando la puerta se abrió. Era el chico del bate de béisbol: Mason Ridler. Ya estaba en secundaria y vivía a dos casas de Evelyn y Robby. Jugaba de segunda base en los Linces Rojos de Hollows Bend. Era bastante corpulento para tener doce años, y probablemente había crecido unos treinta centímetros desde la última vez que Riley lo vio. Mason se dio unos golpecitos en el zapato con la punta del bate, y, a continuación, lo levantó y señaló a Riley, como si el bate fuera una extensión de su dedo índice.

—El mundo se está yendo a la mierda, ¿y tú te escondes en una cocina?

Robby apareció detrás de él con algo en la mano.

Un cuervo muerto.

La cabeza le colgaba de forma antinatural. El animal tenía el cuello roto.

—Hay como una docena de estos aquí fuera —comentó Robby—, ¿lo sabías? Nosotros solo hemos visto cuervos muertos en Main

Street.

El niño metió el pájaro en la mochila roja y la cerró. Lo hizo como si fuera lo más normal del mundo. Cuando el niño se puso la mochila al hombro, a Riley le dio la impresión de que pesaba mucho. No quería saber qué más llevaría dentro.

Evelyn empujó a ambos chicos para que entraran en la cocina, como si fuera su casa. Miraba a Riley como si estuviera enfadada con ella.

—Su madre trabaja en la cafetería, que es donde han caído los demás pájaros... y aquí también hay... Yo diría que es imposible que sea una coincidencia —comentó la niña antes de dar un paso a un lado y señalar a Riley—. ¿Tu madre y tú estáis haciendo algún tipo de brujería? ¿Todo lo que está pasando es por eso? ¿Es magia abracadabra mexicana de esa? Porque yo creo que sí.

Riley intentó retroceder, pero no tenía adónde ir; tenía la encimera justo detrás. Las lágrimas empezaron a pedir paso, pero las contuvo. No pensaba llorar delante de aquellos tres; ¡ni por el forro!

—No sé de qué...

—No sé de qué estáis hablando —concluyó la frase Mason en tono burlón—. Ev, esta no tiene ni puta idea de nada. ¡Mírala, pero si es una cría! Estamos perdiendo el tiempo.

Evelyn se le acercó un paso.

—¿Es verdad, Riley? ¿No eres tú quien está haciendo todo esto? ¿No sabes nada? —Tendió la mano hacia atrás y se la ofreció a su hermano—. Dame la mochila. Puede que tenga que verlo más de cerca.

Al parecer a Robby le gustó la idea, porque esbozó una fea sonrisa mientras empezaba a quitarse la mochila.

Riley intentó ignorarlo y siguió mirando a Evelyn.

—Si los móviles no funcionan, ¿cómo me habéis enviado los mensajes de texto?

—No todo está estropeado. Las líneas fijas aún funcionan, siempre y cuando no intentes llamar a un teléfono de fuera de Hollows Bend, pero, no sé por qué, sí se pueden enviar mensajes. Aunque algunos no llegan. —Evelyn la miró con aire acusador—. ¿Seguro que no habéis sido tu madre y tú las que habéis hecho esto? Mi padre dice que se trata de un típico yuyu mexicano.

Riley replicó ofendida:

—No somos mexicanas. Mi abuela es de Honduras. Mi madre creció en Estados Unidos y yo nací en Exeter. ¡Pero si ni siquiera hablo la lengua materna de mi madre!

—Lo mismo da. —Evelyn hizo un gesto con la mano, como dando a entender que no le importaba lo que Riley dijera.

Riley miró el bloque de cuchillos de cocina, que estaba en la zona más alejada de la encimera. Si lograse alcanzarlos...

—¡Venga ya! —Evelyn puso los ojos en blanco, se acercó a Riley y le cerró el paso.

Los dos niños se acercaron a Riley, cada uno por un lado, encajonándola.

Riley intentó que no se le quebrara la voz cuando dijo:

—No sé nada de lo de los cuervos..., pero he visto una cosa.

Evelyn la miró expectante:

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

Riley se lo explicó.

Sabía que parecía una locura y que hablar de ello en voz alta hacía que sonara aún peor, pero les contó lo de las rascadas en la tubería

y lo del bicho que había visto en el fregadero.

En cuanto terminó de decirlo, Mason y Robby se pusieron a examinar el desagüe con unas linternas. Evelyn no le quitaba el ojo de encima a Riley.

—¿Estás segura? Porque últimamente la gente está viendo cosas de lo más extrañas. ¿Cómo sabes que era real?

Riley no tenía pruebas. Debería de haberle sacado una foto o algo así, pero ni se le había ocurrido.

Mason se había puesto en cuclillas y estaba mirando en el armarito que había debajo del fregadero.

—Podríamos sacar la tubería —propuso—. Puede que el bicho siga ahí atrapado.

—Ya has oído que ha dejado correr el agua —le dijo Evelyn—. Hace tiempo que la cosa esa ya no está ahí.

—Además, estaría hecha pedazos —apuntó Robby.

Evelyn se plantó delante de Riley. Le olía el aliento como a perrito caliente.

—¿Te has mareado hace un par de horas?

Riley se quedó boquiabierta, pero cerró la boca a toda prisa. Eso no se lo había contado a nadie, ni pensaba hacerlo. Si le dijera a su madre que se había mareado en las escaleras y que por poco no se cae... ¡nunca volvería a dejarla sola en casa! Negó con la cabeza.

—Claro que se ha mareado —dijo Mason—. Fijaos en su cara. Esta es una mentirosa de aúpa.

Evelyn ladeó la cabeza ligeramente, como un perro que estudia un hueso nuevo.

—El mundo entero se ha puesto como de lado durante un segundo. Ha sido algo muy rápido y, luego, poco a poco, todo ha

vuelto a ser como antes. Como montarse en un balancín. Y todo se ha quedado en silencio, como cuando estás bajo el agua.

Riley no tenía ni idea de cómo Evelyn sabía eso, pero era una gran descripción de lo que ella misma había sentido. Los tres niños la miraban. Entonces se dio cuenta... ¡de que a ellos también les había sucedido!

—¿Y... y por qué... ha pasado eso?

Evelyn entrecerró los ojos.

—¿De verdad que no ha sido tu madre la que lo ha hecho?

Mason habló antes de que a Riley le diera tiempo a responder:

—Deberíamos registrar la casa. Seguro que encontramos pollos muertos o algo así. «Hudú» creo que lo llaman. ¡Seguro que lo tienen todo en el sótano! ¡Es donde siempre se hacen este tipo de cosas!

—Tenemos montones de cuervos muertos —comentó Robby sacudiendo la mochila.

—No tenemos sótano. —Riley no pudo evitar que, a pesar del miedo que sentía, su voz sonara enfadada—. Mi madre es camarera. Lleva toda la mañana trabajando y vosotros estáis locos.

Mason volvió a señalarla con el bate:

—¡Oye, cuidado con lo que dices!

Evelyn suspiró y dejó escapar otra bocanada de perrito caliente:

—Creo que dice la verdad. Miradla. ¿Acaso os parece una niña-bruja? Está temblando, yo diría que está a punto de echarse a llorar. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

—No pienso llorar.

—El bebé va a llorar —comentó Mason para chincharla.

—¡Pues yo he matado a un bicho de esos! —les soltó Riley—. Seguro que tú no has matado a ninguno.

—Bah, seguro que lo has soñado.

—O se lo está inventando —añadió Robby.

Riley señaló el fregadero.

—O puede que no, y resulta que hay más bichos de esos ahí abajo, y que yo sea la única que los ha visto.

Se oyó un chirrido de ruedas en el exterior y los cuatro miraron por la ventana.

—¡Mierda, la poli! —gritó Mason—. ¡Ev, hay que largarse! —exclamó el crío mientras corría hacia la puerta.

Evelyn no se movió. Estaba mirando fijamente a Riley.

—Deberíamos llevárnosla con nosotros.

A Riley se le desataron los nervios. Ninguno de aquellos niños le caía bien. Evelyn y su hermano le daban repelús y Mason..., Mason no era para menos.

Robby se dirigió a la puerta, detrás de Mason; arrastraba los pies como si estuviera a punto de caerse de espaldas por el peso de la mochila.

—¡Mason tiene razón, Ev, vámonos!

Se oyeron unas llaves en la puerta principal.

Evelyn cogió a Riley por la barbilla.

—Como les cuentes algo, te mato, ¿lo has entendido? Lo que has visto no tienen que saberlo ellos. Puede que incluso formen parte de todo esto. No confíes en ellos.

Riley se obligó a asentir.

Evelyn salió corriendo y cerró la puerta de la cocina instantes antes de que Matt y la madre de Riley aparecieran por la puerta

principal.

Riley por fin arrancó a llorar y se lanzó a los brazos de su madre con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarla al suelo. Su madre también la abrazó con tantísima fuerza que estuvo a punto de cortarle la respiración.

—Calma, cariño, ya estoy contigo. Vamos a quedarnos un rato con Matt, ¿vale?

Riley hundió la cara en el costado de su madre, asintió y accedió a que la llevara al coche patrulla, que estaba aparcado junto a la acera. Su madre la ayudó a subir al asiento del copiloto.

Ninguno de ellos vio a la señora Nguyen. A todos los pilló por sorpresa.

38

MATT

—¿Estás planteándote ser el nuevo papá de esa niña, agente Maro..., en vez de serlo de tu propio hijo? —le gritó la señora Nguyen desde la acera de enfrente.

Asiática, de sesenta y tantos, creció en California y se mudó a Hollows Bend cuando a su esposo lo embistió un conductor borracho cruzando Mulholland cerca de Santa Mónica y lo dejó en silla de ruedas. El hombre había muerto hacía dos años debido a una complicación en la columna. La mujer llevaba un vestido de noche rosa arrugado y estaba descalza sobre el césped. Tenía las mejillas manchadas de lápiz de ojos negro. Parecía que acabara de volver de una noche en la ciudad que hubiese salido terriblemente mal.

Matt la miró, perplejo.

—¿Va todo bien, señora Nguyen?

La mujer tenía algo en la mano, pero Matt no alcanzaba a distinguir de qué se trataba.

—¡Tienes que portarte bien con Addie Gallagher! ¡Eso es lo que tienes que hacer si quieres cumplir con tu deber!

—¡Será mejor que entre en casa!

La señora Nguyen se encogió de hombros.

—¡Deberías dejar de montártelo con la chacha y responsabilizarte de tus errores! ¡El niño de Addie va a necesitar un padre! ¡A su

padre!

Matt vio a Gabby por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que no había entrado en el coche. Gabby había acomodado a Riley y estaba de pie junto a la puerta, que permanecía abierta. La mujer tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas y se había llevado un puño a la boca. Una cosa era que Matt y ella hablaran en privado de los rumores que corrían a propósito de Addie y de él, y otra muy distinta era que uno de tus vecinos te soltara algo así en la cara como si lo diera por hecho. En los pueblecitos no había secretos; los rumores y los cotilleos corrían como la pólvora y, tanto si eran ciertos como si no, dolían igual.

Cuando Gabby dejó de mirar a la señora Nguyen y lo miró a él, Matt percibió el dolor que estaba sintiendo la mujer a la que amaba, y le hubiera gustado decirle que no había nada de cierto en todo aquello, tal como hacía cada vez que salía a relucir aquel tema. Le hubiera gustado dejarle muy claro que siempre le había sido fiel y que seguiría siéndolo. Y le hubiera gustado oírle decir «lo sé» a ella, tal como hacía cada vez que se repetía aquella situación, pero había algo en su forma de mirarlo que le decía que ya no estaba tan segura.

Matt le dio la espalda, aunque sabía que estaba cometiendo un error. Un sentimiento de culpa palpitaba en sus sienes, y no porque el rumor fuera cierto, sino porque sus actos del pasado provocaban que Gabby tuviera que pasar por trances como aquel. La vida de Gabby había sido un infierno. Lo había pasado muy mal —al margen de los errores que él hubiera podido cometer— y se merecía algo mejor.

Gabby dejó escapar un grito apenas audible, y, cuando Matt volvió a mirar a la señora Nguyen, vio que tenía un cuchillo en la mano.

Se lo llevó al cuello.

Matt empezó a acercársele, pero la anciana lo detuvo con una mirada.

—¡No des un paso más, agente!

La mujer deslizó el cuchillo por debajo del único tirante que mantenía su vestido prendido de uno de sus hombros y lo cortó. La tela era fina y cedió sin apenas esfuerzo, acompañada de un crujido. El vestido se deslizó hasta el suelo. La señora Nguyen estaba desnuda.

Matt abrió la boca..., pero no supo qué decir.

La señora Nguyen sujetó un mechón de pelo canoso con una mano y se lo cortó. Dejó caer el pelo a sus pies y fue a por otra guedeja.

—¡Los niños que crecen sin un padre tienen una cicatriz de por vida! ¡Están rotos! ¡Sienten que no los querían! ¡Que no los amaban! ¡La vida ya es lo bastante dura como para tener que empezar a vivirla arrastrando un problema tan grave! ¡No le estropees la vida a ese niño antes de que haya empezado a vivir, agente! ¡Le debes eso y mucho más! ¡Mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años, así que sé de lo que estoy hablando!

—¡Señora Nguyen, entre en casa! —le ordenó Matt—. ¡Tire el cuchillo y entre en casa!

La mujer dejó que otro mechón de pelo se deslizara entre sus dedos y una ráfaga de viento lo esparció por el césped. Siguió cortándose el pelo a toda prisa, hasta que el cuero cabelludo empezó a asomar en distintas zonas, y ya no le quedó pelo lo

suficientemente largo para poder asirlo. Por fin cerró los ojos y miró al sol.

—¡No, hoy no es un día para estar metida en casa! ¡Creo que voy a ir a dar un paseo! Hace un día precioso, ¿no te parece?

Dejó caer el cuchillo, que se clavó en el suelo emitiendo un ruido sordo a menos de tres centímetros de sus pies. La mujer, desnuda, dio media vuelta y empezó a caminar por la acera silbando una tonada que Matt no fue capaz de reconocer.

Al cabo de un minuto que se hizo eterno, el agente logró decir:

—Gabby, sube al coche.

Gabby siguió con la mirada a la señora Nguyen hasta que desapareció tras la cima de la colina, que se encontraba a unos treinta metros.

—¿No deberíamos detenerla?

Matt no estaba seguro de casi nada en aquel momento, pero tenía claro que detener a aquella mujer era la última de sus prioridades. Negó con la cabeza.

—Lo que tenemos que hacer es ir a la comisaría.

39

MATT

Condujeron en silencio. Riley, emparedada entre ambos, seguía temblando. Matt no redujo la velocidad hasta que estuvo a una manzana de Main Street, y solo lo hizo porque no tenía otra alternativa. La gente se abalanzaba sobre el coche patrulla para que se detuviera, y le gritaba y golpeaba el vehículo al ver que no lo hacía. Hasta Artie Johnson, con sus ciento sesenta kilos de peso, salió como un trueno de la acera y plantó sus dos palmas carnosas en la ventanilla del conductor. El hombre tenía un ojo negro y le sangraba la nariz; la tenía extrañamente torcida, rota, sin duda. Gritó algo sobre Henry Wilburt, el farmacéutico del pueblo, y Matt negó con la cabeza e hizo sonar la sirena del coche patrulla una sola vez. Artie Johnson le enseñó el dedo anular y volvió a la acera tambaleándose.

—Pero ¿qué coño está pasando? —le preguntó Gabby a Matt con una voz que bien podría haber sido la de una niña—. Es como si todos estuvieran...

La mujer no acabó la frase, probablemente por la misma razón por la que Matt no era capaz de hilvanar sus pensamientos; no porque no lo intentara, sino porque era incapaz de dar con la palabra adecuada...

«¿Enfermos? ¿Infectados? ¿Locos? ¿Enfadados? ¿Paranoicos?».

Puede que de todo un poco. O tal vez era imposible describir con una sola palabra lo que estaba sucediendo.

De lo único que estaba seguro era de que todo había empezado por la mañana con los cuervos. Había empezado cuando aquella desconocida surgió de la nada.

Matt hizo sonar la sirena una vez más para dispersar a la gente apiñada delante de la comisaría, aparcó junto a la acera y apagó el motor. Desde la calle ya se oía el ruido del caos que reinaba en el interior de la comisaría —protestas, gritos, un chillido a lo lejos—. No quería ni pensar en lo que estaba ocurriendo allí dentro. Se volvió hacia Gabby y le dijo:

—Cuando entremos, quiero que Riley y tú vayáis directas a mi despacho y que cerréis la puerta. No le abráis a nadie más que a mí, a Sally o a Ellie. ¿Me has entendido?

Gabby aún tenía los ojos enrojecidos, pero ahora, además, estaba enfadada..., y su ánimo no hizo sino empeorar cuando vio que Addie Gallagher aparecía en la puerta de la comisaría y le pedía a Matt que entrara cuanto antes agitando las manos a la desesperada.

Daba la sensación de que Gabby fuera a rajarle el cuello a dentelladas a Addie.

—No, no creo que haga eso —le replicó Gabby.

Acto seguido, cogió a Riley del brazo y empezó a salir del coche.

Matt la detuvo.

—Prométeme que no la liarás ahí dentro.

Gabby resopló:

—Claro, ahora resulta que el problema soy yo.

Con su hija pegada a ella, Gabby salió del coche patrulla y entró en la comisaría antes de que Matt tuviera tiempo de responder. El

agente maldijo por lo bajo y salió corriendo tras ellas.

Addie lo detuvo en la entrada.

—¡Dios, menos mal que has vuelto! —La mujer intentó abrazarlo, pero Matt la evitó.

—Addie, no.

—¿No, qué?

—Ya sabes qué.

El agente la apartó de su camino, puede que con un poco más de fuerza de la debida, y la gente que los observaba desde el interior se dio cuenta. Ahora había el doble de gente que cuando Matt se había marchado. Ya solo se podía estar de pie. Todos lo miraban. Lo juzgaban. Opinaban acerca de algo de lo que no tenían ni la más remota idea. De un asunto que no les concernía en absoluto.

Conner Evans debía de haber ganado la batalla contra la máquina expendedora, porque esta yacía de lado en el suelo, con el cristal roto. Matt vio a Gabby y a Riley rondando la máquina, y cómo la niña cogía una barrita de Snickers de entre los restos. Decidió ir hacia ellas, pero Gabby negó con la cabeza y señaló el despacho de Ellie... y a la chica tan extraña que estaba sentada delante del escritorio, dándoles la espalda.

Se dio cuenta de que la mujer tenía razón, ya lo arreglarían más tarde. En ese momento lo que tenía que hacer era hablar con esa chica.

—¡Matt! —La voz aguda de Sally se impuso por encima de todas las demás. La mujer consiguió abrirse paso a codazos por entre la multitud, cogió al agente del brazo y lo llevó hacia su mesa—. Ven, tengo que enseñarte una cosa.

—Sally, debo hablar con esa chica. Creo que ella sabe lo que está pasando.

Sally resopló.

—La mitad de las personas que hay aquí han intentado hablar con ella, pero aún no ha dicho ni una palabra. La cosa se ha puesto tan fea que he tenido que cerrar la puerta con llave. Me preocupaba que alguien intentara hacerle daño. La chica esa que espere, esto es más importante.

Matt miró la nuca de la chica una vez más antes de llegar a la mesa de Sally. En su pantalla había un mapa de la zona.

—¿Recuerdas que te dije que estaba siguiendo a Ellie por GPS?

—Claro.

La anciana tocó la pantalla unas cuantas veces, justo sobre el parpadeante punto rojo que aparecía en la parte superior izquierda.

—La cuestión es que su coche patrulla no se ha movido desde que te he enseñado dónde estaba. Sigue aparcado en la 112, cerca de Lower Falls.

Matt frunció el ceño.

—¿No ha llevado al señor Newton al hospital?

—¿Es que no me estás escuchando? No se ha movido. La llamo por radio pero no responde, al móvil tampoco responde y lleva en ese mismo punto casi una hora. O ha tenido un problema con el coche... o algo peor.

Matt se mordió el labio.

—¿Has conseguido que alguien nos envíe ayuda?

La mujer negó con la cabeza mientras contaba con los dedos:

—No funcionan los móviles..., no funciona la radio..., y no te lo pierdas, los fijos solo funcionan en el pueblo. Llamo a alguien del

pueblo y contesta, pero llamo a cualquier otro..., suena dos veces, parece que la llamada se conecte y, entonces, se desconecta. Y pasa lo mismo una y otra vez.

—¿Qué puede provocar algo así?

—Esto no es cosa de que se haya caído la línea o de que haya habido una interrupción del servicio. Algo nos ha aislado a propósito. Mira, fíjate en esto...

La mujer minimizó el programa de seguimiento, abrió una búsqueda en Google y tecleó «mejor comida cerca de mí». El buscador se quedó pensando un rato y finalmente mostró una serie de resultados.

Matt no lo entendía.

—Entonces, ¿Internet ha vuelto, solo que lento?

Sally no le respondió. Lo que hizo fue realizar otra búsqueda; tecleó «Departamento de Policía de Barton». En esta ocasión, cuando pulsó la tecla Entrar, no sucedió nada, la pantalla se quedó congelada.

—Puedo buscar todo tipo de chorradas, no sé..., restaurantes, horarios de los cines, cómo se aparea el cerdo hormiguero..., pero en cuanto hago una búsqueda relacionada con los cuerpos de la ley, agencias del Gobierno, hospitales..., la pantalla se cuelga. Y parece que pasa lo mismo con el correo electrónico: no tengo problemas para recibir, pero no puedo enviar nada fuera de Hollows Bend. Y fíjate...

Se escribió un correo electrónico rápido a ella misma con la palabra «Prueba» en el asunto y pulsó «Enviar». Al cabo de unos treinta segundos, el correo electrónico apareció en la bandeja de entrada. La mujer cruzó los brazos.

—¿Ves?

Matt miró el mensaje, pero no tenía ni idea de a qué se refería la mujer.

—Pues... no, no veo nada.

Volvió a golpetear la pantalla con el índice.

—¿No ves que el asunto no está en negrita?

Matt asintió.

—Cuando entra un correo electrónico, el asunto está en negrita y se mantiene así hasta que lo lees. Esta mañana, ninguno de los asuntos está en negrita. «Alguien» los está leyendo «antes» de que entren. Los está monitorizando. Y creo que pasa lo mismo con las búsquedas de Internet. Por eso hay un retraso. Alguien o «algo» revisa la búsqueda y decide si muestra los resultados o no. Sucede muy rápido, pero sucede..., ¡estoy segura!

—Creo que estás un poco paranoica.

Nada más decir aquello, Matt pensó en Gerald Furber, el forense. Él también estaba paranoico. ¿Estaría infectada Sally de lo que fuera que estaba apoderándose del resto del pueblo? ¿Podía confiar en ella? Es más..., ¿podía confiar en sí mismo? Si todo el mundo estaba infectado, ¿por qué él no lo estaba? ¿Por qué no lo estaban Gabby..., o Riley? Él no se sentía diferente, pero pensó en cómo acababa de empujar a Addie para apartarla de su camino. ¿Habría reaccionado exageradamente... o sería otra cosa?

—¡Y un huevo paranoica! —Sally contó de nuevo con los dedos—: No hay radio, no hay móvil, solo llamadas locales, Internet está bloqueado parcialmente, como si las búsquedas se filtraran antes de que se les permitiera aparecer... y lo mismo pasa con el correo electrónico. Eso no es paranoia, eso son hechos. —Volvió a cambiar

de una pantalla a otra hasta que tuvo delante nuevamente el mapa del GPS—. Mira, tú trae a Ellie de vuelta sana y salva; demuéstrame que estoy equivocada.

Matt miraba fijamente el punto parpadeante. Se quedó pensativo un instante, y dijo:

—Dame un minuto.

Vio a Gabby en la esquina más alejada de la comisaría, cerca de la fotocopiadora. Estaba en cuclillas, hablando con Riley, con las manos a ambos lados de la cabeza de su hija. Se dirigió hacia donde se encontraban.

—¡Matt, Ellie podría estar herida! —le gritó Sally.

El agente levantó el dedo índice. Iría, pero primero tenía que hablar con Gabby. Matt se abrió camino entre la gente, asintiendo e intentando calmar a quienes lo asaltaban con preguntas, preocupaciones o incluso gritos airados. Cuando llegó hasta Gabby, la mujer no lo miró; estaba concentrada en Riley.

—¿Está bien?

Ambos habían comprobado en el coche patrulla si Riley tenía heridas y no habían encontrado nada, pero la niña no hablaba.

Gabby le pasó la mano por el pelo a su hija y se puso de pie. Habló en voz baja, visiblemente preocupada:

—Ya no tiembla, pero sigue sin hablar apenas. Me ha contado no sé qué de Evelyn Harper, pero nada más. —Se mordió el labio inferior—. Hace un mes, más o menos, la tal Harper le sacó una foto en ropa interior cuando se estaba cambiando para la clase de gimnasia, y más tarde se la envió a un montón de chicos del cole. Riley estaba hecha polvo..., como yo. El colegio no quiso intervenir. Al parecer, Harper utilizó una aplicación, y no podía probarse que el

envío hubiera partido de ella. Sin embargo, unos niños le contaron a Riley que había sido Evelyn. Pero al colegio no le pareció suficiente.

—¿Por qué no me lo contaste? Técnicamente es un delito. Como poco, Ellie o yo le habríamos metido un miedo del copón en el cuerpo..., a ella o a sus padres.

—Sus padres... —Gabby resopló—. Ellos son todavía peores que la niña. Fui a verlos y el padre se me rio en la cara. Me soltó: «Es mejor que vaya acostumbrándose, que las chicas como ella lo más probable es que acaben haciendo porno, que es para lo único que sirven».

—¿De verdad te dijo eso?

—¡Puf!, y eso no es nada. A la semana siguiente vino a comer a la cafetería todos los días y dejaba en la barra unos panfletos de la granja de Marshall, la de Barton.

Matt lo entendió enseguida. Hacía cosa de un año, a Marshall le había caído una multa sustancial por contratar a inmigrantes indocumentados para recoger manzanas a menos de un dólar la hora. Los tenía hacinados en viejos graneros que no eran dignos ni de albergar animales y los hacía dormir en el suelo.

—Matt..., mi madre trabajó allí cuando llegó a Estados Unidos. No sé cómo lo sabía el padre de Evelyn..., pero lo sabía.

—Tan solo pretendía cabrearte.

—Sí..., pues funcionó —se limitó a decir ella, y a continuación bajó tanto la voz que Matt casi no podía oírla—. Ahora mismo, cuando Riley ha dicho el nombre de esa chica, ¿sabes lo que se me ha pasado por la cabeza? Cogerte el arma, ir a buscarla y matarla como si fuera un coyote. Deseaba ver la cara que ponía el gilipollas de su

padre cuando se lo contase... Como si eso fuera a arreglar algo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Yo no soy así, Matt.

—Eres madre, Gabby..., y han amenazado a tu hija.

—Quería matar a esa niña. Quería que su padre sufriera. Y su madre también. Todos. —Dudó, y al fin añadió—: Si hubiera tenido el arma, le habría pegado un tiro. Los habría matado a los tres. —Desvió la mirada hacia la pistola de Matt—. ¡Joder, y es que sigo teniendo ganas de hacerlo!

Addie Gallagher cruzó la comisaría y se quedó como a unos tres metros; Gabby la vio por el rabillo del ojo.

—Y a esa... —Las lágrimas habían desaparecido y el gesto se le ensombreció—. Ni te cuento lo que le haría a esa —añadió acompañando el comentario de unas cuantas palabras en su lengua materna.

Addie se alejó.

Matt le acarició la mejilla a Gabby.

—Tengo que ir a por Ellie. No tardaré mucho. De verdad, preferiría que Riley y tú os quedaseis en mi despacho.

—No pienso esconderme.

—No se trata de esconderse, es por seguridad.

—En ese caso, llévanos contigo.

—No puedo. No voy a tardar mucho, te lo prometo.

Al otro lado de la sala, Addie estaba de espaldas a la pared y los observaba. Cuando Matt la miró, ella no apartó la vista.

Matt negó con la cabeza y se centró en Gabby:

—No sé..., cuando esto acabe..., podríamos ir a algún sitio, solos tú y yo.

Ella se obligó a sonreír:

—Me encantaría.

Matt la besó en la frente.

—Vuelvo lo antes posible, te lo prometo.

40

HANNAH

Hannah se despertó en un lugar oscuro.

A su alrededor solamente se oía un zumbido. También había una vibración, un retumbar, y se dio cuenta de que se estaba moviendo. Estaba en el maletero de un coche. Tenía los pies y las manos atados, y algo aceitoso en la boca, una especie de tela..., de trapo..., sujeto con cinta americana. Giró la cabeza y la cinta le tiró de la piel.

«En un primer momento tenía pensado raptarte en la calle, mientras corrías, hace unos cuatro meses. Cogí cinta americana y...».

Tenía que ser el coche de Malcolm Mitchell.

Hannah no tenía ni idea del coche que conducía el joven, pero debía de ser uno muy viejo, porque olía a tubo de escape y Hannah alcanzaba a ver puntitos de luz a través de las grietas oxidadas que había en las paredes del maletero.

Le cayó algo en la mejilla; se movió veloz por su cara y no se fue hasta que Hannah sacudió la cabeza. El zumbido aumentó, como si estuviera desesperado.

Se acordó de las moscas que había visto en el coche de Danny... y de la que se le había metido por la oreja a Malcolm.

Cuando otra mosca se le posó en la frente gritó, y estuvo a punto de asfixiarse con el trapo aceitoso que le tapaba la boca.

Hannah sacudió la cabeza una vez más, pero en esta ocasión la mosca no se marchó, sino que cruzó su frente hasta la sien, y se detuvo allí el tiempo suficiente para que otra mosca se uniera a ella, esta última tan cerca de su oreja que, por unos instantes, el zumbido sonó como un tren de mercancías hasta que se quedó en el más completo silencio y lo único que notaba eran las cosquillas que le hacían las pisaditas de la mosca en el lóbulo.

Hannah volvió a sacudir la cabeza, rodó por aquel espacio tan estrecho y golpeó la cabeza contra el suelo del maletero con toda la fuerza de la que fue capaz, con la esperanza de aplastar a ambas moscas, pero notó cómo las dos saltaban en el último instante y volvían a posársele en la cabeza en cuanto se quedó quieta de nuevo. Tenía más en el pelo..., en los brazos..., en las piernas... El coche cogió una especie de bache, y, aunque el salto sorprendió a las moscas e hizo que alzaran el vuelo, volvieron a posarse en Hannah en mayor cantidad, produciendo un zumbido tan fuerte que prácticamente acallaba todos los demás ruidos.

Hannah se estremeció. Un escalofrío involuntario le recorrió todo el cuerpo.

Malcolm podría llevar conduciendo diez minutos o diez horas; Hannah había perdido la noción del tiempo. Lo único que tenía presente era aquel zumbido, las moscas. Notó que se detenían porque las moscas se dieron cuenta a su vez, y de pronto todas dejaron de dar saltitos de un lado para el otro. En medio de aquella oscuridad, Hannah se las imaginaba en el interior del maletero, sujetándose con sus patitas al metal y a la moqueta sucia, en silencio y a la espera, listas para ponerse en marcha de nuevo.

El coche traqueteó mientras el motor se ahogaba y moría. Y, a continuación, solo silencio.

Hannah oyó un suave clic cuando la cerradura se destrabó. El maletero se abrió despacio y la porción de luz que rodeaba la silueta de Malcolm la deslumbró. El joven tenía un destornillador en la mano con la afilada punta dirigida a ella.

—Como hagas algún ruido, como intentes gritar o huir, a ti también te haré daño. ¿Lo has entendido?

Malcolm no sabía las ganas que tenía Hannah de gritar.

A medida que los ojos de la joven se adaptaban a la luz, vio cómo un buen número de moscas salían del maletero y se posaban en la cabeza de Malcolm. Una de ellas se le metió por la nariz... ¡y desapareció! El joven respiró un poco fuerte, pero, por lo demás, fue como si no se hubiera dado cuenta. Esbozó una sonrisa que a Hannah le produjo una gran repugnancia. La piel tensa que tenía alrededor del ojo izquierdo se movía..., se retorcía..., con lo que fuera que viviera allí dentro.

«¿Cómo es posible que no haya sentido eso?», pensó Hannah.

El pánico ascendió a la carrera por su garganta y volvió a atragantarse con el trapo aceitoso antes de que decidiera cerrar los ojos con todas sus fuerzas.

«No hay nada en su cabeza».

«No hay nada en su cabeza».

Porque era imposible que hubiera algo.

«¿La habría drogado?».

Sí, seguro que era eso..., pero no había comido ni bebido nada desde el desayuno. Igual se lo había administrado mientras estaba

inconsciente. O puede que el trapo llevara algo; cada vez que tragaba saliva la notaba acompañada de algo aceitoso.

Hannah empezó a lloriquear. No quería, pero le salió espontáneamente. Era una especie de mecanismo de defensa que funcionaba con un piloto automático. Malcolm fue rápido: le pegó una bofetada. No le pegó muy fuerte, pero lo suficiente como para aturdirla y callarla de nuevo.

Tras lo cual, el joven le acercó la punta del destornillador al ojo.

—Las cosas te irán mucho mejor si cooperas, pero no me importa que no lo hagas. A veces, eso también es divertido. ¿Vas a comportarte?

A Hannah, las palabras le llegaron a cámara lenta, como si viajaran a través de melaza. Algo iba muy, muy mal... con ella..., con él... Con ambos.

Hannah consiguió mover la cabeza y entrecerró los ojos de dolor. Por primera vez sentía el golpe en la nuca que la había dejado inconsciente.

Malcolm puso los ojos en blanco, como si la incomodidad de ella le resultase una molestia.

—Inclínate hacia delante. Deja que te vea la cabeza.

Hannah dudó un segundo..., pero hizo lo que le pedía el joven.

Malcolm apartó el pelo, tocó una parte que estaba blanda y se irguió de nuevo.

—Tienes un chichón muy feo, pero la herida ha dejado de sangrar. La verdad es que no hay mucha sangre. —Volvió a acercarle el destornillador a la cara y suspiró—. Hannah, sal del maletero..., pero despacio, ¿eh?

Hannah intentó no mirarlo a la cara, pero no pudo. Sabía que su piel no era más que un saco de moscas lleno de larvas, de gusanos grandes y pequeños comiéndoselo por dentro. No sabía qué había sido de esas moscas que habían ido con ella en el maletero. Seguro que había más. Algo le decía que, si se movía, saldrían a toda prisa de dondequiera que estuvieran, saltarían y se arremolinarían alrededor de su boca..., de su nariz..., de sus orejas..., de su...

Malcolm la cogió del hombro y tiró de ella hasta que Hannah estuvo sentada.

—Pero ¿te quieres mover?

Hannah chilló y esperó el zumbido, esperó sentir aquellas patitas moviéndose por su cara..., pero no sucedió nada. Quería creer que se habían ido, pero sabía que no era así..., que, sencillamente, eran pacientes.

Malcolm la cogió por los tobillos y se los pasó por encima de la boca del maletero. Cuando Hannah por fin pudo ver lo que había a su alrededor, supo dónde estaban. Malcolm la había llevado a la vieja casa de los Pickerton, una decrépita edificación situada en el Monte Washington, donde había muerto toda la familia hacía unos años. En aquel lugar, Danny y otros miembros del equipo de baloncesto organizaban fiestas de vez en cuando.

Al pensar en Danny se le hizo un nudo en la garganta. ¿Lo habría dejado allí Malcolm..., muerto en el coche? Ay, Dios mío, ¿de verdad estaba muerto Danny?

Malcolm cortó la cinta con la que le había atado los tobillos a Hannah valiéndose de la punta del destornillador, le puso los pies en el suelo y la empujó hacia la casa.

—Venga, vamos.

Cuando llegaron al porche, Hannah clavó los talones en el suelo, pero aquello apenas lo detuvo. Malcolm era delgado, pero musculoso. El joven abrió la puerta de la casa de una patada, tiró de Hannah hacia delante y la hizo entrar a la fuerza.

Las ventanas estaban tapadas con tablas, y la penumbra la golpeó en los ojos casi con la misma fuerza que la brillante luz del día cuando Malcolm le abrió el maletero. Sus ojos aún se estaban adaptando a la oscuridad cuando el joven la arrastró por el suelo polvoriento del vestíbulo y la obligó a sentarse a la entrada de un pasillo, entre un viejo reloj de pie y una gran mesa de roble. Malcolm se acuclilló junto a ella, cortó un pedazo de cinta y le pegó las manos a la mesita.

Hannah no podía mirarlo. El joven tenía la cabeza llena de moscas... y los hombros, y el pecho, y aquella ropa tan sucia que llevaba... Estaban por todos lados. Cuando Malcolm le hablaba, Hannah se las imaginaba agitándose en sus pulmones, subiendo por la tráquea y...

Malcolm volvió a darle una bofetada.

—No sé en qué estás pensando, Hannah, pero tienes que concentrarte. Lo que voy a decirte es importante. —Empezó a darle vueltas al destornillador entre los dedos, y la poca luz que se colaba a través de las tablas hizo brillar el metal—. Sabes dónde estamos, ¿verdad? En la vieja casa de los Pickerton. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Nadie nos ha visto subir hasta aquí.

Hannah tragó saliva.

Malcolm le cogió el móvil del bolsillo y le insertó lo que parecía un pequeño USB. Al instante se encendió una lucecita roja en el USB y empezó a destellar.

—Esto te va a encantar.

Unos segundos después, la lucecita roja pasó a verde, y Malcolm, relamiéndose los dientes amarillos, tuvo pleno acceso al móvil de Hannah.

—Los treinta y nueve pavos mejor invertidos de toda mi vida. Se tarda un poco más si el sistema operativo del móvil es de última generación, pero parece que el tuyo lleva unas cuantas versiones de retraso. Deberías andarte con cuidado con esas cosas.

El joven abrió la aplicación de mensajes de Hannah, clicó la conversación con su madre y giró la pantalla para que Hannah pudiera leer lo que ponía. Aunque, a fin de cuentas, daba igual, porque Hannah sabía muy bien lo que ponía. Le dio un vuelco el corazón.

—¡Vaya, le has dicho a tu madre que ibas a estudiar a casa de Sandra Horner! No le has contado nada de lo de Danny y de lo que ibas a hacer hoy, ¿eh?

La respuesta de su madre estaba justo debajo:

Vale, cariño. Pásatelo bien.

Malcolm fue deslizando hacia abajo los chats con el dedo y encontró el que mantenía con Sandra. Hannah también sabía lo que ponía allí. A Sandra le había contado que iba a ir a Boston con Danny a pasar el día y que necesitaba que la cubriera si su madre decía algo. Después de este había algún que otro mensaje, pero Malcolm no tuvo que leerlos todos, con el último le bastó:

¡Cuenta conmigo!

Su sonrisa amarilla se agrandó al leerlo. Una mosca grande surgió de la comisura de su boca, bajó hasta la barbilla, le rodeó el cuello y desapareció tras la nuca. Hannah no prestó mucha atención. Estaba concentrada en el móvil, en lo que Malcolm hizo a continuación. El joven entró en el chat que Hannah tenía con su madre y escribió:

Una cosa, mamá, cuando comes pollas, ¿qué crees que es mejor, escupirlo o tragárselo?

El pulgar de Malcolm se cernía sobre el botón de «enviar», pero no lo pulsó. Por el contrario, pulsó el botón de «borrar» y «deshacer el mensaje» carácter a carácter.

—Si me veo obligado, puedo enviar mensajes a tu madre, a Sandra..., a quien quiera. Ya he apagado el servicio de localización; lo he hecho antes de ponerme a conducir, así que nadie vendrá aquí a por ti. Tienes que escucharme con atención, porque lo que suceda a partir de ahora depende por completo de ti. —Malcolm dejó el móvil a un lado y acercó la mano a la cinta con la que la había amordazado—. Si te la quito, ¿me prometes que no vas a gritar?

Hannah asintió.

—Nadie sabe que estás aquí —repitió Malcolm, pero esta vez más despacio, mientras le quitaba la cinta.

—¡No se lo voy a contar a nadie! —se apresuró a decir Hannah en cuanto Malcolm le sacó el trapo de la boca—. Diré que no he visto quién disparó a Danny. Déjame donde prefieras de la Ruta 112. Les explicaré que me he despertado allí y que no recuerdo nada por el golpe en la cabeza. Podemos arreglar esto. Podemos...

—¡Chist! —Malcolm le plantó uno de sus sucios dedos en la boca —. No hay una forma fácil de decir esto, así que lo soltaré sin más.

Eres la séptima, Hannah. Eres la séptima chica que traigo aquí, y no has sabido nada al respecto por la misma razón por la que no has leído nada de mí ni me has visto en la televisión..., porque soy bueno en lo mío. Y cada una de esas chicas...

Una tabla crujió a su espalda, y Malcolm se dio la vuelta a toda prisa, sujetando con fuerza el destornillador. Al girarse levantó una capa de polvo, pero, aparte de eso, allí no había nadie.

—¿Quién está ahí? —gritó Malcolm.

Nadie respondió.

¿Había comprobado que estaban solos? Probablemente no; había abierto el maletero justo después de pararse. Además, no había otros coches fuera y el lugar estaba demasiado apartado como para acercarse andando.

Unas cuantas moscas se habían posado en la pared, detrás de la cabeza de Malcolm, y los estaban observando.

A Hannah se le escapó un leve quejido.

—¡Chist! —gruñó Malcolm—. ¡Cállate, joder!

Transcurrió como mínimo un minuto sin que oyeran nada más.

Teniendo en cuenta que todas las ventanas estaban condenadas, Hannah no alcanzaba a ver gran cosa. Unos finos hilos de luz se filtraban a través de las grietas, acuchillando la oscuridad. Distinguió unos muebles muy castigados, latas y botellas vacías, fragmentos de pintadas en las paredes... Pero movimiento, ninguno. Aunque eso no significaba que estuvieran solos.

Malcolm cogió el móvil de Hannah y encendió la linterna. Pasó la luz por la destartalada casa, examinó las paredes y los suelos. Cuando estaba revisando el suelo del pasillo que conducía al interior de la casa, algo le hizo contener el aliento.

41

MATT

Cuando Matt dejó atrás la señal en la que podía leerse lower falls, 700 metros, redujo la velocidad. Unos momentos después, se encontró con el Honda rojo abandonado. Estaba metido en la cuneta, con la parte trasera levantada y las puertas abiertas, sin matrículas, tal y como le había descrito Ellie. Matt condujo más despacio mientras pasaba junto al coche con intención de ver el interior, pero las ventanillas estaban manchadas de barro. Hizo unas fotos con el móvil. Como a unos quince metros había un Buick de color azul oscuro que tampoco llevaba matrículas, pero que reconoció. Era de Lonnie Floyd. Lonnie era el dueño de la gasolinera que había en la zona más alejada del pueblo, cerca del instituto, y solía hacerse cargo de la caja los domingos para que su esposa fuera a misa.

Matt dejó atrás tres coches abandonados más a la izquierda antes de que empezaran a aparecer también a la derecha. Los fotografió todos. La mayoría tenía los neumáticos desinflados —no uno, los cuatro— y algo así no podía pasar ni por casualidad ni por accidente. Matt fue reduciendo la velocidad hasta que avanzaba prácticamente al paso, observando con atención el asfalto en busca de tablas con clavos o algún otro peligro. Cuando llegó hasta el coche patrulla de

Ellie, había dejado atrás otros doce coches y no había visto ni una sola persona.

Al igual que en la mayoría de los demás vehículos, las dos puertas frontales del coche patrulla de Ellie estaban abiertas y tenía las ruedas desinfladas. El vehículo estaba aparcado en el arcén, con la parte trasera bloqueando ligeramente la carretera. Tenía todas las luces apagadas, incluso las de emergencia, y eso era muy raro, porque, si había algo que Ellie hiciera a rajatabla, era seguir el protocolo.

Matt aparcó detrás de ella, apagó el motor y desenfundó por tercera vez en el transcurso del día, un detalle que no se le pasó por alto. Después de tantos años de servicio, Matt solo había sacado el arma de la pistolera en dos ocasiones estando de servicio, y en la mitad de un solo día ya llevaba tres.

Salió del coche y le dio la sensación de que el aire estaba curiosamente en calma, como si hubiera sido sometido a una especie de vacío. Ni siquiera corría un poco de brisa. Tampoco oía a los pájaros piar ni a otros animales escabullirse por el bosque ni a un lado ni al otro de la carretera. Lo único que oía era el suave zumbido de las cataratas de Lower Falls, a unos cuatrocientos metros montaña arriba, hacia el este, y el tictac del motor de su coche enfriándose. Teniendo en cuenta todos los coches que había abandonados, aquello no tenía el menor sentido.

¿Adónde había ido la gente?

A medida que se acercaba, Matt reparó en que las ruedas de Ellie no solo estaban desinfladas, también estaban hechas jirones. Los clavos no hacían algo así. Este tipo de daño ya lo había visto en otras ocasiones. Eso lo había causado una tira de pinchos o algo

similar. Él llevaba una en el maletero. Cuando la desplegabas, cubría una distancia de algo más de siete metros y medio y tenía una anchura de unos veinticinco centímetros. La tira llevaba cientos de pinchos triangulares diseñados para penetrar en el neumático y rasgar la goma. Nunca había tenido que usarla, pero en la academia lo habían entrenado para hacerlo. No le cabía la menor duda de que era una tira así la que había provocado la rotura de aquellos neumáticos y, probablemente, los de los demás coches.

Miró hacia atrás, a la carretera, y no vio ni rastro de una tira de pinchos, pero sí observó unas marcas de derrapaje frescas en zigzag. Empezaban como a unos setecientos metros y acababan donde los coches abandonados.

Mientras rodeaba el coche de Ellie hasta el lado del conductor y se agachaba para inspeccionar más a fondo el interior, Matt llevaba el arma a un lado, bajada. El llavero de Ellie con la pata de conejo blanco colgaba del contacto y la palanca de cambios estaba en punto muerto. La radio estaba rota y había sangre en el asiento del pasajero, pero no creía que fuera de Ellie; lo más probable era que fuese del bibliotecario, de Edgar Newton. En cualquier caso, ver sangre en un coche abandonado resultaba inquietante. Y saber que encima era el coche de Ellie empeoraba la situación.

Además, que hubiera sangre de Newton era una cosa..., pero que la radio estuviera reventada era otra muy diferente.

Aquello no había sido un accidente. Aquello lo había hecho alguien.

Matt intentó unir las piezas.

Alguien desplegaba una tira de pinchos, inutilizaba el coche... ¿y qué más? ¿Obligaba a Ellie y a Newton a salir? ¿Se los llevaba? ¿Y

luego ponía el coche en punto muerto y lo empujaba hasta el arcén y reventaba la radio? Desde luego, ninguna otra cosa tenía sentido. Ahora bien, ¿quién había sido? Y ¿por qué?

Matt se irguió y miró los demás coches abandonados.

Habría unos veinte.

Al menos veinte personas, muy probablemente más, desaparecidas.

Todos los vehículos estaban detrás del de Matt. Ellie era la que más lejos había llegado. No había coches más allá del de Ellie.

Matt apenas veía unos treinta metros más allá en esa dirección, porque la Ruta 112 ascendía hasta una colina y no se veía nada más a partir de allí.

Con la pistola aún en la mano, Matt empezó a caminar en esa dirección.

No había recorrido ni diez metros cuando el asfalto que pisaba explotó formando una nube de polvo negro, a la que siguió, un milisegundo después, el característico sonido de un disparo de rifle.

42

HANNAH

Había pisadas recientes en el denso polvo que cubría el suelo del pasillo.

No eran pisadas de zapatos; eran pisadas de pies descalzos.

Pequeñas, como del tamaño de las de Hannah.

Probablemente de mujer.

Malcolm las enfocó con el haz de la linterna y las siguió, iluminándolas a medida que avanzaban. Según parecía, empezaban en el interior de la casa, cruzaban la zona del vestíbulo donde se encontraban Malcolm y ella, y seguían a lo largo de la sala y salían por la puerta principal. Era un único grupo de huellas dejadas por alguien al marcharse, porque no había señal alguna de que hubieran entrado en la casa..., a menos que lo hubieran hecho por una ventana o por detrás.

Malcolm enfocó las huellas en el sentido opuesto, siguiéndolas desde la puerta principal hasta que se perdían al fondo del pasillo. Era el mismo lugar del que había provenido el sonido. El joven, nervioso, empuñaba el destornillador con fuerza y lo blandía cada vez más rápido. A juzgar por su mirada, era evidente que se estaba estrujando los sesos.

Fuera lo que fuera aquello, el joven no se lo esperaba.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —chilló Hannah—. ¡Socorrooo! —Gritó tan fuerte que le pareció que se estaba rasgando las cuerdas vocales, como un altavoz que reventara.

Malcolm le pegó un puñetazo.

No una bofetada, como la vez anterior; esta vez apretó los dedos alrededor del mango del destornillador y le pegó con todas sus fuerzas en el lateral de la mandíbula, cerrándosela de golpe. Hannah se pilló una esquina de la lengua con los dientes y, cuando abrió la boca para gritar de dolor, Malcolm le metió el trapo tan adentro que casi la asfixió y volvió a ponerle cinta.

A Hannah se le llenó la boca de sangre caliente, y no le quedó otra que tragársela mientras Malcolm la miraba con los ojos abiertos de par en par, rojo como un tomate, con la piel incluso más retorcida que antes, como si las moscas que tenía dentro estuvieran furiosas.

—Puta boba. Es como si quisieras que te hiciera daño. ¿Por qué me has obligado a pegarte? —Su voz apenas resultaba audible, era más bien un susurro, y solo la miró un instante antes de volver a centrar su atención al pasillo—. Aquí no hay nadie. Ni siquiera sabemos si esas huellas son de hoy.

Cuando dijo aquello último, a Hannah no le quedó claro si se lo decía a ella o si estaba intentando convencerse a sí mismo. La joven apenas tuvo tiempo de procesar aquel pensamiento antes de que él preguntara:

—No ha ido por ahí, ¿verdad?

Pronunció aquellas palabras como en un suspiro, tanto que Hannah no sabía si su intención era decirlas en alto. Parecía más bien que se le hubiera escapado un pensamiento.

«Eres la séptima, Hannah. Eres la séptima chica que traigo aquí».

Entonces, la joven distinguió unas marcas en la pata de la mesa. Adhesivo seco, probablemente de la cinta americana. Arañazos en la madera, puede que de las bridas.

En algún momento durante los anteriores secuestros, Malcolm había atado a todas sus víctimas a ese mismo punto en el que ahora estaba ella.

Hannah volvió la cabeza hacia Malcolm. El movimiento que bullía bajo su piel había cesado. Su gesto —tenía la mirada perdida— bien podría haber estado esculpido en piedra mientras se ponía lentamente en pie y miraba el pasillo. El joven giró el destornillador en la mano varias veces, cogiéndolo simultáneamente con la punta hacia arriba y hacia abajo, hasta que por fin decidió dejarla hacia arriba.

—Espera aquí —le dijo a Hannah, como si la joven pudiera levantarse e irse cuando quisiera.

Enfiló el pasillo, siguiendo las huellas que se adentraban en la oscuridad.

43

MATT

La bala no lo alcanzó por poco.

Matt se agachó y se tiró al suelo, hacia la derecha. Rodó hasta el arcén para parapetarse en la zanja a la que este daba paso y no se detuvo hasta que llegó al barro del fondo. Al primer disparo le siguieron otros dos, el segundo de los cuales se hundió en la tierra a poco más de diez centímetros de su mano izquierda. Luego, el mundo se quedó en calma y solo se oían los ecos de los disparos.

En el caso de los tres disparos, la bala había llegado antes de que Matt oyera el tiro. Eso significaba que, quienquiera que estuviera disparando, no estaba cerca, sino que lo estaba haciendo desde una gran distancia, muy probablemente con algún tipo de rifle de largo alcance. Había muchos así en el pueblo —al fin y al cabo, aquello era New Hampshire—, pero la mayoría de ellos eran para cazar ciervos, y los de la zona preferían las miras normales a las telescópicas; así, la caza se parecía más a un deporte. Quienquiera que acabara de disparar a Matt no habría fallado en caso de haberle estado disparando a un ciervo. Aquellos disparos habían seguido los movimientos del agente y no le habían acertado por centímetros —fuego rápido, disparando con apenas unos segundos de diferencia—. Disparos así solo los realizaban francotiradores capaces de seguir a su objetivo mientras recargaban, es decir, pertrechados con una mira

telescópica. Matt no tenía ni idea de dónde provenían los disparos porque los árboles y las montañas distorsionaban el sonido y hacían que rebotara.

El agente probó a usar la radio que llevaba al hombro.

—¿Ellie? ¿Sally? ¿Alguna de las dos me oye? Disparos en la 112. Me tienen acorralado. Cambio.

No esperaba que le respondieran, pero tenía que intentarlo. En cualquier caso, aunque alguna de ellas respondiera, no tenía claro que pudieran hacer nada por él.

Arrastrándose muy despacio, Matt se asomó al borde de la cuneta hasta que fue capaz de ver por encima del asfalto. La cuneta ofrecía poca cobertura y estaba convencido de que quienquiera que le hubiera disparado podría haberlo matado de haberlo querido. Solo habían sido disparos de advertencia, para disuadirlo de que siguiera avanzando, pero ¿por qué? Seguía queriendo asomarse a lo alto de la colina de la 112, pero aún le faltaban unos quince metros para llegar.

Se arrastró un poco más hacia arriba trepando por la cuneta embarrada, se puso de rodillas y levantó ambas manos sobre la cabeza.

—¡Soy agente de policía! —gritó—. ¡No dispare! ¡Voy a salir!

Los músculos del cuerpo se le tensaron, y mientras se ponía de pie intentó apartar de su cabeza la idea de que tenía el punto rojo de una mira láser en la frente. Estaba en el arcén, esperando que una bala lo reventase, pero no le dispararon.

—¡Voy a guardar el arma!

Aún tenía en la mano el arma de reglamento, que ahora estaba cubierta de barro. Poco a poco fue bajándola y la metió en la

pistolera.

Sentía que lo estaban mirando, pero intentó no pensar en ello mientras daba un paso en dirección a la cresta de la colina. No había avanzado ni medio metro cuando otra bala impactó en el suelo tan cerca de sus zapatos como para mancharlos con los pedacitos de asfalto que levantó.

Matt se quedó inmóvil.

Tenía claro que el disparo provenía de delante de él, más bien del lado izquierdo, aunque no estaba seguro al cien por cien.

«Si quisieran matarte, ya estarías muerto».

El pensamiento no resultaba muy tranquilizador, pero no se le ocurría otro.

Dio un paso más.

Esta vez fueron dos disparos, en una rápida sucesión. Uno le arrancó un pedazo al lateral de la suela de uno de sus zapatos, y el otro impactó en el suelo, a su izquierda. A Matt le latía el corazón con tanta fuerza que le dio la sensación de que quienquiera que le estuviera disparando tenía que estar viéndoselo a través de la mira. La vena de una de sus sienes latía como la caja de una batería. Al menos, el segundo disparo, el que se había desviado a la izquierda, le había indicado una dirección aproximada. Si le estuvieran disparando desde la derecha, la bala habría tenido que atravesarlo para impactar donde lo había hecho. Ahora tenía claro que le disparaban desde el lado izquierdo. Alzó la vista, hacia las montañas, por entre los árboles, y buscó algún destello o un brillo que delatara la posición del tirador, pero no vio nada.

Tenía dos alternativas. Podía dar otro paso para intentar distinguir el fogonazo del cañón, o podía dar un paso atrás, retirarse, y hacer

lo que ellos querían. Si daba otro paso adelante, había muchas posibilidades de que tirasen a dar. Si echaba a correr, no obtendría ninguna información.

Matt sabía lo que tenía que hacer, pero eso no hacía que fuera más sencillo.

Respiró hondo y dio otro paso adelante.

Su pie aún no había tocado el suelo cuando vio los destellos de dos cañones, uno en el nordeste, a su derecha, y el otro al noroeste. Sonaron dos disparos rápidos. Al menos a un kilómetro de distancia; puede que incluso dos.

Ambos disparos impactaron en el suelo, uno a cada lado de su cuerpo.

Había más de un tirador.

El de la izquierda volvió a disparar y se quedó a escasos centímetros del pie de Matt.

Esos tíos no eran cazadores haciendo el tonto, eran profesionales con precisión militar.

—¡Vale! —gritó Matt al tiempo que levantaba las manos todo lo arriba que podía—. ¡Me retiro! ¡No disparéis!

Contó en silencio hasta diez y dio un paso atrás, muy despacio. Al ver que no le disparaban, dio otro. Matt estaba a medio camino de su coche patrulla cuando por fin se dio la vuelta y echó a correr. Se metió de golpe en el vehículo, arrancó el motor y pisó el acelerador antes incluso de cerrar la puerta. Dio la vuelta derrapando en un torpe giro de tres puntos y se apresuró a volver al pueblo.

Pasó al menos un minuto antes de que se acordara de soltar el aire.

44

HANNAH

Hannah giró la cabeza intentando no perder de vista a Malcolm mientras este se internaba en el pasillo, pero, con la poca luz que había y la mesa tapándole parcialmente la visión, resultaba complicado. El joven llegó a una puerta cerrada que había al final del pasillo, vaciló, se inclinó, estudió el suelo. Apagó la linterna del móvil e intentó mirar por debajo de la puerta, gruñó y volvió a ponerse de pie y a encender la linterna.

—Provienen de aquí —comentó con un hilo de voz.

Hannah no tenía claro si aquellas palabras iban destinadas a ella, pero si había alguien esperando al otro lado de la puerta, seguro que había oído a Malcolm. La casa estaba tan en calma que resultaba extraño; era como si a ellos también los estuvieran escuchando.

Malcolm apoyó la palma de la mano en la puerta y la apartó a toda prisa, sorprendido. Levantó la luz e iluminó la parte que había tocado.

Incluso a aquella distancia, Hannah alcanzaba a ver la huella del joven. Brillaba, como si la puerta fuera un cristal frío, una ventana empañada.

Hannah gruñó a pesar de la mordaza y él respondió como si fuera capaz de leerle la mente.

—La puerta está congelada. —Indeciso, tocó el pomo de latón y apartó la mano de golpe—. Es como hielo.

Hannah no le encontraba a aquello más sentido que al resto de lo que le había sucedido aquel día. Estaban en octubre; es decir, que aún había de pasar un mes o dos antes de que llegaran los primeros fríos. Era muy probable que en el exterior la temperatura anduviera por los dieciséis grados centígrados.

Malcolm levantó el destornillador, listo para atacar, volvió a sujetar el pomo, lo giró con cuidado y abrió la puerta con la punta del pie.

De la habitación salió una ráfaga de aire gélido, un aliento gélido que Hannah sintió que rolaba por el pasillo y llegaba hasta ella. Malcolm parpadeó como si quisiera esquivarlo, y apoyó la mano en el pecho con la punta del destornillador señalando hacia fuera, mientras sostenía en alto la linterna del móvil con la otra mano. Parecía dispuesto a cargar contra quienquiera que hubiese allí, incluso sin tener una visión completa de toda la habitación, Hannah se percató de que allí no había nadie.

Inmóvil en el umbral, Malcolm apagó la linterna. No la necesitaba.

En la pared del fondo había una enorme cama con dosel, y al lado una cómoda sobre la que reposaba una lámpara antigua con una tulipa amarillenta, torcida hacia un lado. La cama también estaba en mal estado, con el marco parcialmente caído en la zona de los pies, que era la que más cerca quedaba de la puerta. En lo alto descansaba una enorme rama de árbol tan gruesa como la cintura de Hannah. La rama había entrado por el techo y había roto la madera como si fuera mantequilla, dejando un agujero en la cubierta y un tajo dentado en una de las paredes. Otra rama, un brote de la primera, se había clavado en el colchón y estaba

empalada en el suelo. Era nudosa y gruesa, como un hueso roto que se hubiera curado muy mal. Toda ella estaba recubierta de blanco, reluciente por efecto del hielo y la escarcha. Las ramas y las hojas llenaban la parte más alejada del dormitorio, como si la estancia fuese un antiguo invernadero olvidado, donde todo hubiera seguido creciendo fuera de control. El sol entraba por arriba. Había varios cuervos posados en la rama, y se quedaron mirando a Malcolm con sus ojitos negros cuando de pronto el joven musitó:

—Para. Te he dicho que pares.

Hannah pensó que les estaba hablando a los pájaros, o puede que a las moscas que zumbaban dentro de su cabeza, pero no intentaba espantar a unos y a otras, ni hacía el menor esfuerzo para que se fueran. El joven miraba la habitación, como si le estuviera hablando a ella.

Hannah gruñó una vez más y fue como si Malcolm recordara de pronto que estaba allí. El joven giró apenas la cabeza, la miró por el rabillo del ojo y volvió a interesarse en las pisadas.

—Estas pisadas no tienen sentido —murmuró antes de guardarse el destornillador en el bolsillo de atrás y sacar varias fotos de las huellas con el móvil de Hannah—. Empiezan en la cama, como si quienquiera que las haya dejado... hubiera empezado a caminar desde allí.

Malcolm negó con la cabeza, y varias moscas salieron volando y lo rodearon entre zumbidos.

Hannah observaba mientras Malcolm entraba en la habitación, siguiendo el rastro, moviéndose despacio, deteniéndose y reemprendiendo la marcha, hasta que llegó a la cama. Sin dejar de mirar al suelo, el joven se dio la vuelta y se sentó en el colchón.

—Empiezan justo aquí... No tiene sentido... No. Empiezan aquí, como si la persona que las dejó hubiera bajado los pies de la cama, se hubiera puesto de pie y se hubiese paseado por la estancia, a continuación hubiera salido al pasillo y se hubiese marchado por la puerta principal...

Hannah no pasó por alto que Malcolm había dicho «la persona». Las huellas eran prácticamente idénticas a las suyas. O eran de una chica o de un niño pequeño, pero Hannah estaba casi segura de que eran de chica.

Malcolm se volvió despacio en la cama, levantó los pies, los puso sobre el colchón y se tumbó junto a la gran rama. Miró hacia el techo mientras los cuervos seguían observándolo y las moscas revoloteaban formando una nube a su alrededor.

Y entonces lanzó un grito tan desgarrador que dejó en nada los lastimeros chillidos de Hannah.

45

RILEY

Puede que fuera por la adrenalina de antes o, más posiblemente, porque el efecto de la adrenalina se le había pasado, pero, en cuanto Riley se sentó en el sofá de la oficina de Matt con la cabeza descansando en el regazo de su madre, se quedó dormida. Por suerte, no soñó. El monstruo que había visto en el fregadero y lo que fuera que rascaba las tuberías del desagüe no habían vuelto para acabar lo que habían empezado. En el coche patrulla, de camino a la comisaría, intentó convencerse de que había matado a aquel bicho, fuera lo que fuera, pero había una voz en su cabeza que no paraba de recordarle que quizá hubiera matado a uno de ellos, sí, puede que a dos, pero que donde había dos...

Riley abrió los ojos de golpe con aquella idea en la cabeza como un mal sabor de boca.

Su madre se había ido del despacho. Le había quitado los zapatos y la había tapado con una manta vieja. Incluso había encontrado una almohada. Riley sabía que había veces en las que Matt dormía allí; la manta olía a él, no a sudor, sino un olor agradable, cálido. Riley se subió la manta hasta el cuello, se acurrucó en la almohada e intentó volver a quedarse dormida. Se dijo que todo lo que había pasado en la casa no había pasado, que todo estaba en su cabeza. Y

es que eso era mucho más sencillo que tener que aceptar que había sido real.

Fuera, los adultos gritaban.

Muy fuerte.

Lo primero que hizo fue intentar aislarse de ellos, ignorar aquellas voces airadas, pero, como no funcionó, procuró escuchar, enterarse de por qué estaban gritando así. Eso tampoco funcionó, porque gritaban todos a la vez y estaban tan enfadados que las voces se pisaban unas a otras. Cuando se dio cuenta de eso, ya no se sentía cansada.

Envuelta aún en la manta, se puso de rodillas y miró la sala principal de la comisaría a través de la persiana.

Aquella comisaría era muy pequeña para tanta gente. Había incluso más gente que cuando llegaron. Sabía que su madre andaba por allí, pero no la veía, al menos en un primer momento, porque luego la vio al fondo, con Sally Davie. A Riley le caía bien Sally; la mujer vino al colegio de Riley el Día de las Carreras del año pasado para contarles cómo era ser policía. Bobby Klitz le soltó que no era policía de verdad, que solo se encargaba de la radio, pero Sally fue muy rápida y respondió: «Detrás de cada policía "de verdad" hay un agente mensajero, y fuimos necesarios los dos para arrestar al padre de Bobby cuando infringió la ley el verano pasado». Tras lo cual la maestra de Riley apremió a Sally para que acabara.

«Hola».

Riley oyó de pronto aquella palabra como un susurro en el oído, aunque, cuando se volvió, resultó que allí no había nadie. El despacho de Matt parecía una leonera, pero, por lo demás, estaba vacío.

Riley se estremeció y, cuando expulsó el aire, su aliento formó una nubecita blanca que se quedó suspendida unos instantes.

Aquello no tenía sentido. No solo no era invierno, sino que estaba dentro de un edificio. En el despacho hacía frío, pero no tanto.

«¿Cómo te llamas?».

Riley dio un brinco al oír aquello, pero un brinco de verdad, porque había oído la voz claramente..., pero allí seguía sin haber nadie.

Era una voz de chica.

Cogió la manta con fuerza, se la subió hasta el cuello y se envolvió con ella, como si se tratara de algún tipo de capa protectora. Bajó del sofá poco a poco. El único lugar donde alguien podía esconderse en el despacho de Matt era debajo del escritorio, pero allí no había nada excepto un par de botas de montaña viejas cubiertas de barro y un par de clips sobre la alfombra.

«Tú eres como yo. No quieres ser como yo. Deberías marcharte».

Riley tembló, pero no de frío.

En esta ocasión la voz provenía de su derecha, y, cuando la niña se giró en esa dirección, se encontró con la pared que separaba el despacho de Matt y el de la sheriff Ellie. En la pared había colgado un mapa del pueblo, una serie de boletines e informes y los diplomas del instituto y de la universidad de Matt. También había unos pocos recortes de periódicos viejos de cuando Matt jugaba al fútbol americano.

Ninguno de esos objetos explicaba por qué parecía que la pared estuviera húmeda.

Riley adelantó la mano, indecisa..., la tocó, ¡pero la apartó enseguida y la guardó debajo de la manta!

No es que estuviera mojada, estaba fría. Estaba cubierta de una fina capa de hielo.

Cuando a Riley le vibró el móvil —lo llevaba en el bolsillo trasero del pantalón—, la niña dio un brinco y estuvo a punto de gritar.

Lo sacó atropelladamente y leyó el mensaje:

¿Dónde estás? Era Evelyn de nuevo.

Riley respondió:

En la comisaría, con mi madre.

Un segundo después:

Mira afuera.

Riley se acercó a la ventana que había por detrás del escritorio de Matt y limpió la condensación para poder ver algo. Evelyn, Robby y Mason estaban allí, mirándola desde el pequeño aparcamiento donde la sheriff aparcaba la camioneta del condado con la pala quitanieves delante y un par de coches patrulla extra que era muy probable que no hubieran rodado desde que Riley había nacido. Uno de ellos, de hecho, estaba subido en unos bloques de hormigón.

Evelyn hizo un gesto como diciéndole «abre la ventana», y movió las manos haciendo ver que subía la hoja, pero Riley tardó un segundo en entender a qué se refería. La niña abrió los pestillos de la ventana y la subió.

Evelyn dijo:

—Tienes que venir con nosotros.

Riley miró por encima de su hombro, en dirección adonde estaba su madre, pero con la persiana bajada no podía verla.

—No puedo, tengo que quedarme con mi madre.

Mason gimió y miró a Evelyn con el ceño fruncido:

—Ya te he dicho que era una gallina.

Evelyn lo ignoró.

—Creemos que hemos descubierto de dónde ha salido lo que había en tu fregadero.

—«Yo» he descubierto de dónde ha salido lo que había en su fregadero —precisó Robby.

Evelyn puso los ojos en blanco:

—Vale, como quieras. —Y se acercó un paso a la ventana—. Venga, súbete al alféizar y salta. En un rato volvemos. No está tan lejos. Tu madre ni se enterará de que te has ido.

El despacho de Matt se encontraba en una planta baja, apenas a un metro del suelo. Riley volvió a mirar por encima de su hombro.

—¿Es que se lo tienes que preguntar todo a tu mamaíta? —intervino Mason de nuevo.

Tenía razón, estaba siendo una boba. Robby era más joven que ella y allí estaba. Un día cualquiera, a su madre no le hubiera importado que fuera a dar una vuelta con los amigos.

«Sí, pero ¿acaso estos son amigos tuyos?».

Esta vez no fue la voz de la chica la que oyó Riley, sino la de su conciencia... y Riley no sabía la respuesta. No la tenía clara.

—Treinta minutos como mucho —comentó Evelyn—. Está justo calle abajo.

Riley estuvo a punto de darse la vuelta, pero se contuvo. Evelyn tenía razón, lo más probable era que su madre ni siquiera se diera

cuenta de que se había marchado y, además, los mensajes de texto funcionaban, así que, si se enteraba, bien podía enviarle un mensaje y ella respondería. Si es que llegaba a enterarse de que se había ido.

Antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión, Riley dejó a un lado la manta, se sentó en el alféizar y saltó a la calle. El sol le resultó agradable, como si acabara de salir de una nevera.

—Puede que aún haya esperanza para ti —le soltó Mason cuando la niña se unió a ellos.

Evelyn frunció el ceño y le preguntó:

—¿Qué es eso?

Riley no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Qué?

Evelyn le cogió el brazo y señaló algo.

—Eso.

En el brazo de Riley, escrito con lo que parecía bolígrafo azul, había un nombre:

Mason Ridler

Riley no recordaba haber escrito aquello.

46

MATT

Matt aparcó con una rueda encima de la acera, pero le dio lo mismo. La mano le resbaló de la palanca de cambios tres veces antes de que consiguiera ponerla en «aparcar» y se rascó los nudillos con la columna de dirección al sacar las llaves.

Le temblaba cada fibra de su cuerpo y no podía parar.

Nunca le habían disparado.

Hollows Bend no era uno de esos lugares.

Tenía amigos en otras jurisdicciones, jurisdicciones en las que los tiroteos estaban a la orden del día; en especial, en algunas zonas rurales de New Hampshire, donde la crisis de los opioides se les estaba yendo de las manos. Ahora bien, ¿allí? ¿En Hollows Bend? No, en Hollows Bend, no.

Hollows Bend era diferente.

Matt cogió el volante con ambas manos, firmemente, y respiró hondo por la nariz, contuvo el aire un momento y lo soltó por la boca.

«Rehazte —se dijo a sí mismo—. Tienes que rehacerte».

Una palma golpeó la ventanilla del conductor y Matt dio un brinco.

Stu Peterson.

Stu llevaba una nueve milímetros en la cadera izquierda, con el seguro de la pistolera desabrochado, y llevaba a Jimmy Newcomb

cogido por la nuca. Jimmy tenía las manos atadas a la espalda con lo que parecía una cuerda de tendedero.

Cuando Matt salió del coche, Peterson empujó a Newcomb hacia el agente. El hombre era como una muñeca de trapo en manos del enorme y grasiento Stu Peterson.

—Lo he pillado entrando en mi casa por la puerta del refugio para tornados. Ha abierto la puerta con un cortacadenas.

Newcomb tenía los ojos inyectados en sangre y la ropa empapada en sudor. Volvió la cabeza para mirar a Matt.

—Necesitaba un arma y sabía que este mierda no iba a dejármela.

—¡Joder, pues claro que no! ¡Votaste a favor de la propuesta 84! ¿Por qué coño iba a dejarte un arma?

La propuesta 84 había sido uno de los temas candentes durante las últimas elecciones. De aprobarse, los rifles de asalto habrían quedado prohibidos en todo el condado de Monroe. Jimmy Newcomb y su esposa se pasaron el jueves de votación delante del juzgado con unas pancartas que habían confeccionado ellos mismos en favor de la propuesta, mientras que Peterson había decidido dar vueltas a la manzana y chillarle a Jimmy cada vez que pasaba por delante de él. Ninguno de los dos había llegado más lejos —y Matt había dado gracias al cielo por ello—, pero aquello acabó con la partida de póker semanal en el salón de veteranos de guerra.

—Y ¿para qué necesitas un arma? —le preguntó Matt a Newcomb.

El hombre se quedó mirando al agente como si aquella fuera la pregunta más extraña que había oído en su vida.

—¿Que para qué necesito un arma? Pues para los osos, ¿para qué, si no?

—¿Qué osos?

—He visto al menos cinco grizzlies bajando del Monte Washington hoy mismo, y, si he visto cinco, ya sabéis que hay más. Esos cabrones me rompen los cubos de la basura y han estado a punto de matar a mi perro.

—No hay grizzlies en esta época del año —le recordó Matt—. Hay algún que otro oso negro, pero nada más.

A Newcomb se le puso roja la cara.

—¿Es que crees que no sé diferenciar un grizzly de un oso negro? ¡Estos osos son marrones, no negros! ¡Y son mucho más grandes! ¡Y las garras tenían más de diez centímetros de largo! Eso no son osos negros, Matt, ¡son grizzlies!

Peterson, que aún sujetaba a Newcomb por el cuello, lo sacudió con fuerza.

—Por mí como si has visto a todo el jodido Viet Cong marchando colina abajo, eso no te da libre acceso a mi casa. —Miró a Matt—. Quiero presentar cargos. Enciérralo por lo que sea. —Rebuscó en el bolsillo, sacó una memoria USB y se la puso a Matt en la mano—. Lo tengo todo grabado en vídeo. ¿No es tan fanático de la ley? ¡Pues que la viva en primera persona!

Matt giró el USB entre los dedos y se lo metió en el bolsillo. A continuación sacó la navaja y cortó la cuerda que ataba las muñecas de Newcomb.

—Pero ¿qué coño estás haciendo? —le ladró Peterson.

—Escribiré un informe y Ellie decidirá si presenta cargos.

—¡Pero si lo tengo grabado en vídeo!

—Y seguro que lo tiene en consideración. Entretanto, quiero que ambos volváis a casa y os quedéis allí.

—¿Y qué pasa con los osos? —preguntó Newcomb frotándose las muñecas.

—Tú no salgas de casa y, si vuelves a verlos, me llamas.

—¿Crees que eso no lo he hecho ya? —le preguntó Newcomb mientras se alejaba calle abajo, en dirección a su casa—. ¡Harías bien en decirle a Sally que coja el teléfono!

Cuando Newcomb se marchó, Peterson le gruñó de nuevo a Matt:

—Eso que has hecho ha sido una estupidez, Matt. No necesitamos a gente como él por aquí, y tú estás tirando por la borda la oportunidad de que nos deshagamos de él.

—Vete a casa, Stu. Si Ellie quiere presentar cargos, ya sabemos dónde dar con él.

—Por cierto, ¿dónde está Ellie?

Matt sabía que no debía decirle la verdad de ningún modo.

—Está encargándose del jaleo de la 112.

—Sabes que tengo una radio de la policía en casa, ¿verdad? Pues no he oído a Ellie en toda la mañana.

—La radio no funciona como debería.

Peterson entrecerró los ojos y le dio unos golpecitos con el índice a Matt en el pecho.

—Parece que hoy hay muchas cosas que no funcionan como deberían. Celebro una reunión en mi casa dentro de una hora para hablar de todo esto con unos compañeros del salón de veteranos de guerra. Quizá deberías pasarte a dar explicaciones. —Bajó tanto la voz que parecía que estuviera conspirando—: ¿Qué sabes de la chica esa que ha entrado desnuda en la cafetería como si nada? Toda esta mierda ha empezado con ella.

Matt no era tan tonto como para morder al anzuelo. Dejó atrás a Peterson y se dirigió a la puerta de la comisaría.

—Vete a casa, Stu.

Un muro de ruido lo golpeó en cuanto entró.

—¡Como el asunto se ponga más feo vas a querer que seamos amigos, Matt! —le gritó Peterson justo antes de que la puerta de la comisaría se cerrara.

47

MATT

Matt ignoró a todo el mundo y fue directo a la mesa de Sally. La mujer levantó la vista de su escritorio. Era evidente que estaba exhausta.

—¿La has encontrado?

Matt no respondió. Lo que hizo fue coger el mapa del condado que tenían enmarcado en la pared, justo detrás de donde se sentaba Sally, y ponerlo sobre una mesa que estaba vacía. Matt marcó el centro de Hollows Bend con el índice y rodeó el pueblo con el dedo, dejando una marca en el cristal.

El Monte Washington estaba justo detrás de ellos y la población lindaba al este con el río Saco y con el Swift al oeste, todo ello protegiendo una zona federal denominada Bosque Nacional de White Mountain. Los ríos se podían cruzar —Matt lo había hecho en multitud de ocasiones—, pero los bosques que los rodeaban eran otra historia: eran densos, impenetrables... Unas cuatrocientas mil hectáreas de selva. Solo había una entrada y una salida a aquellos bosques: Main Street, que se convertía en la Ruta 112 en la linde del pueblo; la 112 no tenía nada de especial durante unos veinticinco kilómetros, hasta cruzar Barton, y, una vez en Barton, no había mucho que ver. Jackson debía de ser el pueblo grande más cercano, y había que conducir más de una hora si uno quería encontrar

alguna ciudad, casi dos para llegar al aeropuerto más cercano o a los federales de Portsmouth. Cuando era adolescente, le encantaba lo aislado que estaba Hollows Bend. Era como estar acurrucado con una manta calentita, a salvo, seguro; un lugar al que se podía ir para desconectar del resto del mundo. En ese momento, no obstante, comprendió que aquello era un arma de doble filo.

Ahora se encontraban completamente solos.

—No estaba allí, ¿verdad?

Matt no apartaba la mirada del mapa.

—He dado con su coche patrulla —comentó el agente bajando la voz para que solo Sally lo oyera—. Estaba abandonado y había signos de lucha. Alguien le ha reventado la radio. También había sangre, pero doy por hecho que era de Newton. —«Esperaba» que fuera de Newton. Bajó aún más la voz—. Pero su coche no era el único. Allí había cerca de una veintena. Alguien los ha neutralizado con una tira de pinchos y los ha obligado a salir al arcén.

—¿Obligado? ¿Cómo?

—Hay al menos dos francotiradores posicionados uno a cada lado de la 112. Cuando he intentado llegar a lo alto de la colina de Lower Falls han efectuado disparos de advertencia para que no siguiera adelante.

—¿Que te han disparado?

—Sean quienes sean, no quieren que nadie abandone el pueblo. Creo que se han llevado a todos los que lo han intentado.

Matt seguía con el dedo índice en el mapa. No se dio cuenta de la fuerza que estaba ejerciendo al señalar hasta que reparó en que la punta del dedo se le había puesto blanca.

Sally dijo:

—Vale, has encontrado los coches, ¿y dices que no estaban los conductores? ¿Ni los pasajeros? ¿No había nadie?

Matt negó con la cabeza.

—Es probable que se los hayan llevado a algún lado. A todo aquel que haya intentado marcharse del pueblo. Creo que la mayoría de los turistas han logrado salir, de lo contrario habría más coches. Todo ha empezado después de..., con lo de los cuervos.

Hacía falta algo muy gordo para que Sally guardara silencio, pero lo que acababa de escuchar la dejó muda. La anciana se quedó en silencio un buen rato y, cuando por fin habló, le temblaba la voz:

—Así que tenía razón con lo de nuestras comunicaciones, y lo de Internet. Alguien nos ha desconectado.

—¿Matt?

Gabby se había acercado por detrás al agente sin que este se diera cuenta. Matt le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. No quería soltarla. Sintió los ojos de Addie clavados en él desde el otro lado de la estancia, pero se negó a devolverle la mirada. Besó a Gabby en la frente.

—¿Qué tal lo lleva Riley?

—Está durmiendo. Se ha quedado roque en cuanto ha puesto la cabeza en la almohada.

Matt miró a su alrededor. Si Riley estaba dormida, debía de ser la única. Aunque algunas personas se habían marchado desde que el agente había estado en la comisaría la vez anterior, habían llegado más. Las sillas junto a la puerta estaban todas ocupadas y había gente sentada en las mesas y en los escritorios, un par de personas en el suelo y otras deambulando de aquí para allá, o dando vueltas, despacio, apáticas. Alguien había levantado la máquina expendedora

y había limpiado los cristales, sin duda en un intento de restaurar parte de la normalidad, pero la tensión podía cortarse con un cuchillo. La gente, o bien lo observaba a él —pero apartaba la mirada al instante si él se la devolvía—, o bien estaba inmersa en sus problemas. Había algunas personas apiñadas en la puerta del despacho de Ellie, incluidos Ben Molton y Ed McDougal, que tenía el ojo derecho hinchado y negro. No le gustaba el modo en que lo observaban todo, el modo en que miraban a la chica.

—Matt —empezó a decir Sally siguiendo su mirada—, sabes que esto no ha empezado con lo de los cuervos. Ha empezado cuando ella ha aparecido. Como no entres ahí y le saques la verdad pronto... otros lo intentarán. Lo único que ha impedido que aún no haya pasado es una débil cerradura y un poquito de civismo. Ni lo uno ni lo otro seguirán resistiendo en cuanto se sepa lo que acabas de contarme.

—¿Qué es lo que acaba de contarte? —preguntó Gabby mientras le apartaba el brazo a Matt.

Con cuidado de que nadie más lo oyera, él se lo contó a toda prisa.

A Gabby le cambió de color la cara.

—Es algún tipo de enfermedad, ¿verdad? Hemos estado expuestos todos a algo y alguien intenta impedir que salga de aquí.

—Has visto muchas películas —le replicó Matt—. El Gobierno tardó cuatro días en idear un modo de llevar agua embotellada a Nueva Orleans después del Katrina; ¿cómo iba a organizar algo así?

—¿Y si no es eso, entonces qué puede ser?

Matt sabía que Sally tenía razón: debía hablar con la chica. Y, si era honesto consigo mismo, ya tendría que haberlo hecho..., pero

había estado demorándolo. Era como si no quisiera hacerlo. Cada vez que se le presentaba la oportunidad, surgía algo que requería su atención. Incluso en ese momento, mientras la observaba desde las ventanas del despacho de Ellie, algo, su instinto, una intuición de naturaleza primigenia, o tal vez el mero instinto de supervivencia, le decía que no entrara allí. Solo de pensar en ello volvió a sentir aquel dolor de cabeza que le había sobrevenido en la sala del forense, como una especie de palpitación detrás de los ojos.

—Matt, ¿estás bien? Parece que vayas a desmayarte —le dijo Gabby.

—Estoy bien —respondió a pesar de que no era así—. Es que esto es muy gordo, nada más.

—Si quieres, puedo entrar contigo. Tal vez la chica esté asustada y le resulte más fácil abrirse si te acompaña una mujer.

Por alguna razón, Matt sabía que aquella chica no tenía nada de asustada.

—Estoy bien —repitió—. Vamos, que puedo yo solo, quiero decir. —Y se encaminó a la puerta del despacho de Ellie.

A mitad de camino se detuvo y se dirigió a los allí presentes:

—Escuchadme. Si habéis venido para informar de algún delito, Sally os ayudará a rellenar el papeleo necesario, lo archivará y podréis volver a casa. No hay ninguna razón para que os quedéis aquí. El lugar más seguro es vuestra propia casa, con vuestros seres queridos. Cerrad la puerta con llave. Quedaos dentro hasta que esto pase, porque pasará. Todos estamos nerviosos, pero hemos de intentar no empeorar la situación. Volved a vuestras casas.

No les dio la oportunidad de responder. Antes de que trataran de hacerlo, abrió la puerta del despacho de Ellie, se coló dentro y volvió

a cerrar con llave. Bajó las persianas de las ventanas que daban a la estancia principal de la comisaría e hizo lo imposible por olvidar aquel dolor de cabeza que iba a más. Y por fin se volvió y miró a la chica.

48

RILEY

Riley se quedó mirando el nombre que tenía escrito en el brazo, justo encima de la muñeca izquierda:

Mason Ridler

—Yo no he escrito esto.

Mason le miró el brazo.

—Genial, no solo es una gallina, sino que está locamente enamorada de mí. —Miró a Evelyn con la frente fruncida—. ¿Podrías repetirme por qué quieres que nos acompañe? A mí nadie me había avisado de que fuera a tener que hacer de niñera de una psicópata retrasada.

—No soy ninguna...

—¿Por qué te has escrito su nombre? —la interrumpió Evelyn.

—Yo no lo he escrito. —Puede que su madre se lo hubiera escrito por alguna razón, o algún otro en la comisaría mientras dormía. Desde luego, estaba segura de que ella no se lo había escrito; se acordaría—. Ni siquiera es mi letra.

Eso también era verdad. Y además, ¿acaso su madre sabía quién era Mason?

Robby, impaciente, dio unos golpecitos en el suelo con el pie.

—Venga, Ev, que no tenemos tiempo para esto. Vámonos.

El niño se echó la mochila roja al hombro. Pesaba tanto que se le movió todo el cuerpo. La parte de abajo estaba manchada de algo oscuro, parecía mojada, y, después de ver que había sacado un pájaro muerto de dentro, Riley no tenía ningún interés en saber qué más podría llevar.

Evelyn le miró el brazo a Riley una vez más, chasqueó la lengua y empezó a cruzar el aparcamiento.

—Venga, vamos, que no está lejos —le dijo la niña.

Mason volteó su bate en el aire, se lo puso al hombro y la siguió. Robby los siguió a ambos, cargando con todo aquel peso.

Riley miró una última vez la ventana abierta del despacho de Matt y salió tras los otros niños.

Evelyn tenía razón, no estaba lejos.

En vez de ir por la acera de Main Street, tomaron la calle que iba por detrás de los establecimientos, cruzaron el aparcamiento que había en la parte de atrás de la farmacia, atravesaron un campo que había cerca del colegio y por fin llegaron a la valla metálica que rodeaba la torre del agua del pueblo.

—¿Pensáis que esos bichos provienen de aquí? —Riley estiró el cuello y miró a través de la valla. La torre se veía enorme tan de cerca. Desde el colegio parecía que la base no fuera a ser capaz de soportar aquella estructura redonda y grande que había en lo alto, pero, cuando estabas justo al lado, resultaba descomunal.

Robby dejó la mochila en una zona de hierba alta y comentó:

—Mide treinta y cinco metros de alto y puede contener más de dos millones y medio de litros de agua. —Luego señaló una caseta que había a la derecha de la torre, al otro lado de la valla—. La

estación de bombeo puede mover hasta siete mil quinientos litros por minuto en las horas punta, pero de media mueve algo menos de dos mil litros por minuto. Cada gota de agua de Hollows Bend proviene de aquí.

Riley lo miraba boquiabierta.

—¿Cómo es que sabes todo eso? —le preguntó.

—Robby está en «el espectro» —comentó Evelyn marcando unas comillas con los dedos para destacar aquella inusual palabra—. O se supone que eso es lo que tenemos que decirle a la gente, pero creo que cada médico nuevo que lo visita lo llama de una manera diferente. Tiene una cosa que se llama «Asperger». Es un tipo de autismo.

—Asperma... —murmuró Mason y se rio.

Evelyn le pegó un puñetazo en el brazo.

—Asperger —repitió la niña—. ¿Y lo tuyo cómo se llama? —le preguntó a Mason—. ¡Ah, se me olvidaba!, que tú eres lerdo, sin más.

Mason se frotó el brazo y le espetó:

—Que te den.

Evelyn siguió hablando:

—Significa que Robby es inteligente para unas cosas y tonto para otras, pero en general es inteligente. Recuerda montones de datos; los lee una sola vez y es capaz de hablarte de ellos un año después. También se le da muy bien resolver rompecabezas, y te aconsejo que nunca juegues a cartas con él.

Mason se encogió de hombros y siguió en su línea:

—Sí, bueno, también se come los mocos, así que no es oro todo lo que reluce.

Evelyn cerró la mano, pero Mason escapó de su alcance antes de que a la niña le diera tiempo a pegarle de nuevo.

Riley sabía lo que era el autismo, pero nunca había oído nada de eso de ser Asperger. Ahora bien, tampoco creía que Evelyn se lo estuviera inventando.

A Robby parecía que le diera igual que estuviesen hablando de él. Se había acercado a la puerta de la valla metálica y estaba estudiando el candado sin prestarles atención. Miró el candado por delante y por detrás, abrió la cremallera de su mochila y sacó un ajado estuche de cuero. Lo dejó en el suelo, descorrió la cremallera y lo abrió. Riley se acercó un poco para ver qué era. El estuche contenía una serie de herramientas, unas barritas finas y largas de metal parecidas al instrumental con el que un dentista te rascaría los dientes. Robby eligió un par de ellas con sumo cuidado y las introdujo en el agujero del candado. El niño cerró los ojos, movió a uno y otro lado ambas barritas y, en un momento dado, empujó una de ellas. El candado se abrió de golpe.

Riley sintió una tensión en el pecho.

—Creo que no deberías haber hecho eso —dijo.

Robby volvió a guardar las herramientas en el estuche, lo cerró y lo guardó de nuevo en la mochila. A continuación quitó el candado, lo colgó en la valla y abrió la puerta.

—Esto es allanamiento de propiedad —señaló Riley—. Podríamos meternos en un problema gordo.

Evelyn cruzó la puerta y se encaminó a la torre del agua.

—Es una propiedad pública, lo cual significa que, si mis padres pagaran impuestos, parte de la torre sería nuestra. Doy por hecho que tu madre sí que los paga, así que es como si tuvieras derecho a

entrar por poderes. Además, para meternos en problemas tendrían que pillarnos y, hoy, el novio de tu madre tiene muchas otras cosas en las que pensar.

Mason levantó el bate y le dijo:

—Si no quieres entrar, puedes quedarte aquí y vigilar. Grita muy, muy fuerte si viene alguien. Seguro que lo de gritar se te da de maravilla.

Riley miró hacia atrás, hacia el camino por donde habían venido. El colegio estaba desierto y el campo también. No se habían cruzado con nadie desde que habían dejado Main Street. Ni siquiera soplaba el viento. Todo estaba muy tranquilo.

Evelyn cogió a Mason del pelo, tiró de él para que cruzara la puerta y le ordenó a Riley:

—Entra, no sea que te vaya a ver alguien. Cierra la puerta y deja de preocuparte por chorradas. —Miró a Riley—. ¿O prefieres que te obligue a hostias? De una u otra manera vas a entrar. Hace tiempo aprendí que, si vas a quebrantar las reglas, todos los que estén presentes también han de hacerlo. Esa es la mejor manera de evitar que alguien se vaya de la lengua... y todavía no he decidido si puedo confiar en ti.

Por mucho miedo que tuviera, Riley no iba a permitir que aquella niña la tratara así. ¡Ni Mason! Los empujó a ambos al pasar por la puerta, vio que Robby estaba cerca de la estación de bombeo y fue hacia allí. El niño estaba acuclillado junto a una especie de grifo oxidado que había en el lateral de la caseta. Había abierto el candado que cerraba una caja de metal que había en la pared y en ese momento estaba abriendo la puertecita de la caja. Dentro había una serie de contenedores de plástico del tamaño de botecitos de

pastillas, tiras reactivas para hacer pruebas y varios frasquitos de productos químicos en la balda de arriba. Robby se puso a leer las etiquetas.

—Se supone que el señor Buxton le hace pruebas al agua al menos una vez al día, pero nunca lo he visto venir por aquí. Me sorprendería que siguiera un calendario, la verdad —comentó el niño.

Evelyn se acercó por detrás.

—Nuestro padre dice que Buxton es un borracho, y nadie mejor que él para saberlo, porque él también lo es. Conoce el apretón de manos secreto.

—¿... El señor Buxton? —Riley frunció el ceño—. ¿Os referís a Buck?

—Buck Sin Suerte —comentó Mason con un sonsonete—. Hace tiempo que se quedó sin suerte y es un inútil de la...

Evelyn le pegó en el hombro.

—¡Oye, deja de pegarme! —protestó Mason.

—Me quitáis la luz —les dijo Robby a su hermana y a Mason.

El niño había llenado uno de los botecitos transparentes y lo observaba al sol levantándolo con una mano. En la otra tenía una tira para pruebas.

Evelyn se agachó a su altura y miró el botecito:

—¿Ves algo? —le preguntó.

Robby miró a Riley, pero apartó la mirada de inmediato cuando Riley también lo miró a él.

—Nada que se parezca a lo que ella ha descrito, desde luego. El hierro y la alcalinidad están un poco más altos de lo normal, pero no lo suficiente como para que resulte peligroso.

—Entonces, ¿no hay monstruitos nadadores? —preguntó Mason.

—A simple vista, desde luego que no.

—Lo que yo he visto a duras penas cabría en ese bote. —Riley levantó la mano—. Tenía aproximadamente el tamaño de mi pulgar.

—Qué chorrada —soltó Mason—. ¿No crees que, si hubiera monstruitos marinos nadando en nuestra agua, alguien más se habría dado cuenta? Como, por ejemplo, cualquiera que haya dejado los pañales hace uno o dos años.

Esta vez fue Riley la que le pegó. Cerró la mano con fuerza y le atizó un puñetazo en el muslo.

Mason dio un saltito hacia atrás.

—¡Oye, dejad de pegarme!

—Pues deja de comportarte como un idiota. —Evelyn miró a su hermano—. ¿Cabe la posibilidad de que haya algo pero que tú no puedas verlo?

—Claro. ¿Recuerdas el agua que la señora Teshner trajo a clase, la que había cogido en su estanque? No vimos nada hasta que no la llevamos al microscopio y resultó que estaba llena de artrópodos, copépodos, pulgas de agua, ostrácodos...

—¿Pulgas en el agua? —A Riley le entraron ganas de vomitar.

Mason se puso de pie y miró el colegio, que estaba al otro lado del campo.

—El aula de Teshner está en el primer piso, ¿no? —comentó mientras giraba el bate—. Entremos y busquemos un microscopio. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—No pienso entrar en el colegio sin permiso —les dijo Riley—. Ni loca.

—¡Clo, clo, clo! —cloqueó Mason, pero esta vez a una distancia segura, donde ninguna de las dos niñas pudiera alcanzarlo.

—No tenemos por qué ir al colegio —dijo Evelyn—. El mes pasado robé uno de los microscopios del laboratorio. —Sonrió de medio lado mirando a su hermano—. Iba a ser tu regalo de cumpleaños.

—¿En serio? —exclamó Robby con una sonrisa.

—Lo escondí donde ya sabéis.

—Pues a ella no vamos a llevarla allí —dijo Mason mirando una vez más a Riley—. Me niego.

Riley no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—¿Qué es eso de «donde ya sabéis»? —preguntó.

49

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 21:26 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

Nota del análisis: el sujeto se quedó mirando la botella de agua como unos dos minutos sin decir nada. Sordello no hizo nada por sacarlo de su ensimismamiento. Aunque sus signos vitales no se alteraron lo más mínimo, me gustaría destacar esa quietud suya. Era como si estuviera catatónico o como si durmiera con los ojos abiertos. La primera vez que vi ese momento en el vídeo tuve que consultar el tiempo de la pantalla para confirmar que la imagen no estaba congelada. El sujeto es capaz de quedarse muy quieto. Cuando Sordello habló de nuevo, el sujeto parpadeó. Fue como si hubiera salido de un trance.

SORDELLO: ¿Qué cree que vio en su casa?
MARO: Es una niña. Podría haber sido cualquier cosa.
SORDELLO: En algún momento debió sospechar usted del agua.
MARO: Hollows Bend tiene una de las aguas más puras del mundo.
SORDELLO: ¿Le hizo usted alguna prueba? Como hicieron esos niños.
MARO: Hollows Bend tiene una de las aguas más puras del mundo.

Nota del análisis: repitió aquello tres veces más, como si fuera un mantra. Como si estuviera intentando convencerse a sí mismo.

SORDELLO: «Enferma». «Infectada». «Loca». «Enfadada». «Paranoica». Estas son algunas de las palabras que usted mismo ha utilizado en sus descripciones. (Si no cree que fue el agua, ¿cuál cree que fue la causa de lo que sucedió? En ese

momento aún no había hablado con la chica. ¿Creyó que tenía alguna conexión con lo que estaba sucediendo, o que era una víctima más? ¿Qué cree que había detrás de todo aquello?

[Silencio. El sujeto garabatea algo en la parte de atrás del expediente del forense]

SORDELLO: ¿Agente? ¿Qué acaba de escribir?

[El sujeto levanta el expediente para que Sordello lo lea. Ha escrito: «Estamos sufriendo a todos los Malcolms que hay en el mundo»]

50

HANNAH

El alarido de Malcolm cesó casi tan abruptamente como había empezado y el silencio que vino después le dio más miedo a Hannah que aquel chillido terrorífico. Malcolm se había quedado mudo y no se movía. Lo único que se oía en la vieja casa era la respiración de Hannah, el zumbido de las moscas y el ruido de los cuervos al ir de un lado para el otro del árbol en aquel dormitorio del fondo, como si estuvieran buscando el mejor sitio desde donde ver al joven.

¿Le habría hecho daño algo?

¿Se habría desmayado?

¿Estaría...?

Pidió a Dios que sí, que lo estuviera. Hannah nunca le había deseado la muerte a nadie, pero después de lo que Malcolm le había hecho a Danny... «y a otras seis chicas»... se merecía que le pasara lo peor. En realidad se merecía morir de la manera más dolorosa posible.

Hannah intentó quitarse la cinta, pero no conseguía mover las manos. Malcolm no solo la había atado a la pata de la mesa, también la había atado a un soporte que esta tenía debajo del tablero. Entre lo uno y lo otro, a Hannah le resultaba imposible moverse. Intentó darse la vuelta, utilizar las piernas como palanca, pero era incapaz de obtener la menor holgura.

En el dormitorio, las moscas zumbaban, los cuervos iban de aquí para allá y Malcolm seguía sin moverse.

Como el marco de la cama estaba roto, el colchón descansaba en una posición extraña. El pie de la cama tocaba el suelo, pero la parte de atrás, el cabecero, quedaba elevada unos sesenta centímetros del suelo, por lo menos. Con Malcolm despatarrado encima, casi parecía que la cama lo estuviera exponiendo, sujetándolo, con la rama helada a un lado y los dedos de su mano izquierda a unos centímetros de esta. Por alguna razón, Hannah se sentía agradecida de que no llegara a tocar la rama. Sabía que aquello era una bobada —solo era una rama—, pero tampoco debería estar cubierta de hielo y, a decir verdad, desde donde ella estaba, aquel hielo parecía más una infección que se estuviera extendiendo poco a poco que una simple consecuencia del frío. Y se estaba extendiendo, ¿no? Porque no era cosa de su imaginación. Había una parte de la rama que hacía unos minutos no estaba cubierta de hielo, la temperatura del vestíbulo había descendido a medida que el frío salía del dormitorio y...

Malcolm movió un pie.

Hannah tiró de las muñecas con tanta fuerza que arrastró aquella mesa tan pesada algo más de dos centímetros. Gritó a pesar de la mordaza, sintió que se asfixiaba, tragó más aceite y suciedad, y volvió a gritar. Gritó tan fuerte que sintió que se le desgarraba la parte de atrás de la garganta.

Malcolm volvió a moverse. En esta ocasión no solo movió el pie, sino toda la pierna izquierda. Luego, la otra pierna. El joven soltó un leve gemido, se giró lentamente, primero a la derecha y después a

la izquierda, y miró a su alrededor como si viera el dormitorio por primera vez.

Cuando Malcolm hizo ademán de apoyarse en la rama, sin duda con la idea de valerse de ella para sentarse, Hannah volvió a gritar.

La joven no sabía por qué —no lograba desentrañar a qué se debía—, pero sabía que Malcolm no debía tocar la rama. Nadie debía tocarla. Ni los cuervos, ni las moscas, nada..., y Malcolm menos que nadie, porque eso desataría algo mucho peor que el monstruo que había matado a Danny y la había llevado a ella hasta allí. Desde luego, si Malcolm la había oído, no lo demostró. Los dedos del joven se posaron en la rama justo por encima de donde esta se clavaba en el colchón, y se incorporó.

Malcolm apartó la mano de la rama como si se hubiera quemado, y se examinó la palma atentamente durante un segundo; se levantó de la cama y, una vez de pie, se estuvo tambaleando a uno y otro lado durante un buen rato, como si le costara mantenerse en pie. Finalmente se volvió hacia Hannah y enfiló el pasillo.

Con Malcolm a contraluz debido al sol que entraba por el agujero del techo, a Hannah le costaba distinguir bien al joven a medida que se acercaba arrastrando los pies. Ahora Malcolm no era más que una sombra muy oscura, rodeada de manchas solares, y Hannah intentaba que sus ojos se acostumbraran a la penumbra después de haber estado mirando aquella habitación tan iluminada. No pudo enfocarlo hasta que no lo tuvo casi encima y, cuando lo logró, la joven fue consciente de que algo iba terriblemente mal. Malcolm tenía las pupilas dilatadas —la izquierda más que la derecha—, tanto que parecían manchas negras en medio de los iris; tenía la piel

cubierta por una capa brillante de sudor, y justo debajo de la sien izquierda podía distinguirse una pequeña placa de hielo.

Cuando Hannah vio aquello, se apresuró a observar la mano con la que el joven había tocado la rama... y esta estaba todavía peor. Los dedos de Malcolm, toda la palma, eran de color blanco. No era que estuvieran pálidos, eran literalmente blancos. Tampoco era porque la sangre no le llegase a la extremidad. Tenía la mano cubierta de hielo, sin más. Era como si llevara un guante. Hannah pudo distinguir con toda claridad la zona de la muñeca donde se detenía el hielo, justo por encima de la base de la palma.

Malcolm se arrodilló junto a ella. Hannah lo tenía tan cerca que podía oler su aliento, y aquel olor solo podía describirse como podredumbre, como si hubiera algo muerto dentro de él. El joven se chupó los labios y cogió la pata de la mesa a la que Hannah tenía atadas las muñecas. Pasó los dedos por varias marcas y arañazos que sin duda habían dejado las chicas que la habían precedido.

—No era mi intención traerte aquí —le dijo Malcolm con una voz que era la suya, pero como con gravilla—. Para ti quería algo diferente. Tú no eres como las demás. Sentía... siento... cosas por ti. Ellas no significaron nada, pero tú eres especial. Siempre me lo has parecido. Por eso esto me resulta tan difícil.

Hannah volvió a tirar de las ataduras, pero fue en vano.

Malcolm buscó en el bolsillo de atrás del pantalón, sacó el destornillador y lo hizo rodar entre los dedos congelados.

—Voy a matarte, pero primero te follaré y te haré cosas que no imaginarías ni en tus peores pesadillas. Me implorarás que te mate, pero al principio no te haré caso. Te mantendré con vida unos días. Puede que una semana. Luego aplastaré ese precioso cráneo tuyo

con una piedra y tiraré lo que quede de ti al barranco que hay detrás de esta casa. O puede que en uno de los ríos o arroyos de la montaña. No lo he decidido aún, pero eso es lo que pasará; solo que no ha sucedido todavía. Sé que piensas que puedes convencerme o que quizá logres escapar, es normal que quieras intentarlo..., pero ninguna ha escapado. Bueno..., eso no es del todo cierto. A una la dejé vivir. Ella también era especial. Distinta de ti, pero especial a su manera. —Negó con la cabeza—. Aunque, a decir verdad, era muy distinta de ti. Por eso pude fiarme de ella. Tú eres especial, pero no como ella. En ti sé que no puedo confiar.

Hannah asintió con fuerza y murmuró su nombre a pesar de la mordaza. Intentó decirle que en ella sí podía confiar, pero los sonidos que salían de su boca no eran más que un galimatías.

—¿Hasta qué punto eres especial, Hannah? —La voz del joven sonaba tan relajada que resultaba muy extraño, dada la situación.

Malcolm no la veía como a una persona, sino como un obstáculo. Una amenaza con la que había que acabar. El hielo de su sien brilló en la penumbra. Malcolm se lo rascó con la punta del dedo y lo retiró mojado. El joven añadió con una voz delicada:

—¿Quieres saber cuál es la única posibilidad que tienes de que te deje vivir?

51

MATT

A la chica le quedaba muy grande la ropa que Sally le había dejado. Le colgaba tanto que, de hecho, daba la impresión de que la chica estuviera menguando. La chica miró a Matt mientras este rodeaba el escritorio abarrotado de Ellie y se dejaba caer en la silla, justo enfrente de ella.

—Siento haberte hecho esperar tanto; está siendo una mañana muy ocupada. —Matt se obligó a mantener un tono de voz tranquilo y regular, no quería asustarla. Rebuscó en el cajón de arriba de Ellie y sacó un botecito de analgésicos que la sheriff siempre tenía a mano, se tomó dos pastillas sin agua y dejó el botecito a un lado—. ¿Por qué no empiezas diciéndome cómo te llamas?

La chica lo miraba como si lo estuviera analizando y supiera bien cómo hacerlo.

A Matt le vino de nuevo a la cabeza lo que había pensado al verla por primera vez, cuando la desconocida apareció en la cafetería: la encontró etérea, angelical. Matt era incapaz de determinar su edad. Puede que anduviera por los dieciséis. Lo único que Matt tenía claro era que iba sin maquillar, pero su piel carecía de manchas o marcas, como la de un recién nacido..., a excepción de una marquita de nacimiento en el cuello, debajo del mentón: una medialuna marrón.

Puede que fuera la persona más guapa que Matt había visto en su vida.

«¿Más que Gabby? ¿Más que Addie?».

Matt se sacudió el pensamiento de encima antes de que le diera tiempo a responder. El mero hecho de que aquello se le hubiera pasado por la cabeza le parecía una traición, y ya estaba cansado de sentirse así últimamente.

Matt sacó el móvil y buscó las fotografías que había tomado del Honda rojo en la 112. Cuando las localizó, deslizó el móvil por la mesa para hacérselo llegar a la chica.

—¿Es tu coche?

La chica se inclinó hacia delante, estudió un momento la fotografía que aparecía en la pantalla y volvió a recostarse en la silla sin decir palabra.

Aquello era lo que menos le apetecía a Matt en aquel momento.

—Mira, sé que me entiendes. Es evidente que has vivido un suceso traumático esta mañana, pero, hasta que no empieces a hablar, no voy a saber cómo ayudarte. ¿Quieres ir al médico? ¿Te han hecho daño?

La chica negó con la cabeza.

—¡Bien! ¡Mucho mejor! Al menos ahora sé que estás bien y que entiendes mi idioma. ¿También lo hablas?

La chica se rascó el brazo pero no dijo nada. Se limitaba a observar a Matt.

El agente nunca había conocido a ningún mudo, pero sabía que los había, que eran personas que carecían de la capacidad del habla. No obstante, algo le decía que ese no era el caso. Matt estaba prácticamente seguro de que la chica podía hablar, pero había

decidido no hacerlo. Bueno, si eso era lo que había, de momento le seguiría el juego.

El agente cogió un bolígrafo y una hoja de papel en blanco del montón que Ellie tenía para la impresora y se los acercó a la chica.

—¿Podrías escribir tu nombre?

La chica negó con la cabeza.

—¿Recuerdas tu nombre?

Dudó, pero acabó negando de nuevo con la cabeza.

—¿Recuerdas haber entrado en la cafetería esta mañana?

La chica asintió y se rascó el otro brazo.

—Bien. Vale. Empecemos por ahí. ¿De dónde venías? ¿Dónde estabas justo antes de aparecer en la cafetería? —Matt tocó el borde del papel—. Escríbelo.

La chica miró el bolígrafo, se concentró, suspiró y volvió a fundirse con la silla.

—¿No lo recuerdas?

Negó con la cabeza.

Matt tiritó.

«¿Por qué hace tanto frío en este despacho?».

El termostato estaba fuera. Alguien debía de haber puesto el aire acondicionado a tope. Se giró y abrió una ventana. Hacía más calor fuera que en el despacho.

Si a la chica le molestaba el frío, desde luego, no lo parecía. Lo único que hizo fue rascarse los brazos de nuevo, pero esta vez con más vigor.

—¿Te está irritando la piel la sudadera? Podría buscarte otra prenda.

La chica dejó caer ambos brazos a los lados, como si el agente la hubiera pillado haciendo algo indebido. Volvió a negar con la cabeza.

Matt pasó por alto su última reacción e intentó concentrarse.

—Así que no recuerdas dónde estabas antes de aparecer en la cafetería. Vale, probemos de otra forma... ¿Qué es lo primero que recuerdas? —Volvió a tocar el papel—. ¿Podrías escribirlo, o dibujarlo?

La chica puso la punta del bolígrafo en el papel y lo manchó de tinta. A Matt le dio la sensación de que lo estaba intentando, pero que era incapaz de recordarlo.

—Y ¿sabes por qué hay gente que está intentando impedir que abandonemos el pueblo?

A Matt le pareció que aquella pregunta la confundía. En cualquier caso, la chica negó decididamente con la cabeza.

—¿No sabes quién es esa gente?

La chica volvió a negar con la cabeza y Matt no detectó nada que indicara que le estaba mintiendo.

—Mira, la cuestión es que, aunque me encantaría achacárselo a la mala suerte, resulta que todo ha empezado justo cuando tú has aparecido. Vienes a pasar el fin de semana con unos amigos y no consigues marcharte a tiempo. El lugar equivocado en el momento equivocado. Me encantaría que se debiera a eso, pero ahí fuera hay un montón de personas que no lo ven así. Ellos creen que tú formas parte de lo que sea que está pasando. E incluso que a lo mejor tú eres la causante. Y, aunque eso no sean más que estúpidas supersticiones, la gente está asustada. Pero yo no puedo permitirme el lujo de asustarme. Yo tengo que trabajar con hechos, y los hechos me dicen que has entrado en la cafetería tal como Dios te trajo al

mundo. Eso solo puede significar dos cosas: que alguien te ha hecho algo malo y has conseguido escapar de esa persona, o que te falta un tornillo. Lo que más me gustaría sería meterte en mi coche patrulla y llevarte al hospital de North Hollow para que te examinasen, pero los francotiradores de la 112 no dejan salir a nadie del pueblo. Si no vas con ellos, es que estás aquí, atrapada como el resto de nosotros hasta que recibamos ayuda. Y, habida cuenta de que no tengo ni idea de cuándo podrá ser eso, no sé durante cuánto tiempo voy a poder protegerte. Porque, no tardando mucho, la gente que está al otro lado de esta puerta se dará cuenta de que lo único que se interpone entre tú y ellos soy yo..., y ellos son muchos más. Están asustados. Están molestos. Empiezan a desesperarse y resulta que la gente desesperada hace cosas desesperadas. Estupideces. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Matt no podía dejar de pensar en Stu Peterson y en sus compañeros del salón de veteranos de guerra. Se los imaginaba disponiendo todas las armas que tenían sobre una mesa, limpiándolas, preparándolas... Ese tipo de gente vivía a la espera de que llegara un día como aquel.

Puede que fuera la luz brillante que entraba por la ventana o porque la estaba mirando fijamente —haciendo lo imposible por sostenerle la mirada, por intimidarla un poco—, pero el dolor que sentía detrás de los ojos venció a los analgésicos y regresó como una venganza. El dolor de cabeza de Matt empeoró, y, de pronto, le costaba enfocar a la chica. Cuando lo consiguió de nuevo, la joven había dejado el bolígrafo y se estaba rascando ambos brazos.

Matt hizo ademán de cogerle las muñecas.

—Déjame ver qué te pasa. Si lo necesitas, tenemos cortisona en el botiquín.

La chica apartó los brazos y se levantó las mangas.

Matt reprimió un grito de sorpresa.

La chica tenía los brazos llenos de palabras.

Palabras no, nombres. Nombres de la gente del pueblo. Había tantos que era posible que estuvieran todos. Algunos tenían una línea por encima, como si los hubieran tachado —Lynn Tatum, Norman Heaton—; otros estaban inflamados, irritados. Estos últimos eran la fuente de los picores. Parecían estar escritos con tinta azul, pero el bolígrafo que él le había dejado era negro.

Matt sujetó a la chica por las muñecas y le preguntó:

—¿Qué coño es esto?

Ella intentó apartarlas, pero Matt fue más rápido. Y, en cuanto las tocó, una especie de descarga de energía empezó a ascender por la punta de sus dedos, por los brazos, hasta el torso. Matt se quedó rígido y, de pronto, lo vio todo blanco.

52

MATT

El dolor que Matt sentía detrás de los ojos explotó, se expandió por sus pupilas y, de pronto, desapareció en un parpadeo, tan repentinamente como había aparecido. El mundo se volcó hacia un lado, y, cuando volvió a enderezarse, Matt estaba frente a la cocina, en su pequeño apartamento.

Addie Gallagher estaba allí, con él. Por alguna extraña razón, Matt se veía a sí mismo con ella desde el otro extremo de la estancia.

Addie tenía una botella de Jim Beam y aquella mirada pícara tan suya.

—¿Ese uniforme suyo viene con esposas, agente?

La mujer arrastraba las palabras; era evidente que estaba borracha. Aun así, se llevó la botella a los labios y le dio dos buenos tragos.

—No deberías estar aquí —dijeron los dos Matts; el que estaba en la sala y el que estaba delante de Addie en aquel... ¿Qué era aquello, un sueño, una visión?

«¿Un recuerdo?».

El Matt de la sala sabía exactamente qué era aquello, porque no era la primera vez que lo vivía. Lo único que quería era olvidarlo, apartarlo, deshacer lo que venía después, pero sabía que eso era tan imposible como borrar las palabras escritas en piedra.

—Si no querías que viniera, ¿para qué me has llamado? —Addie se acercó un poco más al Matt de la cocina y le ofreció la botella—. Tranquilo, no se lo voy a contar a nadie. Será nuestro secretillo. Yo te daré lo que ella no te da y nadie tiene por qué enterarse.

El Matt de la cocina le arrebató la botella de la mano a Addie con violencia e hizo ademán de lanzarla contra la pared, pero el Matt de la sala sabía que no iba a hacerlo. Hasta cierto punto, todos lo sabían; incluso Addie, que sonreía. Sus dedos fueron desabrochando como podían los botones de su blusa hasta que la prenda quedó colgando de sus hombros. Llevaba puesto un sujetador de seda negro.

—¿Recuerdas aquella fiesta en casa de Brian Lowman, cuando estábamos en secundaria? Sus padres se habían ido y él invitó a todo el mundo y nos metió en el sótano, pensando que sus padres no se enterarían siempre y cuando no subiéramos.

—Pero subimos —dijeron ambos Matts suavemente, arrastrando la voz tanto como ella.

—Subimos —ronroneó ella—. Fuimos a la cocina y montamos la fiesta por nuestra cuenta.

—Eso fue hace mucho tiempo —respondieron los dos Matts, acercándose ambos un poco más a Addie.

Addie, que seguía frente a él, retrocedió unos pasos, hasta la encimera de la cocina, y se aupó para sentarse allí.

—Me subiste a la encimera, así, y me dijiste que me tumbara —Addie se tumbó—... Así. Luego tomaste un trago en mi tripa..., en mis tetas... —Se pasó el dedo por el centro de los pechos, por el torso, y lo deslizó bajo la cinturilla de los vaqueros.

—Eso fue hace mucho tiempo —murmuraron ambos Matts por segunda vez, con las palabras trabucadas, unidas en un único aliento de borracho. El Matt de la cocina se llevó la botella a los labios y tomó un trago largo, muy largo, y ambos Matts sintieron la quemazón en la garganta, en la tripa.

Addie se soltó el botón de los vaqueros y se bajó la cremallera hasta la mitad, dejando a la vista una pequeña porción de sus braguitas de color rosa.

—Yo te haré cosas que a Gabby ni siquiera se le pasarían por la cabeza, y te dejaré que me hagas cosas..., que me hagas lo que quieras. Sé lo que te gusta, Matt. Siempre lo he sabido. Será nuestro secretillo.

Ambos Matts permanecieron en silencio durante un buen rato y, entonces, el Matt de la cocina volvió a llevarse la botella de bourbon a los labios mientras el Matt de la sala murmuraba:

—No, no lo... —porque entendía que ese era el momento en que todo se precipitaba, con aquel trago.

El Matt de la cocina se acercó a Addie hasta que estuvo a unos pocos centímetros de ella y dejó la botella en la encimera.

—Me alegro de haber vuelto —dijo Addie con la respiración entrecortada, jugueteando con la hebilla del cinturón de Matt—. En todos estos años, nunca nadie me ha follado como tú.

Ninguno de los dos Matts oyó lo que decía, porque el Matt de la cocina la cogió por la cinturilla del pantalón y tiró de ella como si no pesara nada. El Matt de la sala le gritó que se detuviera y se abalanzó sobre ellos...

Matt chocó con el escritorio. Sus rodillas y muslos se dieron un golpe tan fuerte contra el cajón del centro que derribaron la mesa.

Las dos patas del escritorio que estaban a su lado se precipitaron en el suelo de baldosas causando un gran estruendo. Matt se dejó caer en la silla. El botecito de analgésicos rodó por el escritorio y también fue a parar al suelo. Hasta que, por fin, la oficina se quedó en silencio.

Cuando Matt logró alzar la vista de nuevo, la chica ya no estaba en la silla de enfrente, sino de pie en la esquina más alejada del despacho, de espaldas a la pared, rascándose vigorosamente uno de los nombres que tenía en el brazo, el de Arwa Gilmore, tachado con una línea que no estaba allí hacía un rato.

Unas palabras martillearon la cabeza de Matt. Nadie las pronunció, pero el agente las oyó como si se las gritaran:

«Pierde toda esperanza de ver el cielo. He venido a llevarte a la otra orilla, a la oscuridad eterna, al fuego y al hielo».

Fuera, alguien gritó:

—¡La biblioteca está en llamas!

53

HANNAH

—¿Quieres saber cuál es esa posibilidad? —le preguntó Malcolm una vez más, después de lamerse los labios.

Al parecer se excitaba solo de pensar en ello. De hecho, se le estaba poniendo dura; Hannah podía verlo en sus vaqueros. Todos los instintos de la joven le decían que respondiera que no, que le permitiera hacerle todo lo que se le pasara por la cabeza por malo que fuera, porque, de algún modo, la joven intuía que, aunque la matara, la muerte sería mejor que lo que Malcolm estaba a punto de proponerle.

El joven se sacó el móvil del bolsillo de atrás del pantalón y pulsó varias veces la pantalla.

—Quizá será mejor que te lo enseñe. —Dio con la imagen que estaba buscando, la estudió detenidamente unos segundos y se la enseñó a Hannah.

Era una foto de aquella animadora del instituto, Marcie Holden. La chica estaba sentada en el mismo lugar que ocupaba Hannah en ese instante. Tenía las muñecas enrojecidas. Se veían los restos de unas bridas en el suelo, debajo de la mesa.

Malcolm deslizó la pantalla hacia la izquierda para mostrarle otra foto. En esta, Marcie estaba desnuda, encogida contra el reloj de pie. Tenía una mano delante de los pechos y con la otra se cubría la

entrepierna. Se apreciaba que había estado llorando. Malcolm sonrió cuando vio la siguiente imagen. La estuvo mirando un buen rato antes de enseñársela a Hannah: Marcie intentaba no mirar a la cámara, pero era evidente que estaba llorando. La chica estaba tumbada de espaldas en el suelo polvoriento del vestíbulo, tocándose, aunque estaba claro que lo hacía contra su voluntad.

Hannah intentó apartar la mirada, pero Malcolm la cogió por la barbilla y le giró la cabeza hacia la pantalla.

—Si quieres vivir, vas a tener que dejar que te haga cosas —dijo Malcolm con aquella voz pavorosamente grave—. Cosas horribles. Y lo grabaré, y haré fotos. Lo que se me antoje. Y no habremos acabado hasta que yo no lo decida. Entonces, cuando acabemos..., cuando yo acabe, dejaré que te marches, igual que dejé que se marchara Marcie Holden. Ahora bien..., y esto es lo importante, te ha de quedar bien claro que..., si alguna vez le cuentas a alguien lo de hoy, aunque solo lo menciones de pasada, subiré a Internet todas las fotografías y los vídeos. Los publicaré en todas las redes sociales. Les enviaré copias a tus amigos, a tus padres, a tus profesores..., y me aseguraré de que todos las vean. —Malcolm le acercó la punta del destornillador a la cara, a un centímetro del ojo, y la deslizó por su mejilla—. Aparte de mí, tú eres la única persona que ha visto las fotografías de Marcie. Le prometí que no las compartiría con nadie, y he mantenido mi promesa. La has visto por el instituto después de su reaparición, así que ya sabes que dejé que se fuera. Tú haz lo que te pida y también dejaré que te vayas; los dos seguiremos adelante y haremos como si lo de hoy no hubiera ocurrido.

Había sucedido el pasado otoño. Marcie Holden estuvo desaparecida tres días. Cuando volvió, le contó a todo el mundo que

había huido con un chico al que había conocido por Internet y que habían estado en Nueva York. Se negó a dar el nombre del chico, ni a sus padres ni a la policía. Cuando le pidieron el móvil para examinarlo, Marcie se lo dio, pero no les dijo que había borrado toda la información. La policía cerró el caso después de aquello y, aunque seguramente los padres de Marcie siguieron insistiéndole en casa, Hannah no había oído gran cosa al respecto. Marcie estaba de nuevo en su hogar y no había sufrido daño alguno, que era lo que importaba en realidad. Eso sí, se volvió más reservada y dejó el equipo de animadoras y todas las actividades extraescolares.

Unas cuantas moscas se acercaron a la zona congelada de la mejilla de Malcolm, y a Hannah le dio la sensación de que la lamían hambrientas. La zona ahora era más grande; no mucho, pero se apreciaba a simple vista. Malcolm no hizo nada para apartar las moscas. Lo que sí hizo fue acercar de nuevo el destornillador al ojo de la joven.

—Si tengo que matarte, te mataré, pero no quiero hacerlo. Lo que suceda a continuación depende por completo de ti. Si estás dispuesta a hacer lo que te pida, todo lo que yo quiera, asiente una vez.

Hannah sabía que no tenía alternativa. Asintió.

—Bien. —La sonrisa amarilla volvió al rostro de Malcolm—. ¡Esa es mi chica! Ya os dije que no íbamos a tener que matarla.

Al principio, Hannah no estaba segura de haber oído bien la última frase, pero le pareció que Malcolm había vuelto a usar el plural...

—Siempre lo hago. ¿Acaso pensáis que soy idiota?

Y fue entonces cuando a Hannah le quedó claro: el joven estaba hablando con alguien. Alguien que no estaba allí.

Malcolm volvió a guardar el destornillador en el bolsillo y abrió un cajón que había en la mesa a la que estaba atada Hannah. Sacó un saquito de arpillera del cajón y se lo puso en la cabeza. Malcolm le había hecho dos agujeros al saquito a modo de ojos, y había otro a la altura de la boca. El joven movió la máscara hasta que pudo ver bien a Hannah.

—Esto acabará pronto.

54

MATT

Matt se percató de que no podía moverse.

La chica era quien había hecho aquello. Lo de hablar sin palabras: «Pierde toda esperanza de ver el cielo. He venido a llevarte a la otra orilla, a la oscuridad eterna, al fuego y al hielo».

La chica había implantado un pensamiento en su cabeza. Y no solo eso, lo de Addie y él..., era ella la que...

Alguien golpeó con fuerza la puerta, intentó abrirla, y se puso a gritar cuando vio que estaba cerrada con llave.

—¡Matt! ¡La biblioteca!

Era Gabby.

Matt volvió al mundo, dio la vuelta al escritorio y fue hasta la puerta, buscó a tientas la cerradura y abrió la puerta.

Gabby lo cogió del brazo y tiró de él hasta el ventanal que daba a Main Street.

—¡Mira!

La biblioteca estaba unos metros calle abajo. Una columna de humo negro salía de una ventana abierta en la segunda planta. Ed McDougal y Ben Molton se acercaron a Gabby y a Matt. Conner Evans estaba en otra ventana. Matt estiró el cuello y gritó:

—¡Sally, llama a los...!

—¡En el cuartel de bomberos no responden! —contestó la mujer antes de que el policía acabara la frase.

El cuartel de los bomberos estaba dos puertas más abajo, justo enfrente de la biblioteca.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Gabby antes de taparse la boca—. ¿Esa es Arwa Gilmore?

Atada a una silla, la anciana salió por las puertas dobles de la biblioteca y cayó rodando por las escaleras de granito del edificio hasta la acera. Estaba envuelta en llamas.

A Matt le vino a la cabeza la imagen del nombre de Arwa garabateado en el brazo de la chica... tachado con una línea. Apartó aquel pensamiento.

—¡Ed! ¡Ben! Vosotros formáis parte del escuadrón de voluntarios, ¿no? ¡Acompañadme! —gritó Matt de camino a la puerta principal de la comisaría, desde donde saltó a la acera.

Cuando pasó por delante del cuartel de los bomberos, el agente les gritó a Ed y a Ben agitando el brazo:

—¡Id a ver qué está pasando en el cuartel!

Tanto Ed como Ben tenían sobrepeso y avanzaban resoplando, esforzándose por mantener el ritmo, pero sin duda lo oyeron perfectamente.

Matt se quitó la chaqueta mientras cruzaba la calle y, cuando llegó hasta Arwa Gilmore, que estaba debajo de la silla, vio que aún estaba con vida, sacudiéndose con fuerza, dando patadas, envuelta en llamas. Lo que hacía un momento bien podía haber sido un grito, ahora solo era un gemido gutural, proveniente de donde antes había estado su boca. Matt le dio una patada a la silla, la hizo rodar sobre sí misma y le echó la chaqueta encima a la bibliotecaria. De poco iba

a servir; Matt enseguida olió que estaba empapada en algún tipo de acelerante.

La mujer dejó de moverse.

Había muerto.

Matt se arrodilló y apoyó las manos en el suelo. Estaba sin aliento.

El cielo se había cubierto de humo negro. Ahora no solo salía por las ventanas abiertas, sino también del techo. La torre del reloj estaba ardiendo por los cuatro costados.

Al otro lado de la calle, Ed McDougal aporreaba con fuerza una de las grandes puertas del garaje del cuartel de bomberos. Miró a Matt y le dijo:

—¡Veo movimiento dentro, pero no abren!

—¿Cómo que no abren?

Matt apenas había acabado la frase cuando una de las grandes puertas de la estación de bomberos empezó a elevarse.

El camión número 7, el más antiguo de los dos que tenían, rugió al cobrar vida. Alguien revolucionó el motor y alertó dos veces con un par de bocinazos.

Ed McDougal, que aún seguía frente a la puerta, levantó los pulgares mirando a Matt.

La puerta solo estaba abierta un tercio cuando el ronco motor del camión volvió a acelerarse y atravesó la puerta, lanzando trozos de aluminio a uno y otro lado del vehículo. Ed no logró apartar la mitad de su voluminoso cuerpo antes de que el camión se lo llevara por delante. El vehículo ni siquiera redujo la velocidad cuando Ed desapareció bajo el parachoques cromado, produciendo un estremecedor ruido sordo cuando las ruedas del pesado camión de bomberos le pasaron por encima. Matt no alcanzaba a ver quién

conducía, solo distinguía una silueta, pero, fuera quien fuera, encendió las luces y la sirena, volvió a tocar la bocina, giró a la izquierda en Main Street y fue acelerando a medida que avanzaba en dirección a la salida del pueblo.

Claramente conmocionado, Ben Molton permanecía inmóvil junto al cuartel de bomberos, observando la enorme mancha en la que se había convertido el que hasta hacía unos instantes era Ed McDougal. Por suerte, el camión lo había dejado bocabajo.

De no ser por el calor del incendio, puede que Matt hubiera seguido en el suelo —tan catatónico como Ben, junto a la anciana muerta que había rodado hasta allí con la silla— porque su cerebro le decía que se detuviera —deseaba que todo se detuviera—; sin embargo, al ver que las hambrientas llamas estaban devorando la biblioteca como un cáncer, de dentro hacia fuera, logró retroceder, consciente de que, si no lo hacía, él también acabaría siendo pasto de las llamas. El viento soplaba con fuerza, y Matt vio cómo el humo que había encima de la biblioteca se iluminaba con el brillo de las brasas. Las pavesas escapaban del tejado, flotaban como desganadas por encima de la vieja estructura y acababan aterrizando, ya inermes, sobre el césped o el asfalto, mientras que otras desaparecían de la vista a medida que se desplazaban hacia el resto de inmuebles de Main Street. Casi todos aquellos edificios tenían más de cien años de antigüedad, y al menos la mitad de ellos estaban hechos de madera. Si el fuego llegase a prender en alguno, ardería como un yesquero.

Matt se obligó a ponerse de pie y corrió calle abajo.

—¡Ben, tenemos que apagar el incendio!

—Sí..., el incendio... —repitió Ben como si estuviera en trance. Acto seguido, miró Main Street, en dirección a su casa, y, con una voz que parecía la de alguien que acaba de levantarse de la cama, murmuró—: Enseguida vuelvo, colega.

Y se marchó, arrastrando los pies, como si estuviera dando un paseo dominical, ausente a todo cuanto lo rodeaba.

Matt dejó que se marchara; no tenía tiempo para perseguirlo.

El segundo camión de bomberos de Hollows Bend seguía en el garaje, pero, cuando Matt cruzó la puerta medio arrancada y lo vio, se dio cuenta de que le habían destrozado las ruedas. El hacha con la que habían perpetrado el sabotaje aún seguía junto a uno de los neumáticos. Y no solo habían destrozado las ruedas, también habían cortado todas las mangueras y habían reventado a golpes los conectores y válvulas del camión para inutilizarlos. Los extintores estaban por el suelo, vacíos, con su contenido desparramado aquí y allá, cubriéndolo todo de blanco.

55

RILEY

Obligaron a Riley a taparse los ojos con un trapo. Bueno, no era exactamente un trapo. A pesar de que estaban en octubre, resultó que Robby llevaba una bufanda en uno de los bolsillos laterales de la mochila. Antes de que a Riley le diera tiempo de preguntar por qué llevaba una bufanda cuando no hacía nada de frío, Mason le dijo:

—Tú no preguntes.

Le rodeó la cabeza con la prenda y le dio un par de vueltas antes de anudársela por detrás.

A decir verdad, a Riley le importaba bastante menos por qué llevaba aquella bufanda que de dónde había salido, porque Robby guardaba, como mínimo, un cuervo muerto en esa mochila ¡y vete tú a saber qué más! Sin embargo, no dijo nada, pues no quería darle a Mason la oportunidad de volver a llamarla gallina o de referirse a ella como si fuera un bebé. Tenía diez años, así que ya no era ningún bebé. Además, él era idiota.

—Nos hace ir más despacio —murmuró Mason desde delante refiriéndose a Riley.

Evelyn llevaba a Riley del brazo para guiarla, aunque no es que fuera muy útil. Era muy diferente caminar sobre asfalto que avanzar a través del bosque, pues el suelo se volvía irregular y había un montón de obstáculos con los que uno podía tropezarse. Riley

caminaba tan rápido como podía, pero tampoco tenía intención de caerse.

—Voy a quitarle la bufanda —comentó Evelyn—. Ya nos hemos adentrado lo suficiente en el bosque; es imposible que sepa dónde estamos.

—Ya, pero, como lo descubra, tendremos que matarla —comentó Mason, incapaz de evitar reírse de su propia gracia.

Habían estado con lo mismo desde que le pusieron la bufanda, como si pensaran que no podía oírlos; igual creían que la lana que le cubría los ojos también servía para impedir que los oyera. Era verdad que el sonido le llegaba un poco amortiguado, pero podía oírlos perfectamente. Además, tenía bastante claro dónde estaban. Habían entrado en el bosque por el Paso de Bolson, que era el acceso más cercano a la torre del agua y no habían caminado por asfalto el tiempo suficiente como para llegar a otro acceso. Además, iban colina arriba; de eso era fácil darse cuenta. Habían girado una vez a la izquierda y otra a la derecha, y Riley había oído el sonido de las cataratas cerca de los Baños de Diana antes de dejar una senda bien definida para seguir por un camino secundario menos transitado.

—Esperad un momento. —Evelyn soltó el nudo con el que le habían atado la bufanda a Riley y se la quitó.

Riley entornó los ojos para protegerse de la luz del sol, que estaba alto y a su derecha. Sabía que eso significaba que iban en dirección norte. Matt le había enseñado cómo determinar en qué dirección iba a cualquier hora del día valiéndose de la posición del sol. Incluso le había enseñado a hacerlo por la noche con ayuda de las estrellas. También le había dicho que, si alguna vez se perdía en el bosque,

debía intentar buscar un cauce de agua y seguirlo pendiente abajo. Ir pendiente abajo y hacia el sur siempre la conduciría hasta Hollows Bend.

Riley miró al suelo y vio que el sendero que seguían en realidad no era ningún sendero. A diferencia de los que solía tomar con Matt y con su madre, este no parecía transitable ni para los ciervos. Avanzaban emparedados entre un muro de piedra a la derecha y un denso bosque a la izquierda. Al cabo de un rato, tanto Mason como Robby empezaron a apartar las ramas de un árbol caído. Algunas estaban unidas entre sí y Riley se dio cuenta de que las habían dispuesto de ese modo para ocultar el sendero.

—Fue idea de Robby —le dijo Evelyn—. Por si acaso algún turista se acercaba demasiado.

—¿A qué?

Y entonces la vio, justo detrás del árbol caído: la boca de una cuevecita.

—Vamos. —Aunque ya no tuviera los ojos vendados, Evelyn la cogió del brazo, como antes, y la guio hasta la boca—. Cuidado con la cabeza. Dentro es más alta.

Riley siguió a Evelyn por la abertura y de pronto se halló en la más absoluta oscuridad, como si al sol no se le permitiera entrar allí. El aire era frío y húmedo.

Una cerilla cobró vida y Evelyn encendió una vieja lámpara de aceite.

—Robby descubrió cómo encenderla con una fórmula mágica a base de aceite vegetal y vete tú a saber qué más, pero se mantiene encendida mucho más tiempo que la luz con batería que traíamos al principio. —Giró una tuerquecita y la llama se volvió más brillante.

Riley lanzó una exclamación de asombro.

La cueva era mucho más grande de lo que se había imaginado; como mínimo tenía seis metros de altura en el centro y era tan profunda que la luz no alcanzaba a iluminar el final. El suelo era liso en la mayor parte de la cueva y estaba claro que alguien se había tomado la molestia de rastrillarlo. También habían llevado unas viejas sillas de jardín y una mesa plegable. Había una neverita portátil y una radio.

—Vamos trayendo mobiliario y demás cada vez que podemos —le explicó Evelyn—. Casi todo lo cogemos del vertedero... o en los arcenes. Te sorprendería la de cosas que tira la gente.

Riley se acercó hasta una cuerda que colgaba de una estalactita. El cabo inferior se perdía en una lata de gasolina de color rojo en la que cabrían unos veinte litros, con el grifo de una manguera de jardín acoplado en un lateral.

—¿Qué es eso?

—Ah, es otra invención de Robby. —Evelyn cogió un vaso de cartón de lo alto de una caja de leche y lo llenó bajo el grifo—. El agua llega del techo, sigue la cuerda y llena la lata. Robby hizo unas pruebas cuando descubrimos este sitio y dice que el agua es más pura que la del grifo de casa. ¡Y está superfría! ¿Quieres un poco? Hay más vasos por algún lado.

Riley negó con la cabeza.

—Tú sabrás. —Evelyn se bebió el agua de un trago y volvió a dejar el vaso donde lo había cogido.

La niña fue hasta el final de la cueva, desapareció de pronto en la oscuridad y regresó al cabo de un instante con un morral negro.

Dentro había un microscopio con la frase propiedad del instituto de hollows bend estarcida en la parte superior.

—¿No os preocupa meteros en problemas?

—¿Con el colegio?

—Con quien sea. Habéis entrado sin permiso en mi casa..., en la torre del agua... Habéis robado eso. ¿Y si os pillan?

—¿Acaso se lo vas a contar al novio de tu mamaíta para que nos lleve a la cárcel infantil? O podría llevarnos a una casa de acogida. —Evelyn abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero la cerró de golpe.

—¿Qué?

Evelyn miró a Riley, y durante una fracción de segundo el hielo desapareció de sus ojos..., pero parpadeó y volvió a aparecer de nuevo.

—Nada..., es que me meo contigo. Seguro que piensas que tu vida es muy dura porque tu papaíto no está. Seguro que nunca te has parado a pensar que igual sería peor que estuviera.

Antes de que a Riley le diera tiempo a responder, llegaron Mason y Robby.

Evelyn le tendió el microscopio a su hermano y le sonrió. Era la primera sonrisa de verdad que Riley le veía.

—¡Feliz cumpleaños!

Robby hizo un gesto hacia la mesa plegable sin mirar a su hermana.

—Ponlo ahí —le dijo.

La sonrisa de Evelyn se desvaneció y la niña dejó caer los hombros, como si, de repente, el microscopio pesara el doble.

—Asperma... —comentó Mason en voz tan baja que probablemente solo lo oyó Riley.

Robby dejó la mochila encima de un cartón viejo que había en el suelo, cerca de la pared, y, poco a poco, empezó a sacar lo que contenía. Había tres cuervos —uno de los cuales era el que había sacado en casa de Riley—, dos bolsas con autocierre llenas de tierra, otra con hojas y varias cosas más que Riley no era capaz de distinguir con tan poca luz. El niño cogió uno de los pájaros, lo puso bocarriba y le extendió las alas. Luego sacó unas chinchetas de una cajita de plástico y sujetó el pájaro al cartón.

Riley tragó saliva.

—¿Qué está haciendo?

—Oh, esto te va a encantar —le respondió Mason—. Lo va a diseccionar.

El niño solo tenía ocho años y Riley sabía que aquello era algo que no se aprendía hasta secundaria. Empezabas con gusanos, luego con ranas y, al final, lo hacías con cerdos. Todo el instituto se enteraba porque, cuando se hacían esas prácticas, el instituto olía como un bote de pepinillos en mal estado durante un mes.

—Y..., ¿sabe hacerlo?

—¿Quién, «Asperma»? —repitió Mason enfatizando la segunda palabra—. El pequeñín sabe hacer un montón de mierdas que ni te imaginas.

—Pero todavía se come los mocos.

Mason asintió despacio.

—Pero todavía se come los mocos. Yo tampoco lo entiendo.

—Mira, acércate —comentó Evelyn mientras daba unos pasos en dirección a su hermano para ver mejor lo que estaba haciendo.

—No, aquí ya estoy bien.

—No, no, tiene razón —le dijo Mason—. Si pasa como con los otros, te va a encantar. Tú respira por la boca. No es tan malo.

—¿Qué otros?

—Los de la cafetería. ¡Venga, date prisa, que nos lo perdemos!

Mason la cogió del brazo y tiró de ella hasta que ambos se situaron mirando por encima de la cabeza de Robby.

—Ev, la linterna —le indicó Robby—. ¿Qué te parece si esta vez lo grabamos?

—Buena idea.

Robby sacó un escalpelo —sin duda robado también del instituto— y esperó a que su hermana iluminara el pájaro con la luz del móvil. A continuación, apoyó la cuchilla en la tripa del animal. Riley no tenía claro si sería capaz de mirar.

—¿Estás grabando?

—Sí.

—Sé que es asqueroso, pero no apartes la vista —le susurró Mason—, porque sucede en un abrir y cerrar de ojos.

Riley estaba a punto de preguntarle qué era lo que sucedía en un abrir y cerrar de ojos cuando Robby presionó la tripa del pájaro muerto con la cuchilla y la deslizó hacia abajo con un movimiento rápido y seguro, como los médicos en la televisión —solo que aquello no era la televisión y que la imagen no cambió de plano—. Se oyó un leve crujido, como cuando se rompen las patatas fritas de bolsa, y entre las plumas apareció una línea fina y oscura. A Riley le pareció que era sangre... hasta que empezó a echar humo.

56

HANNAH

La máscara era para que a Malcolm no lo reconocieran en las fotos, eso Hannah lo tenía claro. Y eso significaba que pretendía enseñarle las imágenes a alguien, de lo contrario le daría igual que se le viera el rostro. Puede que a muchos otros «álguienes». Puede que acabara colgándolas en Internet de todos modos. Puede que tuviera planeado venderlas. Aquello la asqueaba, pero tragaría si de ese modo lograba salir de allí con vida.

—Como grites, ya puedes darte por muerta —le dijo Malcolm con voz grave, y a continuación le quitó la cinta de la cara y le sacó el trapo de la boca.

Hannah respiró hondo, pero no dijo nada. Malcolm acercó el destornillador a la cinta con la que le había atado las muñecas y la cortó, no sin cierto esfuerzo.

—Te libero las manos para que puedas desnudarte. Como intentes algo, lo que sea, te...

—Me matas.

—Veo que lo has entendido.

Malcolm se apartó de ella arrastrando los pies y se situó de espaldas a la pared de enfrente. Entre la máscara y sus largos brazos, parecía más una araña que una persona. Se pasó el destornillador a la mano izquierda, cogió el móvil con la derecha,

miró a través de la pantallita y sacó unas cuantas fotografías. Luego, empezó a grabar un vídeo.

—Venga, levántate..., pero despacio.

A Hannah se le habían dormido las piernas y tuvo que valerse de la mesa por un lado y del reloj de pie por el otro para mantenerse erguida. No tardó en recuperar la sensibilidad en las piernas, pero eso no impidió que siguiera temblando.

—Y ahora quítate los vaqueros, poco a poco.

Hannah intentó desabrocharse el botón en un par de ocasiones, pero se le escapaba. Por fin lo consiguió, y a continuación se bajó la cremallera.

—Espera. ¡Para! —le ordenó Malcolm—. Primero la camiseta y, luego, todo lo demás. Así mejor. No llevas sujetador, ¿verdad?

Hannah recordó que a Danny le había costado desabrocharle los corchetes, pero que al final lo había logrado. Recordó la calidez de sus manos. Le dio la sensación de que aquello había sucedido hacía mucho tiempo. Las lágrimas querían salir, pero Hannah no estaba dispuesta a darle esa satisfacción a Malcolm. Buscó el borde de su camiseta ancha, y en cuanto lo encontró, empezó a levantarla.

—Podrías esforzarte un poco en parecer sexy. Marcie lo hizo.

Aquello la enfureció.

Le hizo hervir la sangre.

La gente le hablaba mal, le faltaba al respeto. Danny había sido uno de los pocos que no lo habían hecho... y acababa de morir. Todos la trataban como si fueran mejores que ella, y ahora estaba permitiendo que aquel tío... Sí, le estaba permitiendo que le hiciera aquello. Hannah sabía que podía parar en ese momento o dejar que sucediera; sabía que, en realidad, ella era quien decidía.

Hannah no sabía de dónde salían aquellos pensamientos, pero les dio la bienvenida, porque le permitieron hacer frente al miedo e hicieron que se sintiera fuerte. Puso una mano en el borde del reloj de pie y se pasó la otra por el costado del pecho con una sonrisa traviesa.

—¿Mejor?

Malcolm asintió.

—Sí.

—Me alegro.

Hannah pasó la mano por detrás del gran reloj y lo empujó hacia delante con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. El reloj cayó y golpeó a Malcolm antes de que este pudiera apartarse. Junto con el estruendo del impacto se oyó un satisfactorio crujido. Hannah cogió su móvil y el destornillador a toda prisa y salió corriendo.

57

RILEY

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó Riley tartamudeando mientras una nube de humo negro se elevaba hacia el techo de la cueva.

Cuando Robby cortó el cuervo, su sangre empezó a humear, pero aquello no acabó ahí. El niño apartó la mano cuando las plumas empezaban a quemarse, y en un instante el cuervo se quedó en nada. No había otra manera de describirlo. Era como si el pájaro fuera una especie de delicada escultura que se hubiera quebrado por su propio peso. Las chinchetas seguían en el cartón, pero del pájaro no quedaba nada más que un montón de ceniza negra.

Por primera vez, Riley se dio cuenta de que en el cartón había otras manchas negras.

—Esas manchas, ¿son de otros cuervos?

Mason asintió.

—Los de la cafetería.

Riley observó estupefacta cómo Robby repetía el proceso con los otros dos cuervos que había sacado de la mochila. Una vez desaparecidos, introdujo las cenizas de cada uno en una bolsa con autocierre y los etiquetó con un rotulador negro.

—Echan humo, pero no están calientes —les explicó Robby—. Se funden, pero carecen de humedad. Es justo lo contrario; el polvo

que queda está tan seco que es como si el agua se desvaneciera de su cuerpo en cuestión de uno o dos segundos.

—Cuando los abres —comentó Riley en voz baja.

Robby cogió las chinchetas del cartón y volvió a meterlas en la cajita de plástico de donde las había sacado.

—¿Has comido alguna vez helado de astronauta?

—Claro.

—Cuando lo congelan y le quitan el agua, lo comprimen hasta dejarlo en esos cuadraditos. El tamaño total se reduce por un factor de siete. Si no lo comprimieran, se convertiría en polvo. Mi teoría es que el humo que aparece cuando abro los cuervos es el agua del cuerpo evaporándose y, como no están comprimidos, se desin... disin...

—Se desintegran —lo ayudó Evelyn.

—¡Eso, se desintegran!

—Pero ¿por qué iba a evaporarse el agua cuando los abres? —preguntó Riley.

—Pues porque al agua le pasa algo raro —esta vez fue Evelyn quien respondió—, ¿por qué va a ser?

Robby miró el botecito de agua que habían cogido en la torre hacía un rato.

—El setenta y tres por ciento del cerebro humano está compuesto de agua. Si el cerebro se deshidrata, las células no funcionan bien. La deshidratación puede provocar desde dolores de cabeza hasta que tomes malas decisiones.

—Alucinaciones —añadió Evelyn.

Mason carraspeó y dijo:

—Por ejemplo, que veas monstruos del pantano nadando en tu bol de cereales.

Riley volvió a mirar el cartón manchado. Aquello no tenía sentido.

—Ya... pero los pájaros no beben la misma agua que nosotros.

Mason apoyó el bate en el suelo, justo delante de él, y le dio una patadita para hacerlo girar.

—Los pájaros beben de los lagos y de los arroyos —comentó el niño—. Agua de lluvia, a veces. El agua que hay en la torre proviene de debajo de la tierra. Los cauces que hay por debajo de nosotros los alimenta la montaña. Todo viene del mismo sitio.

Riley pensó en el vaso de agua que su madre y ella tenían junto al lavabo... y en el que solía usar en la cocina... Aunque ella acostumbraba a beber del grifo, como su madre.

—Pero..., no sé..., ¿no se limpia el agua de alguna manera?

—Entre el bombeo desde el suelo a la torre, el agua pasa por una estación de filtración que está cerca del Saco —comentó Robby—. Otras partes están bajo tierra, pero no es como en las ciudades, que pasa por una planta de tratamiento. Por lo general, no es más que arena. El agua de las montañas y el agua subterránea son de las más puras del mundo. Es el tipo de agua que se embotella y se vende. No es necesario limpiarla mucho antes de que sea potable. En realidad, no habría ni que tratarla.

—La arena le quita los sólidos —murmuró Mason— y se supone que los productos químicos matan el resto.

Evelyn suspiró y dijo:

—¿Y a que no adivinas quién está a cargo de los químicos...?

—Buck Sin Suerte —respondió Mason antes de que lo hiciera Riley.

La niña sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Vete tú a saber qué ha estado haciendo.

Riley tragó saliva y miró el microscopio.

—Hazle una prueba al agua —dijo.

Robby ya estaba en ello. El niño abrió la botella con la muestra que había recogido en la torre del agua y, con mucho cuidado, dejó caer una única gota en una placa de cristal. Puso otra placa encima, emparedando el agua entre ambas, y lo llevó todo al microscopio. Empezó a mirarla por los oculares, ajustando poco a poco las diferentes ruedas del aparato, y se quedó callado un buen rato.

Evelyn se estaba impacientando:

—¿Qué ves, Robby?

Mason se inclinó hacia Riley y le susurró:

—Imagina un millón de versiones diminutas de lo que has visto en tu fregadero nadando ahí, en el agua que has estado bebiendo. Qué asco, ¿eh?

A Riley le dio un vuelco el estómago, pero reprimió la arcada para no vomitar.

—Robby... —insistió Evelyn.

Pasó casi otro minuto antes de que el niño se apartara del microscopio.

—No veo nada.

Evelyn apartó a su hermano de un empujón y se puso a mirar ella.

—¡Tiene que haber algo!

—Desde luego, no que se vea —dijo Robby—. Aunque eso no quiere decir que no pase nada malo.

—Bichitos tan pequeños que ni siquiera ves cómo andan en tu agua —comentó Mason con voz neutra.

Riley se abrazó con fuerza. No se dio cuenta de que se estaba rascando el brazo hasta que reparó en que Mason la estaba mirando.

—¿Qué coño es eso? —El niño le señaló la muñeca, cerca de donde estaba escrito su nombre.

Riley notó que se estaba poniendo pálida.

El nombre «Roy Buxton» acababa de aparecer en su brazo, escrito con la misma tinta azul.

Se lo frotó con el pulgar, pero no se borraba.

Evelyn entrecerró los ojos.

—Dame el boli —le dijo.

—Yo no lo he escrito.

—¡Venga, no me jodas! ¿Dónde lo escondes?

Antes de que Riley pudiera pararla, Evelyn la estaba cacheando y le volteaba los bolsillos. Al no encontrar nada, soltó un gruñido de frustración.

—Ya te lo he dicho —insistió Riley.

—¿Quieres que creamos que esos nombres han aparecido por arte de magia en tu brazo? ¡Así, sin más!

—¡Pues así es!

Robby le frotó algo en la piel, algo húmedo y frío. Era una toallita con alcohol. Riley no tenía ni idea de dónde la habría sacado. El niño miró la toallita y el brazo de Riley y dijo muy serio:

—Tinta de boli no es. Lo tiene por debajo de la piel, como un tatuaje. —Y volvió a ponerse con la muestra de agua, como si el hecho de que a Riley le apareciesen tatuajes en la piel fuera lo más normal del mundo.

Riley, Mason y Evelyn se miraron los unos a los otros.

Robby se acercó al sistema de recolección de agua que había montado con la estalactita, metió las manos en los bolsillos y encontró una de las tiras de pruebas que había cogido en la torre del agua; puso la tira debajo del grifo, lo abrió y la empapó. Sacudió el exceso y acercó la tira a la luz.

—Ya investigaremos eso de que te aparezca tinta en el brazo a lo Harry Potter —dijo Evelyn centrándose en el agua—: No me gusta la pinta que tiene esto. Acabo de beber de esta agua.

Robby miraba la tira reactiva y, por primera vez desde que Riley lo había conocido, el niño parecía estar confuso.

Evelyn se le acercó:

—¿Y bien?

El niño cogió la tira que había utilizado en la torre del agua y la comparó con la segunda. Ahora Evelyn también parecía confusa.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Roy Buxton no vive muy lejos de aquí —comentó Robby—. Tenemos que enseñarle esto.

58

MATT

Matt le lanzó el cubo vacío a Conner Evans, que estaba al otro lado de la calle, y este lo levantó por encima del hombro y se lo pasó a Sally, que estaba en la puerta del cuartel de bomberos. Sally se lo pasó a su vez a Gabby con una mano, cogió otro de los llenos con la otra y miró a Conner, que estaba en la línea amarilla de Main Street. Con la cara roja y sudorosa, Sally exclamó:

—¡Por el amor de Dios, Conner, no puedo lanzarte un cubo lleno! ¡Acércate, vago de las narices!

Conner no dio ni un paso. Lo que hizo fue apoyar las manos en las rodillas y resollar.

—¡Esto es una tontería! ¡No estamos consiguiendo nada!

Gabby se protegió los ojos del sol y señaló el tejado de la biblioteca.

—¡Matt —gritó—, tiene razón! ¡Se está extendiendo!

Matt siguió su dedo.

Visibles entre el humo negro que salía por las ventanas de la biblioteca, las refulgentes pavesas volaban por el aire, rodeaban la torre del reloj empujadas por el viento e iban a la deriva, como sin prisa. Algunas caían en la calle, en el césped; otras se desvanecían en el tejado de los edificios cercanos. Del techo de la farmacia, dos puertas más abajo, ya empezaban a salir dos finas hebras de humo.

Y del del banco. Si no hacían nada, el incendio acabaría con todo el pueblo y, sin camiones de bomberos operativos o ayuda, poco podían hacer.

Matt cogió otro de los cubos vacíos, pero sintió que se le resbalaba de la mano y oyó cómo caía a sus pies.

«Pero ¿adónde coño ha ido todo el mundo?».

Hacía una hora, la mitad del pueblo andaba por las calles. Ahora, en ese momento, no había ni un alma. Hasta la gente que se había acercado a la comisaría se había esfumado.

Una de las ventanas del segundo piso de la biblioteca explotó tras emitir un gemido profundo. Matt se protegió la cara, en especial los ojos. Sintió la ola de calor, y dio un par de pasos para alejarse de la biblioteca antes de que se decidiera a chillar a quienquiera que lo estuviera escuchando:

—¡Hay que evacuar estos edificios! ¡Hay que sacar a todo el mundo!

Era domingo, así que la mayoría de los negocios estaban cerrados, pero Matt no podía arriesgarse a que hubiera alguien atrapado en alguno de ellos.

Una manzana calle abajo, Sally le gritó algo, pero el agente no fue capaz de entenderlo. La mujer cogió a Gabby de la mano y ambas salieron a llamar puerta por puerta. Cuando encontraban alguna cerrada, golpeaban los cristales antes de seguir adelante.

Matt se volvió.

—Conner, necesito que...

Conner Evans se había ido, sin duda, para salvar su propio pellejo, como habían hecho Ben Molton y los demás.

Matt maldijo por lo bajo, y ya estaba a punto de dirigirse a la estación de bomberos para salvar cuanto pudiera, cuando vio a la chica desconocida en mitad de la calle con su pelo largo y oscuro flotando al viento. Se rascaba el brazo izquierdo con mucha fuerza.

Matt sintió un pinchazo en el pecho al pensar en todos los nombres que llevaba escritos en los brazos y en cómo se rascaba el nombre de Arwa Gilmore segundos antes de que la anciana saliera tambaleándose de la biblioteca y muriera. Pensó en que el nombre estaba tachado...

Con el calor del incendio a su espalda, Matt corrió hacia ella, la cogió por la muñeca y le levantó a toda prisa la manga.

El nombre «Eisa Heaton» destacaba en un color rojo brillante, inflamado, y estaba tachado con una línea reciente.

59

HANNAH

Hannah salió como alma que lleva el diablo de la casa de los Pickerton, tanto que estuvo a punto de tropezar con el último escalón cuando bajaba del porche, y volvió a tambalearse cuando resbaló con el barro y las agujas de pino, pero consiguió mantenerse en pie.

En vez de seguir la carretera que llevaba al pueblo, donde seguro que Malcolm la atraparía antes de que consiguiera encontrar ayuda, se precipitó en dirección a los árboles. Sabía que aquello no era mucho mejor —quince años viendo películas le decían que la chica nunca salía viva del bosque cuando la perseguía algún psicópata—, pero no tenía alternativa; no había ningún otro lugar al que ir.

Ya no veía la casa, le llevaba a Malcolm al menos cien metros de ventaja, cuando este por fin gritó a su espalda:

—Me alegro de que lo hayas hecho, Hannah. Ahora todo va a ser mucho más divertido. Incluso te daré ventaja. Ya verás lo que he encontrado. Es mejor incluso que el destornillador. Puedes quedártelo si así te sientes mejor.

Hannah agarró el destornillador con más fuerza. Sabía que no era gran cosa, pero era mejor que nada.

—¡Vas a tener que matarme! —le gritó Malcolm—. ¿Crees que tendrás huevos? ¿Crees que podrás clavarle un destornillador a una

persona, retorcerlo y quedarte mirando cómo se le escapa la vida? ¡No serás la primera que lo intenta, así que será mejor que no falles!

Hannah miró a su alrededor mientras corría, tratando de reunir el valor suficiente.

Conocía aquellos bosques. Había jugado en ellos desde que era niña. Si no dejaba de avanzar, conseguiría dejarlo atrás. Tenía que llegar al Saco y seguir su cauce montaña abajo hasta la Ruta 112. Una vez allí podría llamar la atención de alguien. No debía de estar muy lejos; a un kilómetro y medio, puede que un poco más. Lo que tenía que hacer era seguir avanzando. Ahora bien, debía andarse con ojo. Mirar por dónde pisaba. Una mala caída bastaría para torcerse un tobillo o romperse un pie. Había oído numerosas historias al respecto a lo largo de los años. La mitad de las personas que encontraban muertas en la montaña tenían algún tipo de herida de esas que te haces cuando vas con prisas.

Hannah rodeó una enorme roca de granito que había sobre una caída de metro y medio, se agarró al tronco de un árbol y lo utilizó para bajar con cuidado, pero tan rápido como era capaz. Cuando le pareció que estaba lo suficientemente abajo, consultó el móvil. Tenía señal, tres barritas. Marcó el número de Emergencias a todo correr. La llamada sonó dos veces, se conectó, pero se cortó.

—¡Hannah, creo que me has roto una costilla con el reloj! ¡Duele de cojones!

Le pareció que Malcolm estaba cerca.

Mucho más de lo que Hannah habría querido.

No obstante, la voz de Malcolm rebotaba por entre los árboles y el granito, por lo que resultaba difícil determinar de dónde provenía.

—¿Te acuerdas de London Dobson? ¡Ella fue la primera a la que traje aquí! ¡Joder..., tres años ya! Cómo pasa el tiempo, ¿eh? ¡Le puse un Rohypnol en la bebida durante la fiesta para celebrar que habíamos aplastado a Exeter en la final de fútbol americano y luego la traje aquí! ¡La tuve en la casa ocho días, atada a la cama del fondo! ¡La tuve allí tanto tiempo que acabé aburriéndome de ella! ¡Me aburría tanto que la solté y le dije que huyera para probar algo diferente! ¡Creo que al principio pensó que le estaba tomando el pelo, porque se quedó sentada! ¡Y entonces, de repente, echó a correr! ¡Llegó a las cataratas de los Baños de Diana, pero la alcancé! ¡La tía estaba histérica, desgañitándose! Supongo que aquello aumentó la diversión. ¡Tenías que ver la cara de miedo que ponía! ¡Ni te imaginas lo que me reí mientras la mataba!

Hannah siguió colina abajo, sin dejar de moverse. Pulsó Rellamada con el pulgar.

Lo mismo: dos tonos, la llamada se conectó... y se cortó.

—¿Sabes qué es lo mejor? ¡Que no había cogido la pala! ¡Ya sabes, para enterrarla! ¡La arrastré hasta los árboles y la cubrí con hojas y ramas! ¡Pensé que ya volvería para meterla bajo tierra más tarde..., y eso hice! ¡Volví al día siguiente con la pala, un pico, plástico..., todo lo que necesitaba para hacerlo bien! Pero ¿sabes qué me encontré? ¡Pues poca cosa! ¡Los animales se habían encargado de ella por la noche! ¡Solo quedaban los huesos, y de huesos también se habían llevado alguno! ¡No hacía ni veinticuatro horas que había tenido la polla dentro de aquella chica y, ahora, no era capaz de reconocerla! ¿Te lo puedes creer? ¡Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía por qué enterrarla! ¡Que, de hecho, era mejor que no lo hiciera! ¡Los animales la harían

desaparecer más rápido si la dejaba allí! ¡De vez en cuando me pasaba para ver cómo iba el tema! ¡En seis días ya no quedaba ni rastro de ella! ¡La Madre Naturaleza es fascinante! ¡Digna de respeto!

Hannah intentó ignorarlo y se concentró en avanzar. Volvió a llamar a Emergencias, pero sucedió lo mismo que las dos veces anteriores. Pasó las diferentes pantallas, cargó la aplicación de navegación y puso como destino la gasolinera que estaba al pie de la montaña, en la 112. La aplicación se quedó colgada un momento, con el relojito de arena girando, y al final apareció un mensaje indicando que la aplicación era incapaz de conectarse. Seguía marcando tres barras; la señal era fuerte, pero, por alguna razón, la conexión no funcionaba.

El pie derecho se le quedó enganchado en una roca y estuvo a punto de caerse, pero consiguió agarrarse al tronco de un viejo roble.

—¡Voy a probar algo diferente contigo, Hannah! —gritó Malcolm—. ¡A ti voy a abrirte en canal y te sacaré las entrañas! ¡Seguro que así, esos seis días se quedarán en tres! ¿Qué te parece, eh?

Hannah siempre se olvidaba de que en la montaña había menos oxígeno. Cada vez que respiraba era como si le faltara el aire, como beber a través de una pajita agujerada. No se dio cuenta de que estaba resollando hasta que se detuvo un segundo para buscar la aplicación de la brújula en el móvil. Abrió la aplicación, pero tampoco parecía funcionar. La pantalla estaba congelada, aunque moviera el móvil en cualquier dirección.

Daba igual, no la necesitaba.

Había estado en aquellos bosques miles de veces. Encontraría el río, lo seguiría hasta la 112 y conseguiría ayuda.

Hannah se repetía aquello mientras seguía avanzando —«Río, 112, ayuda»— como si fuera un mantra, y entretanto Malcolm la llamaba por su nombre una vez más, esta vez arrastrando ambas sílabas:

—¡Haaannnaaah...!

60

MATT

Matt cruzó a toda prisa las puertas de la comisaría y miró a su alrededor. Todos se habían ido, incluso Addie Gallagher. El lugar estaba en silencio, excepto por unos suaves gemidos que provenían del fondo, de la celda.

Aunque entraba el sol por las ventanas, la celda estaba a oscuras, como si las sombras se hubieran refugiado en ella a la espera de que se fuera el día. Josh no era más que una silueta pegada a la pared de ladrillo, a la izquierda, como si formara parte del diseño original. Respiró hondo.

—He intentado detenerla..., pero no he sido lo bastante rápido. No... no se había movido en todo el tiempo que llevábamos aquí..., no esperaba que...

Cuando Matt se acercó, vio a la anciana en el suelo, arrodillada en una postura extraña detrás de los barrotes..., muerta, pero sin llegar a caerse, como si la gravedad le estuviera gastando una broma. Tenía la cara manchada de sangre e hinchada, pulposa. El blanco de los ojos resultaba cegador en contraste con el rojo oscuro, y tenía la boca abierta de tal forma que se parecía más a unas fauces negras.

Josh se hundió aún más en las sombras.

—No la he tocado. Estaba en la cama. Llevaba tanto tiempo quieta que casi se me había olvidado que estaba aquí conmigo. Entonces,

de pronto, se ha levantado de un salto y se ha lanzado a todo correr, de cabeza, contra los barrotes. Ni siquiera ha hecho el ademán de reducir la velocidad..., como si creyera que podía atravesarlos o algo así. Y entonces se ha hincado de rodillas, igual que está ahora, y ha empezado a golpearse la cabeza contra el metal. La... la he cogido del pelo para intentar detenerla, pero... —Josh adelantó el brazo, sacándolo de entre las sombras. Tenía un mechón de pelo entre los dedos. Lo soltó y la guedeja cayó lentamente al suelo.

A Matt le vino a la cabeza la imagen de la esposa de Josh arrodillada junto a la bañera, con sus hijos flotando bocabajo.

Matt se aclaró la garganta.

—Josh, quiero que vayas a la parte de atrás de la celda, que te pongas de cara a la pared y que subas las manos por encima de la cabeza.

—No he sido yo, Matt. Yo no le he hecho nada. ¡Esto no me lo vas a cargar a mí!

—Ve a la parte de atrás de la celda. Vamos, Josh.

Matt sacó las esposas y las llaves y esperó a que Josh se fuera al fondo de la celda para abrir la puerta. Rodeó el cadáver de Eisa Heaton con cuidado, le puso las esposas a Josh y se las apretó tanto que el hombre se quejó.

—Esto ha sido culpa tuya, Matt. Estaba claro que esa mujer necesitaba ayuda y tú la has metido en una celda. Tú has permitido que esto sucediera. ¿Quién será el siguiente, yo? ¿A mí también vas a hacer que me maten?

A su espalda, Gabby chilló. La mujer estaba en la puerta con Sally, y se tapaba la boca con la mano.

Sally se acercó. Miró a Eisa Heaton y luego a Josh Tatum como si quisiera matarlo.

—Me cago en tu...

—Sally, ve a por la chica —la interrumpió Matt— y no la pierdas de vista.

Sally asintió y volvió afuera.

—Riley... —murmuró Gabby antes de echar a correr hasta el despacho de Matt.

—Vamos. —Matt cogió por el brazo a Josh y tiró de él hacia la puerta.

—Quiero ese abogado que me has prometido. Se supone que tengo derecho a uno, ¿no? ¿Dónde está? ¿O eso también es una farsa? ¿Estás ganando tiempo hasta que decidas cuál es el momento de meterme un balazo? Porque, desde luego, eso es lo que parece que pretendes.

—Lo que estoy haciendo es mantenerte a salvo.

—¡Y una mierda!

Cuando Gabby regresó del despacho de Matt, estaba pálida como el papel.

—No está.

—¿Y por qué se iba a ir? ¿Y adónde?

—Tu ventana está abierta... No lo sé..., ¿a casa?

Sally entró en la comisaría con la chica. La llevaba cogida del hombro con una mano, y con la otra le sujetaba la capucha de la sudadera.

—Tenemos que irnos. El fuego ha cruzado la calle. Solo disponemos de unos minutos.

La chica se dio cuenta enseguida de lo que había sucedido y se abrazó a sí misma.

Matt llevó a Josh hacia la puerta.

—Todos a mi coche patrulla. Ahora.

Gabby no se movió.

—Yo no voy a ninguna parte sin Riley.

—La encontraremos, te lo prometo —le aseguró Matt—, pero ahora mismo tenemos que ir a un lugar seguro.

—La casa de Ellie es el mejor sitio al que podemos ir —dijo Sally —. Ellie tiene un generador, una radio, teléfono fijo. Si no nos encuentra aquí, seguro que nos buscará en su casa.

—Envíale un mensaje de texto a Riley para decirle que se reúna allí con nosotros —le pidió Matt a Gabby.

—Pensaba que los mensajes de texto no funcionaban.

—Algunos sí, pero no se sabe cuáles. Seguro que no está muy lejos.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó Sally señalando el cadáver de Eisa Heaton.

Matt negó con la cabeza.

Fuera, el aire desprendía un olor ácido y el humo lo había vuelto más denso. Matt subió a Josh al asiento de atrás y Sally se sentó a su lado.

—Alguien tiene que ir detrás —comentó la mujer mientras se encogía de hombros—. Todos no cabemos delante.

—No le hagas daño —le dijo Matt.

—No te prometo nada.

Gabby rodeó el coche a toda prisa mientras marcaba algo en el móvil y se sentó al lado de la chica, con Matt al volante.

Matt no vio a Stu Peterson ni a los demás hasta que giró la llave del contacto.

61

HANNAH

Era imposible que se hubiera perdido.

«No puede ser».

Conocía aquellos bosques como la palma de su mano, o eso creía, pero, mientras se ocultaba detrás de lo que quedaba de un roble caído, intentando orientarse, no reconoció nada de lo que veía. Había evitado los senderos que le resultaban familiares cuando salió de la casa de los Pickerton y se había internado entre los árboles a sabiendas de que, siempre y cuando fuera montaña abajo y diera con el río, acabaría en la autopista, donde conseguiría ayuda. Sin embargo, no había encontrado el río... a pesar de que tenía la sensación de haber recorrido un buen trecho. Aún seguía falda abajo, eso lo tenía claro, pero, como se alejase mucho del río, acabaría desviándose de la autopista y llegaría al valle.

—¡Me lo estás poniendo fácil, Hannah! ¡Aquí nadie encontrará tu cadáver!

Hannah contuvo la respiración. Se volvió a toda prisa y tocó la corteza del árbol. Aunque Malcolm le había dicho aquello a gritos, le pareció que ahora estaba mucho más cerca que la última vez que lo había oído. Cuando estiró el cuello, oyó el chasquido de unas ramitas bajo los pies de su perseguidor; no hacía ningún esfuerzo por ocultarse. Lo vio unos instantes después a no más de quince metros,

yendo hacia ella en diagonal. Malcolm hizo una pausa, miró al sol y se dio la vuelta despacio. Hannah no le veía la cara porque aún llevaba la máscara de arpillera, pero, por alguna razón, sabía que estaba sonriendo. Pensó en las moscas que el joven tenía debajo de la piel e imaginó un centenar de ellas recorriéndole la cabeza, los oídos, la nariz..., enfadadas, atrapadas en el aire humedecido de la máscara. Su zumbido tenía que estar animándolo.

Malcolm llevaba algo en la mano, y, cuando acabó de darse la vuelta, Hannah se dio cuenta de que se trataba de un hacha. Esa era la cosa «mucho mejor que un destornillador» que había encontrado en la casa.

Tenía que marcharse de allí, no podía quedarse. Allí seguro que la encontraba y, como se acercara a ella con la máscara y el hacha, Hannah sabía que se volvería loca. Quería pensar que era más fuerte, que conseguiría zafarse de él. Quería volver a ser la chica que le había lanzado encima un reloj de pie, pero el corazón le iba tan rápido como un tambor y empezaban a escapársele las lágrimas. Le temblaba todo el cuerpo. La fuerza y la razón habían huido, esa era la verdad. Si Malcolm conseguía acorralarla, estaba perdida.

Hannah tomó aire y echó a correr.

Empujó el árbol para iniciar la carrera y salió tan rápido como pudo. Sabía que la oiría, pero qué se le iba a hacer; estaba demasiado cerca como para seguir oculta. Lo único que podía hacer era correr.

—¡Ahí estás, nena! —Malcolm se giró hacia ella, pero no la persiguió, al menos, en un primer momento. Lo que hizo fue empezar a voltear el hacha—. ¡Pensaba que tendría que ir hasta

Barton a por ti, pero este lugar ya me parece bien! ¡Quédate quieta y seré rápido, te lo prometo!

Hannah no debía de haber recorrido ni diez metros cuando oyó el coche. No, era un camión. Un vehículo grande. Aquello tenía que ser la autopista... ¡La había encontrado! ¡La...!

Hannah no vio el barro hasta que resbaló, y cayó sobre unas piedras sueltas y empezó a rodar colina abajo. Rodó por encima de un terraplén, salió volando y se estrelló contra un grupo de árboles que había abajo, y que por fin detuvieron su caída. Cuando consiguió ponerse bocarriba y levantar la mirada, se dio cuenta de que la caída había sido mucho mayor de lo que esperaba.

Malcolm se asomó desde lo alto del terraplén, como a unos nueve metros de altura. Primero la miró a ella, pero cuando fijó la vista en un punto algo más alejado se quedó de piedra.

Hannah se dio la vuelta —le dolían todas y cada una de las partes de su cuerpo...— y se percató de lo que estaba mirando Malcolm.

Hannah estaba al pie de la montaña, puede que a unos treinta metros de la Ruta 112, y entre ella y la carretera había una valla metálica. Hannah no tenía claro dónde estaba, pero no recordaba haber visto ninguna valla a lo largo de la autopista, y mucho menos una como aquella. La valla tendría tres metros y medio de altura y alambre de espino en lo alto. Cada seis metros, más o menos, había unos carteles en los que ponía:

PELIGRO DE MUERTE

VALLA ELECTRIFICADA

Los postes de la valla estaban cimentados en el suelo y era evidente que había rodadas de camión frescas en el barro, justo al otro lado de la valla. La valla llegaba hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones.

Hannah se puso de pie con dificultad.

Tenía las palmas de las manos rascadas y le sangraban, un corte bastante feo en el antebrazo izquierdo y la pierna derecha le dolía muchísimo, pero no parecía que se hubiera roto nada.

A su espalda, Malcolm bajaba el terraplén con cuidado, ayudándose del hacha para equilibrarse.

Hannah volvió a oír el camión a su izquierda, y, a continuación, una serie de voces ladrándose órdenes las unas a las otras. La joven corrió hacia las voces justo en el momento en que Malcolm llegaba al suelo de un salto.

62

MATT

Stu Peterson no estaba solo.

El hombre se encontraba en el centro de Main Street con un rifle en las manos. Había cuatro personas más a su izquierda y cinco a su derecha; todas ellas eran vecinos de Hollows Bend a los que Matt conocía y respetaba. Separados unos setenta centímetros unos de otros, bloqueaban la calle de forma efectiva. Matt no podría pasar a menos que alguno de ellos se moviera.

Peterson llevaba una gorra de los Red Sox de Boston y se bajó un poco la visera antes de romper filas y acercarse al lado del coche patrulla de Matt y pedirle que bajara la ventanilla. Matt pulsó el botón.

—¿Qué, abandonando el barco? —le preguntó Peterson mientras se agachaba para ponerse a la altura de la ventanilla y estudiaba las caras de los que viajaban en el coche patrulla. Se entretuvo un poco más observando a la chica, que iba entre Matt y Gabby—. A esa tendrías que dejármela a mí.

Algo había cambiado en aquel hombre, pero Matt no sabía bien de qué se trataba. Stu Peterson nunca le había dado miedo. En general, el tipo le caía bien, pero ahora era como si sus rasgos faciales se hubiesen vuelto más duros y hubiera perdido la calidez en la mirada. El tono de su voz sonaba plano, y cada frase que decía parecía

calculada de antemano, algo que Matt nunca había visto en él. Aquel no era el Stu Peterson que conocía, aquel era el Stu Peterson que había pasado demasiado tiempo en las calles de Kabul interrogando a la gente sobre células terroristas. Aquel era el Stu Peterson que en una ocasión le confesó que no se atrevía a estar cerca de un desconocido que llevase una prenda de invierno ancha por miedo a lo que pudiera llevar debajo. «El trastorno de estrés postraumático nunca desaparece —le había dicho a Matt—. Con un poco de suerte, hay veces en las que se adormila. No es que duerma profundamente, pero duerme. Es entonces cuando puedes seguir con tu vida».

Se levantó viento y arremolinó el denso humo. Las pavesas flotaban de un lado al otro como luciérnagas enloquecidas.

—El incendio está fuera de control —comentó Matt—. Tú y los tuyos tenéis que ir a algún lugar seguro.

—¿Y dónde es eso? ¿Dónde está ese «lugar seguro»? —Peterson se rascó la aleta de la nariz—. Quizá deberíamos ir todos contigo a ese lugar seguro. Podrías nombrarnos delegados. Ya me entiendes..., convertirnos en «oficiales». Te ayudaríamos a tener todo esto vigilado —dijo aquello último sin dejar de mirar a la chica. La miraba con intensidad—. ¿Ya has visto el vídeo?

—Aún no.

—Pues deberías verlo.

—Y lo voy a ver, pero cuando llegue a un...

—Sí, cuando llegues a un lugar seguro —repitió, asintiendo con la cabeza—. Lo entiendo, agente, hoy tienes un día muy ocupado.

En ese momento explotó otra de las ventanas del segundo piso de la biblioteca, y el estallido liberó una nube de humo negro.

—El incendio va a arrasar Main Street —le dijo Matt a Stu— y es probable que después se extienda a Hampton. ¿A cuánto está eso, a dos manzanas de tu casa? ¿Queréis ayudar? Pues coged unas mangueras y haced cuanto podáis por ralentizar el avance del incendio hasta que lleguen los bomberos de North Hollow o de Barton.

—No va a venir nadie, y creo que ya lo sabes. Porque, si aún no te has dado cuenta de ello, tal vez no deberías vestir ese uniforme.

Gabby se inclinó hacia la ventanilla de Matt y bloqueó la visión que Stu tenía de la chica durante unos instantes.

—¿Has visto a mi hija?

Peterson siguió mirando a la chica, pero finalmente desvió la vista hacia Gabby.

—Se te ha escapado, ¿eh? ¿Cuándo?

Gabby le contó lo de la ventana abierta.

—¡Stu!

Quien acababa de gritar era John Hicks, que estaba en la puerta de la comisaría.

—¡Tiene a Eisa Heaton en la celda! —siguió Hicks—. ¡Está muerta y hecha unos zorros! ¡Le han golpeado la cabeza contra los barrotes o algo así!

Peterson se puso rojo de ira y se asomó un poco más a la ventanilla; volvió a mirar a la chica, y a continuación miró a Josh, que iba esposado en el asiento de atrás.

—¿Le has hecho daño a Eisa?

Josh se hizo pequeño y negó con la cabeza.

—Me parece que no te creo.

—Está bajo mi custodia, Stu. No va a ir a ningún lado. —Matt señaló hacia delante con la cabeza—. Diles que se quiten de en medio, por favor.

—Supongo que sabes que no voy a hacerlo.

—No quiero tener que detenerte.

—No tengo tan claro que sigas teniendo autoridad para hacerlo.

Matt se llevó la mano hacia la pistola que pendía en su cadera, fue un movimiento casi imperceptible, pero Peterson le dijo:

—Eso sería una equivocación, agente.

—¿Y qué debería hacer?

—Deberías dejar a la chica con mis amigos y conmigo. También me gustaría que dejaras aquí a Josh, para que me entere bien de qué le ha pasado exactamente a Eisa. Tú te llevas a Sally y a tu novia a un lugar seguro y esperas a que todo esto acabe. —Miró a Gabby—. Vamos a peinar el pueblo y, en cuanto demos con tu hija, te la llevaremos. Te doy mi palabra.

Mientras hablaban, los hombres de Peterson habían ido separándose. Unos cuantos rodeaban el coche patrulla de Matt. Todos apuntaban al suelo, pero Matt se fijó en que Rodney Campos le quitaba el seguro a su nueve milímetros mientras se dirigía a la acera.

Matt apartó la mano del arma.

—Vale, pero, si le hacéis daño a Josh, aseguraos de que parezca un accidente. Eisa Heaton no es la única a la que le ha hecho daño hoy. Se lo merece.

Peterson entrecerró los ojos.

—¿A quién más...?

Matt levantó el codo con la fuerza suficiente como para alcanzar a Stu Peterson en la barbilla y hacer que se golpeara la cabeza con el marco de la puerta. Se oyó un ruido sordo. En una fracción de segundo puso la marcha adelante y pisó el acelerador a fondo.

—¡Agarraos!

El motor chilló y el coche salió despedido hacia delante, directo a los hombres que había en mitad de la calle. Peterson, que seguía en la ventanilla, se retorció, se golpeó con el lateral del coche y se cayó, al tiempo que los suyos se hacían a un lado. Matt aún seguía tratando de ganar velocidad cuando empezaron los disparos. El agente giró el volante a la izquierda con determinación, salieron de Main Street derrapando y se metieron en Thornily, pero no lo bastante rápido como para evitar que la ventanilla trasera estallara mientras las balas alcanzaban el coche.

63

HANNAH

Malcolm gritó algo a su espalda, pero Hannah lo ignoró. Corría tan rápido como podía, siguiendo la valla en dirección a las voces y al sonido de la maquinaria pesada. La joven debía de haber recorrido unos seiscientos metros cuando los vio entre los densos árboles: había al menos media docena de camiones, uno de ellos era una simple plataforma que transportaba los rollos de valla y los postes de metal. Una especie de tractor con algo parecido a un sacacorchos tan alto y tan ancho como ella andaba atareado haciéndole algo a la tierra mientras unos veinte o treinta obreros extendían la valla metálica. Los obreros iban con mono blanco, chaleco naranja y casco. Diseminados entre los obreros había soldados vestidos con uniforme negro y gris armados con un enorme rifle cada uno.

—¡Socorro! —les gritó Hannah—. ¡Quiere matarme! ¡Socorro!

Los soldados estaban tan concentrados en controlar la instalación de la valla que a Hannah le pareció que se sorprendían al oír su voz. El que más cerca estaba de ella era jovencito, veintipocos. Llevaba el rifle colgado en bandolera, sostenía una botella de agua en una mano y lo que parecía una pastilla grande en la otra.

Alguien gritó desde atrás:

—¡Detenedla! ¡Que alguien la detenga!

Hannah siguió la voz y se quedó pasmada al ver que quien ordenaba aquello era un sacerdote.

Vestido completamente de negro, junto a un bulldozer, el hombre tenía la mano levantada y señalaba a Hannah. Tenía un rosario entre los dedos.

—¡Que no dé un paso más!

El soldado jovencito tiró la botella de agua y la pastilla y buscó el rifle a tientas. Cuando lo empuñó, apuntó a Hannah a la cabeza.

Se oyó un disparo, seguido de otros dos muy seguidos. Quien disparaba era un soldado que debía de estar como a unos seis metros. Hannah se volvió a toda prisa y vio que a Malcolm le salían dos manchas rojas del pecho, y que había un agujero negro en el centro de la máscara de arpillera, justo por encima de los ojos. El joven se agitó y cayó al suelo. El hacha cayó a su lado.

Hannah chilló y empezó a correr hacia los árboles.

La primera bala la alcanzó en la sien izquierda, le atravesó el cerebro y le salió por el centro de la mejilla derecha. No llegó a oír los otros tres disparos.

64

RILEY

—¡Eso han sido disparos! —Riley se quedó inmóvil, mirando en dirección al espeso bosque.

En lugar de ir montaña abajo y subir para llegar a la cabaña de Roy Buxton, los niños habían decidido acortar yendo por el bosque. Era complicado saberlo, pero les pareció que los disparos provenían de más abajo.

—Es probable que sean cazadores —sugirió Mason antes de seguir adelante, aunque no parecía que ni él se creyera sus propias palabras.

—Alguien ha gritado. Yo he oído un grito.

—Eso no ha sido un grito —Mason señaló con el bate la dirección aproximada desde donde venían los tiros—, ha sido un ciervo al caer. O puede que un pavo salvaje o algo así. Si no les aciertas bien, hacen todo tipo de sonidos.

Evelyn se detuvo entre ambos. Estiró el brazo y cogió a su hermano por la capucha de la sudadera para detenerlo.

—Todos quietos. Un momento. Escuchad.

—Son cazadores —insistió Mason, pero también se detuvo—. La temporada de osos negros y de ciervos empezó hace dos semanas.

Robby se sacudió al lado de Evelyn.

—Eso no ha sido un rifle de caza, sino un arma de asalto.

—¿Y eso te lo dice tu sentido arácnido de tío rarito? —le preguntó Mason.

—Una carabina M4, accionada por gas, un rifle de asalto con cargador. Un arma desarrollada en Estados Unidos durante los años ochenta. Es una versión corta del M16 y se utilizó por primera vez...

Evelyn volvió a tirar de la capucha de su hermano.

—Robby, cierra el pico. Escuchad todos unos instantes.

—¿Y qué quieres que escuchemos? —murmuró Mason—. Yo no oigo una mierda.

—¡Por Dios, Mason, cierra la puta boca!

Cuando por fin se calló, cuando por fin se callaron todos, Riley entendió lo que quería decirles Evelyn.

—No se oye nada. Ni pájaros, ni bichos..., no se oye nada. Ni siquiera sopla el viento. Es como si no hubiera nada de nada.

Evelyn se volvió y miró hacia los árboles.

—Qué raro, ¿no? —comentó.

Riley se rascó el brazo.

—Sí, es raro —convino.

Mason se estaba impacientando:

—Deberíamos seguir. La madriguera de mierda esa en la que vive Buxton está justo detrás de aquel saliente.

Evelyn lo ignoró. Estaba concentrada en Riley.

—Te estás rascando de nuevo —le dijo.

—¿Y?

—A ver, levántate la manga.

Riley no quería hacerlo. No tenía ni idea de cómo habían aparecido allí los nombres de Mason y de Roy Buxton, y eso la asustaba..., pero la idea de que apareciera un tercer nombre la

asustaba aún más. Aunque lo que más la asustaba era lo que pensarían Evelyn y los demás si en su brazo aparecía otro nombre. Le contarían a todo el mundo que era una especie de monstruito, de tía rara... o algo peor.

—No es nada. Me ha picado un mosquito.

Evelyn puso los ojos en blanco, se acercó a ella pisando fuerte, le sujetó la muñeca y le levantó la manga.

—¡Y una mierda un mosquito!

—A ver si lo adivino... —empezó a decir Mason—, ha dibujado un corazón enorme alrededor de mi nombre.

—¡Yo no he dibujado nada!

Evelyn frunció el ceño.

—Vacíate los bolsillos y dales la vuelta.

—¿Por qué?

—¡Porque cuando descubra dónde estás escondiendo el boli, te voy a dar una tunda que te van a parecer dos!

Riley intentó apartarse, pero Evelyn la sujetó más fuerte y le dijo a Mason:

—Cachéala.

—Cachéala tú. Yo no pienso tocarla. Así es como acaba la peña en esas listas de Internet.

—Sácate los bolsillos, vamos —insistió Evelyn.

Riley se los sacó y, cuando Evelyn vio que estaban vacíos, empezó a tocar a Riley por todo el cuerpo a toda velocidad: la parte de delante y de detrás de la camiseta, la cinturilla de los vaqueros, los zapatos, los calcetines...

—¿Dónde escondes el bolígrafo?

—Ya os he dicho que no tengo ningún bolígrafo y que yo no me he escrito eso. ¡Yo no me lo he escrito!

—Como la obligues a desnudarse me largo.

—No pienso... —Evelyn se quedó pensativa y, al cabo de un rato, dijo—: ¿Pretendes hacernos creer que lo de los brazos te ha aparecido por arte de magia?

Riley no creía en la «magia», pero...

—Yo, desde luego, no lo he escrito.

—Bueno, pues nosotros tampoco y por aquí no hay nadie más.

—Y si no es un corazón, ¿entonces, qué es? —Mason se acercó a mirar el brazo de Riley—. ¿Quién coño es Hannah Hernandez?

—No conozco a nadie con ese nombre —respondió Evelyn.

—Yo tampoco —les dijo Riley—. Os lo juro.

—Hannah Hernandez —dijo Robby—. Quince años. Vive en Birch Street. La madre se llama Martha; el padre, Luis.

Mason miró a Robby con unos ojos como platos.

—De verdad, me pones los pelos de punta. Eres como un Internet que camina y se tira pedos.

El nombre estaba escrito un poco más pequeño que los otros y ligeramente en ángulo, pero era fácil de leer.

Evelyn se lamió el pulgar e intentó borrarlo, pero no lo consiguió.

—Es como un tatuaje... Creo que lo tienes por debajo de la piel, como ha dicho Robby.

Riley miró a Evelyn con los ojos muy abiertos.

—¿No se quita?

Robby dijo en un susurro:

—Hannah Hernandez ha sido quien ha gritado.

Aquella afirmación sacó de quicio a Mason.

—Es imposible que sepas eso.

Robby no respondió, pero no hacía falta, todos sabían que tenía razón.

Mason reemprendió la marcha visiblemente malhumorado, pisando con fuerza.

—¡Venga, vamos a casa de Buck!

Evelyn aún seguía sujetándole la muñeca a Riley cuando apareció otro nombre.

65

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 21:37 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

Nota del análisis: los signos vitales del sujeto dejaron de emitir durante treinta y siete segundos, pero volvieron y parecían normales. El sujeto estuvo muy callado en todo momento.

SORDELLO: ¿Agente? ¿En qué está pensando?
MARO: ¿Podemos hacer un descanso?
SORDELLO: No creo que sea buena idea.

Nota del análisis: Sordello cogió los expedientes de Hannah Hernandez y Malcolm Mitchell y los colocó en el cajón transportador, pero no se los pasó al sujeto, sino que volvió a cogerlos y a dejarlos en el montón junto con los otros.

SORDELLO: ¿Conocía usted a Hannah Hernandez?
MARO: Es un pueblo pequeño. La conocía de vista y de saludarnos al pasar. Ahora bien, no sé nada de ella. Supongo que eso es bueno, porque significa que nunca estuvo en mi radar.
SORDELLO: ¿Se refiere a que nunca se metió en problemas?
MARO: Sí.
SORDELLO: ¿Tampoco sabe nada de Malcolm Mitchell?
MARO: De él sé que dejó el instituto. Ellie lo tenía en su radar porque lo consideraba un sujeto potencialmente problemático, pero lo cierto es que no dio ningún motivo para ello. En una ocasión lo pillé disparando, como hace unos

seis meses, cerca del Paso Nublado. Estaba tirando a unas latas de Coca-Cola con una 22. Me aseguró que la pistola era de su padre. Su padre lo respaldó, pero siempre he tenido la sensación de que lo estaba cubriendo. Ahora bien, no había cometido ningún crimen, al menos que yo pudiera probar. Lo de... lo de Hannah... Eso fue horrible, pero no tengo constancia de incidentes anteriores. Marcie Holden no habló de él. De haberlo hecho, lo habríamos investigado. Es imposible que matara a seis chicas. En pueblos tan pequeños como el nuestro no pasan esas cosas. Si una chica desaparece, nos...

SORDELLO: Siga.

MARO: Nos movilizamos. Trabajamos juntos. Siempre lo hemos hecho.

Nota del análisis: Sordello cogió una hoja de papel del expediente de Malcolm Mitchell y la pegó al cristal. El sujeto se acercó.

MARO: ¿Qué es esto?

SORDELLO: Las demás víctimas.

MARO: No conozco ninguno de esos nombres. Desde luego, si es verdad, no eran del pueblo.

SORDELLO: ¿Alguna vez le dijo Malcolm Mitchell que había vivido en Columbus, Ohio?

MARO: ¿En Columbus? No.

SORDELLO: La misma máscara. El mismo *modus operandi*. Seis chicas asesinadas atribuidas al mismo asesino, cuatro de las cuales están conectadas por el ADN. Una de las chicas escapó y aseguraba que el captor no dejaba de hablar para sí. Es probable que fuera esquizofrénico. Si pudiera conseguir una muestra del ADN de Malcolm Mitchell, ¿cree usted que coincidiría?

MARO: A menos que viajase de un estado al otro, no veo cómo iba a ser posible. ¿Cuándo secuestraron a las chicas de Ohio?

Nota del análisis: Sordello se salió del guion aquí. Se suponía que no tenía que mencionar lo de los asesinatos de Ohio. Puede que por eso reculara y cambiara de tema.

SORDELLO: ¿Esperaba usted que Stuart Peterson y su grupo le dispararan? ¿Alguna vez había mostrado Stuart Peterson tendencias violentas en su presencia?

MARO: Stu es una de esas personas que siempre tiene la necesidad de sentir que está al mando. Es el primero en informar de los potenciales cazadores furtivos cuando los ve en la montaña y no tiene empacho en levantar la voz en las reuniones del pueblo cuando algo no va como le parece que debería. Ahora bien, ¿coger un arma y dispararle a alguien? Nunca.

SORDELLO: ¿Cree que ese día mostró su verdadera naturaleza y que, hasta entonces, había mantenido una fachada? ¿O piensa que el estrés de lo que estaban viviendo hizo que perdiera la cabeza?

MARO: Yo diría que eso debería preguntárselo mejor a un loquero.

SORDELLO: Pero se lo pregunto a usted.

Nota del análisis: los signos vitales del sujeto volvieron a dejar de estar activos y no hubo lecturas durante doce segundos. Aunque avisamos de ello a Sordello por el auricular, no autorizó a que nadie entrara en la cámara del sujeto para comprobar las conexiones. No quería interrumpirlo.Cuando sus signos vitales reaparecieron,el sujeto abrió la botella de agua y tomó un buen trago. Hizo una mueca y la escupió.

MARO: ¡Está malísima! ¿Le han puesto algo?

SORDELLO: Lleva todo el rato en su cámara. Nadie la ha tocado.

Nota del análisis: estaba claro que el sujeto lo sabía. Pasó los siguientes treinta segundos mirando la botella. Si pensaba algo más acerca del agua, no dijo nada. Dejó la botella en el suelo y continuó.

66

MATT

—¿Algún herido? —gritó Matt mientras derrapaban por Thornily, a punto de llevarse por delante dos buzones de la esquina que el agente evitó girando el volante en la dirección contraria y recuperando el control del coche—. ¿Algún herido? —volvió a preguntar.

Gabby seguía agachada. Se incorporó, comprobó que no se había hecho nada, y a continuación se aseguró de que la chica estuviera ilesa.

—No..., nosotras estamos bien. Estamos bien.

—Matt...

Josh hablaba como con miedo y apenas se le oía desde detrás. Matt dio con él en el retrovisor.

—¿Sí? Dime, ¿te han...?

Pero no era a Josh a quien habían alcanzado. Cuando se volvió, Matt vio la mancha roja en el respaldo donde hasta hacía un instante estaba Sally. Ahora, la mujer estaba recostada de lado, con la cabeza descansando en la puerta. La sangre le burbujeaba entre los labios y le caía por la barbilla formando un fino hilo. Intentó hablar, pero solo alcanzó a toser de forma casi inaudible.

Gabby se dio la vuelta y exclamó:

—¡Oh, no, Sally!

Matt aún no estaba preparado para reducir la velocidad, quería poner más distancia de por medio con Peterson y los suyos, o la situación podría ponerse aún más fea en un santiamén. Con un ojo en la carretera, estiró el cuello e intentó ver mejor qué le pasaba a Sally.

—No veo orificio de salida. Josh, aplícale presión en la espalda... ¡o por donde sea que haya entrado el tiro!

Josh levantó las manos esposadas:

—¡Quítamelas y deja que me vaya antes de que a mí también me maten!

—Las esposas no te las voy a quitar, pero aún puedes moverte. ¡Ayúdala, egoísta de los cojones!

Josh le sostuvo la mirada a través del espejo retrovisor por un instante, pero finalmente cogió a Sally con cuidado por el hombro y la giró un poco. La mujer estaba consciente, pero le faltaba nada para perder el conocimiento. Volvió los ojos hacia Josh, pero como con retraso, como si acabase de darse cuenta de que alguien la estaba tocando. Intentó hablar, pero lo único que consiguió fue toser una sangre negra. Matt sabía que eso significaba que la bala le había dado en los intestinos, puede que en el estómago..., y vete tú a saber en dónde más.

Josh se quedó pálido cuando vio mejor la herida. Miró a Matt y negó despacio con la cabeza.

—¿Por dónde ha entrado?

Josh tragó saliva.

—Diría que por la parte de la mitad hacia abajo de la espalda, en el lado izquierdo.

El hígado, el estómago, el páncreas... Matt intentaba imaginarse los órganos vitales de la mujer.

Gabby aún llevaba el mandil de la cafetería. Se lo quitó y se lo tendió a Josh.

—Toma, utilízalo para intentar detener la hemorragia.

Josh lo cogió y se lo puso a Sally en la espalda.

—Hay un segundo orificio más abajo, en el centro de la espalda. Veo por dónde ha entrado la bala..., pero apenas hay sangre.

—¿Le ha dado en la columna?

Josh asintió.

—Sí, creo que sí.

Estaban cerca de la calle que había que tomar para llegar a casa de Ellie. Matt miró hacia delante porque no se la quería saltar.

—Matt... —musitó Josh.

—Mantén la presión, casi hemos llegado.

—Matt, se ha...

—Seguro que Ellie tiene algún botiquín o algo similar. Detendremos la hemorragia, la estabilizaremos y daremos con la manera de llevarla a North Hollow.

Gabby seguía girada en su asiento y miraba a Josh. La mujer se volvió hacia Matt, extendió el brazo por delante de la chica silenciosa y le apretó el antebrazo.

—Lo siento, Matt, pero ha muerto.

Cuando Matt miró a Josh por el retrovisor, el hombre volvió la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada.

Matt pisó el freno con todas sus fuerzas y el coche se detuvo deslizándose por el camino de entrada de la casa de Ellie, detrás de

la vieja camioneta Ford de la sheriff. Cuando el coche se detuvo del todo, golpeó el volante con ambos puños.

—¡Mierda, joder!

67

RILEY

—¿Sally Davie no trabaja en la comisaría con el novio de tu madre? —Evelyn intentó borrar el nuevo nombre que había aparecido en el brazo de Riley, pero, tal como sucedía con los demás, la tinta ni siquiera se emborronaba. Era como si estuviera por debajo de la piel. Todos se quedaron mirando cómo aparecía el nombre, primero más suave, apenas visible, y cómo iba oscureciéndose después.

Riley empezó a rascárselo sin darse cuenta de que lo estaba haciendo. Le picaba tanto como los otros. No, aún más.

Evelyn le apartó la mano.

—¡Para, que te vas a hacer daño!

—¡Quiero que desaparezca!

—Ya lo sé —le dijo la niña—. Yo también lo querría...

Robby miró el brazo de Riley un instante más y reemprendió la marcha.

—Se llama dermatografía. Venga, vamos, que hay que seguir.

El niño no ofreció ningún tipo de explicación o definición, esta vez se limitó a dejar caer el término, como si todos tuvieran que saber a qué se refería; como si aquello fuera tan común como comer pizza.

Mason se encogió de hombros y salió tras él.

Evelyn apretó los labios. Parecía que fuera a decir algo, pero debió de cambiar de opinión en el último instante. La niña, que aún seguía

teniendo a Riley cogida del brazo, tiró de ella para seguir a Robby y a Mason.

Diez minutos más tarde llegaron al pequeño claro donde se encontraba la cabaña de Roy Buxton.

La camioneta estaba en el camino de grava y, a pesar de que hacía una buena temperatura para el mes de octubre, en la chimenea se alzaba una fina hebra de humo blanco.

Los cuatro se escondieron tras el sotobosque, en la linde que conformaban los árboles.

—Y ¿qué vamos a decirle exactamente? —le preguntó Mason a Evelyn entre susurros—. «Oye, que tu nombre ha aparecido en el brazo de esta niña y nos ha parecido bien venir hasta aquí para decírtelo. ¡Ah, por cierto! Hemos entrado en el recinto de la torre del agua y te lo hemos desordenado todo. Hemos pensado que, ya que hemos venido a verte, también deberíamos comentarte eso».

—Podríamos decirle que estábamos dando un paseo por el bosque, que hemos oído disparos, nos hemos asustado, hemos visto su cabaña y hemos decidido acercarnos —propuso Evelyn—. Rollo «por favor, protéjanos, señor adulto, que somos niños indefensos y estamos perdidos en el bosque».

—Sí, creo que eso funcionará... siempre que esté sobrio.

—Oh, sí, lo estoy —oyeron que decía una voz ronca a su espalda— y vosotros estáis violando una propiedad privada.

Los cuatro se volvieron a la vez y se toparon con Roy Buxton y su escopeta, que apuntaba directamente a Mason.

—Muchacho, ¿qué te parece si me das el bate antes de que cometas alguna estupidez?

68

MATT

—Lo siento mucho, Matt —le susurró Gabby de nuevo.

Matt volvió a mirar por el retrovisor los ojos sin vida de Sally, pero tuvo que apartar la vista. No soportaba verla así. Aquello había sucedido por su culpa; todo lo que estaba sucediendo era culpa suya. Él los había montado en el coche. Él había salido de estampida. Tendría que haberse enfrentado a Peterson allí mismo, en la calle, dejarle las cosas claras. Debería de haberles incautado las armas y haberlos enviado a todos a casa. Desde luego, es lo que habría hecho Ellie. Él, en cambio, había salido huyendo y, ahora, Sally estaba muerta.

Y no solo Sally...

Norman Heaton.

Eisa Heaton.

Lynn Tatum.

Gracie y Oscar.

Y era probable que Ellie también lo estuviera.

Todos habían muerto... durante su guardia.

Y de esos era de los que tenía noticia, pero, al igual que los demás, había oído disparos y gritos esporádicos.

Gabby le apretó el brazo.

—No deberíamos quedarnos aquí fuera. No es seguro.

—¿Y acaso crees que no verán el coche, tonta de los cojones? —le espetó Josh antes de estirar el cuello para mirar a través de lo que quedaba del parabrisas trasero—. ¡Lo que tendríamos que hacer es marcharnos, Matt! ¡Vas a conseguir que nos maten a todos!

Matt sintió que se le calentaba la piel. Luchó para reprimir sus ganas de salir del coche, sacar a rastras a Josh y darle la paliza de su vida. Lo más probable era que hubiera matado a su familia y a Eisa Heaton... y era la muerte de esta última lo que había activado a Peterson. Quizá tendría que haberles dejado a Josh. Puede que aún no fuera tarde para hacerlo. ¿De verdad era tan mala la justicia callejera para alguien como él?

—¿Matt?

Gabby no le quitaba el ojo de encima.

Matt sujetaba el volante con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos..., porque, de algún modo, deseaba que el volante fuera el cuello de Josh. Notó que le temblaba todo el cuerpo.

—Cariño, no podemos quedarnos en el coche —le dijo Gabby con suavidad, acariciándole el fino vello que despuntaba en la parte superior de la muñeca.

Matt soltó el volante y respiró hondo.

Tenía que concentrarse, tenía que ceñirse a lo previsto. No era cosa suya juzgar a Josh, y tampoco era cosa de Stu Peterson. Lo que tenía que hacer era ponerlos a todos a salvo y dejar que el sistema hiciera aquello para lo que había sido diseñado.

Matt alzó la vista y miró calle abajo. No había ni rastro de Peterson y los suyos, pero eso no quería decir que estuvieran lejos. Gabby tenía razón, no podían quedarse allí fuera. Y, a decir verdad, Josh también tenía razón. Tenían que hacer algo con el coche.

—Dame un segundo.

Antes de que Gabby respondiera, Matt salió del coche, dio un portazo y corrió hasta el porche.

Ellie dejaba una llave de la casa escondida debajo de uno de los tiestos, el de esa planta que parecía que llevara seca, más o menos, desde que Ronald Reagan dejó la presidencia del Gobierno. Mientras buscaba la llave, Matt se fijó en que aún le temblaba la mano. Cuando fue a introducirla en la cerradura, reparó en que la puerta ya estaba abierta; no mucho, apenas un resquicio, pero Ellie jamás la habría dejado así.

Desenfundó y abrió la puerta con el pie. La luz se derramó por la oscura sala de estar lo suficiente como para iluminar el polvo que había en el aire.

—¿Ellie? Soy Matt. ¿Estás aquí?

Tal como suele suceder con todas las casas viejas, los huesos de la casa de Ellie crujieron y emitieron chasquidos, pero Matt no oyó nada más mientras entraba en la casa.

Había pisadas embarradas que cruzaban el salón e iban hasta la cocina, al fondo. También había unas gotitas de sangre. Matt se agachó para examinarlas más de cerca. La sangre aún estaba húmeda.

—¿Cómo sé que estás bien? —preguntó Ellie desde algún punto a la derecha de Matt.

La frase fue seguida del ruido de una escopeta al cargarse. Una sombra se movió y, mientras Matt se volvía poco a poco, vio a su jefa oculta en la penumbra. La mujer estaba en la esquina más alejada de la sala, detrás de una butaca reclinable, apuntándole con la escopeta. La única luz de la habitación era la que provenía del

acuario, una luz azulada, como brumosa, que se reflejaba en el lateral de la cara de Ellie, que tenía sangre coagulada y varios hematomas. También iba despeinada, con la mitad de la coleta deshecha. Sus ojos parecían inusualmente grandes y tenía pinta de maníaca. Aun así, sujetaba la escopeta con firmeza.

—Al menos cuatro personas han intentado matarme en la última hora. ¿Cómo sé que no vas a ser la quinta?

—Ellie, soy yo, Matt. Soy...

—Sí, coño, ya sé que eres Matt, pero eso no parece que quiera decir mucho en el día de hoy —le soltó—. No hace ni diez minutos, la dulce ancianita que tengo por vecina me ha atacado con un cuchillo de cocina. Diez minutos antes, un Prius verde ha intentado atropellarme. Era el cabrón de Ed Philips. Sonreía mientras venía a por mí. Lo ha intentado en dos ocasiones, hasta que he conseguido meterme entre los árboles y dejarlo atrás. En el bosque me he encontrado con un senderista. Tenía la mitad inferior de la cara y la camisa cubiertas de sangre, pero no era suya. Me ha dicho que ha discutido con su novia, que estaban acampados cerca de las cataratas. Me ha contado que la joven ha empezado a gritar que la estaba engañando con otra y que ha intentado cortarle el colgajo. Me ha dicho que ha sido en defensa propia. Me ha dicho que la ha mordido hasta matarla. Y me lo ha dicho justo antes de lanzarse a por mí como si fuera un zombi en una peli de serie B. He tenido que matarlo, Matt. No me ha dejado otra alternativa. Aun así, nada de esto tiene ni punto de comparación con lo que me ha hecho Edgar Newton..., pero aún no estoy preparada para hablar de eso. No he tenido tiempo de procesarlo, porque alguien ha hecho estallar las ruedas de mi coche patrulla en la 112 y ha empezado a dispararme.

Soldados, Matt. ¡Putos soldados en la Ruta 112! Todo el mundo se ha vuelto loco, así que, ¿cómo sé que tú estás bien?

Matt se miró las manos y pensó en lo que había querido hacerle a Josh hacía apenas unos minutos...; en lo que aún quería hacerle.

—Estudié Psicología en la universidad y, en una ocasión, nuestro profesor nos hizo una pregunta. Nos preguntó si creíamos que los locos sabían que estaban locos, y nos contó la historia de un hombre que había ido a Urgencias con dolor abdominal. El hombre le dijo a la enfermera que estaba embarazado y, cuando esta lo examinó, descubrió que el hombre tenía un tajo enorme en las tripas, desde el ombligo hasta uno de los pezones. El hombre había metido una muñeca dentro y le asomaba el pelo. El hombre miró a los ojos a la enfermera y le preguntó si podía salvar al bebé.

—Hostia puta.

El agente se lamió los labios —se los notaba muy resecos—. Nada de lo que veía en Ellie le recordaba a la Ellie que conocía. Matt quería creer que se debía a la adrenalina, a que el cuerpo de su jefa estaba intentando procesar todo lo que había pasado ese día, igual que él, pero, fuera por lo que fuera, nada en ella encajaba. Desde la mirada de loca al modo en que saltaba de un pensamiento a otro, de forma atropellada. Ellie era una de las personas más serenas que conocía, incluso en situaciones de estrés. Ese era uno de los rasgos que más admiraba de ella, pero le daba la sensación de que algo se había roto. Estaba rota... ¿o era él quien estaba roto?

—¿Has perdido tú la cabeza? ¿La he perdido yo? No tengo ni idea. No lo sé. Ahora mismo no estoy seguro de ser capaz de distinguir a un cuerdo de un loco. Puede que todos nos hayamos vuelto locos y que no seamos conscientes de ello. —La miró—. A mí también me

han disparado en la 112. No he visto quiénes eran, pero es muy probable que se tratara de los mismos soldados que has mencionado. Fue cuando iba a buscarte.

—¿Cuándo ha sido eso?

Matt se lo contó.

—Así que no has visto la valla —comentó ella pensativa—. Eso ha sido más tarde.

—¿Qué valla?

—Una de más de tres metros y medio, con alambre de espino en lo alto y electrificada. No sé dónde empieza ni cómo coño la han levantado tan rápido, pero yo diría que rodea el pueblo..., puede que el valle entero. La única forma de entrar o salir es la autopista, pero allí han puesto una verja doble y hay guardias apostados por todos lados. Habré recorrido algo menos de kilómetro y medio antes de decidirme a dar la vuelta.

—Ellie, ¿podrías bajar el arma?

No lo hizo. La mujer siguió hablando sin dejar de apuntarlo.

—Pero no son soldados normales, Matt. Hay algo raro en los uniformes. No llevan ni etiquetas con el nombre ni distintivos de rango. Además, son de un color extraño. Parecen de una empresa privada, pero es que no entiendo cómo alguien puede movilizarse tan rápido. Lo único que tengo claro es que están intentando contener... lo que sea que es... esto. —Abrió aún más los ojos, si es que eso era posible, y miró hacia la puerta—. ¿Estás solo?

—Ellie, por favor, baja el arma.

—No has respondido a mi pregunta.

Matt estuvo a punto de mentirle, pero eso no ayudaría en nada. Antes o después vería a los demás.

—Me acompañan Gabby y Josh Tatum. —Hizo una pausa para dar con las palabras, pero no había una manera fácil de decirlo, así que lo soltó sin más—: Ellie, Sally ha muerto.

Al oír aquello, la sheriff dejó caer el cañón de la escopeta y se quedó boquiabierta.

—Pero... ¿Cómo?

Matt se lo contó.

Se lo contó todo.

Y lo hizo tan rápido como pudo.

Cuando terminó, Ellie rodeó la butaca reclinable y se dejó caer en ella, sobre los cojines. Matt le contó lo que le había explicado Sally en la comisaría, lo de la demora en las búsquedas de Internet y los resultados filtrados; que tenía la sensación de que alguien estaba leyendo sus correos electrónicos antes de permitir que entraran.

—Al principio me pareció que estaba paranoica, pero ahora creo que estaba en lo cierto. Quien sea que nos haya encerrado está monitorizando nuestras comunicaciones.

Se oyó un crujido arriba. Movimiento en el segundo piso.

Matt aún tenía la pistola en la mano. La levantó y señaló hacia las escaleras.

—¿Hay alguien más?

Antes de que a Ellie le diera tiempo a responder, Addie Gallagher empezó a bajar las escaleras envuelta en una toalla. Se estaba secando el pelo con otra.

—Gracias por dejar que me duche, Ellie. Me sentía... —Al ver a Matt se quedó inmóvil y se ruborizó—. Hola.

—¿Qué haces aquí?

Addie levantó el brazo derecho. Tenía la muñeca vendada con gasa.

—Iba camino de casa y la vecina de Ellie salió gritando de entre los arbustos, con un cuchillo en la mano, y se abalanzó sobre mí. Si Ellie no llega a estar aquí, ahora mismo podría estar muerta.

Matt recordó lo que Ellie le había contado al principio.

—¿La de al lado? ¿Con un cuchillo de cocina?

Ellie asintió.

—Ha cargado de tal manera que cualquiera habría dicho que padecía la rabia.

Matt no tuvo que preguntar cómo había logrado detenerla; la mirada que intercambiaron ambas mujeres le dejó claro que la vecina estaba muerta. Llegados a ese punto, el «cómo» importaba bien poco.

Gabby apareció en el umbral.

—Josh insiste en que ocultemos el coche antes de que Stu Peterson lo vea, y creo que tiene razón. Voy a cogerlo e iré a por Riley. Tiene que estar... —Su voz se quedó en suspenso cuando vio a Addie medio desnuda en las escaleras.

Addie se dio la vuelta despacio y empezó a subir.

—Creo que será mejor que me vista.

69

CODY HILL

Hasta esa mañana, Cody Hill había sido un estudiante de segundo de secundaria en el instituto de Hollows Bend.

Hacía dos horas, sin embargo, había tomado la decisión de no volver a esa vida.

Había tenido una epifanía.

Se había dado cuenta.

Había tenido una revelación.

Cody no era especialmente popular, nunca lo había sido. La mayoría de sus compañeros no lo veían cuando caminaba por los pasillos, aunque eso a él ya le parecía bien. A los gilipollas del mundo, gente como Mason Ridler y Brett Murphy, los que sí que lo veían, a esos no iba a echarlos de menos. ¡Joder, pero si hacía dos semanas lo ataron a unos travesaños de metal que había debajo de las gradas tras un espectáculo de las animadoras y lo dejaron allí hasta que el conserje lo encontró tres horas después de que hubieran acabado las clases! ¡Y el mes pasado lo metieron en las duchas completamente vestido!

Cody había decidido desviarse de su camino para asegurarse de que la gente como esa no lo veía. Después de esa noche, de hecho, no volverían a verlo jamás.

Después de esa noche, todos sus problemas desaparecerían.

Cody sonrió, se inclinó un poco más hacia la luz y sujetó el soldador sin moverlo el tiempo suficiente como para unir el fino cable de plomo directamente al contacto de la pila de nueve voltios. Las instrucciones que había sacado de Internet no decían nada al respecto, pero tampoco estaría de más. No había ninguna razón para arriesgarse a que la pila se moviera y se soltara. Además, tampoco es que fuera a tener que reemplazarla nunca.

La gente de Hollows Bend se había vuelto loca de remate, aunque Cody no sabía por qué. Tenía un par de teorías, pero lo cierto era que le daba lo mismo. A él lo único que le importaba era que había sucedido y que había sucedido justo ese día, de modo que lo que tenía planeado quedaría perfectamente encubierto. Nadie sospecharía de él y, aunque lo hicieran, siempre podía culpar a lo que fuera que había en el aire y que los había vuelto a todos locos. «¿Que hice qué? ¡Ay, pues yo no quería! ¡Yo nunca le haría daño a nadie! ¡Tienen que creerme!». Y blablablá.

Él era un tío muy tranquilo.

Cody supuso que dirían algo así. Era lo que siempre decían. Pero él podía hacer mucho ruido... y pronto iban a descubrirlo. En un primer momento pensó en escribirlo todo, en dar forma a un manifiesto, una lista con los nombres de todos los que iban a morir y por qué merecían morir. Había empezado con ese proyecto hacía cosa de un mes, pero no tardó en darse cuenta de que no tenía alma de escritor, y de que no estaba siendo capaz de comunicar adecuadamente lo gilipollas que eran las personas a las que había convertido en sus objetivos. Ni siquiera cuando los incluyó en la lista y escribió lo que le habían hecho parecían los malos de la película o, al menos, no hasta un nivel que lo satisficiese. Intentó dibujarlo,

pero era peor dibujante que escritor. Lo del manifiesto no estaba funcionando, así que lo quemó. Fue en algún momento mientras ardía la hoguera cuando se le ocurrió el plan B. ¿Por qué dispararles cuando podía usar el fuego? Al principio había planeado utilizar el AK de su padre y perseguir a todo el mundo por los pasillos del instituto, pero había visto esa misma historia en la televisión las veces suficientes como para saber cómo acababa: lo matarían antes de que hubiera matado él a todos los que quería matar. Pero ¿y un incendio? ¿Una bomba? No hay modo de detener una buena bomba. Con una bomba todo acabaría incluso antes de que nadie se diera cuenta de que había empezado.

Además, su padre se había ido a cazar a Maine y se había llevado el AK. Fuera el rifle, adelante con la bomba. Cody no sabía si iba a poder ir al colegio al día siguiente... teniendo en cuenta la locura que se había apoderado de todos. Sería mejor hacerlo esa noche. Tan solo necesitaba juntarlos a todos en un mismo lugar, pero eso no era complicado.

La impresora de su ordenador se quedó en silencio. Se había terminado el papel, así que Cody cargó otro montón. Cuando la impresora volvió a ponerse a trabajar, Cody cogió uno de los carteles:

¡REUNIÓN DE EMERGENCIA! A LAS 19:00
EN EL AUDITORIO DEL INSTITUTO DE HOLLOWS BEND

El temporizador de su móvil empezó a sonar.

Cody dejó el soldador a un lado, silenció el móvil y se inclinó sobre la mezcla de la placa caliente en la que estaba trabajando en la esquina de su banco de trabajo. Había añadido el aceite, la gelatina,

la gelatina de petróleo, la masilla y el almidón para cuando el agua empezó a hervir. Lo removió una vez más y bajó el fuego.

Estaba espesando bien, como en el vídeo de YouTube.

Cody comprobó la mezcla con el hidrómetro y obtuvo una lectura de catorce. Se suponía que tenía que retirarla del fuego cuando llegara a diecisiete, momento en el que debería tener la consistencia del helado y podría darle forma. Al principio planeó darle forma de ladrillos cuadrados al explosivo casero —al fin y al cabo, así aparecía el C-4 siempre en las películas—, pero todas las webs que había visitado recomendaban que se le diera forma redonda. Las esferas garantizaban una velocidad de detonación mayor. Eso significaba que tendría que llevar los explosivos en los bolsillos del chaleco en vez de fijarlos al exterior. No quedaría tan chulo, pero si así funcionaba mejor...

El chaleco explosivo era su plan C. Lo llevaría, pero solo lo activaría si se veía en apuros. La bomba de la esquina de la mesa de trabajo, esa era la joya de la corona, su obra maestra; con temporizador y control remoto. No solo llevaba el explosivo, sino que había añadido clavos y rodamientos. ¡Adiós, instituto de Hollows Bend! ¡Adiós, hijos de puta! Si todo iba bien, los vería morir y nadie sabría nunca nada del chaleco. Si la cosa no salía bien, seguiría viéndolos morir, solo que no tendría tanto tiempo para deleitarse porque entonces habría que detonar el chaleco. No pensaba ir a la cárcel.

El temporizador del microondas empezó a sonar en el piso de arriba.

A Cody le rugieron las tripas.

Primero comer, y, luego, acabar el trabajo.

Subió las escaleras del sótano de dos en dos y estuvo a punto de tropezar con el cadáver de su madre, que seguía en el suelo de la cocina. La mujer lo miraba inexpresiva, con el cuchillo de cocina aún clavado en el cuello. Cody se había olvidado de ella. Tendría que llevársela de allí antes de salir de casa.

70

RILEY

Roy Buxton señaló con la escopeta a Mason e insistió:

—Te he dicho que me des el bate.

Mason esbozó una sonrisa burlona y empuñó el bate con más fuerza.

—Es un DeMarini Zoa. Me costó quinientos pavos. No te lo voy a dar ni de coña. Vas a tener que dispararme.

Evelyn le arrancó el bate de las manos a Mason y se lo lanzó a Buck.

—No seas gilipollas, Mason —le espetó la niña.

Buck arrojó el bate lejos y este desapareció entre los arbustos.

—Puf..., por tu bien espero que no se haya rayado —murmuró Mason, pero Buck pasó de él.

—Tenéis treinta segundos para contarme qué estáis haciendo aquí antes de que decida enviaros corriendo a toda hostia montaña abajo.

Evelyn le dio un codazo a su hermano.

—Enséñaselo, Robby —le dijo.

Robby se quitó la mochila y sacó las tiras de pruebas del bolsillo delantero. Se las tendió a Buck.

—Esta es de la torre del agua y esta otra es de una cueva que hay como a unos setecientos metros de aquí.

Buck entrecerró los ojos.

—La torre del agua está cerrada con llave, ¿cómo habéis entrado?

—Eso ahora no importa —le dijo Evelyn—. Dinos, ¿cómo explicas lo de las tiras? Y espero que puedas explicarlo, porque he bebido de esta agua —dijo la niña tocando la segunda tira con el dedo índice.

—Lo más probable es que la prueba haya salido mal.

Robby sacó cuatro tiras más de la mochila.

—Todas estas son del mismo lugar.

Mason se acercó un poco más, estudió las tiras y preguntó:

—¿Cuál es la diferencia?

—La prueba del agua de la torre indica que dicha agua está ligeramente alta de hierro y que los niveles de fluoruro, plomo, nitratos y nitritos son normales. Todo está dentro de los rangos normales. En las pruebas del agua de la cueva, en cambio, no sale nada de nada.

—Porque las tiras están mal —insistió Buck.

—Si las tiras estuvieran mal no mostrarían el pH, pero lo muestran —respondió Robby—. La cuestión es que no muestran nada más. Y eso es porque no hay nada más: ni elementos, ni químicos, ni minerales, ni impurezas.

—El agua no puede ser tan pura. Es imposible. Resultaría que esta agua es la más pura del planeta. Siempre hay algún que otro mineral. Las tiras están mal.

Robby no iba a bajarse del burro.

—O bien el agua proviene de algún lugar muy profundo, un sitio en el que ha estado mucho tiempo. De antes de la Revolución Industrial. De antes de la polución. De antes de todo. Si hubiera

estado atrapada en algún sitio así y se hubiera liberado recientemente, explicaría lo de las tiras.

Buck puso los ojos en blanco.

—Sí, vamos, ahora resultará que habéis dado con el pozo personal de Pie Grande. En cualquier caso, ¿qué coño importa? Nadie se queja de que el agua esté limpia.

—Yo no he dicho que esté limpia. Yo solo he dicho que en las tiras de pruebas no sale nada. De hecho —prosiguió Robby—, ni siquiera tengo claro que sea agua. Creo que es algo más... antiguo. Algo anterior al agua..., pero que parece agua.

Buck se mordió el labio inferior y resopló.

—Empiezo a pensar que sueles tomarte la medicación, pero que tu reloj despertador de Bob Esponja no ha sonado esta mañana y se te ha olvidado tomarla.

—En 1911, una expedición científica en la Antártida excavaba en busca de muestras y encontró una que contenía varios litros de peróxido de hidrógeno. Eso es H_2O_2, y no debería de haber existido en aquel lugar, en el hielo. No tenían forma de explicar cómo había llegado allí, pero allí estaba. Los mismos elementos que el agua, pero una combinación diferente. Yo creo que eso es lo que pasa aquí —comentó Robby mientras señalaba la tira de prueba—. Es casi agua, pero no lo es. Hay algo distinto en su composición química, algo que impide que los elementos normales se acumulen.

—Es imposible ganar a Robby en lo de ser Robby, chaval —le dijo Mason a Buck—. Si él lo dice, es verdad. Lo mejor es creérselo y seguir adelante.

Robby añadió:

—Beber H_2O es completamente seguro, pero el H_2O_2 te matará. Así que, si esta agua es alguna otra cosa, vete tú a saber qué podría hacerle a las personas.

Buck se quedó callado. No tenía respuesta para eso.

—¿Cómo llega esa agua a la torre? —le preguntó Evelyn a Buck a pesar de que su hermano ya se lo había explicado mientras venían de camino.

Buck se rascó la aleta de la nariz y se dedicó a mirarse el dedo un buen rato antes de responder.

—Baja de la montaña, casi toda bajo tierra, llega al río Saco, de allí pasa al sistema de filtración que hay cerca de las cataratas, y luego se bombea a la torre. —Y añadió—: Ya sabéis, ese sitio en el que habéis entrado ilegalmente.

Evelyn tocó las tiras de pruebas y dijo:

—Pues, ahora mismo, esto que parece agua está llegando a la torre y la gente se lo está bebiendo, y está provocando que todo el mundo se haya vuelto loco.

Buck la miró unos instantes y refunfuñó:

—Vaya, habéis resuelto el misterio, ¿eh? ¿Quién se supone que eres tú, Vilma o Daphne?

—No sé de quiénes me estás hablando.

El hombre negó con la cabeza.

—Da lo mismo. Venga, tenéis que volver a casa y quedaros con vuestros padres hasta que todo esto haya acabado. No deberíais andar de un sitio para el otro. No es el agua. Estáis persiguiendo un fantasma.

Mason le dio una patada a la tierra y frunció el ceño:

—El tío huele a destilería. Ya os he dicho que estaría borracho. Este no va a ayudarnos.

Buck se lo quedó mirando.

—Por Dios, chico, parece que te estén pegando todo el día. Y, si no es así, puede que vaya siendo hora de que alguien lo haga, porque, a este paso, esa boca que tienes va a acabar contigo antes de que tengas edad para conducir. —Les lanzó otra mirada severa a Robby, a Riley y a Evelyn—. Volved a casa. Todos. Y llevaos al pájaro carpintero ese con vosotros.

Evelyn se plantó.

—Riley, enséñale el brazo.

Riley no se movió. Ella lo único que quería era irse a casa con su madre.

—Sabes que, si no se lo enseñas tú, se lo enseñaré yo. —Evelyn se la quedó mirando fijamente—. Vamos, hazlo.

Riley se mordió el labio inferior y se acercó un poco al hombre. Mason tenía razón, olía. Y no solo a alcohol, olía como si no se hubiera duchado en una semana. Una costra de sudor mezclada con tierra y suciedad cubría su piel, y la ropa no estaba mejor: sucia y con manchas. Riley apartó la cara y respiró por la boca mientras se levantaba la manga y le enseñaba lo que tenía escrito en el brazo. Cuando el hombre se lo cogió y se lo acercó, Riley intentó zafarse, pero la sujetaba con fuerza.

—¿Qué cojones es esto?

—Tu nombre acaba de aparecer en su brazo —le explicó Evelyn—. Sé que da la impresión de que esté escrito, pero no es así. La tinta, o lo que sea, está por debajo de la piel. Si no fueras a ayudarnos, ¿por qué iba a aparecer tu nombre en su brazo?

Buck se quedó pálido y dejó de sujetar la escopeta con tanta firmeza. De hecho, casi se le cae.

—Me importa una mierda pinchada en un palo mi nombre..., pero ¿cómo cojones conocéis vosotros a Emily Pridham?

71

MATT

Al ver a Addie en las escaleras, vestida únicamente con una toalla, a Gabby se le torció el gesto. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo al coche patrulla.

—Me voy a buscar a mi hija. A menos que quieras que me lleve a Josh, sácalo del puto coche.

Iba por la mitad de las escaleras del porche cuando oyó el sonido de un mensaje en el móvil.

—Es de Riley... —Lo leyó en silencio—. Dice que está a salvo, con unos amigos, que no me preocupe por ella.

—¿Con qué amigos?

Antes de que Matt acabara de formular la pregunta, Gabby ya se estaba apresurando a hacérsela a Riley, escribiendo con ambos pulgares. Cuando llegó a su lado, Matt leyó el mensaje por encima del hombro de Gabby. Nada más enviarlo, la mujer recibió otro mensaje de su hija:

> Evelyn Harper y su hermano. Estoy bien. Estamos en el centro de reconocimiento de Barton. Aquí hay un montón de gente del pueblo.

—¿Qué coño...? ¿Evelyn Harper? —murmuró Gabby mientras escribía.

Matt estaba confundido.

—Creía que no se llevaba bien con la hija de los Harper. —Pensó en la carretera bloqueada y en los tiradores—. ¿Y cómo han llegado a Barton?

—No... no lo sé. —Gabby estaba volviendo a escribir a toda prisa.

Desde detrás de la butaca, Ellie se aclaró la garganta.

—¿Los Harper que viven en una de esas casas de la comarcal 138?

Matt asintió.

—Sí, en la del porche que se cae a pedazos. La que tiene la lona azul en el tejado. Los vecinos llaman al menos dos veces a la semana quejándose del ruido.

»La madre está aparcada permanentemente delante de la televisión y el marido cierra el Black Moose cuando no está cambiando aceite en el taller. A la hija la pillé hace cosa de un año robando. Había hurtado pan de molde y mayonesa en el QuikMart. El dueño no la denunció. Recuerdo que pagué la comida y se la llevó a casa.

—Parece una familia encantadora —comentó Addie desde las escaleras. Se había quedado a escuchar, pero una mirada de Gabby bastó para que siguiera subiendo—. Vale, voy a vestirme.

Otro mensaje:

> Han cerrado la carretera justo después de que hayamos pasado. Estoy a salvo. No te preocupes por mí. Tú quédate donde estés. No quiero que te pase nada.

Aquello no hizo que Gabby se tranquilizara. De hecho, parecía que estaba peor. Clicó el nombre de su hija y apareció un pequeño mapa en la pantalla. Al instante salió un reloj de arena que giraba y, poco

después, un mensaje que decía: «Localización no disponible». La mujer escribió a toda prisa:

¿Estáis con sus padres? ¿Quién conducía?

No recibió respuesta. Al cabo de medio minuto le llegó un aviso informando de que el mensaje no se podía enviar.

Gabby empezó a cagarse en todo y Matt le sujetó el brazo antes de que tirara el teléfono al suelo.

—Está bien, eso es lo más importante.

Josh Tatum miraba a Matt desde la parte de atrás del coche patrulla. A su lado, el cadáver de Sally seguía echado sobre la ventanilla. El asiento delantero estaba vacío. A Matt le dio un vuelco el corazón.

—¿Dónde está la chica?

La vio un momento después. Estaba a un lado, de espaldas, mirando el Monte Washington.

—¿Es ella? —le preguntó Ellie—. ¿Es la chica de la cafetería?

—Sí.

—Deberíamos hacerla entrar.

—¿Y qué pasa con Josh y con Sally?

Ellie inspiró profundamente mientras pensaba en ello y soltó el aire despacio.

—Tengo un arcón frigorífico en el garaje. Podríamos meter a Sally dentro hasta que haya ocasión de llevarla al depósito de cadáveres. En cuanto a Josh... —dejó la frase en el aire mientras examinaba la sala. Enseguida dio con el radiador—. Lo encadenaremos al radiador

hasta que recibamos ayuda externa y se lo lleven a la cárcel del condado o a la de Barton, no sé.

El humo del incendio en el pueblo había vuelto el cielo negro por el oeste. Matt podía olfatearlo, era un olor denso, a madera y Dios sabía a qué más.

—¿Es grave? —le preguntó Ellie.

Matt le contó lo del cuartel de bomberos.

—Si no recibimos ayuda perderemos Main Street, y, como empiece a soplar el viento, es muy posible que se extienda a otras casas, y desde allí...

—Se extenderá a la montaña —Ellie acabó la frase—. Nadie quiere un incendio forestal, pero puede que nos resulte útil. Así se enterarían de que necesitamos ayuda.

Saber que Riley estaba a salvo no parecía hacer que Gabby se sintiera mejor. La mujer les dio la espalda a los policías y escribió otro mensaje de texto, soltó cuatro tacos al ver que tampoco salía y volvió a intentarlo.

A Matt le pareció que Ellie ya tenía mejor cara. La mayor parte de la sangre se había secado, pero tenía un corte muy feo en la mejilla y otro encima del ojo izquierdo.

—Vamos a limpiarte las heridas —le dijo—. Puede que haya que darte puntos.

La sheriff negó con la cabeza.

—No, primero hay que sacar a Sally del coche. Es lo mínimo que se merece. En el garaje tengo una bonita colcha con la que podríamos envolverla hasta que encontremos algo mejor. Luego retiraremos el coche patrulla de la calle; hay sitio en el garaje. Y finalmente nos encargaremos de Josh y de...

La chica silenciosa se dio la vuelta y los miró. Era la primera vez que Ellie le veía la cara, y lo que vio la dejó sin aliento.

—¿Sabemos algo de sus huellas?

—No. Sally las introdujo en el sistema, pero perdimos las comunicaciones antes de recibir los resultados.

—Así que aún no sabemos quién es.

—Aún no ha dicho ni pío. —Aunque eso no era del todo cierto..., ¿no? Matt pensó en las palabras que, de alguna manera, le había metido en la cabeza sin llegar a pronunciarlas—. Por cierto, ¿significan algo para ti las siguientes palabras: «Pierde toda esperanza de ver el cielo. He venido a llevarte a la otra orilla, a la oscuridad eterna, al fuego y al hielo»?

El agente observó que Ellie volvía a poner ojos de loca, aunque solo duró un instante. Sin duda, para ella sí que significaban algo. Ellie no dejaba de mirar a la chica, y Matt supo que, aunque no se lo hubiera dicho, la había reconocido.

72

MATT

Matt y Ellie se encargaron de todo lo más deprisa que pudieron. Josh se resistió cuando vio que lo llevaban a la casa de la sheriff y le imploró a Ellie que lo soltase; juraba que él no había hecho nada, pero la sheriff no le hizo ni caso. Entre los dos, Matt y Ellie consiguieron que se sentara en el suelo, junto al radiador, y lo esposaron alrededor de la gruesa tubería de hierro. Ellie lo amenazó con meterle un calcetín en la boca si no se callaba, y Josh decidió obedecer. A continuación guardaron el coche patrulla de Matt en el garaje y cerraron la puerta antes de sacar con cuidado a Sally y llevarla al arcón frigorífico. La colcha a la que Ellie se había referido anteriormente estaba encima del banco de trabajo que había al fondo del garaje, bien doblada y oliendo a suavizante. La sheriff tapó el cadáver de su compañera con la colcha y la arropó como si fuera una niña pequeña antes de cerrar la tapa y posar la mano encima unos instantes. Matt supuso que estaría rezando alguna clase de oración o que estaría reflexionando en silencio. Cuando la mujer hubo acabado, dijo:

—Confías en mí, ¿verdad, Matt?

—Por supuesto.

—¿Incluso con lo que está pasando? Sé que estoy un poco nerviosa ahora mismo, que no soy la de siempre..., pero sigues

confiando en mí, ¿verdad?

Matt asintió, pero no podía evitar una sombra de duda reflejada en sus ojos.

—No puedes engañar a un mentiroso, Matt. Sé que no confías en mí y no te culpo. Lo cierto es que no deberías confiar en mí más de lo que yo debería confiar en ti. No sabemos cuál es la causa de lo que sea que esté sucediendo aquí. No sabemos si a nosotros también nos ha afectado y, teniendo en cuenta la de gente que parece que está afectada, sería un poco infantil creer que a nosotros no nos ha hecho nada. A Josh, a Gabby, a Addie..., a todos los que estamos aquí. A todos los del pueblo. No sabemos en quién podemos confiar, y, hasta que tengamos respuestas, no podemos confiar en nadie; ni tú en mí, ni yo en ti. Eso hace que aún me resulte más difícil contarte lo que estoy a punto de contarte..., porque has de confiar plenamente en mí para creerlo.

Aunque aún no se lo hubiera dicho, Matt intuía qué era lo que le estaba costando tanto confesarle; lo llevaba escrito en la cara.

—Sabes quién es, ¿verdad? —le preguntó a su jefa.

Ellie se mordió el labio inferior.

—Es imposible que esté en lo cierto... y el mero hecho de pensarlo me induce a creer que yo también he perdido la cabeza.

Matt la siguió y ambos bajaron por las escaleras de cemento que conducían al sótano. La mujer buscó un cordón, tiró de él y una bombilla desnuda cobró vida. Con el polvo que se había acumulado, la bombilla quedó flotando por encima de las cabezas de los policías. Matt había estado allí varias veces a lo largo de los años. Cada noviembre retiraban los archivos viejos del abarrotado almacén de la comisaría y los depositaban en aquel sótano, que estaba igual de

abarrotado. El estado de New Hampshire les permitía destruir los archivos que tuvieran más de siete años de antigüedad, pero Ellie prefería aferrarse a ellos. No es que aquel sótano fuera lo mejor en lo que a custodia de pruebas se refería, pero, aparte de a Ellie, a nadie más le importaban todas aquellas viejas multas de tráfico ni las quejas por ruidos, que constituían el grueso de los documentos que había allí.

Sin embargo, lo que Ellie le contó a continuación no era, desde luego, lo que Matt esperaba oír.

—¿Hasta qué punto dirías que conoces a Buck?

Matt se pasó los dedos por el pelo y se apoyó en una vieja bicicleta estática.

—Es un tipo bastante agradable. Se puede confiar en él. Aparte de la bebida y de algún que otro numerito que haya podido montar estando ebrio, nunca me ha dado ningún problema. Supongo que lleva tantos años siendo el borracho del pueblo que ha dejado de importarle. Parece inofensivo, así que le dejamos hacer su vida, ¿no?

Ellie estudió la cara de Matt antes de que la envolviera la penumbra.

—Y ¿sabes por qué es así? ¿Sabes cuándo empezó a ser así?

Matt negó con la cabeza.

Ellie se mordió el interior de la mejilla durante un segundo y estuvo eligiendo cuidadosamente sus palabras antes de continuar:

—En el 87, mi padre era el sheriff y yo era una simple agente en mi tercer año. Tenía veinticinco años. Lo creas o no, no siempre he sido vieja. Le llevo siete años a Buck; él solo tenía dieciocho años por aquel entonces; estaba a punto de graduarse. Yo atendía la recepción cuando entró en la comisaría tambaleándose, con las

manos y la camisa manchadas de sangre seca. Tenía la cara sucia y las lágrimas le habían dejado surcos en las mejillas. Dijo que había estado dando un paseo con su novia por el Monte Washington, cerca de la vieja casa de los Pickerton, y que ella había desaparecido. Había ido a hacer pis detrás de unos arbustos y no había regresado. Le contó a mi padre que, cuando fue a buscarla, encontró una piedra cubierta de sangre por la zona en la que se había internado su novia, y nada más. Buck decía que era consciente de que no debería haberla tocado, pero que no sabía muy bien lo que hacía. Supongo que aquella fue la primera señal de alarma. Tenía demasiada sangre encima como para tratarse de alguien que solo hubiera tocado una piedra ensangrentada. No sé, podría haberse manchado un dedo. —Levantó el índice—. Ya sabes, al tocarla para confirmar que se trataba de sangre..., pero él la tenía por todas partes: en las manos..., en la ropa... No me parecía que lo que contaba tuviera ningún sentido y a mi padre tampoco se lo pareció. Quería encerrarlo en aquel mismo instante, pero, si queríamos encontrar esa piedra, lo necesitábamos para que nos dijera en qué parte de la montaña habían estado. Puede que hubiéramos acabado dando con ella sin su ayuda, pero, teniendo en cuenta que había una chica desaparecida de por medio, no queríamos perder tiempo. Mi padre le sacó un montón de fotografías a Buck, desde todos los ángulos posibles, tomó una muestra de la sangre que tenía en las manos para el laboratorio, se quedó con la camisa... y le dio otra de objetos perdidos. Es muy probable que fuera la misma caja de donde habéis sacado la sudadera y los pantalones que le habéis dado a la chica.

Fue Sally quien le dio la ropa a la chica, pero a Matt no le pareció un dato digno de mención y dejó que Ellie continuase:

—Todo eso fue bastante rápido, no sé, cuestión de diez minutos, quince como mucho. Mi padre llamó a la policía estatal y pidió que enviaran a alguien. Y los tres nos echamos al monte. Encontramos la piedra; Buck nos condujo directamente al lugar. Era tal y como nos la había descrito, y estaba cubierta de sangre..., aunque una buena parte se había secado por efecto del sol, aún goteaba por los lados y la sangre había formado un charquito en la tierra. Por el modo en que me miró mi padre, estaba claro que ambos pensábamos lo mismo: nadie podía alejarse caminando después de haber perdido tanta sangre. Ahora bien, de la chica no había ni rastro. Tampoco había signos de lucha. Fuimos hasta la casa de los Pickerton; al no obtener resultados, pedimos voluntarios para organizar una batida. Empezamos diez, y acabamos siendo más de cincuenta a medida que avanzaba el día y la gente iba enterándose de lo sucedido. Al día siguiente aparecieron casi setenta y cinco personas. No encontramos nada. Los días se convirtieron en semanas, pero no había ni rastro de ella. Durante todo ese tiempo, Buck siguió sosteniendo su historia. Mi padre y yo interrogamos a sus amigos, a su familia. A nadie le parecía que Buck y su novia tuvieran problemas. Nadie los había visto pelearse. Su vida doméstica era buena. A pesar de ello, la gente estaba dividida. La mitad del pueblo pensaba que Buck le había hecho algo y que había escondido el cadáver, mientras que la otra mitad creía que la chica habría resbalado y se habría caído. Como bien sabes, hay muchos barrancos por esta zona. Peinamos el pie del barranco lo mejor que pudimos, pero para entonces ya sabíamos que era una causa

perdida. Durante la primera semana llovió dos veces y, además, estaban los animales. La Madre Naturaleza sabe muy bien cómo limpiar. A lo largo de los años habíamos perdido a unos cuantos turistas y senderistas novatos, pero ella era la primera habitante del pueblo que perdíamos. —Ellie hizo una pausa de apenas un segundo —. Los del laboratorio nos dijeron que la sangre era de ave, que no era humana. De *Corvus brachyrhynchos* para ser más exactos; el cuervo americano. —Hizo un gesto con la mano, como indicándole a Matt que no la interrumpiera y siguió hablando—: Nadie presentó cargos contra Buck. Y, a decir verdad, no había motivos para denunciarlo. Con el tiempo, la gente se olvidó del asunto. Pero Buck no. Buck no lo olvidó. Cuando empezó a beber, solíamos encontrárnoslo allí arriba, deambulando por el bosque, con una botella en la mano y llamándola a voz en grito durante horas.

—¿Cómo se llamaba la novia de Buck?

—Emily. Emily Pridham.

Ellie rebuscó entre montones de cajas y finalmente encontró lo que estaba buscando. «Emily Pridham // Desaparecida // 16». Aunque las letras, escritas con rotulador negro, estaban ligeramente borradas, no cabía duda de que era lo que ponía. Ellie le quitó la tapa a la caja y rebuscó dentro hasta que encontró un viejo ejemplar de la *Gaceta de Hollows Bend*. La fotografía de Emily Pridham salía en primera plana y, desde luego..., Emily Pridham era el vivo retrato de la chica que estaba arriba.

73

RILEY

—¡Ay, me haces daño! —protestó Riley, liberándose por fin de las garras de Buck, y se apartó varios pasos de él.

El hombre, perplejo, se la quedó mirando.

Evelyn estaba confundida:

—¿Quién coño es Emily Pridham? —La niña se acercó a Riley y miró el nombre que tenía escrito en el brazo—. ¿Cuándo ha aparecido este?

—No... no lo sé.

—No lo sabes... —la imitó Evelyn en tono burlón.

Riley volvió a bajarse la manga y se rascó el brazo con ganas, empleando las uñas. Quería que los nombres desaparecieran. No quería tener nada que ver con aquello. Estaba pensando en salir corriendo, en huir de ellos, en bajar la montaña, en volver al pueblo, cuando su móvil vibró.

Era un mensaje. Era de su madre, pero no tenía ningún sentido.

Mason le quitó el móvil, lo mantuvo en alto para que Riley no lo alcanzara y leyó el mensaje de viva voz:

—«Es tan amargo, que algo más ya es muerte; mas, por tratar del bien que allí encontré, diré las otras cosas que acaecieron». —Miró a Riley con el ceño fruncido—. ¿Qué cojones se supone que significa esto?

Buck se acercó.

—Léelo otra vez —le pidió, y Mason así lo hizo, solo que con un deplorable acento británico.

—Parece eso de Shakespeare que estudiamos en el insti o alguna mierda por el estilo.

Riley le asestó una palmada en el pecho y le ordenó:

—¡Dame el móvil!

—¡Joder, tía! ¡Tómalo, hostia! —protestó Mason mientras le devolvía el teléfono.

Riley escribió:

¿Dónde estás? ¿Sigues en la comisaría?

La respuesta fue tan rara como el mensaje anterior:

No temas, porque el destino es un regalo, así que nadie puede arrebatárnoslo.

Riley le envió al instante un signo de interrogación, pero el mensaje no salía. Y lo que era peor, los dos mensajes de su madre desaparecieron, al igual que su pregunta. Se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos, y solo quedaron los mensajes que no habían conseguido enviar ya en su casa. Era como si los más recientes ni siquiera hubieran existido.

—Oye..., se está quemando algo —comentó Evelyn mientras señalaba el cielo por encima del pueblo.

Buck no dejaba de mirar a Riley, sin salir de su asombro. Transcurrieron varios segundos antes de que decidiera girarse. El hombre estudió el humo negro y, al cabo de un momento, les hizo a

los niños una seña con la escopeta indicándoles que entraran a su vieja cabaña.

—A mi casa. Los cuatro.

Riley, Evelyn y Mason se miraron, pero no se movieron. Solo Robby siguió a Buck cuando este se dirigió a su casa con paso decidido, como si seguir a un desconocido con una escopeta a su guarida fuera lo más normal del mundo.

—¡Robby! —Evelyn intentó llamar la atención de su hermano hablándole en susurros—. ¡Vuelve!

Robby la ignoró y cruzó la puerta.

—Gilipollas de los huevos... —exclamó la niña, y salió tras él.

Mason empezó a buscar el bate entre los arbustos. Cuando lo encontró, Riley también había entrado en la casa.

74

MATT

—No puede ser ella —le dijo Matt a Ellie mientras acercaba el periódico a la única fuente de luz que había en el sótano y estudiaba la fotografía.

—Eso ya lo sé. Es imposible —respondió mientras sacaba de la caja un viejo anuario del instituto y lo abría por una página que estaba marcada—. Es lo que yo me digo una y otra vez..., pero no puedo explicar esto. —Señaló con el dedo la foto de una chica que sonreía a la cámara, con la cabeza ligeramente ladeada—. Dime que no te has dado cuenta de esto.

Matt se había fijado en la marca de nacimiento que tenía la chica cuando se sentó con ella en el despacho de la sheriff. La joven tenía una media luna marrón en el cuello, y resultaba que Emily Pridham, en la foto del anuario, tenía una marca exactamente igual.

—No es posible. —Matt alzó la mirada—. ¿Las marcas de nacimiento son hereditarias?

—La mayoría no, aunque hay algunas que sí. No soy médico, pero, por lo que sé, para que sean hereditarias tienen que transmitirse genéticamente. Las únicas que conozco de esa clase son unas manchas llamadas nevos flameos, y las provoca un síndrome conocido como Klippel-Trenaunay. Un primo mío lo tenía. Al parecer se produce porque hay demasiados capilares cerca de la superficie

de la piel, pero las manchas son rojas, no marrones, y por lo general aparecen en la cara, no en el cuello. —Tocó la fotografía—. Tampoco coinciden ni en la forma ni en el tamaño. Esto es otra cosa. ¡Y además son idénticas!

Matt no creía ni por asomo que una chica que había muerto hacía treinta y cinco años pudiera estar en el piso de arriba. Aquello era una coincidencia, sin más. Lo más probable era que Emily Pridham hubiera resbalado al ir a hacer pis y se hubiera caído por un barranco, como había dicho Ellie. Desde luego, cerca de la casa de los Pickerton había unos cuantos. Resbalaría, rodaría..., y posiblemente acabaría despeñándose. Ese tipo de caídas no hacían el ruido que pensaba la gente ni mucho menos. Incluso aunque hubiera pasado estando Buck a veinte metros, es probable que él no hubiera oído nada. Luego, los animales darían buena cuenta de ella antes de que los de las batidas llegaran a encontrarla. Era duro, pero era la verdad. En cualquier caso, nada de aquello explicaba quién era la chica que había arriba o por qué no recordaba nada anterior a aquella misma mañana.

Matt se aclaró la garganta:

—Y ¿qué hacemos? ¿Le enseñamos todo esto, a ver cómo reacciona, y a partir de ahí ya vamos viendo?

Ellie negó con la cabeza sin pensarlo dos veces. Fue hasta el armario de las armas que estaba en la pared del fondo y empezó a girar el dial del candado.

—Ni vamos a enseñarle nada, ni le diremos nada hasta que no hablemos con Buck. A Buck lo conozco; a ella no.

La sheriff tiró de la manilla del armario y abrió la pesada puerta de metal. Cogió una escopeta táctica KelTec KSG y dos cajas de

cartuchos y se lo tendió todo a Matt. Para ella eligió otra escopeta igual.

—Voy a llevarla a la montaña, a casa de Buck. Tú quédate aquí y mantén a salvo a estas personas. Tengo mantas y almohadas en el armario de la entrada y en la despensa hay muchísima comida. Coged lo que necesitéis. Poneos cómodos. Todos tienen que descansar y, después de lo que ha sucedido hasta el momento, sería fácil que se desmoralizaran antes o después. Sigue probando con el teléfono. Intenta que nos envíen ayuda. Es más fácil que esta situación empeore que mejore.

—¿Y tú? Tú también tienes que descansar —objetó Matt, señalando el corte de la mejilla—. Y, además, tengo que limpiarte eso.

La sheriff bombeó la corredera de la escopeta para cargar un cartucho en la recámara y dijo:

—Nunca hagas hoy lo que puedas dejar para mañana.

—Yo diría que el dicho no es así.

—¿No? Pues yo estoy bastante segura de que es así como lo bordó mi abuelita en su almohada preferida. —Volvió a echar mano a la vitrina, cogió varios cartuchos de una caja abierta y se llenó los bolsillos—. Y eso me recuerda lo otro por lo que me has preguntado antes. Lo de «Pierde toda esperanza de ver el cielo. He venido a llevarte a la otra orilla, a la oscuridad eterna, al fuego y al hielo». Es del *Infierno* de Dante. Tengo una copia arriba. Por alguna parte andará... Doy por hecho que no lo has leído.

Matt se ruborizó.

—A mí me van más los cómics.

Ellie refunfuñó.

—Supongo que, si hubiera habido cómics en el siglo xiv, Dante habría sido de los tuyos. *Infierno* forma parte de un poema épico titulado *Divina comedia* que tiene tres secciones: *Infierno*, *Purgatorio* y *Paraíso*. *Infierno* describe el viaje de Dante al infierno, guiado por un poeta romano. Es un poco como los fantasmas del *Cuento de Navidad* de Dickens. Ese lo habrás leído, ¿no?

—He visto la película, la que protagoniza Bill Murray.

—Ay, por Dios..., a tu generación no hay quien la salve. Os han educado con los videojuegos y las partes de atrás de las cajas de cereales —murmuró Ellie—. Dante describe un infierno que tiene nueve círculos que van empeorando a medida que te acercas al central: Limbo, Lujuria, Gula, Avaricia, Ira, Herejía, Violencia, Fraude y Traición. —Mientras iba contándolos con los dedos, miraba a su ayudante—. Antes de que me saques a colación la peli esa de Morgan Freeman y Brad Pitt, sí, los siete pecados capitales salieron de la *Divina comedia*. La religión se los copió a Dante. A diferencia de lo que la gente piensa, no aparecen en la Biblia, al menos no con tanto lujo de detalles. Dante describió el noveno círculo como un lago. Cuanto peor fuera tu crimen, más abajo tendrías que pasar la eternidad.

—Un lago de fuego... —comentó Matt, como si cayera en algo.

Ellie negó con la cabeza.

—No, para Dante el infierno no es fuego y azufre. El lago está congelado. —Entrecerró los ojos—. ¿Y de dónde dices que has sacado la frase?

—De la chica.

Ellie, confundida, torció el gesto, a pesar de lo que tenía que dolerle la herida de la cara.

—Creía que habías dicho que no ha hablado.

—Y es que no ha hablado. No me pidas que te lo explique. Vas a pensar que estoy...

—¿... loco? ¿Acaso no lo estamos todos hoy? —Ellie dejó el periódico y el resto del material de nuevo en la caja—. Cuando estés preparado, me lo cuentas. Entretanto, me la llevo con Buck. Quiero ver qué cara pone cuando me presente allí con ella. Tú quédate aquí e intenta conseguir que nos envíen ayuda. ¡Como si tienes que contactar con la peña de Boston haciendo señales de humo!

La sheriff llevaba subidas la mitad de las escaleras cuando Matt le dijo:

—Oye, ve con cuidado con Stu Peterson.

Ellie se detuvo con la escopeta entre los brazos.

—¿Debería saber por qué?

Matt le contó lo del altercado con Jimmy Newcomb y lo que había sucedido cuando tuvieron que evacuar la comisaría.

Ellie pensó en todo aquello un momento y siguió subiendo las escaleras mientras negaba con la cabeza.

—Puto Peterson.

75

CODY HILL

Con todos aquellos clavos y rodamientos, la bomba pesaba mucho más de lo que Cody esperaba, así que se alegró cuando por fin la dejó debajo de las gradas, en el instituto. Se fijó en que el enorme disfraz de manturón que servía de mascota del instituto sobresalía un poco de la caja en la que lo guardaban. La bomba cabría a la perfección en aquella cabeza tan grande.

Además, ¿qué coño era un manturón? La mierda aquella parecía un muñeco de la zona chunga de Barrio Sésamo. Y el interior era todavía peor: con la malla metálica unida con pegamento, cinta y el sudor de todos los fracasados que habían pasado por aquel traje. Apestaba como un calcetín viejo empapado en huevo y abandonado al sol.

Cody acomodó la bomba en el interior, volvió a meter el disfraz en su gigantesco ataúd de plástico y se largó del instituto sin cruzarse con nadie. Había puesto el temporizador para las 21:00. Los móviles no funcionaban bien, así que usó dos viejas radios Motorola como detonadores secundarios por si acaso. Cuando estuvo al otro lado de la calle, a salvo, comprobó si tenía señal y se alegró al ver que había cuatro barritas de cinco. La señal no cayó por completo hasta que no llegó a uno de los extremos de Main Street, donde estuvo un rato observando el incendio. Se quedó embobado, viendo cómo las

hambrientas llamas se zampaban los antiguos edificios. Algunos ya resultaban irreconocibles, pero daba la sensación de que otros ni siquiera habían quedado afectados, como si las llamas fueran niños que no quisieran comer algo que tenían en el plato y lo apartaran.

En Main Street no había nada.

No había coches.

No había gente.

No había nada.

Esa misma mañana había ido a la cafetería a por un bagel —para ver cómo pintaba el ambiente— y la calle estaba abarrotada, llena de paletos que iban de un lado para el otro; pero, ahora..., nada. No había nadie observando el incendio y tampoco había nadie intentando sofocarlo.

Era como si él fuera la única persona que quedara sobre la faz de la Tierra, como en aquel antiguo relato de Isaac Asimov. ¿O era de Ray Bradbury?

Cody empezó a recorrer las calles poniendo carteles aquí y allá. Había impreso quinientos y no pensaba tirarlos a la basura. Alguien los vería y se iría corriendo la voz. En algún momento iban a tener que salir de su casa esos cobardes —aunque fuera arrastrándose— en busca de respuestas; y ¿dónde mejor que en una reunión de emergencia para encontrarlas?

¡VENID! ¡VENID TODOS!

A la gente de los pueblecitos le encanta reunirse.

Cody puso uno de los carteles en el tronco del árbol que había junto a la lavandería de Lou y lo grapó a la corteza. Acto seguido, se

apartó unos pasos para admirar su obra. En un primer momento se planteó ponerse el chaleco-bomba mientras colgaba los carteles, como prueba de fuego, pero, con el calor del incendio a sus espaldas, se alegraba de haber desechado la idea. Al fin y al cabo, aparte del puñado de vídeos de YouTube que había visto, no sabía gran cosa del C-4. Estaba bastante seguro de que el calor no lo activaba, pero aquel no era el mejor día para poner a prueba aquella teoría en particular.

Dudaba entre tomar Thornily Street o seguir por Lincoln cuando vio un coche al fondo del aparcamiento que había detrás de la lavandería.

Era un Ford Fusion de color verde vómito con zonas oxidadas. Una de las puertas de atrás estaba abierta y lo que quedaba de la ventanilla relucía en el asfalto convertido en un montón de fragmentos de lo que había sido un cristal de seguridad.

Cody no oyó el zumbido hasta que se acercó.

Al principio le pareció que algo se estaba moviendo en el interior, una especie de masa amorfa más oscura que las sombras, latiendo y desplazándose lentamente arriba y abajo por el asiento, por las paredes y por las ventanillas que aún quedaban. No obstante, a medida que se acercó, Cody vio que aquello no era una sola cosa, sino un millón de cositas; moscas negras que reptaban por el interior. Nunca había visto tantísimas en un mismo sitio, eran como una colmena negra. Se encontraba frente a la puerta abierta cuando, de pronto, se dio cuenta de que había una persona en el suelo, una persona apenas visible por efecto de la manta viviente.

—No toques eso, chico. Está muerto.

—No jodas... —comentó Cody.

La voz sonó detrás de Cody, pero el chico no se giró. Era incapaz de apartar la vista de aquel caos maravilloso que tenía delante. El zumbido de las moscas era como música para sus oídos. Se estaban alimentando del cadáver; vida nacida de la muerte. Cody ansiaba sumarse a ellas, formar parte de aquello.

Una mano fuerte se posó en el hombro de Cody y apretó con suavidad.

—No deberías estar aquí. No es seguro.

En esa ocasión, Cody sí que se giró. Molesto. ¿Quién coño se creía que era para interrumpirlo?

El hombre era mayor; cincuenta..., sesenta..., setenta... Cody no tenía ni idea. Cuando empezaban a salirles canas, todos le parecían iguales. Ya lo había visto por el pueblo, siempre con esa misma gorra raída de los Red Sox de Boston y con una camisa de franela, como si el tipo hubiera encontrado su estilo hacía muchos años y hubiese decidido serle fiel hasta el fin de sus días... por sucio que fuera. No estaba solo. Cody no los había oído aparcar, pero el tipo había venido en una vieja camioneta Chevy que se había quedado en la entrada del aparcamiento; lo acompañaban dos hombres más en el asiento delantero, y otros cuatro o cinco en la parte de atrás de la camioneta —tal como estaban dispuestos, era difícil asegurarlo —. Al menos un par de ellos iban armados.

El hombre se echó la gorra hacia atrás y miró los carteles que Cody tenía en la mano.

—¿Qué es eso?

Cody le entregó uno.

El hombre leyó el texto y, o no era muy avispado, o estaba pensando muy en serio qué querían decir aquellas pocas palabras,

porque transcurrió como medio minuto antes de que volviera a mirar al chico y le dijera:

—¿Es idea tuya o se los estás colgando a alguien?

—La sheriff Ellie me ha pedido que lo haga —mintió Cody—. Me ha dado veinte pavos y me ha dicho que me perdonaría la primera multa de aparcamiento cuando aprendiera a conducir.

—Vaya. Y, dime, ¿cuándo la has visto?

—Esta mañana, justo después de que empezase a llover toda esta mierda.

Uno de los hombres bajó de la parte de atrás de la camioneta de un salto y se acercó. Llevaba una nueve milímetros a la cintura, así, a plena vista. El que estaba cerca de Cody le enseñó el cartel.

—Rodney, cógele un buen montón, que el chico dice que la sheriff le ha pedido que los cuelgue.

El de la nueve milímetros leyó el texto y asintió despacio.

—A algo así se presentará la mitad del pueblo. Todos en un mismo sitio. Podríamos ponernos en la entrada para ver en qué estado están y solo dejaríamos fuera a los que no estén mal, mientras que a los otros...

—Sí, yo estaba pensando lo mismo —comentó el primero antes de dirigirse a Cody—. ¿Quieres que te ayudemos con los carteles? Somos unos cuantos.

Cody consultó el reloj. Eran casi las siete. Le habría gustado hacerlo él solo, pero, teniendo en cuenta que solo quedaban dos horas, con suerte solo llegaría a cubrir un cuarto del pueblo. En cambio, con un poco de ayuda del sucio y sus amigos, podría colocar todos los carteles. ¡Incluso podría imprimir más! Procuró que no se le notara la emoción cuando respondió:

—Yo ya tengo mis veinte pavos. ¿Queréis ayudar? ¡Pues no pienso interponerme! —Y le tendió al hombre los carteles que le quedaban.

El de la nueve milímetros, que se llamaba Rodney, volvió con el montón de carteles a la camioneta y se lo explicó a los demás. El sucio despeinó a Cody cariñosamente.

—Me llamo Stu Peterson, ¿y tú?

—Dylan Klebold. —Cody mintió de nuevo.

Cody había pensado mucho en Klebold últimamente. En 1999, él y otro alumno llamado Eric Harris protagonizaron un tiroteo en Columbine, Colorado. Cody había estudiado en profundidad lo que hicieron bien, pero, más importante aún, también había estudiado lo que hicieron mal. No era idiota. No había ninguna razón para repetir los errores. La perfección consistía en ir deshaciéndose de los errores.

76

MATT

Desde una ventana de la sala, Matt se quedó mirando cómo Ellie subía a aquella chica tan extraña al asiento del copiloto de su Ford y se iban juntas calle arriba en dirección a las montañas. Gabby estaba en la cocina, preparando café. Josh había dejado de intentar liberarse, se había acomodado entre la pared y el radiador y estaba quieto.

Aunque Matt le había dejado claro que no la quería allí, Addie se acercó poco a poco al agente. Olía a lavanda fresca. El pelo mojado había oscurecido el cuello de la camiseta del FBI que llevaba puesta, y que sin duda había sacado del armario de Ellie. Habló, pero lo hizo en voz baja.

—Venga, Matt, marchémonos en tu coche patrulla. Solos. Conduzcamos hasta que encontremos un océano y empecemos de cero. —La mujer se pegó a él y le acarició el brazo con la yema de los dedos hasta llegar a la mano.

Matt se sacudió para quitársela de encima.

—¿Podrías apartarte? Deja de flirtear conmigo cuando está Gabby delante.

Addie miró de reojo la cocina antes de concentrarse en él una vez más con una sonrisa ladina.

—Para que me quede claro: entonces, cuando Gabby no esté, ¿puedo flirtear contigo?

—¡No, no puedes flirtear conmigo nunca! —exclamó el policía en voz baja—. Esto no va a ir a ningún lado. Lo nuestro no va a ir a ningún lado. Estoy enamorado de Gabby.

—No, ni mucho menos. Yo diría que estás enamorado de la idea que representa. Ella es la seguridad. Te imaginas viviendo con ella y con su hija en una casita con su valla de madera. Los tres juntos seríais como un sueño húmedo de Norman Rockwell, pero eso no hace que sea real. —Le acarició el dorso de la mano con las yemas de los dedos una vez más—. Eso que acabas de sentir, esa sensación eléctrica que experimentas cada vez que te toco, que me tocas..., eso sí que es real y está bien. Tu cabeza puede negarlo todo lo que quieras, pero tu cuerpo te dice la verdad. Ese tipo de atracción no sucede por accidente. Nacimos para estar juntos. Sé que no sientes lo mismo cuando ella te toca. Te gustaría que así fuera, pero no. Te dices que esos sentimientos llegarán con el tiempo, pero no, Matt, no van a llegar. Ella no puede darte lo mismo que yo. —Se llevó la mano a la tripa y, por primera vez, Matt se dio cuenta de que Addie se estaba vendiendo—. Serás padre de este niño desde el primer momento. La niña de Gabby, en cambio, nunca te verá como su padre. Para ella siempre serás el que se acuesta con su madre. El reemplazo. El sustituto.

Matt sintió un fuerte pinchazo en la parte baja del estómago.

—Yo no soy el padre de ese bebé.

—Desde luego, eso es lo que tú dices.

—Te lo juro, Addie, como no pares...

—El agua está hirviendo y en la nevera he encontrado un paquete de rollos de canela que caducaron hace dos meses. No sé tú, pero yo...

Gabby se quedó callada en cuanto vio a Addie al lado de Matt junto a la ventana, tan cerca el uno del otro que la luz no pasaba entre ellos.

Matt se obligó a no apartarse a toda prisa y se volvió despacio, como si no tuviera nada que esconder.

«Y es que no tengo nada que esconder».

Cuando Addie se hizo a un lado, mantuvo la mano sobre el vientre abultado con la intención de atraer la mirada de Gabby.

—¿Has sabido algo más de tu hija?

Gabby no mordió el anzuelo. Miraba fijamente a Matt.

—Ellie tiene un teléfono fijo en la cocina, pero las llamadas no se conectan. Cada vez que marco el número del centro de reconocimiento de Barton, suenan dos tonos y se corta. Y ni eso cuando marco el número del móvil de Riley. —Señaló la ventana con la barbilla—. ¿Se sabe algo de Stu Peterson?

Matt estaba a punto de decir que no justo cuando la camioneta de Peterson dobló la esquina una manzana al oeste y entró despacio en la calle de Ellie.

—¡Mierda! ¡Apartaos de las ventanas! —Matt empujó a Addie con un poco más de fuerza de la debida y esta trastabilló, pero se sujetó al brazo del sofá—. ¡Al suelo! ¡Al suelo!

No era ningún secreto dónde vivía Ellie. La mitad del pueblo se le presentaba en casa cada vez que tenía un problema y no daban con ella en la comisaría. Durante una época, de hecho, como unos cuatro años atrás, Peterson fue un habitual de la partida de póker

con peniques que Ellie celebraba los jueves. Sin embargo, la mujer puso punto y final a las partidas en cuanto se dio cuenta de que Stu solo le hacía preguntas sobre procedimientos policiales y casos del pueblo. Y no porque no fuera asunto suyo —que no lo era—, sino porque el propósito de la partida semanal era distraerse de las fatigas del día a día, no repasar una y otra vez lo que había sucedido a lo largo de la semana.

Acuclillado junto al alféizar, Matt no alcanzaba a ver la camioneta, pero oía el rugido del motor a medida que se acercaba y se puso tenso cuando le pareció que se detenía delante de la casa, pero se relajó un poco al oír que pasaba de largo. No volvió a mirar por la ventana hasta que el sonido se apagó del todo. Desde donde estaba, el agente alcanzó a ver parte de la caja de la camioneta mientras esta doblaba una esquina a lo lejos.

Addie estaba a su lado.

—¿Los han tirado desde la camioneta o ya estaban ahí? —preguntó la mujer mientras señalaba la calle.

Matt miró y vio una decena de hojas de papel flotando en el aire.

—Quedaos dentro, vuelvo enseguida —les dijo.

El agente abrió la puerta principal poco a poco, examinó la calle detenidamente, salió y cogió uno de los papeles. Cuando volvió a la casa, cerró la puerta con llave.

—Parece una especie de convocatoria para una reunión esta noche en el instituto. A las nueve. —Consultó el reloj. Eran las siete y diez—. En menos de dos horas.

—Deberíamos ir —comentó Gabby—. Puede que alguien haya encontrado un modo de salir.

—Es arriesgado. No dice quién la organiza —respondió Matt—. ¿Y si son los mismos que están levantando la valla y te disparan cuando intentas marcharte? Puede que solo pretendan juntarnos a todos. Ellie tenía razón, debemos quedarnos aquí y buscar la manera de recibir ayuda del exterior. Sé que tiene una radio de onda corta en casa, en algún lado. Deberíamos...

—Eres un cagueta —murmuró Josh desde el radiador—. Admítelo, prefieres esconderte a arriesgar el pellejo. —Señaló con la cabeza, primero a Gabby y después a Addie—. Por eso no te casas con una y no admites que eres el padre del niño que lleva la otra. Eres un cobarde que quiere hacer ver que es el número uno. Solo con que tuvieras medio testículo, habrías puesto a Peterson y a los demás en su lugar. Te habrías plantado delante de ellos y habrías actuado como un líder, no como un mierda que no supo salir adelante en el mundo real y tuvo que volver corriendo a casita. El típico que se esfuma en cuanto la vida le pone una responsabilidad de verdad por delante.

—Que te jodan, Josh —le respondió el agente—. Si lo que quieres es que te amordace, vas por el buen camino.

—Venga, hazlo, porque cuando esté delante de un juez no me voy a quedar callado ante los abusos y la brutalidad policial que he sufrido hoy. Les contaré a todos que cogiste el procedimiento y lo tiraste por el váter y que dejaste que las emociones se apoderasen de ti. —Josh miró a Gabby y le sonrió—. ¿Alguna vez te ha llamado «Addie» cuando te está metiendo la polla? Seguro que sí.

Gabby estuvo a punto de pegarle una patada, pero Matt consiguió sujetarle el pie a tiempo. La mujer forcejeó en sus brazos sin dejar de mirar a Josh.

—Eres un mierda. Cada vez que entras en la cafetería, la mitad del pueblo empieza a hablar de lo tuyo con Nancy Buckley. En cómo te la follabas mientras tu mujer estaba en casa, rompiéndose en pedazos. En cómo hacías que Lynn tomara pastillas como si fueran caramelos. ¿Sabes? Aunque haya sido ella la que ha matado a los niños y se haya quitado la vida después, sigue siendo culpa tuya. Tú la habrías empujado a hacerlo. Pero tengo clarísimo que tú los has matado a los tres, pedazo de cabrón.

Matt levantó a Gabby del suelo, la abrazó y la apartó de Josh hasta que ambos estuvieron de espaldas a él. Y le habló al oído:

—No permitas que se te meta en la cabeza. Es lo que quiere. Respira hondo e ignóralo. Se va a pasar el resto de la vida entre rejas, que es lo que se merece.

—Suéltame —siseó ella entre dientes, mirando a Addie como si quisiera matarla—. No creas que estoy tan segura de que no se equivoca contigo.

La mujer se apartó de él y volvió a la cocina con paso decidido.

Matt dejó que se marchara. Tenía claro que era mejor no intentar razonar con ella en momentos como esos.

—¡Qué dulzura! —se burló Addie—. Está claro lo que ves en ella.

—Yo creo que es que le gusta la comida mexicana —soltó Josh complacido.

Matt levantó ambas manos y exclamó:

—¡Basta! ¡Los dos! ¡Esto no es el instituto!

Fue hasta la puerta de la cocina, cogió el teléfono que había en la pared y se lo tiró a Josh, que lo atrapó con la mano que le quedaba libre.

—¿Qué se supone que he de hacer con esto? Ya has oído a tu novia, es inútil.

Matt sacó el móvil, cargó su lista de contactos de emergencia y también se lo arrojó.

—Quiero que llames a todos los que están en la lista. Cuando acabes con el último, vuelves a empezar. Como te vea parado, te encierro en un armario hasta que esto termine.

A continuación, se volvió hacia Addie.

—En cuanto a ti... —Se mordió el labio y se tragó el enfado—. Ellie tiene una radio de onda corta en alguna parte. Ve a buscarla.

—¡Señor, sí, señor! —La mujer le sostuvo la mirada unos instantes, se burló de él haciéndole un saludo militar y subió al piso de arriba.

—Peterson va a volver —comentó Josh— y te pegará un tiro en la cabeza, luego me lo pegará a mí, y después, les disparará a ellas. Y será culpa tuya, como todo lo demás, porque eres un policía de mierda.

Matt no iba a morder el anzuelo.

—Marca.

Ahora que Josh acababa de mencionar a Peterson, Matt se acordó del USB que este le había entregado y lo sacó del bolsillo. Miró alrededor y vio el viejo portátil Dell de Ellie en la mesita de centro, bajo un montón de cartas.

Encendió el aparato, localizó el único archivo de vídeo que había en la memoria externa y pulsó «reproducir».

Matt vio el vídeo en el más completo silencio, esforzándose por mantenerse aislado de todo lo demás. Lo único que oía era el latido

frenético de su corazón. Cuando acabó de ver el vídeo, estupefacto, volvió a pulsar «reproducir».

77

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 21:51 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

Nota del análisis: los signos vitales del sujeto volvieron a caer cerca de un minuto una vez más, pero acabaron por restablecerse. Sordello dejó claro que no quería que nadie entrase a comprobar la máquina.

SORDELLO: Háblеme del vídeo.

MARO: No quiero hablar del vídeo.

SORDELLO: Siento curiosidad. Eso de que no quiera hablar del vídeo, ¿se debe a que sabe que era real, o a que sabe que no lo era?

MARO: Está claro que tiene usted una copia, así que dígamelo usted.

SORDELLO: Esto no funciona así.

MARO: [Frustrado, se frota las sienes] No puedo explicarlo, lo mismo que no puedo explicar la mitad del resto de cosas que sucedieron.

SORDELLO: No tenemos por qué hablar todavía del vídeo, ya hablaremos de él más adelante.

MARO: [No responde]

SORDELLO: ¿Cree que esconderse en casa de la sheriff era lo mejor que podía hacer? En ese momento aún era usted un agente en activo.

MARO: Yo cumplía órdenes. Tenía que quedarme allí e intentar conseguir ayuda del exterior. Eso era lo más adecuado, sí.

SORDELLO: Y, aun así, encomendó usted esa tarea en particular a un sospechoso que tenía bajo custodia en lugar de hacerse cargo de la tarea personalmente. Y envió a una de sus novias a buscar la radio de onda corta en vez de hacerlo usted.

MARO: Estaba solo, tenía que delegar; tenía que pensar. Una parte de mí me pedía que saliera a la calle, pero, si dejaba la casa e intentaba atender un problema tras otro, me habrían matado y habría dejado sola a Ellie. Éramos los únicos representantes de la ley. Si a ella le pasaba algo, no quedaría nadie. Necesitábamos un plan mejor. Necesitábamos alternativas y no teníamos ninguna.

SORDELLO: ¿Porque los pacientes estaban dirigiendo el manicomio? ¿Así es como lo ve?

MARO: Estábamos absolutamente sobrepasados.

SORDELLO: ¿Por qué cree que a usted no le sucedió nada?

MARO: ¿Que no me sucedió nada? ¡Sí que me sucedieron cosas! En aquella casa también estaban sucediendo cosas, como en el resto del pueblo. Puede incluso que cosas peores. A todos nos pasó algo. Allí estábamos todos a punto de sacarnos los ojos por un comentario inadecuado, como les sucedía al resto de habitantes del pueblo. [Se agita visiblemente] Y ya puestos, ¿qué tal si me explica usted por qué nos aislaron? Una llamada de teléfono, eso era cuanto necesitábamos. Una llamada para poder pedir ayuda, pero no nos lo permitieron.

SORDELLO: Eso no fue cosa nuestra.

MARO: Chorradas.

SORDELLO: ¿Y si le dijera que intentamos ponernos en contacto con ustedes pero que era prácticamente imposible? ¿Y si le dijera que, las pocas veces que lo conseguimos, hicimos cuanto pudimos por mantenerlos a salvo?

MARO: Qué bien miente.

Nota del análisis: por el canal privado, el supervisor de Sordello la advirtió de que no dijera nada indebido. Es evidente que tuvo que oírle, pero lo ignoró. En cualquier caso, cambió de tema.

SORDELLO: A estas alturas, ya sabe usted que la reunión en el instituto la orquestó un chico llamado Cody Hill. Dígame, ¿qué habría hecho de otra manera en caso de haberlo sabido? ¿Qué habría hecho para detenerle?

MARO: [No responde]

78

LA SHERIFF ELLIE

El pueblo parecía una zona de guerra. A Ellie no se le ocurría otra forma de describirlo. Ahora que el sol se estaba poniendo, el cielo era una mezcla de rojos, amarillos y el negro profundo del humo del incendio. La sheriff saboreaba el humo en el aire; ácido, seco. Necesitaban que lloviera, pero no parecía que las pocas nubes que había en aquel cielo crepuscular tuvieran la menor intención de soltar agua, y la previsión indicaba que no iba a llover en dos días. Para entonces, lo más probable era que Main Street —puede que el pueblo entero— no fuera sino cenizas.

La chica que tantísimo se parecía a Emily Pridham iba sentada en silencio en el asiento del copiloto, con la cabeza girada, mirando por la ventanilla. Llevaba las manos en el regazo y apenas se movía. Ellie no sabía si estaba terriblemente traumatizada, si era incapaz de hablar, o si lo que estaba sucediendo no la sorprendía lo más mínimo. Ellie se inclinaba por lo último, porque la chica estaba tranquila, cuando toda aquella mierda debería de tenerla acojonada. Su actitud inquietaba a la sheriff.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó Ellie por fin.

La chica no respondió.

—No te compro lo del silencio, señorita. Te recomiendo que vayas buscando la lengua. «Tenemos formas de hacerte hablar» —añadió

en broma, poniendo acento de Europa del Este con la intención de provocar alguna reacción en ella, pero no lo consiguió. La chica siguió mirando por la ventanilla.

Ellie negó con la cabeza y volvió a concentrarse en la calle.

La poca gente con la que se cruzaban se comportaba de maneras muy diferentes. Algunos caminaban por la acera aturdidos, mirando el cielo con la boca abierta de par en par, sin cruzar apenas una palabra. Otros corrían, aunque Ellie no tenía ni idea de por qué..., no había adónde ir; no necesitaba asomarse a las lindes del pueblo para estar segura de que la valla que había visto en la Ruta 112 ya los rodeaba del todo.

Eran como ratas en una jaula.

Llevaba conducidos unos setecientos metros cuando se dio cuenta de que casi todo el mundo iba en la misma dirección. Fue entonces cuando también reparó en que muchos de ellos llevaban un papel en las manos. Algunos lo leían mientras caminaban.

Ellie vio al farmacéutico local junto con otra gente. El hombre ya no llevaba la bata de la farmacia, tenía una de las mangas de la camisa rota y por la rotura asomaba su piel pálida. Tenía un ojo morado. Parecía el perdedor de una pelea. La sheriff frenó en seco, bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¡Henry!

El hombre se volvió hacia ella con esa misma expresión de estar roto que exhibían otros muchos, entrecerró los ojos y la reconoció.

—¿Ellie?

—¿Qué es eso? —le preguntó la sheriff mientras señalaba el papel arrugado que el hombre llevaba en la mano—. ¿Qué pone?

Fue como si la pregunta confundiera al hombre.

—¿Te refieres a la reunión? Me han dicho que la has organizado tú.

Cuando el hombre se acercó hasta la camioneta, la sheriff le cogió el papel, y, a medida que iba leyendo, fruncía cada vez más el ceño.

—No, yo no he sido.

Lo último que le faltaba era que los del pueblo empezaran a reunirse y se exasperasen unos a otros. Como si las cosas no estuvieran ya suficientemente mal.

—Y si no has sido tú, ¿quién ha sido? —Henry Wilburt se tocó un corte que tenía en la comisura de los labios y esbozó un gesto de dolor—. Pensaba que pretendías imponer algún tipo de ley marcial y que, con eso de que no funcionan los móviles, esta era la mejor manera de decírnoslo a todos.

—Lo de establecer un toque de queda no sería mala idea, pero, si quisiera hacerlo, ¿no crees que sería mejor que los carteles llevaran el sello de la comisaría? Ahora mismo, lo más seguro es quedarse en casa y cerrar la puerta con llave.

Ellie pensó que aquello bien podía ser cosa de Stu Peterson. Y, si no había sido él, puede que lo hubieran organizado los que estaban levantando la valla..., fueran quienes fueran esos cabrones. De una u otra forma, nada bueno saldría de confinarlos a todos en un mismo lugar.

Ellie hizo una bola con el papel y la tiró a los setos de los Rutledge.

—Henry, por favor, diles a todos los que vayan a la reunión que recomiendo que vuelvan a casa, que el instituto no es un lugar seguro. —Consultó el reloj del salpicadero—. Yo tengo que ir a ver a

Buck, pero en cuanto acabe iré para allí. Manda a casa a tantos como puedas.

Por primera vez, Henry se fijó en el ocupante del asiento del copiloto y se le endurecieron los rasgos.

—No sé quién habrá organizado la reunión, pero me alegro de que alguien haya hecho algo y quiero saber qué tiene que decir. No pienso pedirle a la gente que se marche, tiene derecho a estar allí, como yo. ¿Quieres ayudar? Ve a la reunión y trae contigo alguna respuesta. Llévala a ella. —Y señaló con la barbilla a la chica, de malos modos—. Son muchos los que quieren hablar con ella. —Henry Wilburt se apartó unos cuantos pasos de la camioneta y añadió levantando la voz—: ¡Seguro que los de la cafetería quieren hablar con ella, Ellie! ¡Toda esta mierda ha empezado con ella!

Cuando señaló la camioneta de la sheriff, la mitad de las personas se detuvieron y se la quedaron mirando.

Henry levantó aún más la voz:

—¿Por qué la proteges, Ellie? ¡Deberías estar protegiéndonos a nosotros! —Levantó la mano por encima de la cabeza y empezó a agitarla—. ¿O es que estás metida en esto? ¡Eso explicaría la mierda de trabajo que estás haciendo hoy! ¿Acaso alguien te está pagando para que mires para otro lado?

Unas cuantas personas gritaron airadas, y al menos una decena de vecinos empezaron a acercarse a la camioneta, tanto desde la acera como desde las casas circundantes. Como se lo permitiese, acabarían rodeándola... y vete tú a saber qué harían con la chica.

—¡Marchaos a casa! ¡Vuestra casa es el lugar más seguro! —gritó Ellie desde la ventanilla antes de pisar a fondo el acelerador.

Puede que la camioneta fuera vieja, pero tenía mucha potencia. Las ruedas traseras chirriaron y el vehículo salió disparado con tanta fuerza que tanto la sheriff como la chica fueron proyectadas hacia delante, y a continuación se empotraron contra el asiento. Ellie sorteó a la gente que ya había tomado la calzada y giró por Marston, en dirección a la montaña.

Cansada de su mutismo, le dijo a la chica:

—Si no me das nada, puede que te entregue a esas personas porque, hasta cierto punto, tienen razón.

Cuando desvió la vista hacia ella, Ellie se dio cuenta de que la chica ya no miraba por la ventanilla, sino que la miraba a ella. Antes de que la sheriff dijera nada más, la chica la cogió de la muñeca y el mundo se desvaneció en un mar negro.

79

LA SHERIFF ELLIE

Ahora Ellie se encontraba de pie en la parte de atrás de la gasolinera que había a los pies de las montañas de la Ruta 112.

Sabía que aquello no era posible. Sabía que estaba conduciendo la camioneta —o que, al menos, había estado conduciéndola hasta hacía un instante—. Además, estaba segura de ello porque le dolían las manos de sujetar el volante con fuerza, y eso solo podía querer decir que, en realidad..., no estaba allí.

Aun así...

Cuando respiró, los pulmones se le llenaron del olor acre de los perritos calientes que llevaban todo el día en la máquina de las salchichas y del leve olor a gasolina y a aceite de motor que impregnaba a los clientes cuando paraban a repostar. Ellie estaba al lado del último expositor del tercer pasillo, ese con todos los aperitivos de la marca Hostess, y llevaba un paquete de HoHos en la mano —sus favoritos—, aunque hacía años que ya no los probaba por recomendación del médico.

Aquello, sin embargo, no era lo más extraño de todo.

Al final de una larga nevera que había en la pared de atrás, sujetando la tercera puerta y cogiendo una botella de agua, estaba ella.

No la actual ella, sino una versión más joven, como de treinta y pico de años, y no llevaba el uniforme de sheriff, sino el de agente. Llevaba el sombrero puesto. Y también llevaba el pelo recogido en una coleta, como siempre; además, aquella versión de sí misma también había cogido un paquete de HoHos.

Ellie seguía mirando a su yo desdoblado, a aquella otra versión de sí misma, cuando sonó la campanilla que había encima de la puerta principal. De no ser por aquella voz áspera, grave y urgente, es muy probable que ni hubiera mirado.

—Vacía la caja registradora en una bolsa y dámela.

La persona que había dicho aquello llevaba un pasamontañas negro, una chaqueta de camuflaje sucia y unos vaqueros. También empuñaba un revólver enorme. Le temblaba la mano. Estaba apuntando al crío de la caja, que hacía el turno de noche de miércoles a sábado; un dato que Ellie no sabía por qué conocía.

La Ellie joven de la nevera se dio la vuelta y puso unos ojos como platos mientras el cajero respondía con una voz una octava más alta de lo normal:

—Es que acabo de vaciar la registradora en la caja fuerte... y solo tengo cien dólares.

—Pues ponlos en la puta bolsa y vacía la caja fuerte. ¡Venga, joder, date prisa!

—La caja fuerte tiene apertura retardada. No puedo abrirla hasta dentro de cincuenta y tres...

—¡Pon la pasta en la puta bolsa!

Muy despacio, la Ellie joven de la nevera dejó el paquete de HoHos y la botella de agua en una balda de baterías para coche, soltó la tira de cuero que sujetaba el arma de reglamento y

desenfundó en silencio. Aquella no era el arma que Ellie llevaba habitualmente, sino el viejo Colt que su padre le había regalado cuando se graduó en la academia, de doble acción, de calibre 357 con marco en L; grande en comparación con la semiautomática que prefería hoy en día.

Ellie sabía que la Ellie más joven estaba cometiendo un error. Desde donde estaba, veía mejor al atracador y cómo temblaba, pero lo más importante de todo era que le había visto los dientes cuando le ladró las órdenes al cajero, y se había fijado en que le faltaban muchos, y en que otros estaban negros, un claro síntoma de que era adicto a las metanfetaminas. En ese momento estaba colocado, lo cual se le notaba en los ojos. Era probable que hubiera fumado antes de presentarse allí. Eso significaba que el tipo era impredecible. Peligroso. Lo mejor era dejar que los acontecimientos siguieran su curso; que cogiera el dinero y se marchara. Ya lo pillaría fuera, donde no correría el riesgo de hacerle daño a nadie más. Intentó hacerle una señal a la Ellie joven, pero se dio cuenta de que no podía moverse.

La Ellie joven se agachó y empezó a avanzar lentamente por el pasillo hacia la parte delantera de la tienda, mientras la Ellie mayor la observaba sin poder hacer nada.

—¡No te lo voy a repetir! —gritó el atracador, mientras barría con el brazo el mostrador y tiraba al suelo un expositor de mecheros y otro de abrebotellas causando un gran estrépito.

El cajero dio un brinco y pulsó el botón de apertura de la caja; en cuanto se abrió, empezó a llenar una bolsa de plástico con el dinero que había dentro.

—¡Y lo que haya debajo del cajón, que sé que ahí escondes los billetes grandes! ¡Venga, vamos!

Ellie vio que el cajero no había mentido. En la caja no había más que dos de veinte y un puñado de billetes pequeños.

La Ellie joven se había ido acercando y empezaba a levantar el arma. La posición era mala: demasiado peso en el pie de atrás y tenía el dedo en el gatillo en vez de en el guardamonte. Aunque no tanto como el atracador, ella también estaba temblando y la Ellie mayor supo que aquello iba a salir mal instantes antes de que saliera mal.

El atracador vio la caja fuerte. Estaba al otro lado del mostrador, detrás del cajero. La puerta del armario estaba lo bastante abierta como para que la caja se viera. Ellie no tenía ni idea de cómo sabía aquello, porque desde el lugar en que se encontraba no alcanzaba a verla, pero lo cierto era que estaba tan segura de ello como de que la Ellie joven estaba a punto de cometer un error terrible.

La Ellie joven gritó:

—¡Policía, no se mueva!

Justo en ese momento el atracador se inclinaba hacia delante para leer la pegatina que había en el armario de la caja fuerte, la pegatina en la que Ellie, por alguna razón, sabía que ponía: «Apertura retardada. El cajero no tiene la llave». El atracador se inclinó justo cuando la Ellie joven gritaba, y aquel leve movimiento sirvió para que la Ellie joven apretara el gatillo.

El Colt disparó, provocando una fortísima explosión. Teniendo en cuenta que el pie de atrás de la Ellie joven cargaba con demasiado peso, la fuerza del disparo hizo que levantara los brazos, la bala pasó por encima del atracador, le entró al cajero justo por encima

del ojo derecho y salió por detrás de la cabeza, destruyendo la esquina del expositor de tabaco que había en la pared contigua.

El cajero cayó.

El atracador se volvió.

Desde donde estaba, inmóvil casi al fondo de la tienda, la Ellie mayor quería gritarle a la Ellie joven, pero de su boca no salía sonido alguno. Ni siquiera cuando el atracador extendió el brazo y su arma apareció en escena y apuntó a la Ellie joven, la Ellie mayor pudo decir nada.

Ellie no oyó el disparo del atracador.

Abrió los ojos de golpe en cuanto la chica del asiento del copiloto de la Ford le soltó la muñeca.

Sin saber cómo, Ellie seguía conduciendo y, aunque no recordaba haber llegado hasta allí, habían seguido avanzando por la carretera de montaña que llevaba hasta la cabaña de Buck y ya empezaba a frenar porque la construcción acababa de aparecer delante de ellas. Ellie consiguió aparcar en el reducido camino de entrada y apagar el motor antes de que empezaran los temblores. Cuando por fin se sobrepuso y fue capaz de mirar de nuevo a la chica, le temblaba todo el cuerpo:

—¿... Q-qué coño ha sido eso?

80

MATT

Matt había visto el vídeo dos veces y estaba a punto de acabar de verlo una tercera vez. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Las dos primeras veces lo vio sin detenerlo, pero esta vez lo había bajado de velocidad y lo había pausado en varios puntos clave para intentar convencerse de que era falso.

El portátil de Ellie era más viejo que la tos. La resolución de la imagen era tan mala y el disco duro chirriaba de tal manera que, en caso de que el vídeo hubiera tenido sonido, tampoco se habría oído. Pero no lo tenía, solo había imagen y, desde luego, si era falso, estaba muy bien hecho.

«Tiene que ser falso».

Matt volvió a clicar al principio del vídeo y pulsó «reproducir» de nuevo.

La imagen se veía granulada. Era probable que no fuera una grabación digital y que, de hecho, estuviera filmada en una vieja película de ocho milímetros transferida a formato digital más tarde. Cuando Matt era un crío, su padre tenía una de esas cámaras de ocho milímetros, sin sonido. La iluminación también era pésima. Muy brillante en la parte izquierda de la pantalla y todo sombras en la derecha, lo cual probablemente se debía a que la fuente de iluminación era una única bombilla encima de la cámara. Matt sabía

que los cineastas que tenían que ceñirse al presupuesto usaban esa clase de trucos para ocultar simulaciones y falsedades que no se podían esconder cuando se filmaba en alta resolución.

La cámara estaba fija, muy probablemente situada en un trípode, y enfocaba la parte frontal de un escritorio de madera en lo que parecía un sótano, pero un sótano que Matt no reconocía. Las paredes estaban forradas con madera de color marrón oscuro, y lo poco que se veía del techo eran manchas oscuras de humedad. Matt no alcanzaba a ver el suelo, pero supuso que habría una moqueta gruesa de color naranja, o quizá verde. El sitio era una cápsula del tiempo de los años sesenta o setenta. Incluso las paredes resultaban inquietantes; estaban cubiertas de fotografías, de artículos de periódicos y de lo que parecían medallas militares, y también había un póster en el centro con unas palabras que hicieron que a Matt se le encogieran las tripas:

ÚNETE AL KKK Y LUCHA POR LA RAZA Y LA NACIÓN

Durante los primeros veinte segundos del vídeo no había movimiento. Entonces, un hombre vestido con una túnica blanca y un capirote también blanco entraba en escena, se inclinaba hacia la lente de la cámara y a continuación se sentaba en la silla que estaba detrás del escritorio. El hombre tenía la cara tapada con una máscara, así que sus ojos no eran más que dos cabezas de alfiler oscuras que se veían a través de los agujeros. En el pecho izquierdo tenía un círculo rojo con una cruz en su interior, también roja.

El hombre permaneció sentado, inmóvil, durante cerca de un minuto, con aquellos ojos sin vida mirando a la cámara, tras lo cual

desplazó la mano a un lado y cogió un periódico de Birmingham, Alabama, con fecha del 16 de septiembre de 1963. El titular decía:

MUEREN CUATRO NIÑAS EN LA IGLESIA BAPTISTA
DE LA CALLE 16. SE SOSPECHA DEL KKK

Matt conocía el atentado, lo había estudiado en el colegio. El KKK puso varias bombas bajo la iglesia y las hizo detonar poco antes de que los niños salieran del colegio dominical. Murieron cuatro niñas, todas ellas negras, de entre once y catorce años. Los responsables eran cuatro hombres, y a uno de ellos no lo juzgaron hasta finales de los años setenta. A los otros dos los sentenciaron, por fin, en 2001 y 2002. El cuarto murió a la espera de juicio. Aunque los diferentes abogados de los acusados sostuvieron que sus clientes habían actuado en solitario, la creencia popular era que había más gente implicada. Y lo que sucedía en el vídeo respaldaba esa teoría.

El hombre del vídeo dejaba el periódico y miraba a la cámara, siempre con la máscara puesta, como si no tuviera claro qué hacer a continuación. Respiraba hondo y levantaba un papel en el que ponía lo siento con grandes letras cuadradas. Cuando se disponía a dejar el papel de nuevo encima del escritorio, le temblaba tanto la mano que el escrito resultaba ilegible.

El hombre se quitaba la máscara...

... y Stu Peterson miraba directamente al objetivo.

Por mucho que el metraje fuera de mala calidad, Matt reconoció aquella hinchazón rojiza alrededor de los ojos de Peterson, ya fuera por falta de sueño o por haber llorado..., o puede que por ambas cosas —era imposible saberlo—. Peterson no parecía más viejo que

ahora, lo cual solo podía significar que aquello lo habían rodado recientemente y que el periódico debía de ser algún tipo de reliquia o reimpresión. Incluso el vídeo estaba hecho para que pareciera viejo, que era por lo que nada encajaba.

Matt sabía por sus permisos de armas que Peterson tenía sesenta y siete años. Eso significaba que en 1963, cuando sucedió el atentado de la iglesia, solo tenía siete años. ¿Era posible que Peterson, con siete años, estuviera involucrado en el atentado? Sí, era posible. Matt había oído historias mucho peores sobre el KKK.

Pero también estaba lo del calendario...

Colgaba en la pared, detrás de Peterson, parcialmente oculto por su hombro izquierdo.

Los días del 1 al 8 de enero estaban tachados, y el año que aparecía arriba del todo era 1964. A ver, eso también podía ser parte de un montaje, pero había algo que hacía que pareciera auténtico.

Matt movió la cabeza a ambos lados. El calendario no podía ser real, como tampoco podía serlo la grabación. Y no podían ser reales por lo que sucedía a continuación.

Peterson se pasaba casi un minuto mirando a la cámara, y a continuación cogía un revólver. Era un Magnum plateado, Matt lo identificó como uno de los que Peterson tenía registrados.

Stu Peterson se ponía el cañón bajo la barbilla, amartillaba el arma y apretaba el gatillo.

No había destello.

No se oía el disparo.

No se oía nada.

La cámara seguía grabando mientras la mano de Peterson caía a un lado y su cuerpo se desplomaba hacia delante. Le faltaba la

cabeza, y el póster del KKK que había detrás estaba manchado de sangre y de restos.

La cámara seguía grabando unos veinte segundos más después del disparo, y se cortaba. La grabación terminaba así. En la memoria externa no había nada más.

Matt se estaba preparando mentalmente para visionar el vídeo una vez más cuando Addie bajó las escaleras, despacio, con la cara desencajada, como si algo la tuviera muy confundida.

—He contactado con alguien por radio..., pero lo que decía no tenía ningún sentido.

En una esquina de la sala, Josh arrojaba el teléfono a un lado.

—¡Aquí no responde nadie, joder! ¡Yo paso de seguir!

Matt lo ignoró y le preguntó a Addie:

—¿Qué decía?

—Era una niña, una chica..., que apenas hablaba nuestro idioma. —Addie bajó la cabeza y pensó unos instantes en lo que iba a decir a continuación—. Me ha dicho que... que vivía en las afueras de Varsovia, en Polonia, y que tenía que enviarle ayuda porque los nazis estaban llegando... No paraba de repetir lo mismo. Me ha dicho que era su padre quien le había pedido que lo hiciera.

Gabby llegó de la cocina toqueteando una y otra vez la pantalla del móvil. Dijo sin levantar la vista de la pantalla:

—Riley ha conseguido hablar con mi madre, que irá a recogerla al centro de reconocimiento de Barton. Se quedará con ella hasta que se solucione todo. —Gabby acabó de escribir, alzó la vista y suspiró aliviada—. Por lo menos, ella está a salvo.

Matt había estado tan ocupado con el vídeo que no se había dado cuenta de que el sol había empezado a descender. Estiró la mano

hasta la lámpara que tenía al lado y la encendió. La bombilla lanzó un destello, estalló por dentro y se apagó.

—He visto una caja con bombillas en la despensa —comentó Gabby antes de volver a la cocina.

Dijo algo más, pero Matt no la oyó. Acababa de quitarle la tulipa a la lámpara y allí, pegado, encontró... algo.

Un micro.

Una especie de mecanismo de escucha.

81

LA SHERIFF ELLIE

Fuera lo que fuera que había experimentado Ellie, había sido tan intenso como un sueño..., pero no era un sueño, porque no se desvanecía. Las imágenes permanecían en su cabeza con muchísima claridad. Cuando parpadeaba volvía a verlas durante ese instante de oscuridad, cada vez más realistas que la anterior.

Desde el asiento del copiloto, la chica observaba a Ellie en silencio, pero, a diferencia de antes, sus ojos contaban una historia. No solo había tenido la misma visión que Ellie, sino que había entendido lo que significaba, y ahora se compadecía de ella. Compasión y pena.

Ellie observó cómo la chica se levantaba la manga y señalaba un punto, justo debajo del codo. Allí, escrito junto a otro centenar de nombres, estaba el de Ellie, y, en cuanto lo vio, las palabras que le había dicho Matt en su casa regresaron a su cabeza con la fuerza de un camión Mack.

«Pierde toda esperanza de ver el cielo. He venido a llevarte a la otra orilla, a la oscuridad eterna, al fuego y al hielo».

Aquello era demasiado. Ellie se quedó sin aliento y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir respirando, como si su cuerpo ya no quisiera desempeñar aquella tarea tan sencilla por sí solo. Se le encogió el estómago. Abrió la puerta de golpe, logró salir de la camioneta,

aunque tambaleándose, y llegó hasta la hierba alta que había junto al camino antes de vomitar.

Cuando acabó, cuando su cuerpo volvió a sentirse como era debido, sacó una toallita del bolsillo, se limpió la boca y respiró hondo aquel aire frío de la montaña. Y, aunque allí el aire también tenía cierto olor ácido debido al humo del incendio del pueblo, era lo bastante puro como para ayudarle a aclarar los pensamientos.

Ellie regresó a su camioneta y se quedó mirando a la chica. Tenía trabajo que hacer.

—Baja.

Al principio la chica no se movió, pero acabó abriendo la puerta y obedeció a la sheriff. Ya se había bajado la manga, y Ellie agradeció que lo hubiera hecho.

La sheriff guio a la chica hasta la puerta de la cabaña de Buck, procurando no tocarla, y llamó. Al no recibir respuesta, volvió a llamar, esta vez golpeando la puerta con la parte baja del puño.

—¡Buck, sé que estás ahí! ¡Abre!

Se oyó un traqueteo de cerraduras.

La puerta se abrió.

Buck estaba allí, sosteniendo una escopeta.

Las miró a ambas, apuntó al centro del pecho de la chica y disparó.

82

MATT

El aparato era pequeño y estaba adherido con cinta de espuma de doble cara, apenas una cajita negra de dos centímetros y medio de lado con una protuberancia de goma en un flanco, muy probablemente una antena. No tenía ni luces ni ningún otro elemento que indicara que estaba encendido, pero era evidente que se trataba de un micrófono... y eso implicaba que alguien los estaba escuchando.

No se dio cuenta de que tanto Gabby como Addie lo estaban mirando hasta que alzó la vista.

Matt les enseñó lo que había encontrado y se llevó un dedo a los labios para pedirles silencio.

Gabby musitó: «¿Stu Peterson?».

Matt negó con la cabeza.

No podía estar seguro, pero dudaba de que hubiera sido Peterson.

Al instante le vino a la cabeza una idea horrible, una idea que no quería que fuera cierta bajo ningún concepto. Le pidió a Gabby mediante gestos que le dejara el móvil y lo puso en la mesita que había entre ambos con los mensajes de Riley aún en la pantalla. Luego miró a Gabby con expresión solemne y alzó la voz:

—No podemos quedarnos aquí. Creo que deberíamos subir a mi coche, ir a la carretera y estrellarlo con fuerza contra la valla para

tratar de salir.

Apenas había acabado de hablar cuando en la pantalla del móvil aparecieron tres puntos, indicativos de que alguien estaba escribiendo. Los puntos permanecieron allí cosa de medio minuto, y después se desvanecieron.

Quienquiera que estuviera escuchando, también estaba al otro lado del móvil de Gabby.

Gabby tardó un momento en darse cuenta de que no había estado intercambiando mensajes con su hija y se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando hizo ademán de coger el teléfono, Matt negó con la cabeza y levantó un dedo. A continuación cogió el móvil y escribió:

¿Quién eres?

Los puntos aparecieron de nuevo, pero desaparecieron enseguida. Cuando vio que no pasaba nada durante cosa de un minuto, Matt se acercó el micro a la boca y habló casi a gritos.

—¡Dejaos de chorradas! ¡Sé que nos estáis escuchando! ¿Quiénes sois?

Josh estiró el cuello.

—¿A quién coño le estás gritando? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

Matt levantó la tulipa y señaló el aparatito.

En el móvil de Gabby volvieron a aparecer los tres puntos y permanecieron en la pantalla durante un larguísimo instante, desaparecieron de nuevo y volvieron a aparecer. Cuando llegó el mensaje, Addie ahogó un grito.

Permanezcan en la casa o no podremos ayudarles. Ya están ustedes muertos.

Gabby miró el texto escrito en el móvil y, a medida que las palabras calaban en su cerebro, preguntó:

—¿Dónde está mi hija? ¿Por qué tienes su móvil? ¿Está en tu poder?

Tres puntos y...

Muerta.

—¡Mientes! —le escupió Gabby.

... Están todos muertos. Y tú lo estarás pronto.

No aparecieron más puntos. Nada.

Los tres se quedaron mirando la pantallita a la espera del resto de la frase, pero no volvieron a escribir nada más. Matt dejó transcurrir un minuto largo, y les envió un nuevo mensaje: «¿Quiénes sois?», pero lo único que recibió fue la confirmación de que era imposible enviar el mensaje.

—Cabrones... —murmuró Addie.

Matt hizo ademán de acariciarle el brazo a Gabby, pero la mujer lo rechazó. Al agente le latía el corazón a mil revoluciones por minuto, pero hizo lo imposible por mantener la calma.

—Han mentido. ¿Por qué razón iban a hacerle daño a una niña?

De pronto oyeron un ruido fortísimo. Matt se giró a tiempo de ver a Josh golpeando el radiador con el auricular del teléfono una segunda vez. El plástico se rompió en pedazos y, cuando rebuscó

entre los fragmentos, encontró otro micrófono redondo y lo examinó acercándolo a la luz. Había otro detrás, donde los cables.

Matt se puso a inspeccionar la sala enseguida.

¿Cuántos más habría en casa de Ellie?

¿Y cuánto tiempo llevarían allí?

A Gabby le daba igual quién estuviera escuchando.

—Han levantado una valla alrededor del pueblo en menos de un día y disparan a todo el que intenta salir. ¡Esa gente tiene a mi hija! ¡Por lo que parece, podrían haberla secuestrado en tu propio despacho! —Se quedó mirando el pequeño micrófono y exclamó—: ¡Como le hagáis daño os mato! ¡Os mato a todos!

De repente, en el piso de arriba empezó a sonar una música a todo volumen. Los cuatro dieron un brinco, sobresaltados. Aunque parecía imposible, el volumen subió aún más, pero enseguida se oyó un «¡pop!» aún más alto y todo se quedó en silencio. Matt no conocía la canción, pero reconoció el idioma: era alemán.

—Eso era la *Die Fahne Hoch* —comentó Josh en voz baja. Como nadie dijo nada, añadió—: Significa «elevad la bandera». Era el himno nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Mi padre era un loco de la historia y no paraba de meterme en la cabeza datos como ese.

—Ha tenido que venir de la radio de onda corta —comentó Addie —. Parecía como si hubiera explotado el altavoz. La niña con la que he estado hablando...

A Matt le daba vueltas la cabeza mientras intentaba encontrarle un sentido a todo aquello.

—Ve a comprobarlo —le pidió Matt.

—Ve a comprobarlo tú. Yo no pienso subir.

Afuera, el débil sonido de un motor fue cobrando fuerza a toda prisa. Matt volvió a la ventana justo a tiempo de ver a Stu Peterson aparcar y bajar de su camioneta. Varios más saltaron de la caja, y rodearon la casa de Ellie. Todos iban armados.

Peterson llegó hasta la mitad del camino de entrada de Ellie e hizo bocina con las manos.

—¡Matt, no quiero hacerle daño a nadie! ¡Danos a la chica y nos iremos sin más!

83

LA SHERIFF ELLIE

El mundo se movió a cámara lenta.

Ellie echó mano a su arma y consiguió desabrochar el seguro de cuero en el momento en que Buck tiraba de la corredera para cargar otro cartucho y disparaba de nuevo.

El segundo disparo le destruyó el hombro a la chica y la hizo girar en redondo.

Ellie sacó el arma y apuntó a Buck mientras este cargaba un cartucho más.

—¡Tírala!

Buck disparó.

A bocajarro, directo a la cara de la chica.

Lo que sucedió a continuación permanecería grabado en la memoria de Ellie el resto de su vida.

No había sangre, no había restos, no había materia gris ni pedazos de carne...; no había nada de lo que la sheriff esperaba ver. Solo halló una palpitación, una masa negra aleteando —cuerpecillos, alas...—, una explosión de movimiento allí donde había estado la chica, junto a Ellie, y en todas direcciones al mismo tiempo. El cerebro de la sheriff trató de buscarle algún sentido a lo que estaba viendo, y concluyó que la chica había estallado, convirtiéndose en cientos de cuervos que alzaron el vuelo desde el punto donde se

encontraba la niña, aprovechando la fuerza de la explosión. Se arremolinaron en el cielo, buscando el aire, los árboles, y al cabo de un instante desaparecieron, y de ellos solo quedó el eco de sus furiosos chillidos resonando en la cabeza de Ellie junto con el atronador sonido del disparo de la escopeta y un persistente pitido en sus oídos.

Ellie no tenía claro cuánto tiempo llevaba allí, paralizada. Podría haber sido toda una vida, o medio segundo. Su cerebro acababa de colapsar, y saltó el interruptor. Cuando Buck logró hablar por encima del pitido que bloqueaba sus oídos, la sheriff pudo asirse de nuevo al cabo que la mantenía sujeta a la realidad, y, tirando de él, consiguió volver. La voz profunda del hombre resonó por todo su ser, mientras él extendía la mano, tratando de desviar el cañón de su pistola.

—¡Ellie, no!

Pero su dedo ya se estaba desplazando hacia el gatillo. No podía frenar aquel movimiento involuntario, igual que no había sido capaz de impedir que la Ellie joven de hacía un rato le disparara al atracador en la tienda.

84

MATT

—¡Agachaos! —Matt había dejado la escopeta apoyada en la pared, cerca de la puerta principal.

El agente se agachó a su vez, avanzó como pudo y la cogió. Con la espalda pegada a la pared, comprobó la recámara. Luego, desenfundó su arma de reglamento y se la pasó a Gabby deslizándola por el suelo.

—Cógela y ve al sótano. A cualquiera que no sea yo y que baje por esas escaleras, ¡le pegas un tiro!

Había muchos episodios del pasado de Gabby de los que Matt no tenía ni idea, años enteros de los que la mujer no quería ni hablar, y él lo había respetado. La mujer se quedó mirando la Glock un momento, la cogió, comprobó el cargador y deslizó ligeramente la corredera para comprobar que había una bala en la recámara y estaba lista para disparar.

—No voy a ir a ninguna parte. Primero mataremos a ese cabrón, y después iremos a buscar a Riley.

Matt sabía que era mejor no decirle que no, entre otras cosas porque era consciente de que aquello no podía hacerlo él solo.

—Vale. Tú ve a la puerta de atrás. Que no entre nadie.

Gabby asintió y se dirigió a la cocina, rápida como una exhalación.

Addie permanecía inmóvil. Tenía los ojos abiertos de par en par y podía leerse el miedo en ellos. Se sujetaba la tripa con una mano, y con los dedos de la otra se retorcía nerviosamente la camiseta.

—Sube al piso de arriba y busca algún lugar donde esconderte.

La mujer miró en dirección a la cocina y negó con la cabeza.

—No, dame un arma. Yo también quiero ayudar.

—Tienes que pensar en el bebé.

—Es lo que estoy haciendo.

—No tienes que demostrar nada.

—Dame un arma.

Matt no tenía tiempo para discutir.

—Ellie me contó que tiene un viejo Colt en el primer cajón de su mesita de noche. Cógelo y vigila desde las ventanas de arriba; pero ten mucho cuidado, que no te vean. No creo que esta gente dude en disparar.

Addie empezó a moverse, pero se detuvo.

—¿Y si me disparasen, te importaría?

—Addie, no es el momento.

—Da igual lo que haga, ¿verdad?, siempre seré el segundo plato. El premio de consolación. Si muriera, ¿te daría pena o te sentirías aliviado?

—¡Matt! —gritó Peterson desde fuera—. ¡No me obligues a pedírtelo dos veces!

—No hace falta que respondas... —siguió diciendo Addie—, ya conozco la respuesta.

Antes de que a Matt le diera tiempo de decir nada, la mujer subió las escaleras, giró por el descansillo al llegar arriba y desapareció de la vista.

Josh tiró de las esposas que lo mantenían unido al radiador e intentó liberarse, pero aquel cacharro era más viejo que ellos dos juntos y estaba hecho de hierro fundido. Ni se movía. Miró a Matt:

—¡Quítame las esposas y dame un arma!

—Ni loco.

—¿Cuántos son? ¿De verdad crees que puedes con ellos sin mi ayuda?

—Sabes muy bien que no puedo soltarte.

Josh se lamió los labios, cada vez más inquieto.

—No he matado a los niños. Nunca haría algo así. Por muy mal que estuvieran las cosas entre Lynn y yo, nunca haría algo así. Puede que tú y yo no nos llevemos bien, pero me has visto en el campo de tiro, sabes que tengo buena puntería. ¡Dame una puta arma!

—¡Matt! —ladró Peterson de nuevo—. ¡Tengo gente rodeando la casa! ¡Voy a contar hasta diez para que hagas salir a la chica! ¡Como no salga, esto se va a poner feo!

—¡No está aquí, Stu! —le gritó Matt—. ¡Se la ha llevado Ellie, pero no sé adónde han ido!

Pasaron varios segundos antes de que Peterson rompiera el silencio:

—¡Vaya, pues es una lástima!

Josh hizo traquetear las esposas en el radiador una vez más.

—¡Matt, suéltame!

—¡Cierra la puta boca!

Josh tiró otra vez de las esposas y estiró el cuello.

—¡Stu, Ellie se ha llevado a la chica a la cabaña de Buck! ¡Se han marchado hace una media hora!

Cuando Peterson respondió, a Matt le pareció que estaba justo al otro lado de la puerta.

—Ah, ¿sí?

—¡Matt tiene una escopeta! ¡Está aquí, conmigo, en la sala! ¡Gabby está en la cocina, vigilando la puerta de atrás, y a la embarazada la ha enviado al piso de arriba! ¡Las dos están armadas! ¡No hace falta que entréis, lo que buscáis está en la cabaña de Buck!

Matt empuñó la escopeta con más brío. Tuvo que esforzarse al máximo para reprimir las ganas que tenía de hacerle un agujero bien grande a Josh.

—Si la chica no está, no te importará que mi gente y yo entremos a comprobarlo, ¿verdad? ¡No es que no me fíe, pero prefiero confirmarlo con mis propios ojos!

Matt procuró que no se le notara el miedo en la voz:

—¡Stu, vuelve a la camioneta y marchaos a casa! ¡Si lo hacéis, pasaré por alto todas las infracciones que estáis cometiendo! ¡De lo contrario, acabarás metido en una celda!

Los tres disparos que sonaron a continuación produjeron un ruido metálico al impactar en la puerta principal, cerca de la cerradura, pero rebotaron. Parecía que los hubieran disparado con un 45, pero Matt no estaba seguro.

—¡La puerta tiene el interior de acero y dos cerrojos de seguridad! —le gritó Matt—. ¡Igual que la de atrás! ¡No conseguiréis entrar! ¡Largaos de aquí, joder!

—¡Hay muchas formas de entrar en una casa, Matt, lo sabes bien! ¡Y también hay muchas formas de hacer que alguien salga!

El gran ventanal que había en la sala, encima del sofá, estalló provocando una lluvia de cristales. Una piedra del tamaño de un

puño cayó en la mesita y no se detuvo hasta que llegó casi hasta la pared del fondo. Matt oyó que arriba se rompía otro cristal, y otro más en la parte de atrás de la casa, seguido de un grito de Gabby en la cocina.

Matt apoyó la escopeta en el pecho y se dirigió a la cocina a toda prisa justo cuando un cóctel molotov entraba por el ventanal de la sala, estallaba en el suelo e incendiaba las tablas.

Fuera, Stu Peterson gritó:

—¡Sal cuando estés preparado, Matt! ¡Soy un hombre paciente, te esperaré!

85

LA SHERIFF ELLIE

Buck apartó el arma de Ellie y se encogió cuando la bala atravesó la madera que estaba pisando y desapareció en la tierra haciendo un ruido similar al de un trueno. En ningún momento dejó de mirar a la sheriff a los ojos. Ellie podría haber disparado de nuevo de no ser porque le retorció el arma para quitársela de las manos justo cuando el dedo índice de la sheriff empezaba a moverse una vez más.

La mujer estaba conmocionada.

En cierto modo, Ellie era consciente de ello, pero saberlo y utilizar esa información para evitar que su cuerpo siguiera su instinto natural de replegarse en sí misma eran dos cosas muy distintas. La sheriff consiguió girar la cabeza y observó el lugar donde se encontraba la chica apenas hacía un momento, pero lo que vio no le aclaró nada; al contrario, le suscitó más preguntas.

No había ni rastro de la chica.

No había cuerpo.

No había sangre.

No había nada.

Los cuervos también se habían volatilizado, pero a Ellie le daba la impresión de que no debían de estar muy lejos, porque Buck estaba mirando los árboles y las arrugas de su rostro se iban haciendo más profundas cada vez.

Buck guardó el arma de Ellie en la cinturilla de sus vaqueros, en la espalda, y cogió a la sheriff por la muñeca.

—Vamos, entra.

El hombre tenía un tacto áspero. Las suyas eran manos de trabajador, rudas, como papel de lija, pero Ellie no apartó el brazo, sino que permitió que la guiara al interior de la cabaña y cerrara la puerta. En la chimenea ardía un fuego que crepitaba suavemente.

Ellie nunca había visto dónde vivía Roy «Buck» Buxton, pero a lo largo del tiempo —se conocían desde hacía muchísimos años— había ido haciéndose una idea de cómo sería aquel lugar basándose en los momentos en que habían coincidido, ninguno de los cuales había sido especialmente bueno. Se dio cuenta de que únicamente pensaba en él como en el borracho del pueblo, y que había olvidado por completo que también era una persona. Por trágica que fuera, Buck tenía una vida pasada de la que Ellie sabía bien poco. La cabaña estaba cálida y seca, y era acogedora, algo que Ellie no esperaba. Y, aunque el mobiliario estaba pasado de moda, estaba bien cuidado. Algunas piezas parecían hechas a mano, probablemente por el propio Buck.

Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía enmarcada, una sola, con una versión adolescente de Buck con el brazo alrededor de los hombros de Emily Pridham. Estaban junto a las gradas del instituto, él con una enorme sonrisa, y ella con una sonrisa radiante. Mientras se acercaba un poco más, a Ellie ya no le cupo la menor duda: por imposible que pareciera, aquella era la misma chica con la que había subido hasta allí, la misma chica a la que Buck acababa de dispararle y la misma...

A Ellie se le quebró la voz mientras acariciaba el marco de madera.

—Dime que no era ella.

A Buck le hicieron ruido los pulmones cuando inspiró mientras se acercaba a la sheriff y dejaba la escopeta apoyada en el lateral de la chimenea. Respondió con un profundo susurro:

—No es la primera vez que regresa. Hoy la he visto cuatro veces. La primera, cuando he ido a limpiar de cuervos la plaza. Otra vez, una hora más tarde, en el vertedero. Otra aquí mismo, en casa, justo donde estás tú, y otra en el bosque, observándome. No sé lo que será esa cosa, pero... pero te aseguro que no es Emily.

—¿Cómo es...?

—¿Que cómo es posible? ¡Que me aspen si lo sé! Pero ¿cómo es posible nada de lo que está sucediendo hoy?

Ellie vio movimiento por el rabillo del ojo y, cuando se volvió, había una niña observándola desde el umbral de la puerta de una habitación que había al final de la cabaña. Tardó un segundo en establecer la conexión, porque no tenía ningún sentido que la niña estuviera allí.

—¿Riley?

Mason Ridler apareció detrás de ella y se quedó de piedra al ver a Ellie; dijo, dirigiéndose a alguien más:

—¡No jodas, una poli en la casa!

Ese alguien resultaron ser dos, Evelyn y Robby Harper.

—No lo entiendo.... —le dijo Ellie a Riley—, le has escrito a tu madre diciéndole que estabas en el centro de reconocimiento de Barton..., que estabais todos allí. Vosotros y un montón de gente del pueblo.

La niña puso cara de no saber de qué le estaba hablando.

—No, no le he escrito nada parecido.

—Sí, le has... —Ellie se esforzó en poner su cerebro a trabajar, pero no era tarea fácil después de lo que le había pasado frente a la puerta de la cabaña de Buck y de lo que este acababa de explicarle. Le tendió una mano—. Déjame tu móvil.

Riley Sanchez sacó el móvil del bolsillo y se lo entregó a la sheriff. No tenía instalada ninguna contraseña de desbloqueo, por lo que Ellie no tardó en dar con la aplicación de mensajería y localizar las conversaciones que había mantenido con su madre. Había muchos mensajes de ese día, pero, al igual que le había sucedido a Gabby, la mayoría de ellos no habían llegado a salir. El mensaje que Gabby había recibido de su hija en casa de Ellie, el que decía que estaba con aquellos críos en Barton, no estaba allí. Por lo tanto..., aquel mensaje no provenía del móvil de Riley. Y, lo que era aún más extraño, en el hilo había mensajes de Gabby, mensajes que Ellie estaba prácticamente segura de que Gabby no había enviado. En todos ellos le decía que se quedara en la cabaña de Buck hasta que diera con la manera de subir a buscarla.

Solo había una explicación que tuviera sentido: quienquiera que estuviese interceptando y bloqueando sus comunicaciones aquel día, también utilizaba la tecnología para enviar mensajes falsos.

El más pequeño de los cuatro niños, Robby Harper, miró a Buck con gesto preocupado.

—¿Has tenido que matarla otra vez?

—Sí.

—¿Crees que se habrá cansado de venir?

—Ojalá supiera la respuesta.

Evelyn Harper posó una mano en el hombro de su hermano y se lo apretó, como si quisiera reconfortarlo. Y a continuación le dijo a Buck:

—Tienes que enseñarle a la sheriff Pritchet lo que nos has enseñado a nosotros.

—Buck tiene una teoría, aunque es una puta locura —comentó Mason Ridler riéndose entre dientes.

Evelyn le asestó un codazo en la tripa.

—Te tengo dicho que no hables así delante de mi hermano, gili.

Riley los ignoró a ambos.

—¿Mi mamá está bien? ¿Está contigo?

Ellie hincó una rodilla en tierra y le acarició el pelo.

—Está bien. Está a salvo. La he dejado en mi casa, con Matt.

—¿Podrías llevarme con ella?

Ellie estaba a punto de decirle que sí cuando, por el rabillo del ojo, vio algo en la habitación de la que habían salido los críos. Miró a Buck con aire inquisitivo.

—Enseguida, cariño, pero creo que Evelyn tiene razón, y que el señor Buxton ha de enseñarme lo que sea que os ha enseñado a vosotros.

86

MATT

Josh lanzó un grito.

Fue un alarido agudo, como de animal, y Matt vio que una de las lenguas de fuego del cóctel molotov le había alcanzado y tenía la pierna en llamas.

Matt se volvió a toda prisa, saltó por encima del fuego que había en el centro de la sala y cogió el gran acuario de Ellie por una esquina. Acompañando el esfuerzo con un gemido, lo empujó hacia delante, el acuario se cayó de la mesa y el agua, la arena, los peces y el castillito se salieron del tanque empapándole los pantalones y se esparcieron por el suelo como un maremoto en miniatura que apagó la mayor parte del fuego, aunque no llegó hasta Josh. El hombre gritaba cada vez con más ganas y no cesaba de sacudir la pierna en todas direcciones; la retorcía, se retorcía él..., con lo que solo estaba logrando empeorar la situación.

Matt cogió un cojín de una silla que tenía al lado, fue hasta Josh e intentó sofocar las llamas. Fue golpeando las llamas con el cojín a lo largo de toda la pierna, hasta que logró apagarlas todas y, a continuación, inmovilizó a Josh valiéndose del peso de su cuerpo.

—¡Ya está! ¡Ya está! —le dijo Matt, tratando de tranquilizarlo—. ¡Deja de moverte, para que pueda determinar los daños...!

Josh guardó silencio mientras Matt lo examinaba.

Parte de la gasolina debía de haber salpicado la pernera derecha del pantalón de Josh. Desde la rodilla hasta justo por encima del tobillo, los pantalones, que habían sido de color caqui, ahora eran de color negro y estaban chamuscados. Parte de la tela se había fundido con la carne quemada. Era muy probable que las quemaduras fuesen de segundo y tercer grado. Había que llevarlo a que lo viera un médico.

Josh respiraba dando bocanadas cortas y rápidas, tragando el aire por entre los dientes.

—Te pondrás bien —le dijo Matt, aunque sabía que no era cierto —. Tú estate quieto.

Matt había dejado la escopeta cerca de donde estaban ahora cuando fue a derribar el acuario, y se dio cuenta de que Josh también la estaba mirando un instante antes de que el hombre se lanzara a por ella.

Matt levantó la rodilla y alcanzó a Josh debajo del mentón. Al hombre le chasquearon los dientes y lanzó otro grito mientras Matt recuperaba el arma y se apartaba de él rodando por el suelo.

En la cocina se oyeron dos disparos.

Y entonces Matt se acordó de Gabby.

La mujer había gritado justo antes de que el cóctel molotov entrara por el ventanal de la sala.

Matt cruzó la puerta de la cocina a toda prisa y encontró a Gabby agachada junto al fregadero. La ventana que había encima estaba rota, el cañón del arma que le había dejado seguía humeante.

—Ahí fuera hay tres por lo menos —le dijo Gabby a toda prisa—. Los mismos mierdas que estaban antes con Stu. Los he hecho

retroceder, pero no sé por cuánto tiempo. Tenemos que irnos de aquí.

El coche patrulla de Matt estaba en el garaje, que no comunicaba con la casa.

—No podemos llegar al coche sin salir de la casa, y eso resulta demasiado arriesgado. Josh está herido, así que es imposible que se mueva rápido.

Matt la puso al corriente de lo que había sucedido.

—¡Que lo jodan! ¡Tendrías que haber dejado que se quemara!

—¡Matt!

Era Addie llamándolo desde el piso de arriba.

Gabby sacudió la cabeza y se volvió hacia la ventana rota que tenía sobre la cabeza.

—Venga, ve a ver qué pasa.

—¿Sabes que te quiero, verdad?

La mujer se mordió el labio inferior y se negó a mirar a Matt.

—Sé que eso es lo que quieres, quererme, pero, a veces, con eso no es suficiente.

—Lo que me dices no es justo.

—No —respondió con dulzura—, no lo es. —Estiró el cuello para controlar el jardín—. Vamos, ve. Ve a ver si Addie está bien, que yo puedo encargarme de esto y de todo lo demás. Como he hecho siempre.

Matt no quería irse porque aquel parecía el final de su relación, pero no tenía alternativa. Para bien o para mal, tenía un trabajo que hacer. Luchando contra todas las fibras de su ser, salió a toda prisa de la cocina, directo a las escaleras.

87

LA SHERIFF ELLIE

Ellie estaba a mitad de camino de la habitación del fondo de la cabaña cuando Buck la sujetó del hombro con fuerza y la detuvo.

—Antes de que entres ahí, necesito saber que eres capaz de mantener una mentalidad abierta, porque todo lo que estoy a punto de mostrarte hará que te cuestiones ciertas cosas..., no, ciertas cosas no, muchas cosas. Al principio no te lo creerás, y es normal..., ¡joder, yo tampoco me lo creía!, pero necesito que acalles esa parte de tu cabeza, la que te dice qué es real y qué no. Esa parte que te dice que hay cosas que no son posibles bajo ninguna circunstancia. Cuando dudes de mí, quiero que pienses en esa chica que parecía Emily Pridham y en lo que has visto en la puerta de mi casa.

—No sé lo que he visto, Buck.

—Pero sabes lo que no has visto, es decir, a una chica muriendo víctima de varios disparos de escopeta. Esa es la parte a la que tienes que agarrarte con fuerza, a la que tienes que aferrarte.

Mason Ridler se dio unos golpecitos en la sien.

—Prepárate para que te explote la cabeza.

Buck soltó el hombro de Ellie y le hizo un gesto indicándole que entrara en la habitación.

Ellie entró.

El espacio no era muy grande, unos tres metros y medio por tres, pero la ausencia de mobiliario hacía que lo pareciera. No había cama, no había armarios. Solo había una mesa plegable en el centro con una única silla, también plegable, a un lado. Aparte de un cenicero lleno hasta arriba y de innumerables manchas de latas o botellas sobre la fórmica marrón, la mesa estaba vacía. A Ellie le quedó claro que Buck pasaba mucho tiempo sentado a aquella mesa, en aquella silla, y, cuando vio las paredes, entendió por qué.

Hasta el más mínimo hueco de las paredes estaba cubierto de mapas, fotocopias, recortes de periódico..., todo ello entrelazado con un intricado patrón de hilos de colores atados a chinchetas.

—Joder, Buck..., pero ¿cuánto tiempo llevas con esto?

—¿Tú cuánto crees?

—Desde lo de Emily.

—Desde lo de Emily.

Riley y los demás críos también entraron en la habitación, pero se quedaron callados en una esquina. Mientras Mason, Riley y Evelyn miraban a Ellie, el pequeño de los Harper observaba las paredes.

A Ellie le dio la impresión de que el niño no solo entendía lo que estaba viendo, sino que estaba desarrollando una teoría, estaba conectando los puntos de eso que a Buck le había costado años desarrollar. El niño movía los ojos a toda prisa de un lado para el otro, siguiendo las cuerdas, estudiando los textos y las imágenes. Ellie no tenía ni idea de lo que estaría pasándole por la cabeza, pero estaba bastante segura de que no sería capaz de seguirle el ritmo.

Buck se acercó al primero de varios mapas. Era un mapa de Hollows Bend.

—¿Qué te parece nuestra tasa de criminalidad aquí, en Bend?

Aunque Ellie sabía que le estaba hablando en serio y que no era momento para bromas, no pudo evitar soltar una risita.

—Prácticamente perfecta... hasta hoy. Estoy bastante segura de que, en la próxima reunión, nuestro consejo votará por reemplazarme..., si es que mañana queda algo de este pueblo.

—Esto no es culpa tuya, Ellie. No pienses eso o el sentimiento de culpabilidad se te comerá por dentro... y te lo digo por experiencia. —Buck señaló el mapa. En él había una única chincheta que marcaba un lugar cerca de donde se encontraban ellos—. Que yo sepa, en los archivos consta un delito grave, un crimen, pero que no fue ningún crimen porque yo no maté a mi Emily, a pesar de lo que piense todo el mundo. Eso significa que no ha habido ni un solo delito grave en Hollows Bend en los últimos cincuenta años. Ni uno.

Ellie abrió la boca, lista para rebatir aquel punto, pero la cerró a toda prisa. Tenía razón. Había habido bastantes casos de embriaguez y alteración del orden público, pero solía tratarse de turistas a los que la diversión se les iba un poco de las manos. También habían tenido alguna que otra discusión de pareja que acababa quedando en poco más que broncas subidas de tono. Había habido varios desaparecidos a lo largo de los años, tanto en la época de su padre como en la suya, pero siempre era gente que había resbalado y se había caído por un barranco en la montaña —a ver, sí, era terrible, pero no eran crímenes—. En la lista también había algún que otro adolescente que se escapaba de casa, pero, a esa edad, escaparse de casa no era ningún delito, o al menos no era grave. Hasta aquel día, Hollows Bend había sido un lugar tranquilo.

Se acercó a otro mapa. Este cubría toda Nueva Inglaterra, desde Maine, el punto más al norte, hasta Connecticut, abajo del todo. A

diferencia del primer mapa, este estaba lleno de chinchetas. Había tantas que Buck había decidido usar alfileres en zonas en las que, de lo contrario, no habrían cabido.

—Esos son todos los crímenes graves cometidos en Nueva Inglaterra a lo largo de los mismos cincuenta años.

Mientras estudiaba el mapa, Ellie esperaba que lo de Boston fuera terrible —una ciudad enorme, una gran concentración de personas —, pero supuso que si dividías los crímenes por el número de habitantes no sería tan malo, aunque a decir verdad sí que lo era. Sin embargo, hubo otros estados que sí la sorprendieron: Vermont, Maine y Rhode Island. Las zonas montañosas al otro lado de Hollows Bend y de la zona rural de New Hampshire eran auténticos hervideros de crímenes.

—Mucho de lo que hay aquí es debido a los opioides, ¿no? Me refiero a que tiene relación con las drogas, ¿a que sí?

Buck asintió.

—Una buena parte, sí, pero también hay muchos asesinatos, violaciones y robos. Nos encontramos en la zona más antigua del país, y la gente ha estado tratándose de pena desde el momento en que saltamos de los botes. Aunque, si tiras un poco más atrás, no es que los nativos americanos fueran mucho mejores. Algunas de las guerras más horripilantes entre las tribus tuvieron lugar aquí, en estas montañas. Regaron el suelo de Nueva Inglaterra generosamente con su sangre. Al principio intenté marcarlos todos, remitirme a los primeros registros, pero eran demasiados. Supuse que necesitaría un mapa aún más grande si quería meterme en harina hasta ese punto.

A continuación, la condujo a un tercer mapa. Este cubría toda Norteamérica y también estaba lleno de chinchetas. Mientras Ellie lo estudiaba, una cosa le quedó clara: que, con la excepción de California, el grueso de la criminalidad se concentraba en la Costa Este, en el norte de la Costa Este, más concretamente, y en Nueva Inglaterra para ser más exactos. Había una explicación lógica para eso:

—Tal y como has dicho, esta es la parte más antigua de nuestro país. Aquí están los primeros asentamientos y los más poblados. Tiene sentido que aquí haya más crímenes y que vayan reduciéndose a medida que te alejas a lugares más remotos. El crimen sigue a las personas.

Buck asintió al oír aquello. Y añadió sin dejar de mirar el mapa:

—Eso es cierto, pero todavía no te has dado cuenta. Fíjate con más atención.

A su espalda oyó a Evelyn moviendo los pies.

—No te sientas mal —comentó la niña—. Nosotros hemos estado unos cinco minutos mirando el mapa y solo Robby se ha dado cuenta.

—No es verdad, yo también lo he visto —protestó Mason.

—A ver, vosotros dos, callaos y dejad que se concentre —les ordenó Buck.

Riley comentó:

—Da un par de pasos hacia atrás, sheriff. Es más fácil verlo si no estás tan cerca.

Ellie estaba a punto de decirles que no tenía tiempo para aquello, pero dio los dos pasos atrás. Estaba casi en la otra pared cuando lo entendió.

Mason silbó.

—¡Fijaos, ya lo ha pillado!

Ellie entrecerró los ojos, bizqueando ligeramente.

—Eso no puede estar bien.

—Lo está —le aseguró Buck, señalando la pared de la derecha. Allí había decenas de archivadores apilados casi hasta el techo—. Todos los informes están ahí. Cada una de esas chinchetas concuerda con un crimen real.

Ellie se quedó mirando el mapa cerca de un minuto, y después volvió al de Nueva Inglaterra. En aquel era más fácil verlo, ahora que sabía lo que tenía que buscar. Desde los bordes del mapa y hacia dentro, la concentración de chinchetas iba aumentando y se convertía en una serie de líneas sólidas cuando entrecerraba los ojos, con un punto en blanco justo donde estaba Hollows Bend, marcado con una única chincheta roja que representaba a Emily Pridham. Cuando entornó un poco más los ojos, la ilusión se volvió más intensa. Era como si estuviera viendo círculos concéntricos irradiando de su pueblo. Estaba viendo una especie de diana con Hollows Bend en el centro.

—Tengo un primo que vive en Florida. Me llama cada vez que se les acerca un huracán. Me envía fotos. A eso me recuerda esto, a un huracán con su ojo en el centro, la calma.

—Hasta hoy. —Ellie no se dio cuenta de lo que estaba diciendo hasta que se oyó a sí misma murmurándolo.

—Alguien nos ha metido un palo en el ojo... y estamos sangrando.

Ellie no quería creer lo que estaba viendo, pero era complicado enfrentarse a los datos, y tampoco tenía argumentos para dudar de lo que le estaba contando Buck. Estaba claro que el hombre había

hecho los deberes. No obstante, algo no encajaba. Observó con más atención el mapa de Nueva Inglaterra y volvió al de Hollows Bend y alrededores.

—Pero el pueblo no es el verdadero centro, ¿verdad?

—No. El verdadero centro está como a unos cien metros de donde perdí a Emily..., cerca de la vieja casa de los Pickerton.

—Buck —empezó a decirle Ellie—, tienes que contarme qué pasó ese día con todo lujo de detalles.

88

MATT

Matt quería que Addie volviera a gritar, porque eso significaría que estaba bien, pero ahora estaba totalmente callada. Ni siquiera se oía una tabla crujiendo al pisarla. Matt sintió una ligera corriente, lo que significaba que los cristales rotos que había oído arriba tenían que pertenecer a alguna ventana, igual que abajo. Sin embargo, a diferencia del piso inferior, dudaba mucho de que hubieran lanzado una bomba incendiaria por esa ventana. Además, no olía a humo. Y eso significaba que, o habían tirado una piedra, o alguien había entrado. Mientras subía las escaleras, muy despacio, Matt intentó visualizar el exterior de la casa de Ellie, preguntándose si era posible acceder al segundo piso sin una escalera.

Cuando llegó al descansillo, le sudaban las palmas de las manos. Se las secó en los pantalones y apretó la escopeta con fuerza contra el pecho. Contó hasta tres en silencio, bajó el cañón y giró a toda prisa la esquina del pasillo. Estaba vacío.

Se quedó inmóvil y escuchó. Nada.

Ni un sonido, ni humo, nada.

El segundo piso de la casa de Ellie no era muy grande. Los techos eran bajos, unos dos metros y poco, algo habitual en las casas más antiguas de Nueva Inglaterra. El pasillo era estrecho, incluso más de lo normal. Ellie le había contado que su padre reformó el piso de

arriba cuando ella era pequeña con la idea de añadir algún metro más a las dos habitaciones, ambas a la izquierda de Matt mirando de frente el pasillo. Al final del corredor había un baño pequeño.

Las puertas de las tres estancias estaban abiertas.

Ellie usaba el más pequeño de los dos dormitorios, que en su día había sido su habitación, a modo de almacén. Se trasladó a la habitación doble al año de que muriera su padre. Su antigua cama seguía estando en su habitación de antes, todavía cubierta con una colcha rosa, pero con montones de cajas encima. La mayor parte de la habitación estaba llena de muebles de la habitación de su padre, de los que nunca había querido desprenderse. Aunque la habitación estaba abarrotada, saltaba a la vista que allí no había nadie. Además, la ventana estaba cerrada y la cortina corrida. Era imposible esconderse allí.

Matt siguió hacia el dormitorio doble sin perder de vista el baño del fondo. La puerta estaba abierta, la cortina de la ducha estaba corrida. No se podía entrar en el cuarto de baño sin pasar primero por delante de la puerta abierta del dormitorio principal. Matt pensó que, si él tuviera que emboscar a alguien en aquel lugar, se escondería detrás de la cortina de la ducha, atraería al otro al dormitorio y lo atacaría por detrás. O se quedaría junto a la puerta del dormitorio doble y le descerrajaría un tiro a su adversario en cuanto entrara. Los dos planes eran buenos. Ahora bien, si alguno de los secuaces de Stu había subido hasta allí, ¿cuál de los dos planes habría elegido?

Un sonido en el dormitorio.

Un lloriqueo apenas perceptible.

Addie.

Era probable que tuviera problemas.

Era probable que fuera el cebo.

Matt se agachó cuanto pudo, empuñó firmemente la escopeta y respiró sin hacer ruido. Avanzando despacio, se fue acercando hasta que tuvo un buen ángulo del baño y disparó una sola vez al centro de la cortina. Tiró de la corredera a toda prisa para cargar otro cartucho mientras giraba el cañón y lo metía por la puerta del dormitorio.

Addie, de pie junto a lo que quedaba de la ventana del dormitorio, ahogó un grito.

En el cuarto de baño, un peso pesado se aferró a la cortina desde dentro y cayó al suelo desde el borde de la bañera llevándose la cortina consigo.

Era John Hicks.

Uno de los coleguitas de Stu Peterson.

Estaba muerto.

Addie seguía lloriqueando, pero no se movió.

La mujer tenía ambos brazos caídos a los lados y el Colt de Ellie estaba en el suelo, como un metro por delante de ella. Miró expresivamente hacia la pared que quedaba a la izquierda de la puerta, y a Matt de nuevo.

Matt, con la pared por delante, apuntó con la escopeta al lugar donde debían de estar los otros y musitó:

—¿Cuántos?

Antes de que pudiera responder, la profunda voz de Rodney Campos le dijo desde el dormitorio:

—Llevo un chaleco, Matt. Puedes intentar alcanzarme a través de la pared, pero no creo que logres hacerme ni un rasguño. Puede que

incluso hieras a tu novia con algún perdigón perdido de esa escopeta o de lo que coño sea que tienes en las manos. Y ahora viene lo importante, así que te recomiendo que prestes atención. Tengo la nueve milímetros apuntando a su tripita. Te aseguro que dispararé al menos una vez antes de que acabes conmigo..., si es que consigues acabar conmigo. No me gusta vacilar, pero tengo unos reflejos de la hostia.

Abajo se oyeron más cristales, y Gabby disparó dos veces, gritó y después se hizo el silencio. Matt oyó unos ruidosos pasos de botas pisando la madera, y también le pareció que estaban dando la vuelta al sofá que había debajo del ventanal de la sala.

—Esos son Stu y alguno de los chicos —siguió Rodney—. Podemos hacer esto sin que nadie más salga herido... o con muchos heridos. Yo, desde luego, diría que ya está todo el pescado vendido, así que es mejor que no empeores la situación.

Matt miró a Addie.

El agente le hizo un gesto con la mano indicándole que se echase al suelo, a un lado, y así él tendría la oportunidad de alcanzar a Rodney, pero, o estaba asustadísima, o no le entendía, porque no se movió.

—Ya me conoces, Matt, no soy de los que tienen paciencia.

Stu Peterson gritó desde abajo:

—¡No tenemos razones para hacerle daño a Gabby, Matt, así que no nos des una! ¡Quiero que tires el hierro al suelo! ¡Ríndete a John y a Rodney!

—¡Creo que John está muerto, Stu! —gritó Rodney Campos—. ¡Matt le ha disparado!

Se hizo el silencio por un momento. Luego:

—¡No pasa nada, Matt! ¡No te lo tendré en cuenta! ¡Nunca me cayó muy bien ese cabrón!

—¡Tú no eres la ley, Stu! ¡Te estás ganando muchos años a la sombra! ¡Tú y todo el que vaya contigo!

—¡Lo que estoy haciendo es escoltaros a todos sanos y salvos a una reunión en el pueblo, como buen ciudadano que soy! ¡Si alguien pregunta, es lo que pienso decir! ¡También habría ayudado a la sheriff y a la chica a llegar, pero parece que Josh ha dicho la verdad y no están aquí! ¡Hemos venido a ayudaros, a manteneros a salvo..., y resulta que has empezado a disparar, Matt! ¡Has matado a una persona! ¡Estás actuando de forma irracional, Matt! ¡Eso es lo que pienso decirle a la estatal..., si es que aparece! ¡A ver a quién creen! —Peterson se quedó callado un instante—. ¡Esto no es un concurso para ver quién la tiene más larga! ¡Deja el arma en el suelo, ven con nosotros sin causar problemas y nadie más saldrá herido! ¡Te doy mi palabra!

Enmarcada por la poca luz que ya entraba por la ventana, Addie negó con la cabeza.

A Matt le latía el corazón con tanta fuerza que podía oír la sangre corriendo por sus venas a la altura de los oídos.

—¡Vamos todos a la reunión, hablamos de lo que está pasando en el resto del pueblo y nadie más saldrá herido! ¡Te doy mi palabra! —insistió Peterson.

Matt apuntó con el cañón más cerca de donde creía que estaba Rodney y pegó el dedo al gatillo.

—¿De verdad vas a obligarme a que mate a tu hijo, Matt? ¿A tu hijo y a tu novia?

En aquel instante Matt vio el reflejo de Rodney en el espejo que había en la esquina de la habitación de Ellie. Rodney también lo veía a él, y controlaba todos sus movimientos.

No podía arriesgarse.

No tenía alternativa.

Lentamente, Matt dejó la escopeta en el suelo y levantó las manos por encima de la cabeza.

—¡Vale! ¡No le hagáis daño a nadie más!

89

LA SHERIFF ELLIE

Buck miró al suelo y le temblaron los labios. A pesar de todos los años que habían transcurrido, era evidente que seguía queriendo a Emily Pridham. Cuando por fin habló, se le quebró la voz.

—Supongo que has oído la misma historia que todos..., que Emily se fue entre los arbustos para hacer pipí, que se acercó demasiado a un barranco y que desapareció, probablemente despeñada.

Ellie asintió.

—Es lo que pone en el expediente.

—La cuestión, Ellie, es que Emily creció en esta montaña, como yo. La conocía como la palma de su mano. Estoy absolutamente seguro de que podría haberla recorrido con los ojos cerrados. ¡Joder, pero si hasta había veces en las que me parecía que la conocía mejor que yo! Estábamos dando un paseo y nos encontramos con algo increíble no muy lejos de la Hondonada de la Legión, detrás de la casa de los Pickerton. Cuervos. Muchísimos. Al principio solo había dos o tres. Estaban en los árboles. Los oíamos, pero no los veíamos. Su número fue aumentando y el sonido que hacían empezó a ser ensordecedor. Di por sentado que se trataba de una manada que se habría posado allí un rato y que estaría descansando de camino a vete tú a saber adónde.

—Una bandada —comentó Robby sin inmutarse—. Los grupos de cuervos no se llaman «manadas», sino «bandadas».

—Pues una bandada —rectificó Buck mientras miraba al niño y asentía—. Seguimos por el sendero y yo hice una broma sobre que nos iba a llover mierda de pájaro como no saliéramos de allí lo bastante rápido, así que aligeramos el paso. Fue entonces cuando empezaron a aparecer... y no creas que se mostraban tímidos. Primero los vimos en las ramas, y después en el sendero. Una decena. Luego cincuenta. Llegó a haber un centenar, puede que más. Estaban por todos lados. Había tantos que no alcanzábamos a ver el suelo. Eran como una alfombra negra que respiraba. Y respiraba muy alto. ¡Altísimo! Llegó un punto en que quise dar la vuelta, pero Emily no, ¡no, señor!, ella quería descubrir qué estaba pasando. Íbamos de la mano y tiró de mí hasta que estuvimos entre ellos. Los pájaros nos dejaban pasar, pero era como si no les hiciera gracia. Nos cerraban el paso. Nos picoteaban los zapatos. Se ponían más agresivos a cada paso que dábamos, pero Emily no estaba dispuesta a dejarlo correr. Quería descubrir qué era aquello. Nos parecía que llevábamos una hora caminando entre ellos cuando llegamos a aquel árbol, pero era imposible que hubieran transcurrido apenas unos cuantos minutos. Era como si el tiempo se desplazara de otra manera, como en los sueños. Recuerdo que pensé que en cualquier momento despertaría de aquella pesadilla.

Ellie frunció el ceño.

—¿Qué árbol?

—Un roble. No tenía nada de especial, excepto que era lo bastante viejo como para alzarse sobre nosotros como una torre, grueso y nudoso, y con unas ramas que parecían aquejadas de artritis. —Buck

se lamió los labios—. El árbol estaba cubierto por completo de cuervos. Como era a finales de año, ya había perdido todas las hojas, pero estoy convencido de que, aunque las hubiera tenido todas, no se habrían visto con aquellos malditos pájaros allí. No te voy a mentir, me quedé de piedra. Las piernas dejaron de funcionarme, se negaban a moverse..., pero las de Emily no. Ella quería ver de qué iba todo aquello. Tenía que acercarse. —La voz de Buck apenas era audible, y le brillaban los ojos—. Llevaba un vestido sin mangas y se movía con gracia. Era una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida, a ella pasando entre los cuervos camino del roble. Más que caminar, era como si se deslizara, y en ese momento tuve un pensamiento muy raro. Me dio la impresión de que los cuervos querían que se acercase. Pero solo ella, yo no. A mí me picoteaban los tobillos hasta el punto de que acabaron haciéndome sangre, pero a ella no la tocaban, y avanzaba sin sufrir ningún rasguño. Cuando llegó al árbol, estaba de espaldas a mí. Se quedó allí un buen rato. Yo la llamaba por su nombre, a gritos, pero, entre el ruido que hacían los cuervos y lo que fuera que la retenía allí, no me oía. ¡Pero si casi no me oía ni yo! Emily acercó la mano y tocó la corteza del roble. Los cuervos se apartaron, se lo permitieron. ¡Querían que lo hiciera!, no me cabe la menor duda... Y, cuando tocó el árbol, todo se quedó en silencio. Te lo juro. Los cuervos, el viento..., todo. Lo único que oía era mi propia respiración. El tiempo se quedó congelado y, entonces, Emily pronunció mi nombre: «Buck», un susurro... nada más que un susurro... y...

Ellie no tenía claro si los niños habían oído ya la historia antes de que ella llegase, pero lo cierto era que estaban cautivados y lo

miraban conteniendo la respiración. Todos menos Robby, que seguía estudiando los mapas, inmerso en sus pensamientos.

Buck bajó la voz:

—El suelo... el suelo se abrió bajo sus pies, y... y se la tragó. De pronto, Emily empezó a caer y, así, como si nada, desapareció. Intenté... intenté llegar al árbol, pero los cuervos no me lo permitían. Hacían piña contra mí, me atacaban, me obligaban a retroceder. Me refugié en la casa de los Pickerton, y cuando por fin me decidí a salir, se habían ido. No había ni rastro de ellos. Mi Emily tampoco estaba. Corrí hasta el roble..., removí la tierra... Allí no había ningún agujero. No había ninguna grieta donde hubiera podido colarse. Eso sí, había sangre. Encontré una piedra a los pies del árbol cubierta de sangre y un montón de cuervos muertos a su alrededor.

—¿Y no se lo contaste a mi padre?

—¡Joder, Ellie, claro que se lo conté!, pero ¿crees que me creyó? Lo llevé hasta allí, hasta el lugar en el que había sucedido todo. Le enseñé el árbol junto al que había desaparecido Emily. Lo miró unos segundos, se internó una decena de metros en el bosque, hasta el barranco, ese tan jodido que hay detrás de la casa de los Pickerton, y se quedó allí la hostia de tiempo, mirando hacia abajo. Cuando se volvió hacia mí, algo había cambiado en su expresión. Me di cuenta de que creía que yo le había hecho algo a Emily, o que no le estaba contando la verdad. Empecé a excavar al pie del árbol con las manos, pero la tierra estaba muy compacta. No tardé en dar con granito. Para entonces ya no tenía claro qué era lo que había visto. Puede que hubiera sido un sueño. Eso era lo que me decía. Quería convencerme de ello. Cuando tu padre sugirió que Emily se había

internado entre los arbustos y que cabía la posibilidad de que se hubiera caído por el barranco... ya no me parecía una idea tan descabellada. Había dejado de saber lo que era real y lo que no. Cerré la boca. Busqué con los demás. Ahora bien, en mi interior, sabía cuál era la verdad... por mucho que no quisiera creerla. He estado seguro toda la vida. —Señaló con la barbilla el mapa de Hollows Bend, la única chincheta roja que marcaba el punto en el que se había desvanecido Emily—. Alguien se la llevó. Se la llevó ahí. Algo malvado. —Señaló los otros mapas—. Sea lo que sea, lleva aquí desde mucho antes que nosotros, y hoy... hoy ha decidido que va a dejar de esconderse.

Ellie no sabía qué pensar de todo aquello. Puede que Buck estuviera diciendo la verdad o, al menos, su versión de la verdad. O puede que décadas de borracheras le hubieran podrido el cerebro. Ella, en cualquier caso, no tenía tiempo para teorías descabelladas. Debía volver al pueblo antes de que empezara aquella reunión, porque algo le decía que, como no lo hiciera, lo que fuera que estaba pasando iba a empeorar... si es que eso era posible. Respiró hondo y liberó el aire despacio.

—Sé que todo esto te hace daño, Buck. Lo entiendo, pero tengo que llevar a estos críos a mi casa y plantarle cara a este caos antes de que la situación empeore. Te prometo que, cuando esto pase, tú y yo investigaremos esta teoría en profundidad. Tengo guardados los archivos de mi padre: las fotos, los vídeos, las declaraciones... Podemos...

Mientras la sheriff hablaba, Robby Harper empezó a buscar algo en la mochila roja que tenía a sus pies y sacó un cuervo muerto. Era el cuervo más grande que Ellie había visto en su vida. Al animal se le

movía el cuello de lado a lado; era evidente que lo tenía roto. Sus ojillos negros conservaban la misma mirada carente de vida que cuando estaba vivo. El niño dejó el cuervo en la mesa plegable, cogió un bolígrafo y lo apuñaló en el pecho.

Ellie sabía que jamás sería capaz de expresar con claridad lo que sucedió a continuación, pero la imagen del pájaro convirtiéndose en polvo permanecería en su retina hasta el día en que muriera.

Robby sopló el polvo negro que tenía en la mano y señaló la chincheta roja.

—Esa es la zona cero. Si quieres entender lo que está sucediendo, tenemos que ir ahí. Volviendo al pueblo no resolverás nada.

90

MATT

—Decían la verdad —comentó Rodney Campos—. No hay ni rastro de la sheriff ni de la chica, y falta la vieja camioneta de Ellie, así que es probable que se hayan ido en ella. Eso sí, a saber cuándo se han ido.

Rodney estaba de pie en las escaleras de entrada de la casa de Ellie. Eli McCormick estaba dentro, revolviéndolo todo. Desde la acera, que era donde habían obligado a arrodillarse a Matt, el agente veía a Eli ir y venir de un lado para el otro a través de las ventanas rotas tumbando los muebles, tirando los libros de las baldas, buscando Dios sabe qué. Addie y Gabby estaban en la acera, a su izquierda, ambas calladas. Josh estaba tumbado en el césped detrás de ellos. A pesar de las quemaduras en la pierna, Peterson había intentado obligarlo a arrodillarse en dos ocasiones, pero había acabado por desistir. Peterson se acercó a Josh y le dio un golpe con la culata del rifle.

—¿Y adónde dices que han ido?

Josh volvió la cabeza hacia él. Se notaba la piel pastosa, cubierta de una fina capa de sudor.

—Vaya, así que recuerdas que he sido yo quien te ha dicho adónde han ido.

Rodney se acercó y le pegó una patada en la pierna herida, se agachó y le asestó un culatazo en el estómago.

—¿Acaso creías que íbamos a darte un premio, cacho de mierda?

Peterson alzó la mano.

—Calma, Rodney. Josh tiene razón. ¿Por qué no vas a por el botiquín que llevo en la camioneta y le echas una ojeada a lo que tiene? Está detrás del asiento del copiloto.

Rodney miró fijamente a Stu y le dijo:

—Has oído lo que le ha hecho a su familia, ¿no? A los niños y a su esposa. No merece seguir respirando.

—Yo no... —le dio tiempo de decir a Josh antes de que sufriera un ataque de tos. Se hizo un ovillo, como un animal herido.

Peterson hincó la rodilla en tierra, a su lado.

—Rodney, coge también una botella de agua. —Cuando Rodney se alejó echando pestes, a Peterson le cambió la cara; esbozó una sonrisa que, aunque pretendía ser cálida, no podía ocultar el hielo que había debajo—. Yo cuido de los que cuidan de mí, Josh. Siempre lo he hecho. Y resulta que tengo un maravilloso bote de analgésicos en el botiquín, y que podrás tomar tantos como quieras hasta que recibas la atención médica adecuada. A ver, has dicho que Ellie se ha llevado a la chica a casa de Buck, pero ¿sabes por qué?

Josh tragó saliva y miró a Matt con el gesto torcido.

—A mí no me lo ha dicho, pero él lo sabe.

—Muy bien. —Peterson parecía pensativo mientras se giraba lentamente hacia Matt—. ¿Podrías explicarme qué pinta el viejo borracho en todo esto?

—¿No se supone que tenemos que ir a una reunión? —respondió el agente.

Peterson consultó el reloj.

—Aún nos queda algo de tiempo, teniendo en cuenta que hoy no hay mucho tráfico. Te llevaré a tiempo a la reunión, no te preocupes por eso. Tú dime por qué han ido a ver a Buck.

Antes de que Matt tuviera tiempo de responder, Eli salió por la puerta principal con una caja de archivos procedentes del sótano y varias armas y cajas de munición que había puesto encima, sosteniéndolo todo en un precario equilibrio.

—He encontrado esto abajo, junto con un montón de expedientes antiguos. Este era el único que estaba abierto. También hay un armario blindado con muchas más armas.

Ellie no la había cerrado con llave después de darle la escopeta a Matt.

Peterson miró el archivador.

—¿Emily Pridham? Pero ¿esa no era...? —Le lanzó una rápida mirada a Matt, levantó la tapa del archivador y empezó a mirar en el interior. Sacó una de las fotografías y la estudió con atención—. Vaya, no me jodas... —Volvió a mirar a Matt—. ¿Por esto la ha llevado allí arriba?

Qué más daba que mintiera. Matt asintió.

Peterson miró la fotografía una vez más.

—El parecido es asombroso, lo reconozco..., pero la chica esa tiene de Emily lo que yo.

Había gente en la calle, camino del instituto; gente a la que Matt conocía. Los pocos que miraban hacia donde él estaba apartaban la mirada a toda prisa porque no querían implicarse. Nadie se detuvo. Algunos incluso apretaron el paso. Maggie White, la mujer que dirigía el banco de alimentos todas las Navidades, también miró a

Matt y aceleró el paso llevando uno de esos carteles de la reunión en sus artríticas manos.

—Matt. —Gabby intentó llamar la atención del agente discretamente mientras miraba al otro lado de la calle—. Es ella.

Cuando Matt la vio —era la chica que se parecía a Emily Pridham —, lo primero que pensó fue que se trataba de algún tipo de alucinación. La chica surgió de entre la penumbra del sol poniente como a una manzana de distancia, con la sombra del Monte Washington a su espalda. Tenía un aspecto distinto al de hacía una hora. Se había cambiado de ropa. Ya no llevaba la sudadera ni los pantalones holgados. Ahora llevaba un vestido sin mangas amarillo con un estampado de flores y su pelo había cobrado vida, tenía mucho volumen, y rizos..., no como antes. A medida que se acercaba, Matt observó que le brillaba la piel —la chica resplandecía —, como una reminiscencia del momento en que entró en la cafetería, un instante que parecía haber sucedido hacía toda una vida cuando en realidad no había transcurrido ni un día.

Stu Peterson siguió la mirada de Matt y también la vio, más o menos al mismo tiempo que Rodney Campos, que regresaba con el botiquín y una botella de agua.

—Ya era hora —murmuró Peterson.

Aunque las palabras iban dirigidas a Rodney, a Matt le dio la impresión de que le estaba hablando a la chica.

Peterson cogió lo que le había traído Rodney y lo dejó todo a un lado, fuera del alcance de Josh. Abrió el botiquín, sacó los analgésicos y los dejó junto a la botella de agua.

—Los necesito..., de verdad... —le imploró Josh.

—Enseguida, pero primero tenemos que resolver un asunto.

La chica que se parecía a Emily Pridham llegó hasta donde estaban ellos y, aunque no le pasó por alto, tampoco se sorprendió lo más mínimo al ver a Matt y a los demás retenidos a punta de pistola.

Matt la miró.

—¿Dónde está Ellie? —le preguntó—. ¿Por qué no está contigo?

La chica no respondió. Se limitó a acercarse a Peterson y se situó frente a él. Peterson parecía impaciente.

—Ya era hora, joder. Llevo todo el puto día persiguiéndote. Tenemos trabajo que hacer. —Cogió a Josh por la axila y tiró de él para que se sentara, ignorando por completo el grito de dolor que salió por su boca—. Este es Josh Tatum. Enséñame los brazos.

La chica estudió a Josh durante un momento y, luego, estiró los brazos. A diferencia de la sudadera que llevaba antes, el vestido no ocultaba la escritura que cubría su piel, que empezaba justo debajo de los hombros y llegaba casi hasta las muñecas. Nombres. Decenas de nombres. Peterson entrecerró los ojos y empezó a leer, pero, como no veía bien, buscó las gafas en el bolsillo de la camisa, que era donde las llevaba habitualmente, y al ver que no estaban soltó un par de tacos. Respiró hondo y sacudió la cabeza lentamente cuando encontró lo que estaba buscando.

—¡Lo sabía, joder! Está justo ahí, ¿ves?

Rodney se inclinó para poder leerlo mejor, pero parecía que le diera cosa acercarse demasiado a la chica. Vio el nombre más o menos al mismo tiempo que Matt. La chica llevaba escrito «Josh Tatum» con tinta azul, encima del codo derecho.

Rodney se volvió hacia Josh e hizo el amago de darle otra patada, pero Peterson se lo impidió.

—No es así como hacemos las cosas.

—Ya, pues igual así es como deberíamos empezar a hacerlas.

Peterson empuñó la escopeta con firmeza, se arrodilló de nuevo junto a Josh y alejó un poco más el botiquín y la botella de agua.

—Vas a arder por lo que has hecho. ¿Entiendes a qué me refiero?

Josh estaba pálido como un cadáver.

—¡Yo no he sido! ¡Ha sido Lynn! ¡No tenéis ni idea de lo mal que lo he pasado... con la depresión... los medicamentos...! ¡Lleva meses mostrando tendencias suicidas! ¡He intentado...!

Peterson le pegó una bofetada con el revés de la mano.

—Ahórratelo. —Se incorporó y apuntó a Josh a la cabeza con la escopeta.

—¡Stu, no! —le gritó Matt—. ¡No lo...!

Peterson le lanzó a Matt una mirada cargada de ira. A continuación miró a la chica y le dijo:

—Muéstraselo.

La chica que se parecía a Emily estiró el brazo y sujetó a Matt por la nuca. Tenía los dedos helados.

El mundo de Matt destelló como un brillante blanco y, después, poco a poco, se inundó de imágenes. El agente vio a Josh entrar en el cuarto de baño del segundo piso de su casa. Los dos niños se encontraban en la bañera y Lynn estaba arrodillada frente a ellos, de espaldas a él. No sollozaba, lloraba a lágrima viva. Los niños la observaban estupefactos. Ni siquiera se fijaron en su padre cuando entró, ni cuando sumergió la cabeza de Lynn en la bañera y la sostuvo bajo el agua. La mujer no se lo impidió, no hizo nada por detenerlo; no se movió hasta que su cuerpo empezó a agitarse entre espasmos. Finalmente, volvió a quedarse quieta. Matt agradeció que

la visión se interrumpiera de golpe justo cuando Josh sujetaba las cabezas de Oscar y de Gracie. No era necesario que viera lo que sucedía a continuación para que aquello lo atormentase el resto de su vida. Cuando Matt abrió los ojos y se encontró de nuevo en la acera, la chica lo miraba desde arriba con una expresión impenetrable. Al límite de su resistencia, el agente acertó a preguntarle:

—¿Q-qué... qué eres?

Con el cañón de la escopeta aún en la cabeza de Josh, Peterson respondió:

—Es el Juicio Final.

La explosión resonó en toda la calle mientras la cabeza de Josh desaparecía convertida en una salpicadura de pulpa roja y gris.

Gabby gritó.

Addie ni siquiera se movió, sumida en el más completo silencio. Aturdida.

Rodney hizo girar su nueve milímetros en la mano y apuntó a Matt.

—Deberías haberme matado antes, cuando estábamos arriba —le dijo Rodney.

Apoyó el cañón en la nuca de Matt... y todo se fundió en negro.

91

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 22:03 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: ¿El Juicio Final? ¿Así es como la llamó?

> Nota del análisis: el supervisor de Sordello habló por el canal privado y la advirtió que tuviera cuidado con lo que iba a decir. Le recordó cuáles eran las líneas que no podía cruzar. Ahora bien, he de admitir que me daba la impresión de que, a aquellas alturas, a Sordello le daba igual lo que le dijeran. Si le hubiera importado, no se habría salido del guion.

MARO: Sí, así es como la llamó.
SORDELLO: Y, de alguna manera, la chica le enseñó a usted cómo Josh había matado a su familia, ¿no?
MARO: Sí.
SORDELLO: Háble me de los nombres que tenía en los brazos.
MARO: No sé qué quiere que le diga.
SORDELLO: ¿Quiénes eran? ¿Los conocía a todos?
MARO: Los nombres que vi los reconocí, sí. Había muchísimos y apenas vi unos cuantos.
SORDELLO: Pero todos ellos eran vecinos de Hollows Bend, ¿verdad?
MARO: [Asiente, pero recuerda que le hemos recomendado que hable] Sí. Joder, ¡casi todo el mundo!

Nota del análisis: Sordello sacó una fotografía de su maletín. Quiero aprovechar esta oportunidad para que conste que el supervisor de Sordello debería haber suspendido el interrogatorio en este punto. Sordello no tendría que haberle enseñado la fotografía al agente; lo puso todo en peligro. No obstante, su supervisor no la detuvo. Insisto, quiero que quede bien claro que a mí no me pareció bien. Si yo hubiera tenido el poder de detenerla, lo habría hecho. No soy el responsable de esa acción. La culpa es de Beatrice Sordello y de su supervisor. Si quieren amonestarme por lo que acabo de decir, adelante, háganlo, pero no pueden amonestarme por no haber impedido algo sobre lo que no tenía ningún control.

SORDELLO: [Pone la fotografía contra el cristal] ¿Es esto lo que usted vio?

MARO: [Estudia la imagen. Parece confuso. Mira a Sordello] No..., esos nombres son... distintos.

SORDELLO: ¿No coinciden con los que vio en los brazos de esa chica?

MARO: No. Ahí solo hay un puñado. Los brazos de la chica estaban llenos. Además, este brazo... no es. Este brazo es muy delgado. Es de alguien más joven. ¿A quién pertenece?

SORDELLO: ¿Reconoce algún patrón? O al contrario: ¿distingue algo diferente en estos nombres con relación a los que vio en la chica a la que Stuart Peterson llamó «Juicio Final»?

Nota del análisis: los signos vitales del sujeto volvieron a descender. Se quedó tan quieto mientras miraba la fotografía que bien podría haber sido una estatua.

92

CODY HILL

Cody Hill estaba satisfecho.

Se encontraba fuera del instituto de Hollows Bend, cerca de la entrada al patio interior, sorprendidísimo de lo que había conseguido.

No solo estaba apareciendo gente, sino que llegaba a montones. Muchos parecían aliviados al ver a tantas personas moviéndose juntas, haciendo, por fin, algo que tuviera un propósito. A otros parecía que les diera vértigo la situación. La madre de Brenda Trendle había dispuesto una mesa en la entrada del gimnasio y, junto con un puñado de animadoras —dos de las cuales incluso se habían puesto el uniforme—, repartía botellas de agua y sándwiches. La directora Martinez estaba en la puerta, dándole la mano a todo el mundo y animando a la gente a que entrara con esa cara de saber lo que estaba pasando, la misma que puso cuando Brett Murphy le robó los calzoncillos a Cody de la taquilla del gimnasio y los colgó del mástil que había frente al instituto. Como si tuviera la más mínima idea de lo que se sentía. Como si supiera cómo se sentía la gente en aquel momento. ¡Ay!, Cody pensó de repente en que ojalá hubiera conectado las cámaras para grabar todo aquello y después verlo en bucle..., si conseguía salir con vida de allí.

Justo cuando pensaba en ello, el peso del chaleco le rozó el cuello y tuvo la sensación de que estaba a punto de caérsele al suelo. No

pesaba tanto como la bomba que había puesto debajo de las gradas, pero seguían siendo unos catorce kilos que debía soportar su nervudo cuerpecillo. Hacer ejercicio nunca había estado en su lista de prioridades, y estaba un poco mosca porque en los blogs sobre terrorismo que había consultado nadie decía ni pío acerca de lo mucho que pesaban las bombas. Ni siquiera las webs de yihadistas que había leído con el traductor de Google lo mencionaban. No tenía ni idea de cómo aquellos cabrones delgaduchos lograban ir con aquel peso a cuestas desde la cueva al zoco, o adonde coño fuera que iban.

Daba igual.

Quedaba menos de una hora.

Consultó el reloj.

Cuarenta y siete minutos, para ser exactos.

Cody metió la mano en el bolsillo de la sudadera con capucha y tocó la esquina del botón «hablar» de la radio Motorola. Iba a resultar tan fácil activar la otra bomba desde allí, ver cómo explotaba y volver a casa cuando las últimas llamas se apagaran... Había albergado la esperanza de que a esas alturas ya tendría claro el movimiento final, pero no era así en absoluto. Una parte de él quería verlo todo, llegar vivo al día siguiente, cuando alguna autoridad se dignase a venir e intentara desentrañar qué había sucedido. Quería saber cuánto tiempo podría tener en danza a aquella gente; darle la vuelta a sus teorías, si es que alguien llegaba a descubrir que era él quien estaba detrás de lo sucedido. Aunque dudaba mucho de que lo descubrieran. Otra parte, en cambio, quería llegar hasta el centro del gimnasio, ponerse delante de todos aquellos cabrones y ver sus caras cuando la bomba explotara. Puede

que incluso detonase su chaleco unos treinta segundos antes de que explotara la bomba gorda para sembrar el pánico y que se pisotearan unos a otros intentando llegar a las puertas. Ninguno de ellos lo conseguiría, porque, sin duda, la segunda bomba acabaría con todos, pero, joooder..., ¡qué miedo les iba a meter en el cuerpo durante esos treinta segundos! La satisfacción de saber qué iba a suceder casi era suficiente para optar por ponerle fin a todo. No tenía planes para el futuro una vez hubiera hecho aquello. Porque, si conseguía salir bien, convencer a cualquiera que llegara haciendo preguntas al día siguiente, si se salía con la suya..., ¿entonces qué? ¿Adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? Se lo pasaría bien durante uno o dos días, pero la fiesta no tardaría en acabar, ¿y después, qué? ¿Una casa de acogida? ¿Un orfanato? ¿Vivir en la calle? Igual acababa en un centro de detención juvenil. Así hasta la mayoría de edad, y a continuación un trabajo de mierda por el salario mínimo. A decir verdad, nada de eso sonaba especialmente prometedor.

—¿Vas a entrar, Cody?

Cody se giró tan rápido que casi pulsa el botón del Motorola, y aunque no lo hizo, tampoco le habría extrañado... Habría acabado apareciendo en los libros como el tío que ni siquiera fue capaz de hacer aquello bien.

Quien le estaba hablando era Marcie Holden. Sí, la Marcie Holden guapísima y buenorrísima del instituto, que nunca le había dicho ni «hola». La chica le ofreció una botella de agua.

—La señora Trendle me ha pedido que te dé esto y que te diga que lo mejor es permanecer hidratado. La gente se olvida de hidratarse cuando está estresada.

Cody cogió la botella, pero no bebió.

—¿Te parece que esté estresado?

—Hombre, la verdad es que me preocuparía que no lo estuvieras.

Marcie llevaba vaqueros y un jersey gris —ambas prendas le delineaban muy bien la figura—. En algún lugar de su móvil, Cody tenía una foto en la que Marcie salía desnuda y atada. Se la había comprado por cien pavos a un mierda que se llamaba Malcolm no-sé-qué y que había dejado el instituto hacía un tiempo para perseguir su sueño de cambiar aceite y limpiar cuartos de baño mugrientos en el taller de silenciadores que había en Main Street.

Cody debió de quedarse mirando los pechos de Marcie más tiempo del permitido, porque la chica cruzó los brazos y se sonrojó.

—Menudo día, ¿eh? ¡Qué locura!

—Muy animado, diría yo.

—Sí..., supongo. Mis padres están acojonados.

—Mi madre también —le dijo Cody, que había arrastrado el cadáver de su madre hasta el garaje y lo había metido en un arcón congelador que tenían allí. La mujer estaba tumbada, la mar de cómoda, encima de unos paquetes de carne picada y de unas bandejas de comida preparada que llevaban allí dos años—. Ha salido esta mañana para ir a hablar con sus amigas y enterarse de lo que estaba ocurriendo... y no ha vuelto. No sé dónde está.

Marcie lo miró comprensiva. Se le daba mucho mejor que a la directora Martinez.

—Seguro que está bien. Es muy probable que venga aquí cuando vea que no estás en casa.

—Sí, puede.

—La señora Trendle nos ha dicho que el señor Peterson está con la sheriff o algo así. Parece que saben lo que está pasando. Vendrán

juntos.

Cody señaló con la cabeza el humo negro que se alzaba sobre Main Street.

—Me encanta cómo se están encargando de todo. No veo el momento de que nos lo expliquen.

Aunque no había nadie cerca de ellos, Marcie bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—He oído que han levantado una valla alrededor del pueblo y que, quienquiera que lo haya hecho, no deja ni entrar ni salir a nadie.

Cody no había oído nada al respecto, pero también era verdad que había estado muy atareado. En cualquier caso, le daba igual si era cierto o no; aquello no cambiaba nada.

Cody no esperaba que Marcie le cogiera la mano, así que, cuando lo hizo, se sobresaltó y se apartó de ella dando un brinco.

Marcie volvió a sonrojarse.

—Perdona... Es que me ha parecido que estabas muy solo y he pensado que igual querías venir a sentarte conmigo, al menos hasta que llegue tu madre.

Cody miró a ambos lados. Él aún estaba en secundaria. Marcie era mayor que él, pronto iría a la universidad. No jugaba en su liga, lo cual significaba que aquello no era real. Era imposible que fuera real. Buscó a Mason Ridler o a Brett Murphy con la mirada; puede que alguno de ellos la hubiera enviado para reírse de él. Una vez dentro lo cogerían y vete tú a saber qué le harían. La cuestión era que por allí no parecía que estuvieran. Lo único que veía Cody era gente abarrotando el gimnasio.

Puede que fuera eso, que esa fuera la señal.

Un empujoncito para decidir qué hacer con el dilema de quedarse fuera o entrar.

—Sí, claro, me sentaré contigo.

Cody le cogió la mano a Marcie y fueron hacia la entrada del gimnasio. Si no veía arder a toda aquella gente, al menos vería qué cara ponían cuando apareciese de la mano de Marcie Holden.

93

LA SHERIFF ELLIE

Con Buck delante, los cuatro niños en el centro y Ellie detrás, siguieron el estrecho sendero que partía desde un lateral de la cabaña de Buck hasta el denso bosque y rodeaba la zona oeste de la montaña en dirección a la casa de los Pickerton. Estaba claro que el camino no lo habían abierto los ciervos ni otros animales, porque había ramas cortadas y apartadas a los lados. Cuando tuvieron que cruzar un arroyo estrecho, se agarraron todos a una cuerda que alguien había atado de una orilla a otra. Ellie ni se imaginaba la de veces que habría recorrido Buck el sendero a lo largo de aquellas tres décadas y media; la de veces que habría ido en busca de su amor perdido y habría vuelto solo a casa.

—Eh, mirad. ¿Los veis? —El que hablaba era Mason Ridler. El niño llevaba consigo el bate de béisbol y lo hacía girar trazando arcos mientras caminaba. Se detuvo de pronto, se volvió y señaló la copa del árbol que había a su derecha—. Más pájaros de esos que dan tanto repelús. ¿Creéis que nos están siguiendo? Es que a mí me parecen todos iguales.

—Irá a peor a medida que nos acerquemos, igual que les pasó a Buck y a Emily —comentó Robby Harper sin levantar la vista—, e incluso puede que intenten detenernos. Tenemos que estar preparados por si sucede.

Mason volvió a girar el bate.

—¡Pues que vengan, que nunca viene mal practicar un poco!

Ellie no sabía cómo clasificar a Robby Harper. Sabía que era autista —ese era un dato que había acabado descubriendo en una de las muchas visitas que había tenido que hacer a su casa para que las discusiones entre sus padres no fueran a mayores—, pero no tenía ni idea de qué papel jugaba eso en todo aquello. Era como si el niño entendiera lo que estaba sucediendo... pero a otro nivel. Como si para él aquello tuviera todo el sentido del mundo. Ellie recordaba una llamada en concreto hacía cosa de tres años. El padre del niño estaba borracho y había decidido cortar el césped a las once de la noche. En aquel momento, Robby tendría cinco años, así que no debería haber estado despierto, pero lo estaba. Ellie se lo encontró en el porche delantero, haciendo un rompecabezas, y, si bien aquello era raro de por sí, no era lo más raro. El niño estaba completando el rompecabezas sin ver la imagen, porque la caja estaba bocabajo, y llevaba más de la mitad. Se quedó observándolo durante cosa de un minuto mientras el niño estudiaba sistemáticamente las piezas que faltaban por poner, las buscaba, y, cuando las encontraba, las colocaba en su sitio. Parecía que no le costase ningún esfuerzo, como si ya supiera dónde iba cada una... Pues en este momento tenía la misma mirada, como si ya hubiera resuelto este rompecabezas antes y simplemente lo estuviera repitiendo.

Sonó un mensaje en el móvil de Riley. La niña consultó la pantalla y frunció el ceño.

Ellie se puso a su altura.

—¿Qué pasa?

—Es un mensaje de mi madre. Quiere que volvamos a casa de Buck y que la esperemos allí. Dice que Matt y ella vienen de camino. Han encontrado el modo de salir del pueblo.

Ellie frunció el ceño.

—¿Me dejas ver?

La niña le pasó el móvil. El mensaje estaba en la pantalla de notificaciones.

—¿Te importa que responda?

Riley negó con la cabeza.

??Adelante. No tengo código de desbloqueo.

Ellie escribió a toda prisa:

Soy Ellie. Riley está bien. Está conmigo. ¿Dónde está esa salida?

En cuanto Ellie pulsó «enviar» apareció una notificación indicando que el mensaje no podía salir. El móvil no tenía señal. Ellie estaba a punto de devolvérselo a Riley cuando entró otro mensaje, también de su madre:

Allí adonde vais solo hay muerte. Dad media vuelta.

El móvil seguía indicando que no había señal.

A Ellie le vino una idea a la cabeza: «Esta no es la madre de Riley». Se trataba de alguien más... o de «algo» más.

—Riley, voy a quedarme tu móvil un rato —le dijo Ellie—. Por si acaso responde.

Riley se encogió de hombros y siguió caminando y rascándose el brazo.

—No falta mucho —dijo Buck—. Quizá sea mejor que me adelante a explorar y entretanto me esperéis aquí. —Hizo una pausa y miró al cielo—. ¿Habéis oído eso?

Ellie no había oído nada:

—¿Qué?

—Un zumbido.

—¿Serán los cuervos?

—Parece mecánico. Los cuervos no son.

El sol casi se había ocultado del todo y la luna ya estaba en el cielo, pero su luz apenas atravesaba las copas de los árboles. Se detuvieron y miraron alrededor, pero Robby fue el primero en darse cuenta:

—Allí.

Mason Ridley siguió el dedo de Robby, que señalaba a lo alto, y gritó casi de inmediato:

—¡Mierda! ¡Cuidado! —Y saltó a un lado del camino un instante antes de que algo enorme y negro cayese desde el cielo produciendo un fortísimo sonido sordo y no los alcanzase a él y a los demás por apenas uno o dos metros.

—Puaj..., qué asco —comentó Riley por lo bajo mientras se acercaba a lo que fuera que era aquello—. ¿Estará muerto?

Ellie se detuvo a su lado y se arrodilló.

—No es un ser vivo, es un dron.

Aquel caos de plástico y metal destrozados mediría treinta centímetros de diámetro, o, mejor dicho, los había medido. Las cuatro hélices estaban obstruidas por plumas negras, restos de cuervos despedazados y manchadas con el mismo polvo que había dejado el cuervo muerto en la cabaña de Buck cuando Robby lo

apuñaló. Ellie encontró dos cámaras —una en el morro y otra debajo, esta última pensada para grabar lo que sucedía en el suelo —, pero ambas lentes estaban rotas.

—Parece antiguo —comentó Robby sin más.

Buck gruñó:

—Lo que pasa es que está hecho polvo.

Robby negó con la cabeza.

—No, es antiguo. Fíjate en el plástico. Está descolorido y cuarteado, como si llevase mucho tiempo al sol. El plástico no se vuelve quebradizo a menos que lleve mucho tiempo a la intemperie, expuesto a los cambios de temperatura, como los juguetes que se quedan fuera durante el invierno. Este dron ha vivido muchos inviernos.

Evelyn Harper, que había estado muy callada durante la mayor parte del camino —cosa rara en ella—, comentó:

—Tiene que pertenecer a los que han levantado la valla.

A Ellie no le pareció una idea descabellada. Tenía pinta de ser militar; no tenía marca. Aunque no presentaba evidencias de fuego, parecía que algunas partes se habían fundido. Miró al cielo, pero no vio nada. Desde los árboles, al menos una decena de cuervos los observaban en silencio con aquellas cuencas que tenían por ojos brillando a la luz de la luna.

La sheriff, que todavía llevaba el móvil de Riley en la mano, notó que el aparato vibraba anunciando entrada de un mensaje de quienquiera que se estuviera haciendo pasar por la madre de la niña:

Dad la vuelta.

Buck estaba al lado de la sheriff cuando llegó aquel mensaje y lo leyó.

—Oye, Ellie, ¿y si vuelves con los niños a mi cabaña y me dejas esto a mí?

—Creo que lo mejor es que permanezcamos unidos. —Les explicó a toda prisa lo que sospechaba de los mensajes que les llegaban—. No tengo claro si el que los envía pretende ayudarnos o hacernos daño y, hasta que no lo descubra, no pienso acatar sus órdenes.

—Bueno, pues ya no queda mucho para llegar —anunció Buck mientras empezaban a caminar de nuevo.

Y, en efecto, no quedaba mucho.

94

MATT

—Levanta el culo, Bella Durmiente.

Alguien acababa de echarle agua fría en la cara a Matt y abrió los ojos de golpe. Al principio no entendía dónde estaba, por qué estaba bocarriba, viendo cómo el cielo oscuro se movía a toda prisa al ritmo de un motor diésel. Y entonces se percató de que se encontraba en la caja de la camioneta de Stu Peterson, con Eli McCormick y Rodney Campos mirándolo desde arriba y sujetándolo. Le habían atado las manos con bridas y le habían quitado el cinturón de reglamento, lo cual significaba que ya no tenía ni el cúter, ni la radio..., aunque tampoco tenía claro que le hubieran sido de mucha ayuda en aquella situación. Su arma tampoco estaba: Rodney tenía el Colt de Ellie metido en la cinturilla de los vaqueros.

Matt miró a ambos lados, pero no vio ni a Gabby ni a Addie.

—Tus novias van delante, con Stu —le dijo Rodney mientras hacía un gesto con la cabeza señalando por encima del hombro derecho de Matt—. A esta otra no ha querido llevarla delante, así que viene con nosotros.

La chica que se parecía a Emily Pridham iba sentada cerca de la parte delantera de la caja de la camioneta, junto a la rueda de repuesto, con las piernas extendidas y el pelo y el vestido aleteando al viento. Tenía la cara elevada hacia el cielo, y como no se veían las

estrellas, a Matt le pareció que estaba observando algo que él no era capaz de ver, o que lo estaba pensando.

—Stu ha dicho que es el Juicio Final. ¿Qué quería decir con eso? —preguntó Matt.

Rodney y Eli intercambiaron una mirada, visiblemente incómodos.

—Como si no lo supieras —murmuró Rodney.

Matt no lo sabía. Ahora bien, cada idea que se le ocurría era más descabellada que la anterior. ¿Cómo había logrado enseñarle lo que había hecho Josh? ¿Cómo pudo hacerle revivir aquel recuerdo con Addie cuando lo tocó en la comisaría?

El Juicio Final.

Así la había llamado Stu.

Lo único que podía tener algún sentido era algo que en realidad no lo tenía en absoluto, pero lo dijo de todos modos:

—No es humana, ¿verdad?

Eli sonrió:

—Por Dios, Rod, ¿tan fuerte le has pegado?

Matt intentó sentarse, pero Eli se lo impidió. Matt se los quedó mirando a ambos.

—No es tarde para salir de esta. No dejéis que Stu os arrastre con él. Quitadme las bridas y ayudadme a desarmarlo cuando paremos.

—Me encanta que sigas pensando que aún estás a cargo de la situación —comentó Rodney—. Vas atado en la parte de atrás de una camioneta y todavía te quedan ganas de darnos órdenes. Pues te voy a contar un secretillo: no va a venir nadie. En ningún momento iba a venir nadie. Estamos solos en esta pecera desde el principio. Será mejor que lo asumas cuanto antes, o lo que viene a continuación podrá contigo.

—¿Y qué es lo que viene a continuación, Rodney?

Una vez más, Rodney y Eli intercambiaron una mirada entre confusa y perpleja.

—No lo recuerda... ¿Cómo es posible? —dijo Eli sorprendido—. ¿Acaso recordar no es el objetivo de todo esto?

Rodney negó con la cabeza:

—No nos corresponde a nosotros responder a eso. Déjaselo a Stu. —Señaló a la chica con la cabeza—. A Stu y a esa.

La camioneta redujo la velocidad y giró a la izquierda.

Matt vio de refilón el cartel de la calle; estaban cerca del instituto.

Rodney se inclinó.

—Cuando haya que matarte, espero que Stu me deje hacerlo a mí. Y te voy a dejar para el final. Creo que mataré a Gabby primero, luego a Addie, y después a ti. Así lo presenciarás todo. Quiero ver el sufrimiento en tus ojos antes de meterte una bala en el cráneo. Ya he matado antes, aunque es cierto que nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar de ello. No es un tema de conversación que suelas sacar con la policía, pero he matado muchas veces. En su día, me dedicaba a peinar la Ruta 112 y a recoger a autoestopistas. No lo hacía muy a menudo, intentaba mantenerlo bajo control, pero de vez en cuando me entraban las ganas y me echaba a la carretera. Hombres, mujeres..., adultos, adolescentes..., me daba lo mismo. Había algo en recogerlos..., en ver el alivio que sentía la gente cuando por fin alguien paraba..., y, luego, ver cómo ese alivio se iba quedando en nada cuando se daban cuenta de que era posible que se hubieran subido al coche de algún malvado. No creas que se pueden hacer muchas cosas a ciento veinte kilómetros por hora, de noche, en una carretera vacía. Cuando les enseñaba el cuchillo o la

pistola..., joder, tío, ¡cuánta adrenalina... para los dos! A veces reducía la velocidad para que pensaran que podían tirarse del coche en marcha. Otras veces les dejaba la pistola..., pero estaba descargada, claro, solo que ellos no lo sabían... y entonces los destripaba con el cuchillo cuando creían que me tenían.

Rodney suspiró y Matt se dio cuenta de que estaba reviviendo los recuerdos de todo lo que había hecho, que se estaba deleitando con ello. Aquella actitud le puso enfermo.

Rodney sonrió.

—Están todos enterrados a lo largo de la 112. Hay tantos que ya no siento la necesidad de hacerlo. Cuando me entra el picorcillo, cojo la autopista y visito los sitios en los que los dejé. Con eso suele ser suficiente para aplacar las ganas. Por lo general basta con eso. Hay días, sin embargo, en los que lo echo de menos. —Se quedó como pensativo un momento, miró a Eli y asintió—. Eli solía sodomizar a niños. ¿A que sí, Eli? ¿Por qué no le cuentas a Matt cuando conducías el autobús escolar en Oklahoma? Eso de que llevabas a algunos de los más pequeños a su casa cuando sus padres no estaban. Ya sabes..., para asegurarse de que llegaban al hogar sanos y salvos... y para ayudarlos con la merienda.

Eli se quedó pálido y miró hacia otro lado.

—No quiero hablar de eso, y tú tampoco deberías estar contando nada.

Rodney se encogió de hombros.

—Pero si Matt va a estar muerto en una hora, ¿qué más da? —Volvió a mirar a Matt—. Son momentos como este los que unen a los vecinos, ¿no te parece? Estoy ansioso por conocer tus secretos. —

Miró a la chica—. Eli, cógele los brazos para ver dónde está el nombre de Matt; a ver si lo lleva escrito.

Eli negó con la cabeza.

—No pienso acercarme a esa zorra a menos que no me quede más remedio.

La camioneta redujo la velocidad y giró a la derecha cuando apareció el cartel del instituto de Hollows Bend, ese en el que ponía «Hogar de los Manturones». Tumbado en la caja, Matt no alcanzaba a ver gran cosa, pero oyó las voces. Y oyó tantas desde que la camioneta empezó a reducir la velocidad hasta que finalmente se detuvo que a Matt le dio la impresión de que allí estaba reunido todo el pueblo.

95

LA SHERIFF ELLIE

Mientras el pequeño grupo rodeaba un gran afloramiento rocoso, el tejado de tejas de madera de la casa de los Pickerton apareció a la vista de todos. El tejado estaba descolorido y manchado por el paso del tiempo, había partes que faltaban, y otras estaban cubiertas de musgo. Poco a poco, la montaña iba recuperando lo que le había pertenecido mucho antes de que el ser humano empezara a dejar su huella en el terreno. Los Pickerton aún vivían allí cuando Ellie era pequeña; tenía diez años cuando murió la hija. El resto de la historia de la familia se la contó su padre años después. La hija murió después de una larga lucha contra la tuberculosis. El día que murió, la madre se suicidó y Jeb Pickerton se las encontró muertas a ambas cuando regresó a casa. Se decía que el padre saltó desde el barranco que había detrás de la casa, el mismo que, según se creía, se había llevado a Emily Pridham; pero, al igual que el cadáver de la joven, no llegaron a encontrar sus restos. Durante los años siguientes, nadie se acercó a reclamar la propiedad y, tal como suele suceder con todas las casas abandonadas, el sitio acabó en ruinas. Ellie sabía que los jóvenes del pueblo solían ir allí a hacer fiestas, igual que cuando ella era joven, y, por lo general, hacía la vista gorda. Tal y como le dijo su padre en una ocasión, era mejor saber

dónde estaban los chavales haciendo lo que acostumbran a hacer que no saberlo.

Buck levantó la mano y se detuvo en medio del sendero para observar la zona con más detenimiento.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ellie.

—Algo no va bien... Nada bien.

Robby lo avanzó y señaló un punto en concreto.

—¿Es ese el roble?

Buck apenas lo miró unos instantes:

—Sí, es ese.

—¡Vaya! —exclamó Mason, apoyado en el bate como si se tratara de un bastón gordo.

El descomunal roble se había caído. Sus largas raíces se habían salido del suelo y estaban llenas de tierra y arañaban el cielo nocturno desde el enorme agujero que habían dejado. El tronco y algunas ramas habían caído sobre la casa de los Pickerton y la habían desbaratado, como si esta no fuera más que un bloque de mantequilla rancia a temperatura ambiente. Toda la parte de atrás de la casa estaba enterrada bajo innumerables ramas nudosas. Sin embargo, fueron los cuervos los que hicieron que Ellie sintiera el dedo de la muerte deslizándose por la columna vertebral; para ser más exactos, la gran cantidad de pájaros que allí había. Miles de cuerpecitos negros se retorcían y se movían de un lado para otro a lo largo de todo el árbol. También cubrían la parte de atrás de la casa, como si, en cierto modo, la casa los secretara. Aunque no solo los cuervos le ponían la carne de gallina a Ellie; el silencio reinante también le causó una profunda impresión. A diferencia de los de la historia que les había contado Buck, aquellos cuervos no graznaban.

Lo único que se oía era el sonido de sus patas al moverse, arañando el árbol, como si estuvieran inquietos. Miles de ojos negros los estaban observando.

Si en algún momento Buck y los demás habían albergado la esperanza de llegar hasta allí sin que nadie advirtiera su presencia, esta acababa de desvanecerse. Los cuervos sabían que estaban allí, y no solo eso... Había algo más, todos lo notaban.

—¿Por qué nos miran así? —preguntó Riley entre susurros.

Evelyn se le acercó.

—¿A qué te refieres?

Ellie sí que sabía a qué se refería la niña. Daba la impresión de que los pájaros se movían todos a una, a la vez, en lugar de ir cada uno a su aire. Giraban la cabeza al mismo tiempo, los miraban al mismo tiempo.

—No son los cuervos los que nos están mirando —dijo Robby—, sino que algo nos está observando a través de los cuervos.

Ellie no quería creerlo —¡era una locura!—... pero debía aceptarlo. El niño tenía razón.

Riley estiró el cuello para ver mejor y se rascó el brazo una vez más. Ellie ya no lo soportaba:

—¿Has tocado hiedra venenosa o algo así? Es que no paras de rascarte.

La chica intentó ignorarla, pero Ellie consiguió acercarse a ella y le levantó la manga. Para su sorpresa, descubrió la escritura en sus brazos, los nombres.

—¿Esto lo has hecho tú?

Riley negó con la cabeza.

Entre todos los niños le explicaron que a Riley le habían estado apareciendo nombres en el brazo durante todo el día.

Mason Ridler.

Roy Buxton.

Hannah Hernandez.

Sally Davies.

Emily Pridham.

Mientras Ellie los leía, Riley empezó a rascárselos de nuevo.

—¡Es que me pican mucho... no dejan de picar!

Buck guardaba silencio.

Ellie tragó saliva y le preguntó:

—¿Tú sabes lo que significa esto?

Buck negó con la cabeza.

—Y no estoy seguro de querer saberlo —añadió.

Ellie se volvió para preguntárselo a Robby, porque daba la impresión de que el niño estaba al tanto de todo, pero el niño ya no estaba allí. Robby había cruzado el claro, había rodeado a los cuervos y estaba subiendo las escaleras del porche de la casa de los Pickerton.

96

MATT

Peterson pasó de largo el aparcamiento, siguió por la parte asfaltada hasta las puertas del gimnasio y dejó la camioneta en la zona amarilla, que era donde tenía asignado su aparcamiento el autobús escolar del colegio visitante. El vehículo se detuvo dando un tirón y el motor tartamudeó al apagarse.

Eli saltó por un lateral de la caja, fue hasta la parte de atrás y abrió la portezuela.

—Fin del trayecto, Romeo. Hay que bajar.

Con el Colt en una mano, Rodney cogió a Matt del cuello de la camisa y tiró de él para hacer que se sentara, lo obligó a ir hasta el borde de la portezuela y lo hizo bajar de un empujón.

Matt consiguió caer de pie y estaba a punto de echar mano al Colt cuando Peterson llegó por el lateral del vehículo llevando a Gabby fuertemente sujeta del brazo.

—¡Por Dios, Matt, menuda cara! No tienes adónde ir, así que no nos lo pongas difícil. Aquí es donde se supone que deberías estar.

La multitud que los rodeaba se había quedado prácticamente en silencio, y los pocos que hablaban lo hacían entre susurros. Varias personas señalaron a Matt; otras, en cambio, estaban concentradas en la chica mientras esta caminaba hasta la parte de atrás de la caja y bajaba de un salto, con el vestido revoloteando alrededor de su

cuerpo. La chica miró a la gente durante un momento, como si estudiase sus caras, y a continuación fue hasta las puertas del gimnasio, las abrió y desapareció tras ellas, caminando con la seguridad propia de alguien que ya había vivido aquello y sabía lo que tenía que hacer.

Eli sacó a Addie de la camioneta en contra de su voluntad. La mujer intentó zafarse y escapar, pero Eli era mucho más fuerte. Le cogió el brazo con una mano y se lo puso en la espalda, mientras que con la otra la agarró del hombro y la obligó a darse la vuelta y a entrar en el gimnasio.

Peterson se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido fuerte y agudo.

—¡Todos adentro! ¡Que empiece la reunión!

—¡Vamos! —dijo Rodney mientras empujaba a Matt hacia las puertas del gimnasio.

97

CODY HILL

Cody y Marcie estaban justo al otro lado de las puertas dobles del gimnasio cuando el señor Peterson y sus amigos aparecieron tirando del agente Maro como si fuera un perro con correa. El agente tenía las manos atadas con bridas y avanzaba con la cabeza gacha. ¡Joder, menuda imagen! A Cody nunca le había caído muy bien el señor Peterson, pero era evidente que el tipo tenía claro cómo hacerse cargo de una situación. La policía local la había cagado, pero él no iba a escurrir el bulto. Cody esperaba que también hubieran traído a la sheriff, pero no hubo suerte; aunque sí venían con ellos la camarera de la cafetería y esa mujer que siempre vestía como si tuviera diez años menos de los que aparentaba, Addie no sé qué.

Marcie todavía llevaba a Cody cogido de la mano y tiró de él con suavidad hacia las gradas.

—Deberíamos ir a sentarnos.

Cuando Cody entró en el gimnasio con Marcie, lo único que quería era recorrer la cancha de la mano de la animadora y asegurarse de que todo el mundo los viera bien, pero entonces se fijó en algo que aún le pareció más interesante: una cadena colgando de la barra de la puerta de emergencia con su candado y todo. ¡Joder, qué suerte!, porque Cody no había pensado en cómo mantener a todo el mundo

dentro cuando la mierda empezara a salpicar. Ahora, en cambio, tenía un plan.

Y, para coronar la flor que Cody parecía tener en el culo ese día, el señor Peterson se detuvo en la puerta del gimnasio, miró la cadena y el candado y se volvió hacia él.

—Ata eso cuando entre el último, ¿eh, chaval?, que no queremos que nadie se pierda nada.

«¡Señor, sí, señor!».

—Vale —musitó Cody, procurando disimular su entusiasmo.

Peterson le revolvió el pelo con la mano antes de dirigirse al centro del gimnasio, donde alguien había dispuesto un micrófono y una tarima.

—Estás sudando —le dijo Marcie—. ¿Por qué no te quitas el chaleco?

Antes de que Cody se diera cuenta de lo que estaba haciendo la chica, Marcie le bajó la cremallera del chaleco. Cody le dio un cachete en la mano y volvió a subirse la cremallera, pero no antes de que ella viera algo. Cody no estaba seguro de lo que habría visto, pero no debía de ser bueno, a juzgar por la cara que estaba poniendo. Notó que la mano con la que la chica cogía la suya se había quedado fría de pronto, y que, al instante, hacía el amago de apartarla; sin embargo, él se la sujetó con más fuerza.

—Creo que será mejor que tú y yo sigamos juntos. Si intentas huir o decírselo a alguien, podría acojonarme... y hacer una locura, así que no querrás que me acojone, ¿verdad?

Marcie tragó saliva.

—Eso no es de verdad, ¿no? Es una broma, ¿a que sí?

—¿Fue una broma lo que te hizo Malcolm Mitchell?

La chica se quedó pálida.

—¿Cómo sabes eso?

—Seguro que anda por aquí, y seguro que quieres devolvérsela, ¿no? Seguro que no hay un día en que no pienses en ello. Bueno, pues hoy vas a tener la oportunidad. Podrás vengarte de él y de todas las personas que te dieron la espalda cuando más las necesitabas. Están todas aquí. Todas y cada una de ellas.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que Dios quería que hiciera cuando me puso en este planeta. Estoy aquí por una razón, igual que tú. —Le apretó la mano—. Esto no es ninguna casualidad; estás aquí para ayudarme.

Permanecieron en silencio mientras las últimas personas entraban e iban llenando las gradas. Marcie dejó de apretarle la mano, pero no la retiró, y Cody supo que estaba con él. Al igual que lo de la cadena y el candado y todo lo demás, aquello estaba predestinado. No le sorprendió lo más mínimo que fuera Marcie quien cerrara las puertas, pasara la cadena por las barras y pusiera el candado. Marcie había muerto el día que le sucedió lo de Malcolm... y esta era su oportunidad de renacer.

98

LA SHERIFF ELLIE

—¡Robby, vuelve! —le ordenó Ellie entre dientes. Estaba claro que, si el chico la había oído, la ignoró, porque siguió subiendo las escaleras hasta llegar al porche y desapareció detrás de la puerta principal, que estaba entreabierta—. ¡Me cago en...! —musitó Ellie, saliendo de entre los arbustos para ir a por él—. Vosotros quedaos aquí.

—¡Y una mierda! —respondió Evelyn, decidida a ir a por su hermano.

No obstante, en cuanto entraron en el claro, los cuervos llenaron el espacio que había entre la casa y ellas.

—Sheriff...

Fue Mason Ridler quien dejó la frase en el aire. El chico miraba en la otra dirección, por donde habían venido, porque ahora el estrecho sendero estaba enterrado bajo miles de cuervos que avanzaban despacio hacia ellos como si fueran uno. Los animales no emitían ningún sonido, solo se oía el ligero ondular de las plumas y el crujido de las hojas secas bajo sus patas. También estaban en los árboles que tenían a su espalda, y seguían llegando muchos más. Era como si llovieran cuervos, cuervos que iban llenando cada rama, haciéndose un hueco a pesar de la gran cantidad de aves que ya estaban allí.

Mason empezó a blandir el bate, pero los pájaros ni se inmutaron, y siguieron avanzando.

Buck apuntó al aire con la escopeta y disparó.

Intensificado por el silencio de la noche, el gran estruendo resonó en la montaña y traqueteó entre los árboles..., pero no sirvió para disuadir a los cuervos ni para evitar que siguieran rodeándolos.

Mason volvió a blandir el bate, y en esta ocasión alcanzó a uno de los pájaros. El golpe lo envió volando hacia la derecha y el animal desapareció entre unos arbustos. Bateó a otro. Y a otro. Pero no parecía que eso fuera a detenerlos.

Evelyn gritó cuando dos cuervos se abalanzaron sobre ella, posaron las garras en uno de sus brazos e intentaron elevarla por los aires. Las garras dejaron unas líneas de sangre en el brazo de la niña.

Ellie sacó el arma y también gritó cuando otro cuervo aterrizó en su cabeza.

Buck espantó al pájaro, pero seguían viniendo más. Muchísimos más. Se les arremolinaban alrededor de sus pies y les picoteaban los tobillos. Estaban atacándolos a todos menos a...

Menos a Riley.

De hecho, ni siquiera se acercaban a ella.

En la porción de suelo que había alrededor de la niña no había cuervos, ni en el aire que la rodeaba. A ella no la tocaban.

Riley dio media vuelta y empezó a caminar hacia la casa. La alfombra de pájaros iba abriéndose a medida que ella avanzaba, dejando a la vista un camino, como si le estuvieran franqueando el paso, y como si, de hecho, quisieran que entrara en la casa. Pero solo ella, nadie más.

—¡Todos a la casa! —gritó Ellie—. ¡Vamos! ¡Ya! ¡Seguid a Riley!

Los cuervos abandonaron los árboles, las ramas, los arbustos. Se les echaron encima todos a la vez, como una densa nube de plumas batiendo las alas a la desesperada.

Ellie y los demás echaron a correr, cargando contra los pájaros en un intento de alcanzar a Riley antes de que los cuervos lograsen cerrar filas detrás de ella. Ellie sintió cómo pisoteaba aquellos cuerpecillos y los finos huesecillos de los pájaros quebrándose bajo sus pies, pero no se detuvo a mirar; algo le decía que, si lo hacía, aunque solo fuera durante un segundo, acabaría en el suelo; y, como se cayera, seguro que ya no volvería a levantarse.

Riley llegó al porche y se apresuró a entrar en la casa. Mason entró detrás de ella.

Evelyn tropezó con el primer escalón, pero Buck la ayudó a recuperar el equilibrio con el brazo que tenía libre, como si la niña no pesara nada, y la llevó en volandas hasta que cruzaron la puerta. Cuando Ellie los alcanzó, no había cielo, no había bosque y no había montaña. Allí, lo único que había eran cuervos, una manta negra que pretendía sofocarlos cayendo de todas partes.

Una vez dentro de la casa, Ellie aferró el borde de la vieja puerta de madera y, aunque notó que rozaba el suelo, consiguió cerrarla.

El silencio resultaba ensordecedor, pero alguien lo rompió al cabo de un instante con un grito agudo.

99

MATT

—¡Escuchadme todos! —Stu Peterson dio unos golpecitos en el micrófono con la punta del dedo, y a través de los altavoces que había en el techo, sobre la cancha, salieron tres fuertes «¡pum, pum, pum!» seguidos de un agudo pitido por acoplamiento del sonido—. Id sentándoos. ¡Vamos, vamos!

A pesar de que alguien había sacado sillas plegables, Rodney y Eli obligaron a Matt a arrodillarse relativamente cerca de Peterson, a su derecha. Gabby y Addie estaban en pie, detrás de él —embarazada o no, no hicieron concesiones con esta última—. La chica que se parecía a Emily Pridham estaba al lado de Stu Peterson, con sus silenciosos ojos mirando uno por uno los rostros de los que estaban sentados en las gradas.

Peterson miró el reloj que había en la pared —las nueve menos diez— y se aclaró la garganta.

—Sé que aún faltan unos minutos, pero creo que todos los que han de estar aquí ya han llegado, así que tampoco tiene ningún sentido esperar. —Parecía como si estuviera haciendo una pausa para pensar lo que acababa de decir, y a continuación miró a Matt—. Bueno, todos menos la jefa de este hombre, nuestra encantadora sheriff. Que yo sepa, Ellie está por ahí, escondida, porque no quiere

dar la cara ante nosotros. Después de lo de hoy, yo creo que habría que darle la patada.

Se oyeron murmullos entre la multitud. Alguien aplaudió, aunque se calló de golpe.

Rodney Campos tenía el Colt de Ellie en la mano y estaba apuntando a Matt a la cabeza. Matt se dio cuenta de lo descorazonada que estaba aquella gente, porque, al parecer, aquello no le resultaba raro a nadie. Tenían a uno de sus dos agentes de la ley de rodillas con una pistola en la sien durante la celebración de una asamblea general con todo el pueblo presente y nadie decía nada al respecto, permanecían sentados, observando.

—Entiendo que estáis muy preocupados y no es para menos. Este hombre y su jefa han permitido que nuestro pueblo se rompa en pedazos. Literalmente, se han quedado mirando mientras se derrumbaba y ardía. Bueno, pues vamos a hacernos con el timón antes de que sus acciones provoquen que todos acabemos muertos.

—¡Ellie no está aquí porque está ocupada intentando ayudarnos a todos! —gritó Matt—. ¡Tenemos que pararnos a pensar! ¡Sé que hay mucha tensión, pero superaremos todo esto! ¡Estamos aquí...!

Rodney le asestó un golpe en la nuca con el Colt; no lo bastante fuerte para noquearlo, pero lo suficiente para dejarlo aturdido y silenciarlo.

Peterson aprobó aquel acto de violencia como si fuera lo más normal del mundo, y a continuación dijo:

—Tendrás oportunidad de hablar, Matt..., siempre y cuando esta gente tenga ganas de escucharte cuando yo haya terminado. Hasta entonces, te agradecería que te contuvieras. Hay que respetar el proceso.

—¿El proceso? ¿De qué estás hablando?

Peterson parecía confundido. Se detuvo un momento antes de apartarse del micro y agacharse junto a Matt.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No lo recuerdas?

—¿Recordar? ¿Qué hay que recordar?

—Tu posición.

—Mi...

Matt no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo Peterson. El hombre se había vuelto completamente loco. ¡Estaba chalado! Desde luego, esa era la única explicación posible.

Peterson echó hacia atrás la visera de su gorra de béisbol y se acercó un poco más a Matt, como si la proximidad fuera a permitirle ver en su interior.

—Antes no lo olvidabas nunca. —Miró a la gente que había en las gradas—. Ellos sí, qué duda cabe, pero ¿tú? Esto es nuevo.

—No te entiendo.

Peterson frunció los labios.

—Tranquilo, que pronto lo entenderás.

—¡Stu! —gritó alguien desde las gradas—. ¡Hay una valla alrededor del pueblo, la he visto con mi chico antes! ¡Y también hay presencia militar! ¡Y religiosa! ¿Quiénes son?

Peterson se incorporó y volvió al micrófono. Miró hacia las gradas, protegiéndose los ojos de las luces con la mano y entornándolos.

—¿Has sido tú, Ben? Le he pedido a mi gente que recorra el perímetro. Todavía no tenemos todas las respuestas, pero lo que es evidente es que no dejan ni entrar ni salir a nadie. Y han cortado las comunicaciones. Nos han aislado muy eficazmente.

Otra persona gritó:

—¿Qué? ¿Que estamos atrapados? ¿Y qué pasará cuando nos quedemos sin comida? ¡Main Street está arrasada! ¿Acaso vamos a tener que sobrevivir con lo que haya en la gasolinera? ¡Vamos, no me jodas! ¡Hay que salir de aquí!

Aquello produjo otra oleada de murmullos entre la multitud. Peterson los acalló con un movimiento de su mano.

—¡Callad! Esto no es más que una prueba. Es lo que ha sido desde el principio. —Echó el brazo hacia atrás y señaló a la chica que se parecía tanto a Emily Pridham—. Su llegada esta mañana no ha sido ninguna sorpresa. No ha sido un accidente, al contrario. Lo esperábamos. Estaba predicho. He de admitir que al principio no entendía nada, como vosotros, pero ella me ha enseñado la verdad. Ella me ha iluminado. Solo con tocarme, todo ha cobrado sentido. Sé por qué está aquí. Sé por qué esa gente nos ha encerrado en el pueblo. Sé lo que quieren de nosotros. Sí, sé que parece una locura, y no espero que me creáis. De hecho, aunque os lo repitiera una y otra vez, seguiríais sin creerme. Por eso será más fácil que os lo muestre. Dejad que la chica os toque. Dejad que os lo muestre y todos lo entenderemos, y, una vez lo hayamos entendido, cuando sepamos cuál es el lugar de cada uno, entonces será cuando podremos avanzar.

Aquello volvió a suscitar murmullos entre los presentes.

Gabby se inclinó hacia delante y susurró:

—Matt, mira.

Matt siguió la mirada de la mujer. Algunos hombres de Peterson se estaban apostando cerca de las puertas del gimnasio. Todos iban armados. Había puertas cerradas con cadenas.

Rodney Campos le clavó el cañón del Colt a Matt en el cuello:

—Como digas una sola palabra, te mato, y luego, a ella. No es el momento de hacerse el héroe.

Peterson cogió el micrófono y fue hasta un lado de la tarima.

—Quiero que forméis una fila. Dadle la oportunidad de que os toque, la oportunidad de que os lo muestre y, cuando todos hayamos entendido cuál es nuestro lugar, nuestra posición, trazaremos un plan. Recuperaremos Hollows Bend. No voy a obligar a nadie. El que no quiera hacerlo, que permanezca sentado. Pero debéis confiar en mí, queréis hacerlo. ¿Os parece justo?

Se oyeron varias conversaciones más entre la multitud, pero, cuando los primeros se pusieron de pie y empezaron a bajar de las gradas y a dirigirse a la tarima, otros los siguieron.

—Bien, bien. Eso es. Eli, ayúdalos. Que formen una fila recta. Así es como hay que hacerlo.

Peterson se quedó observándolos un momento, y entonces se acercó a la chica.

—Estamos juntos en esto —le dijo—. Siempre lo hemos estado. —Volvió a hablar por el micro—: Mientras os organizáis, limpiaremos un poco la casa porque, a veces, la manera más sencilla de calmar a la bestia es alimentarla, ¿no os parece?

Como no se estaba dirigiendo a nadie en concreto, aquellas palabras tan crípticas provocaron cierta inquietud entre la multitud. Peterson se acercó de nuevo a la chica y le dijo:

—Levanta los brazos.

Con las palmas hacia arriba y los dedos extendidos, la chica hizo lo que Peterson le pedía.

Peterson se inclinó, revisó lo que estaba escrito en los brazos de la joven, todos aquellos nombres, y se detuvo en uno de ellos. Se

volvió hacia las gradas.

—Keith Gayton, ¿estás aquí?

Se oyó un movimiento de pies sobre la madera, y, al cabo de un instante, Keith se puso de pie. Estaba en la segunda fila, a la derecha del todo. Tenía el gesto torcido, como si el miedo y la ansiedad lo atenazaran, y se encontraba parcialmente entre sombras porque la luz que iluminaba esa zona estaba fundida.

—Keith, ¿por qué no vienes con nosotros? Anda, ven.

Keith miró a Peterson, y este asintió con un gesto. La gente que había sentada a su lado se apartó y le dejó paso. El hombre bajó poco a poco, dejó atrás la primera fila y llegó hasta donde estaban Peterson y la chica.

—Es mejor que te arrodilles, Keith. Arrodíllate delante de ella.

Era evidente que Keith Gayton no quería hacerlo, pero se arrodilló igualmente.

Peterson miró primero a Keith, a continuación desplazó la vista hacia la fila, que no paraba de crecer, y a los que seguían en las gradas. Finalmente miró a la chica. Le dijo en voz baja:

—Juicio Final.

La chica, que seguía con los brazos extendidos, le puso las manos en la cabeza a Keith.

Las imágenes sacudieron a Matt como un camión: Keith en un callejón, con los ojos rojos, desbocados como los de un loco; drogado, sin duda. Tenía un cuchillo en una mano y sujetaba a un hombre por el pelo con la otra mientras le gritaba a la cara. El desconocido sujetaba una bolsita de plástico llena de cristales blancos: meta. Keith le quitó la bolsita, miró a un lado y a otro del callejón y le clavó el cuchillo en el lateral del cuello al desconocido,

retorció el arma y se la sacó a toda prisa. Dejó caer a su víctima y salió corriendo.

Matt volvió de sopetón al gimnasio.

Supo, por el silencio que pesaba sobre la gente, que todos lo habían visto. Keith seguía arrodillado, con la cabeza gacha, con las manos de la chica encima de la cabeza.

—Juicio Final —repitió Stu Peterson, y después, apoyó el cañón de la escopeta en la espalda de Keith y disparó.

Matt intentó ponerse de pie, pero Rodney volvió a golpearle en la cabeza con el Colt.

Antes de que el eco de aquel disparo mortal se apagara, Peterson volvía a estar al lado de la chica, estudiando sus brazos. Al cabo de un momento miró de nuevo a la multitud y gritó:

—¡Cody Hill!

100

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 22:12 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: Stuart Peterson le preguntó si recordaba. Dígame, agente Maro, ¿recordaba?

Nota del análisis: desde luego, si el sujeto la oyó, no lo pareció. Seguía mirando la fotografía. Cuando por fin alzó la vista, no había vida en su mirada. Estaba pálido. Si alguien me hubiera obligado a tocarlo (y agradezco a Dios que estuviera aislado en aquella cámara y que nadie me pidiera que lo hiciera), no me cabe la menor duda de que su cuerpo estaría helado.

MARO: El brazo es de Riley, ¿verdad? De la hija de Gabby.
SORDELLO: ¿Qué le hace pensar eso?
MARO: [Agitado] ¡Responda la puta pregunta, que yo estoy respondiendo todas las suyas!

Nota del análisis: no reconocí la voz, pero alguien le ordenó a Sordello que no respondiera, que presentarían cargos contra ella si lo hacía. Pero, al parecer, a la mujer le dio lo mismo.

SORDELLO: Sí, es el brazo de Riley Sanchez.

Nota del análisis: la misma voz le aseguró a Sordello que su carrera había terminado. Lo dijo un momento antes de que tres soldados entraran a toda prisa en la cámara de

Sordello. No obstante, Sordello sacó una pistola de entre los pliegues de su chaqueta y apuntó a los soldados. Era su Glock estándar. Los soldados se quedaron petrificados. Ellos también la apuntaban a ella. Alguien hablaba con Sordello, pero yo no oía lo que le decía. Evidentemente, esa persona debió de ordenarles a los soldados que no dispararan, aunque siguieron apuntando a Sordello. Ella se puso de pie sin perder la serenidad en ningún momento y los obligó a salir. Se acercó a la puerta, la cerró, echó el pestillo, y pulsó el botón de seguridad, que, como supe más tarde, impedía que la puerta se abriera desde fuera, ni siquiera con llave. A continuación, introdujo todos los expedientes en el cajón que había entre las dos cámaras, se los pasó al sujeto, y este los cogió.

SORDELLO: No tenemos mucho tiempo, agente Maro. Usted no tiene mucho tiempo. Voy a contarle lo que sé, pero necesito que me preste mucha atención.

101

LA SHERIFF ELLIE

Ellie no veía nada.

Con la puerta cerrada y las ventanas tapadas con tablas, ni un solo rayo de luna conseguía abrirse paso hasta el interior de la casa de los Pickerton. Hacía muchísimo frío, como si acabaran de entrar en una cámara frigorífica, o como si fuera una dura noche de invierno y hubieran decidido salir a la calle sin abrigarse.

Una luz cobró vida e iluminó la esquina de la estancia.

Buck tenía una linterna.

Lo que Ellie vio carecía por completo de sentido.

Las paredes, el techo, el suelo..., estaban... cubiertos de hielo.

—Es como una puta cueva de nieve —musitó Buck mientras movía el haz de luz de un lado al otro—. ¿De dónde provendrá?

Mason y Evelyn estaban junto a la puerta. El chico señaló un pasillo que llevaba al fondo de la casa.

—Creo que de allí.

—Y ¿dónde están Riley y tu hermano?

Evelyn señaló el mismo pasillo.

Buck no esperó a que Ellie se lo pidiera. El hombre rodeó lo que quedaba de un viejo reloj de pie que estaba tirado en el suelo y se dirigió a la parte de atrás de la casa. Sus botas de senderismo

dejaban un rastro en el suelo congelado y su respiración iba dejando blancas nubes de vaho a su paso.

Encontraron a Riley y a Robby de pie en el umbral del dormitorio que había al final del pasillo, al fondo de la vieja casa.

El roble caído que habían visto desde fuera se había hecho con buena parte de la estructura, que estaba en ruinas. El árbol se abría paso a través del techo y la pared, y buena parte de él reposaba sobre una vieja cama con dosel. Algunas ramas más gruesas se habían clavado en el suelo, mientras que otras llenaban el pequeño espacio, como si el árbol hubiera seguido creciendo allí dentro. Muchas de aquellas ramas crecían buscando la luz del día, pero, como no lograban tan preciado sustento, se estaban marchitando y empezaban a morir. Daba la impresión de que aquello bien podría llevar sucediendo cuatrocientos años, pero Ellie sabía que no era así. Puede que la casa estuviera abandonada, pero entre los adolescentes que la frecuentaban, los turistas y algún que otro paseante despistado, alguien lo habría visto, ¿no? Alguien se lo habría contado. Además, ella enviaba a Matt por la zona cada pocas semanas para que echara un vistazo; seguro que él lo habría visto.

No.

Aquello era nuevo.

Aquello era reciente.

Había sucedido aquel mismo día.

Ellie no podía demostrarlo, pero estaba convencida de que aquel viejo árbol se había caído en el mismo momento en que la chica apareció en la cafetería. Se había caído al mismo tiempo que los cuervos caían del cielo. Todo a la vez. Todo estaba conectado.

Las ramas estaban llenas de cuervos, los cuervos que no se movían. Cuando Ellie se acercó un poco más, vio que estaban... recubiertos de hielo. Estaban congelados. Aun así, la sheriff juraría que seguían observándola con aquellos ojillos suyos y que la habían seguido con la mirada cuando entró en el dormitorio.

—No toquéis nada —susurró Ellie—. Nada de nada.

—¿Y si nos fuéramos?

Sin embargo, mientras Buck hacía aquella propuesta, antes incluso de que terminara, Ellie ya sabía que eso era imposible. Oían los cuervos en el exterior, cada vez saturaban más el aire. Aquellos animales estaban golpeando la puerta y las tablas de las ventanas, las paredes —unos revoloteaban, otros picoteaban la madera—; todos intentaban entrar. Ellie miró por el agujero del techo, el cielo oscuro que había más allá. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los cuervos se dieran cuenta de dónde estaban y entraran por allí? ¿Adónde irían entonces?

Robby se acercó al árbol hasta que estuvo muy, muy cerca de uno de los cuervos congelados.

—Respira —comentó.

—¿Qué es eso que hay en la cama? —preguntó Evelyn señalando el colchón.

Mason soltó una risita.

—Los mayores vienen aquí ya sabéis a qué. Es probable que sea...

—Es moho negro —lo interrumpió Buck—. No lo toquéis, o podríais enfermar.

—No tenía pensado tocarlo. ¡Joder, qué asco da!

—También hay en el techo —dijo Evelyn señalando hacia arriba.

Ellie alzó la vista y pudo comprobar que la niña tenía razón. Había una enorme mancha negra en el techo, justo encima de la gran mancha negra del colchón. Y también había...

No podía ser.

Ellie se acercó.

Buck también se había dado cuenta y lo enfocó con la linterna en ángulo para que fuera más fácil verlo.

En la cama flotaba un polvillo negro que iba desde el colchón hasta el techo... y conectaba ambas manchas. No era polvo exactamente, y, aunque Ellie quería creer que se trataba de moho, tal y como había dicho Buck, tampoco tenía claro que lo fuera. Aquello era otra cosa.

—Buck, ayúdame a mover el colchón.

Buck dudó un segundo, pero al final le pasó la linterna a Riley y dejó a un lado la escopeta. Sujetó el colchón por la parte más alejada y señaló con la barbilla la rama que tenía clavada, de cuando se cayó el árbol.

—Esa está clavada en el suelo; vamos a tener que darle la vuelta al colchón. Lo haremos en el sentido de las agujas del reloj, a la de tres.

El colchón no se movió, de modo que Mason cogió una esquina y Evelyn y Robby otra mientras Riley los iluminaba con la linterna. Lo intentaron todos a una.

El árbol dejó escapar un fuerte gemido, como si no quisiera que movieran el colchón, pero acabó cediendo.

El colchón se movió como la losa de una vieja tumba.

Buck tenía razón, aquella rama no solo había atravesado el colchón, también había atravesado el suelo, dejando un rasgón

irregular en la madera.

Ellie sabía que la casa no tenía sótano, ni siquiera uno de esos bajos. La habían construido sobre un saliente de granito y, aunque era físicamente imposible que la rama de un árbol atravesara la piedra..., aquella lo había conseguido. Por debajo de la madera astillada se distinguían unas fauces abiertas, una grieta tan profunda en la roca que se tragó el haz de luz de la linterna cuando Riley se acercó y la iluminó.

—Huele que da asco —comentó Evelyn, que acababa de acercarse al borde.

Los salientes estaban llenos de moho negro, y el agujero del suelo era como el doble de grande que las manchas del colchón y del techo. De él ascendía un aire gélido, un aire blanquecino teñido de aquella especie de polvo negro.

—No te acerques tanto —le dijo Ellie a la niña—. Creo que no deberíamos respirar este...

De pronto, el aire estalló. Como un eructo. Un géiser ultraterreno surgido de las profundidades. Evelyn se echó hacia atrás y se agarró instintivamente a la rama nudosa.

Ellie supo que aquello había sido un error incluso mientras estaba sucediendo, así que cogió a la chica e intentó evitarlo. Mason también lo intentó, pero ninguno de los dos fue lo bastante rápido. En cuanto Evelyn tocó la corteza, una capa de hielo blanco, reluciente, empezó a cubrirle los dedos... y se extendió por el resto del cuerpo.

«¡Dios mío, se la está comiendo!».

Al ver aquello, el cerebro de Ellie se trasladó a un lugar de la infancia porque su cerebro de adulto era incapaz de entenderlo. De

hecho, se negaba a entenderlo, como si así fuera a conseguir que no sucediera. Pero sucedió: el hielo se apresuraba a ascender por el brazo de Evelyn, por el hombro después, por el cuello y por la cabeza. La niña se quedó congelada a medio gritar, y, aunque el alarido que había empezado a resonar en el dormitorio debería de haber dado paso al silencio, no fue así, y Ellie comprendió que era debido a que Mason y ella también estaban gritando. Gritaban porque el hielo no solo se estaba tragando a Evelyn, también se los estaba tragando a ellos... puesto que ellos la estaban tocando a ella.

102

CODY HILL

Stu Peterson acababa de hacerle un agujero enorme a Keith Gayton, y se lo había hecho como si nada. A Peterson le habían saltado trozos de Keith a la cara, pero no se molestó en limpiárselos, como si ni siquiera los hubiera sentido; se limitó a sonreír y a seguir hablando. Durante un breve instante, Stu Peterson se convirtió en el héroe de Cody Hill. Hasta que Peterson lo llamó por su nombre.

Cody y Marcie estaban sentados en la quinta fila. La mitad de los congregados se había levantado para ponerse en la cola y la otra mitad había dado un brinco al oír el disparo, pero ellos dos permanecieron sentados y, por unos instantes, ocultos. Marcie gemía por lo bajo, un gemido horroroso, y Cody cada vez tenía más claro que, a menos que le echase huevos, la chica no estaba preparada para lo que iban a tener que hacer a continuación. Pero, claro, a veces había que improvisar. A veces había que trabajar bajo presión. Cuando Peterson repitió el nombre de Cody, este sacó la radio Motorola del bolsillo y se la puso a Marcie en las manos.

—Tienes que hacerme un favor. ¿Crees que serás capaz?

Marcie gimoteó una vez más, pero Cody no tenía tiempo.

—Si grito tu nombre, pon el dial de la radio en el canal 2 y presiona el botón «hablar». Nada más. Eso podrás hacerlo, ¿no? Es bien fácil.

Cody tenía su chaleco.

La bomba estaba preparada para explotar a las 21:05, pero hasta entonces aún faltaban seis minutos, y seis minutos era muchísimo tiempo en situaciones como aquella. Seis minutos eran toda una vida. No podía arriesgarse a que algo se torciera. Sabía que no iba a salir con vida de aquel gimnasio, pero no le importaba. Siempre y cuando nadie saliera con vida, no le importaba.

—¿Marcie? ¿Podrás hacerlo? —Como la chica seguía sin responder, Cody añadió—: He visto a Malcolm Mitchell. —Mentira—. Está, como quien dice, sentado encima de la bomba. Si haces lo que te he pedido, te vengarás de él. Ninguno de nosotros saldrá de aquí con vida, pero tú te marcharás en paz. Necesito saber que puedes hacerlo.

Marcie asintió por fin, y cogió la radio con sus preciosos y largos dedos.

—Buena chica.

La gente gritaba, aullaba. Llegaba a las puertas, pero las encontraba cerradas y a los hombres de Stu vigilándolas. Había quienes aún seguían haciendo cola, como si aquello fuera lo más normal del mundo. El estupor nos lleva a hacer cosas increíbles. En cualquier caso, a Cody aquello ya le estaba bien, era justo lo que él quería.

Pánico.

El pánico era como acabarse un Red Bull.

Alguien cogió a Cody por los hombros y lo levantó del asiento.

—¡Está aquí, Stu! ¡Ya lo tengo!

Cody se volvió, pero no alcanzó a ver de quién se trataba. Aunque aquel detalle pasó a preocuparle sustancialmente menos cuando el

hombre rebuscó en sus bolsillos y tiró del detonador del chaleco con la suficiente fuerza como para arrancar los cables de las perfectas soldaduras de Cody e inutilizarlas. El hombre se metió el detonador en uno de los bolsillos y le gritó a Peterson:

—¡También tengo el cacharro!

Con la cara aún manchada de sangre, Peterson asintió.

—Tráelos aquí.

El hombre obedeció.

El secuaz de Peterson era el doble de grande que Cody, así que era imposible que el chico se zafara de él. El hombre lo zarandeaba como si fuera una muñeca de trapo. Cuando llegaron a la tarima, lo hizo arrodillarse sobre el charco de sangre que había dejado Keith Gayton. La preciosísima chica de la tarima lo miraba, y Stu Peterson también.

Peterson hizo un gesto con la cabeza, señalando a la chica.

—Me ha enseñado el chaleco. Por eso lo hemos sabido. La otra bomba también la hemos encontrado. No queríamos ponernos a desarmarla, nos ha parecido un poco arriesgado, así que hemos reprogramado el reloj. Ahora está programada para explotar a las tres de la madrugada. Yo diría que con seis horas nos dará tiempo para todo. Y, si no, pues la reprogramamos de nuevo. Le has echado huevos, chaval. No necesito que ella te toque, tu Juicio Final está aquí.

Peterson levantó la escopeta y apuntó a Cody a la cabeza.

—¡Espera! —gritó Cody—. ¡Puedo ayudarte!

—No necesito tu ayuda.

—Conozco una forma de entrar y salir del pueblo. Es una zona que la gente esa no ha sido capaz de bloquear.

Era mentira, claro, pero Cody no quería morir así. No de un disparo. No solo. Quería que todos murieran y Marcie seguía teniendo el control remoto. Cody no necesitaba el chaleco, y lo del temporizador daba igual, siempre y cuando Marcie tuviera el control remoto.

—Es un crío, Stu. Deja que se vaya. —El agente Maro tenía la cabeza cubierta de sangre. Le habían pegado varias veces y los ojos se le estaban hinchando hasta el punto de que le costaba mantenerlos abiertos, pero, aun así, miró a Peterson—. Por Dios, Stu, tú no eres así. Para de una vez.

—¿Pero es que sigues sin recordar? —le preguntó Peterson evidentemente sorprendido—. No lo entiendo. Puede que necesites algo que te refresque la memoria. —Se acercó a Gabby y a Addie, las cogió a ambas y las empujó hacia la chica. Gabby aulló de dolor cuando Stu le asestó un rodillazo en la espalda para que mirara hacia delante—. Juicio Final —le dijo a la chica que se parecía a Emily Pridham—. Tú eliges a cuál de ellas.

Con aquella inexpresiva cara, la chica estudió a ambas mujeres durante un momento. Luego, le puso la mano en la cabeza a Matt y sus dedos la apretaron con una fuerza sobrehumana.

103

BUCK

Buck trató de abalanzarse sobre Ellie para sujetarla, pero Riley y Robby lo detuvieron, apartándole el brazo con la fuerza de un línea de ciento veinte kilos protegiendo a su *quarterback*. Buck no tenía ni idea de dónde habían sacado toda esa fuerza, pero se alegraba de que la tuvieran, porque era probable que acabaran de salvarle la vida.

El hielo no tardó ni diez segundos en cubrir por completo a Ellie, a Evelyn y a Mason. Era como si los hubieran ultracongelado, como en una película, solo que aquello no era ninguna película. Aquello había sucedido de verdad y delante de sus putos ojos. Los tres estaban gritando, y de repente ya no gritaban. La estancia se quedó tan en silencio que Buck se sentía asfixiado.

—No están muertos —comentó Robby como si fuera un adulto que comprendía la situación perfectamente—. Mueven las pupilas. Creo que siguen respirando y que aún les late el corazón, solo que muy despacio.

El niño estaba justo al lado de su hermana —demasiado cerca quizá—, mirándole el cuello con atención, como si pudiera verle el pulso si se esforzaba. Y quizá sí que podía. Aquel niño lo asustaba un poco, pero lo que sucedió a continuación lo asustó aún más.

Ellie, Evelyn y Mason se volatilizaron.

No hubo destello de luz. No hubo sonido que acompañara al suceso. Los tres estaban allí, congelados por aquel espantoso árbol y, de repente, habían desaparecido.

No, eso no fue exactamente lo que sucedió. No es que hubieran desaparecido, es que se precipitaron. Si la adrenalina no hubiera corrido desbocada por las venas de Buck, puede que se lo hubiera perdido, pero la adrenalina tenía la capacidad de hacer que todo fuera más despacio, permitiéndote ver más de lo que quizá querías ver, y Buck vio como los tres caían directamente en el agujero que había en el suelo.

Y, al ver aquello, Buck se acordó de Emily.

Se acordó de cómo el suelo se la había tragado, hacía ya tantísimos años, cuando estaba al lado del árbol. No tenía que salir a buscar pruebas para saber que se trataba del mismo árbol; había estado seguro desde el momento en que entraron en la casa.

Cuando Emily desapareció, no había ningún agujero en el suelo; no había nada.

A modo de respuesta, otra ráfaga de aire gélido salió del oscuro agujero y llenó el dormitorio.

—Están ahí abajo —les aseguró Robby.

Era como si lo supiera, y Buck estaba seguro de que tenía razón.

A Mason se le había caído el bate, y Buck lo cogió y se dispuso a tocar el borde del agujero con la punta, con la idea de que empezaría a congelarse, pero no fue así.

—Toca el árbol —le pidió Robby—, pero prepárate para soltar el bate de inmediato.

Buck sabía qué podría sucederle lo mismo que al niño, pero lo intentó de todas formas, porque, de algún modo, quería cerciorarse

pasara lo que pasara. En el instante en que el bate tocó el árbol, el hielo empezó a tragárselo, pero Buck logró soltarlo justo cuando el hielo llegaba a la punta de su dedo índice. El hombre se metió el dedo en la boca y lo dejó allí unos segundos. Cuando lo sacó, la punta estaba negra.

—Se te ha congelado —observó Robby.

«Puta congelación», pensó Buck.

—Hay que bajar.

Fue Riley quien lo dijo. La niña estaba a un lado, siguiendo todos los acontecimientos con el haz de la linterna.

Buck negó con la cabeza.

—Bajaré yo. Vosotros os quedaréis aquí.

—Riley tiene razón —repuso Robby—. Tenemos que bajar todos, pero no me preguntes por qué lo sé. Debes creerme. —Miró a Riley, le miró el brazo, y añadió—: La quiere a ella en particular... más que a ninguna otra cosa.

«¿A quién o a qué se refiere?».

Buck no quería pensar en aquello como en una especie de ser. Hasta cierto punto, aún intentaba aferrarse a la idea de que nada de aquello estaba sucediendo. Ansiaba desesperadamente que fuera el efecto de una terrible borrachera.

—Esos mapas que nos has enseñado... —prosiguió Robby—; esto es el centro. Todo proviene de aquí. Más concretamente, de ahí abajo, y se propaga desde este punto. Es como cuando tiras una piedra a un lago. Todo empieza donde se hunde la piedra y se va extendiendo. Creo... creo que, lo que sea que es esto, ha estado contenido hasta hoy, hasta que ha caído el árbol. El árbol ha hecho un agujero, este agujero, y, ahora, lo que sea que se oculte aquí

abajo está saliendo. Este polvo negro no es moho, es otra cosa. Es algo feo... y malo.

Aquello constituía una magnífica razón para no dejar que los niños bajaran, para obligarlos a que se quedaran allí, pero Buck sabía que ni siquiera valía la pena intentarlo, porque, en cuanto empezara a bajar, ellos lo seguirían. Y lo que dijo el niño a continuación acabó de convencerlo.

—A tu Emily se la llevó igual que se ha llevado a mi hermana, a Mason y a la sheriff, y lo sabes. Y sabes que, si es así, Emily tiene que estar ahí abajo, en alguna parte, y me apuesto lo que quieras a que sigue con vida, como mi hermana, Mason y la sheriff.

Riley alumbró el borde del agujero. Aquello no tenía ningún sentido, pero nada lo tenía desde hacía tiempo. Aunque también era posible que el árbol caído lo hubiera desencadenado todo; que, por alguna razón, hubiera logrado perforar no solo el suelo de la casa, sino el granito que había debajo, actuando como una especie de cuña. La rama era el doble de gruesa que los muslos de Buck, pero el agujero era más grande, se había abierto hasta alcanzar unos noventa centímetros de diámetro. Y, aunque no estaba del todo seguro, tenía la sensación de que había crecido durante los minutos que llevaban allí, y seguía haciéndolo. El borde serrado de la roca hacía que el agujero y su interior parecieran una boca llena de dientes. La linterna se esforzaba por iluminar el fondo del agujero, pero era en vano; Buck solo alcanzaba a ver entre dos metros y dos metros y medio antes de que la luz dejara de iluminar más allá.

Riley se rascó el brazo de nuevo y, cuando se levantó la manga, los nombres de Ellie y de Evelyn se habían añadido a los demás.

Buck tragó saliva, se echó la escopeta a la espalda y le cogió la linterna a la niña.

Si iban a hacerlo, tenía que ser cuanto antes, porque la situación empeoraba por momentos; lo presentía.

Prendió la linterna a su cinturón de forma que fuera alumbrando hacia abajo y empezó a descender por el agujero.

—Hay muchos salientes a los que agarrarse, pero debéis tener mucho cuidado con la rama del árbol. No la toquéis. Avanzad poco a poco. Si cambiáis de opinión u os asustáis, no tengáis reparo en volver a subir.

Mientras decía aquello, Buck estudió los rostros de los críos y concluyó que con el miedo que empezaba a subirle por las tripas ya había suficiente para los tres. Así pues, empezó a descender, antes de que el sentido común hiciera acto de presencia y lo indujese a cambiar de idea.

104

MATT

Cuando la chica que se parecía mucho a Emily Pridham le cogió la cabeza, el agente vio un destello, y al instante apareció de nuevo en su apartamento. Sentía un calorcillo por todo el cuerpo, y dedujo que estaba borracho; había una botella de Jim Beam por la mitad en la encimera de la cocina, casi en el borde, cerca de Addie, que estaba medio desnuda. No recordaba haberle bajado los pantalones, pero la mujer los tenía por los pies, sus piernas desnudas abrazaban la cintura de él y lo apretaban contra su cuerpo como un tornillo de banco.

Matt observaba la escena al mismo tiempo que la vivía, solo que ahora no había dos Matts separados, sino uno solo, ambos a punto de cometer el mayor error de su vida.

—Fóllame aquí mismo, Matt, sobre la encimera. Así, mañana, o pasado mañana, cuando le estés preparando el desayuno a Gabby, mirarás este sitio y recordarás lo que hicimos. Quiero que pienses en ello... —Le introdujo las manos en el pantalón. Sus cálidos dedos presionaban con suavidad la piel de Matt—. La próxima vez que te acuestes con Gabby, cuando esté tendida debajo de ti sin moverse, como un pescado muerto a la espera de que lo abras en canal, quiero que recuerdes todo lo que yo te hacía en el instituto, todo eso que las demás no te hacían, y que tengas algo muy presente:

durante estos diez años he aprendido mucho. —Se acercó a él y le lamió el cuello. Las palabras de ella sonaban incitantes en su oído—. Algunos dirían que he perfeccionado mi arte. Conozco una decena de formas de hacer que te corras..., una decena de maneras de recordarte que ella nunca será más que una sustituta. Su único propósito es mantenerte caliente para mí. No me importa ser la que está a la espera, ser tu sucio secretillo. No me importa que nos folles a las dos, pero prométeme una cosa: cuando estés dentro de Gabby, quiero que pienses en mí. Quiero que sea mi nombre el que esté en tu cabeza.

Addie le bajó los vaqueros y los calzoncillos, y por mucho que Matt supiera que aquello estaba mal —muy mal—, le permitió que lo hiciera. Matt se liberó de ambas prendas y las arrojó a un lado sacudiendo las piernas mientras ella le alcanzaba la botella de Jim Beam, se la ponía en los labios y él daba un trago largo. Ella también bebió y, mientras lo hacía, las manos de Matt empezaron a moverse como si tuvieran vida propia. Sus dedos se aventuraron a través de los botones de la blusa de Addie y exploraron los pliegues de la tela, hasta que dieron con su piel. Addie aún estaba bebiendo cuando Matt le arrancó la blusa, y los botones salieron despedidos por el suelo de la cocina. No recordaba haberle quitado el sujetador, pero de pronto ya no lo tenía puesto y él le estaba apretujando los pechos y le acariciaba los pezones, como de pasada. Addie dejó escapar un suave gemido.

—Haz que me duela, Matt. Ya sabes cuánto me gusta que hagas que me duela.

Addie le tiró del pelo, deslizó los dedos por su columna y le clavó sus afiladas uñas tan fuerte que le hizo sangre. A Matt no le

importaba. Matt quería más, y la atrajo hacia sí con tanto ímpetu que sus cuerpos parecían un solo cuerpo, fundidos el uno en el otro hasta convertirse en un único ser... aun así, él seguía estrechándola cada vez más. Ella lo guio hasta su intimidad mientras él la abrazaba con todas sus fuerzas, levantó las caderas para encajarlas en las de él y lo sujetó firmemente con los muslos. Addie lanzó un grito que no hizo sino multiplicar el hambre que Matt tenía de ella. Aquel sonido animal avivó aún más el fuego que había prendido entre ambos, y empezaron a balancearse, a apretarse el uno contra el otro con una ferocidad que fue en aumento hasta que por fin Matt se derramó dentro de ella, incapaz de seguir conteniéndose.

Cuando acabaron, permanecieron inmóviles, abrazados el uno al otro; el silencio que ahora los envolvía era tan intenso como el desenfreno al que acababan de sucumbir hacía apenas unos instantes. De pronto, un profundo sentimiento de culpa golpeó a Matt como una gran ola y, aunque sabía que debía apartar a Addie, vestirse y echarla de su apartamento, de su vida..., había una parte de él que no deseaba que eso sucediera. Él quería amar a Gabby, de verdad que quería, se lo decía a sí mismo una y otra vez..., pero eso no hacía que se convirtiera en verdad; y, aunque al mismo tiempo quería odiar a Addie, le resultaba imposible. Cada célula de su cuerpo ansiaba que se quedase allí con él, por muy mal que eso estuviera.

Addie posó el rostro en el hombro de Matt y le susurró:

—Creo que acaba de meterme dentro un bebé, señor Maro.

Había sucedido todo tan rápido, había sido tan intenso, que a Matt ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de ponerse protección. Sintió una punzada de pánico, pero aquella sensación se desvaneció

casi de inmediato. Si la había dejado embarazada, pues bueno. Puede que eso fuera lo que necesitaba. Puede que eso fuera lo que quería.

Sí, eso era...

La puerta del apartamento se cerró de golpe a su espalda.

Matt no oyó cómo se abría y, desde luego, no oyó entrar a Gabby, pero allí estaba, de pie en la penumbra, con el rostro enmascarado por las sombras. llevaba la bolsa de fin de semana en la mano y la sujetaba con muchísima fuerza. No dijo nada, pero por su forma de respirar Matt supo cuanto necesitaba saber.

No estaba sorprendida.

No estaba conmocionada.

Solo estaba furiosa.

Y aquella agitación iba creciendo en intensidad a medida que permanecía allí, mirándolos a ambos.

Cuando Gabby se lanzó a por los dos, Addie aún estaba abrazada a Matt y tenía las piernas alrededor de su cintura. Él aún seguía dentro de Addie y, aunque intentó apartarla, no fue lo bastante rápido. Gabby cruzó la pequeña estancia, cogió un cuchillo del cuchillero que había en la encimera mientras se acercaba a ellos e hizo lo que hizo con un movimiento rápido, certero, alimentado por una ira incontenible. El cuchillo refulgió bajo la escasa luz de la estancia cuando Gabby lo levantó, y silbó al bajarlo, describiendo un arco implacable.

Matt parpadeó.

Cuando abrió los ojos se encontraba de nuevo en el gimnasio del instituto, en el suelo, con Gabby y Addie arrodilladas a su lado; la chica que se parecía a Emily Pridham acababa de soltarle la cabeza.

Le bastó con mirar unos segundos a su alrededor para percatarse de que la chica no solo había compartido aquella visión con él, sino con todos los presentes, tal como había sucedido con Keith Gayton momentos antes, y con Josh Tatum en la calle. Todos lo habían visto. Y el modo en que Stu Peterson los miraba a los tres se lo confirmó. Lo que les dijo a continuación, le cayó encima como un mazazo:

—Juicio Final os reclama. Aquí no hay inocentes.

105

BUCK

Si alguien se lo hubiera preguntado, Buck no habría sido capaz de decir cuánto tardaron en descender. Era como si el tiempo no funcionara de la misma manera en aquel agujero, y la cosa fue a peor a medida que descendían. Buck también se dio cuenta de otra cosa, mucho más perturbadora: aquel descenso no le estaba suponiendo ningún esfuerzo. Era como si las mejores presas a las que agarrarse lo encontraran a él en lugar de él a ellas; como si el agujero quisiera que descendieran hasta el fondo. Los dos niños iban en silencio por detrás de él, y no hacía falta preguntarles para saber que estaban experimentando la misma sensación que él. Era probable que Robby tuviera una teoría al respecto, pero Buck no pensaba preguntárselo; no quería que le hablara de lo que fuera que los esperaba al fondo, ni de los planes que pudiera tener para hacerle frente. Lo único que él quería era encontrar a su Emily.

«Y rescatar a Ellie, a Mason y a Evelyn».

Sí, y encontrar a su Emily.

Robby había dicho que era probable que siguiera viva y, de todas las locuras que habían salido de la boca del crío, aquella era la única que quería creer. Que debía creer; porque, en cierto modo, él también lo pensaba... y siempre lo había pensado.

Veía su respiración flotando a su alrededor, una niebla gélida que no tenía adónde ir. A cada centímetro que bajaban, hacía más y más frío.

Cuando por fin Buck pisó tierra firme, se sorprendió al mirar el suelo por primera vez desde que habían empezado a descender. El haz de la linterna se reflejó en un charco de luz a sus pies, un círculo perfecto de algo que bien podría ser hielo. Eso sí, a diferencia del hielo de la superficie, aquel tenía una textura rugosa y, cuando Buck se dejó caer desde la pared, no resbaló.

—Ten cuidado —le dijo a Riley de todas formas mientras la sujetaba por la cintura y la ayudaba a bajar.

A continuación se dispuso a ayudar a Robby, pero por el modo en que el niño lo miró, Buck enseguida tuvo muy claro que no le gustaba que lo tocaran. Buck se hizo a un lado y dejó que bajara de un salto. El niño llevaba la mochila roja y Buck supuso que debió de pesarle a lo largo del descenso. En cualquier caso, la mochila le recordó la escopeta que llevaba consigo. La cogió y le devolvió la linterna a Riley, que enseguida se puso a alumbrar a su alrededor.

Estaban en una cueva estrecha.

El aire era frío, y olía a sulfuro, a minerales.

El haz de luz solo la iluminó unos instantes, pero fue suficiente para que a Buck le diera un vuelco el corazón.

Emily estaba al otro lado de la cueva, como a unos nueve metros. Llevaba el mismo vestido que el día que desapareció. La chica se dio la vuelta a toda prisa y desapareció por un pasadizo, pero antes susurró:

«Por aquí».

106

MATT

Aquellos que no intentaban escapar del gimnasio miraban a Matt, a Gabby y a Addie.

Rodney Campos, que aún seguía apuntándoles con el Colt, exhibía su característica sonrisa de comemierda.

—He de admitir que, ya que tuviste que pagar por lo que habías hecho, qué mejor sitio para morir que entre estas dos.

—¡Que te jodan! —le espetó Gabby antes de escupirle.

La mujer le había apuntado a la cara, pero se quedó corta y le alcanzó en los vaqueros, a la altura de la rodilla. Aquello aún lo hizo sonreír con más ganas.

—Picante hasta el final, como una buena mexicana —le soltó.

Cuando Gabby se lanzó a por él, Eli McCormick la sujetó, la volvió a poner de rodillas de un empujón y la mantuvo así hasta que se le quitaron las ganas de seguir revolviéndose. Stu Peterson la señaló con la escopeta y le dijo:

—Admiro tus huevos, pero el Juicio Final es el Juicio Final. Ya has hecho la cama y ahora da igual lo arrugadas que estén las sábanas, tienes que dormir en ella. —Peterson tiró de la corredera para cargar un nuevo cartucho—. Es hora de pagar las consecuencias.

Matt se volvió hacia él:

—Tú mataste a cuatro niñas. Cuatro niñas inocentes. Te disculpaste por haberlo hecho, pero ¿estabas mintiendo o lo decías de verdad?

Al principio, Peterson no se movió, y por fin ladeó ligeramente la escopeta para ver mejor a Matt.

—Así que lo has visto, ¿eh? Me refiero al vídeo.

—Birmingham, Alabama —le dijo Matt—. Cinco de septiembre de 1963. Cuatro niñas asesinadas en la calle Dieciséis en el atentado contra la iglesia baptista. Se sospechaba del KKK. Fuiste tú. No me preguntes cómo es posible, pero fuiste tú.

Peterson tragó saliva con la palabra «culpable» escrita en el rostro.

—Herman nos dijo que las bombas no explotarían hasta la noche, cuando la iglesia estuviera vacía. Lo juró. Se suponía que no le haríamos daño a nadie. Solo queríamos asustarlos un poco, nada más.

—Estaban en la escuela dominical. Matasteis a cuatro niñas de entre once y catorce años.

—Herman dijo...

—Stu, sabías perfectamente cuándo explotarían las bombas. Puedes mentirte a ti mismo cuanto quieras, pero lo sabías entonces y lo sabes ahora..., y lo hiciste igualmente.

—Yo no las activé, yo solo las coloqué y...

—Lo sabías. —Acto seguido, Matt miró a la chica que se parecía tanto a Emily Pridham—. Vamos, toca a Stu. Si consideras que tienes algún derecho a condenarnos al Juicio Final, dale a él también lo que se merece. ¿Por qué él ha de librarse?

La chica procesó todo aquello sin dudar, como si su cerebro estuviera funcionando a un nivel mucho más elevado que el de ninguno de los presentes. Se acercó a Stu Peterson, pero él se apartó.

—¡Ese no es el trato! ¡Esto no funciona así!

—Puede que tenga razón, Stu... —dijo Rodney—. Puede que vaya siendo hora de que pagues por lo que hiciste, pero no te preocupes, que yo me encargaré de todo en cuanto ya no estés al mando. —Rodney dejó de apuntar a Matt con el Colt y, aunque no apuntaba directamente a Peterson, movió ligeramente el cañón en su dirección. Le sonrió a la chica que se parecía a Emily Pridham—. ¿Qué me dices? Esto podríamos acabarlo tú y yo. Ya verás cómo trabajar conmigo es mucho más sencillo. No sé, podríamos llegar a algún tipo de acuerdo, y te olvidases de mí esta vez, ¿no?

Stu Peterson se puso rojo como un tomate.

—Todos tenemos asignado nuestro papel, Rodney. No se puede cambiar. Siempre es lo mismo, una y otra vez.

Rodney se encogió de hombros.

—Quizá podamos inventar unas reglas nuevas. Así, sobre la marcha.

Eli McCormick puso los ojos en blanco y dijo:

—Por Dios, Rodney, ¿es que no puedes seguir las reglas aunque sea por una vez? ¿Por qué siempre tienes que darnos por el saco?

Rodney movió el Colt hacia McCormick, pero este disparó primero y le metió dos tiros en el pecho.

Rodney puso cara de sorpresa mientras miraba los dos puntos rojos que crecían en su camisa, se le doblaron las piernas y cayó de bruces.

Muerto.

Peterson miró a McCormick y empezó a decirle:

—Así no es como hacemos...

Pero Matt le saltó encima.

El agente cogió el cañón de la escopeta de Peterson y lo empujó a un lado mientras Eli McCormick movía su arma hacia él y tiraba del martillo.

107

BUCK

Emily estaba sola, pero, de pronto, ya no lo estaba.

Rodney Campos estaba a su lado.

Aquello no tenía el más mínimo sentido, nada de lo que estaba pasando lo tenía, así que Buck parpadeó con la esperanza de que Rodney desapareciera tan de repente como había aparecido, pero no fue así.

Como a unos veinte pasos por delante de él, Emily y Rodney giraron por una esquina y Buck se sorprendió de lo rápido que avanzaba, tratando de alcanzarlos, seguido por Riley y Robby.

Cuando doblaron aquella misma esquina, se encontraron ante una enorme cueva subterránea. El aire era tan frío y denso que parecía que pudieran tocarlo. Buck tenía tanto frío que le dolía todo el cuerpo: las articulaciones, los músculos, los tendones... Todo le iba respondiendo cada vez más despacio. De pronto se dio cuenta de que estaba empezando a padecer hipotermia, que el hielo le estaba robando la vida. Las paredes de la cueva estaban cubiertas del mismo moho negro que habían encontrado en casa de los Pickerton, pero allí estaba vivo, reptaba sobre el hielo y la piedra, se movía con algún propósito, como excitado. Las estalactitas y las estalagmitas, cada centímetro de la cueva, todo estaba cubierto de aquel moho, y

a Buck le pasó por la cabeza una idea inquietante: era como si estuvieran caminando por el estómago de una bestia.

—No podemos quedarnos aquí.

Dejó escapar aquellas palabras entre los dientes, que no dejaban de castañetearle. Casi no reconoció su propia voz, y, cuando se atrevió a mirar hacia atrás, vio a Robby abrazándose a sí misma, intentando mantenerse caliente, pero sin conseguirlo.

Riley, en cambio, se comportaba como si ni siquiera sintiera el frío. Tenía los ojos abiertos como platos, asombrada de las cosas tan increíbles que le estaban pasando: los nombres relucían en su brazo, y todos resultaban claramente visibles en la oscuridad.

Buck decidió que debía sacar a los niños de allí. Si morían, sería culpa suya.

Cuando el hombre se volvió, Emily y Rodney habían dejado de moverse. Estaban en el borde de lo que solo podría describirse como un lago subterráneo. Las aguas estaban heladas y cubiertas del mismo moho de la superficie, que iba ascendiendo poco a poco por la orilla rocosa, como si saliera reptando. De pronto, Buck se percató de que era posible que eso fuera justamente lo que estaba haciendo el moho, reptar fuera del lago, subir por las paredes y salir de la cueva. Estaba huyendo de aquel lugar a través del agujero que había hecho el roble. Aquel horripilante mundo de locura se estaba filtrando hacia el suyo.

Los tres se quedaron junto al borde del lago y Riley lanzó un grito agudo que señalaba algo bajo la superficie. A Buck le costó un momento comprender lo que había visto la niña porque, sencillamente, no podía ser cierto. Sin embargo, allí estaba, sin duda, Ellie, un par de metros por debajo de la superficie de hielo,

con la mano tendida hacia arriba y la boca abierta, atrapada en un grito silencioso. Buck pensaba que estaba congelada... hasta que la vio parpadear.

Detrás de él, Robby comentó en voz baja:

—Es el cerco más bajo y más oscuro, el más alejado de los altos cielos, mas conozco bien el camino.

Buck no tenía ni idea de lo que el niño quería decir con aquello, pero no le prestó atención, porque acababa de darse cuenta de que Ellie no estaba sola en las gélidas aguas de aquel lago. Vio a Evelyn Harper junto a ella. Y a Josh Tatum. Y a Lynn, su esposa, con los dos hijos de ambos. Al anciano de la biblioteca. Y a la bibliotecaria. ¿Cómo se llamaba? Gilmore, pero... ¿cómo se llamaba? ¿Edna? No, Arwa. Arwa Gilmore. Keith Gayton también estaba allí. Y Eisa Heaton. Y su esposo, Norman. Gente del pueblo. A algunos de ellos los había visto hacía apenas unas horas, pero a otros hacía años que no los veía. Estaban todos en el lago congelado y, de alguna manera, seguían todos con vida.

Buck se volvió hacia Emily con el corazón latiéndole como una locomotora y le preguntó:

—¿Qué coño es este lugar?

Emily lo miró, y había tanta pena en sus ojos que Buck sintió un profundo dolor.

—Esto es el final.

—¿El final de qué?

—De todo.

Emily acarició con delicadeza el brazo de Rodney Campos y señaló el centro del lago congelado. Rodney miró en esa dirección, asintió

con gesto solemne, entró en el lago y empezó a caminar por el hielo, hacia el centro.

Por primera vez, Buck se fijó en las manchas rojas que Rodney tenía en la camisa, más pequeñas por delante, pero mucho más grandes por detrás.

Heridas de salida.

Le habían disparado.

Estaba...

Darse cuenta de aquello lo sorprendió tanto que pensó que estaba soñando. Bueno, más que soñando, teniendo una pesadilla. Estaba atrapado en alguna clase de alucinación provocada por el alcohol. Prefería que fuera eso, todo menos lo que estaba viviendo.

Pero, cuando volvió a mirar a Emily, supo que no era una pesadilla ni una alucinación.

Lo que le estaba pasando estaba sucediendo de verdad.

Aquello era real.

Rodney se detuvo. Estaría como a unos cien metros de ellos. Se volvió y los miró. Cuando empezó a hundirse, no hizo nada por evitarlo. Su cuerpo cayó lentamente, como si estuviera atrapado en arenas movedizas. Dejó de caer cuando el agua le llegó al pecho. En ese momento se le torció el gesto y de sus labios brotó el más terrible de los alaridos. Buck podría haberse vuelto loco si el grito no se hubiera detenido de repente. El hielo y el moho negro lo cubrían por completo, y, aunque Buck quería creer que Rodney ya no sentía nada, sabía que no era así: lo sentía todo, y no solo ahora, sino que seguiría sintiéndolo toda la eternidad.

Emily se acercó un poco más a Buck.

—No deberías estar aquí. Así no. No es así como deberías llegar. Esta no es tu posición.

—¿Mi posición?

—Tu lugar. Tu propósito. Tu final. Aún no. Tienes que marcharte. —A continuación miró a Robby—. Y tú también. Tenéis que marcharos los dos. Ahora mismo. —Finalmente se acercó a Riley y le examinó el brazo. Cuando pasaba los dedos por encima de los nombres, estos brillaban aún más—. Tú representas a los inocentes, a aquellos que han quedado atrapados sin querer, pero que, aun así, están aquí. Esta es tu posición, Riley Sanchez.

Buck negó con la cabeza y apartó a Riley de Emily.

—¡Y una mierda! ¡No vamos a quedarnos ninguno de los tres! —Señaló a Ellie y a Evelyn—. ¡Y a ellos también vamos a llevárnoslos!

—No he dicho que exista esa opción. Es como ha de ser. Solo podemos hacer lo que está escrito.

Emily miró el agua congelada y una lágrima se deslizó por su mejilla mientras observaba otro de los cuerpos que había debajo del agua. A pocos centímetros de sus pies, justo por debajo de la superficie, estaba Emily Pridham, la Emily Pridham de Buck..., exactamente igual que en el momento en que desapareció, tantos años atrás.

A la chica se le crispó la boca, y, aunque seguía congelada en aquel lago impío, consiguió musitar una única palabra:

«Buck».

108

MATT

Gabby se abalanzó a por el Colt. Matt jamás la había visto moverse tan deprisa. La mujer rodó hacia la derecha, cogió el arma y se puso de pie empuñándola mientras McCormick le disparaba dos veces a Matt. La primera bala impactó en el suelo del gimnasio, como a unos treinta centímetros de la mano izquierda del agente, mientras que la otra se perdió en dirección a las gradas. Hubo gente que gritó, y Matt vio cómo alguien caía rodando por las gradas y se detenía cerca de la tarima, a los pies de la chica que se parecía tanto a Emily Pridham. Era Henry Wilburt, el farmacéutico del pueblo. La chica se agachó y le acarició las mejillas con la yema de los dedos, casi con aprensión.

Juicio Final...

En la cabeza de Matt se coló de repente la imagen de Henry Wilburt, gordo y desnudo encima de una prostituta. La chica tenía los ojos salidos de las cuencas y la cara azul. Henry aún tenía las manos alrededor de su cuello.

Y, de pronto, Matt volvía a estar en el gimnasio.

Aún estaba forcejeando con el cañón de la escopeta de Peterson cuando este apretó el gatillo.

Matt vio cómo el dedo del hombre se encogía, así que empujó el cañón con todas sus fuerzas hacia un lado mientras el otro

disparaba. Y, aunque el disparo no lo alcanzó, el metal le quemó la palma de la mano y tuvo que soltar el arma.

Peterson no perdió ni un instante. Trastabilló un paso hacia atrás, se distanció un poco de Matt y volvió a apuntarle, justo en el pecho.

—¡Es la hora del Juicio Final, agente! ¡Dale recuerdos a Ellie!

Addie llegó por detrás de Peterson y le saltó a la espalda. Apenas desplazó al hombre, pero bastó para que el disparo no le acertara a Matt en el pecho, sino en el hombro.

Addie le tiró a Peterson del pelo, le echó las manos a la cara y le clavó sus largas uñas en los ojos. El hombre soltó un alarido inhumano mientras intentaba sacársela de encima. Pero lo único que consiguió fue que la mujer se las hincara con más fuerza.

Matt le cogió el Colt a Gabby, y, en cuanto Addie apartó las manos, disparó a Peterson y le dio en un ojo. El hombre cayó al suelo de espaldas y Addie quedó debajo de él.

La gente corría en todas direcciones. Algunos se caían intentando bajar de las gradas. Otros habían llegado a las puertas y tiraban de las cadenas y de los candados mientras los de atrás los empujaban, impacientes por salir, aunque no había manera de abandonar el gimnasio.

Con todo eso, Matt se había olvidado de Cody Hill, y cuando lo buscó con la mirada, vio que el chico estaba ocupado intentando volver a conectar los cables del detonador remoto al chaleco de explosivos que llevaba puesto.

—¡Tíralo! —le gritó Matt, apuntándole con el Colt—. ¡Tíralo ahora mismo!

«No lo hará».

Eso fue lo primero que pensó Matt. Aquel crío estaba dispuesto a morir... y se los quería llevar a todos con él. La visión del arma solo sirvió para que Cody moviera los dedos más deprisa. Ya había conectado uno de los cables y estaba intentando enroscar con las uñas el tornillo del otro.

—¡Me cago en la puta, Cody! ¡Tíralo!

El chico se quedó petrificado.

El detonador quedó colgando de su mano por un instante, pero acabó cayéndose, y, al llegar al suelo, se rompieron varias piezas.

—¡Vale, agente! ¡Vale!

—¡Quítate el chaleco! ¡Despacio!

—Vale.

Cody empezó a bajarse la cremallera sin dejar de mirar inquieto a toda la gente que había a su alrededor, y que lo observaba a su vez. Finalmente, su mirada se encontró con la de una chica que estaba sentada en la quinta fila de las gradas. Matt la reconoció, era Marcie Holden.

—¡Marcie! —gritó Cody, señalando una esquina del gimnasio—. ¡Es Malcolm Mitchell! ¡Está allí! ¡Hazlo! Hazlo, vamos..., ¡antes de que escape!

Matt intentaba conectar los puntos, pero no entendió lo que sucedía hasta que vio la radio Motorola en las manos de Marcie.

—¡Hay otra bomba! ¡Todos al suelo!

«Marcie no haría algo así».

Matt quería pensar que Marcie no iba a hacerlo.

Y, cuando vio que dejaba caer las manos a los lados, estuvo seguro.

Pero entonces, de pronto, la joven giró un dial de la radio, presionó un botón y cerró los ojos con fuerza.

Matt vio a Addie y a Gabby.

Saltó hacia ellas, las tiró a ambas al suelo y las cubrió con su cuerpo.

Matt sintió el calor de la explosión, pero no la escuchó. Una bola de llamas invadió el gimnasio y la presión fue tan grande que hubo partes del techo que salieron despedidas a trescientos metros antes de que la estructura entera se les viniera encima.

109

BUCK

Sin comprender nada, Buck vio cómo Eli McCormick aparecía al borde del lago, a unos treinta centímetros de Emily.

Después surgió de las aguas Henry Wilburt, que parecía muy sorprendido.

Stu Peterson fue el siguiente. Apareció en un abrir y cerrar de ojos, como los demás. Llevaba una escopeta en las manos y en el lugar donde debería estar su ojo izquierdo solo había un agujero ensangrentado. El hombre miró a su alrededor con el único ojo que le quedaba y Buck al instante supo dónde se encontraba. Soltó un taco.

El agujero de la cabeza de Peterson había desaparecido...

«Se ha curado...».

«El agujero ha desaparecido...».

... Buck no sabía qué pensar. Ahora estaba, ahora no estaba.

A continuación apareció un chico.

Un chico con una puta bomba en el pecho.

Y a partir de ahí, la cueva se llenó de voces, tantas que parecía que el pueblo entero estuviera allí.

«Y es que está realmente aquí, tonto de los cojones —le soltó su cabeza—. Todos y cada uno de los vecinos del pueblo».

Buck recordó que aún llevaba la escopeta al hombro. La cogió, apuntó al borde del lago de hielo y disparó.

El estallido del disparo resonó por toda la cueva y, en lugar de disiparse, fue en aumento. Buck fue consciente de lo que acababa de provocar cuando la primera estalactita cayó del techo impactando en el lago y lo resquebrajó. Justo después cayó otra. Y otra. El profundo eco del disparo iba a más, y hacía que toda la cueva temblara.

—¡Ayudadme! —gritó mientras se agachaba, cogía un pedazo de hielo y lo apartaba a un lado.

Buck metió las manos en el agua helada, cogió a Ellie del cuello de la camisa y tiró de ella. La sheriff lanzó un grito en cuanto asomó la cabeza fuera del agua, se agarró a la orilla rocosa y se valió de los salientes para escapar reptando del lago, tosiendo agua sin cesar. Buck también consiguió sacar a Evelyn. Luchando contra el frío y el hielo, tiró de ella con la fuerza suficiente para subirla y depositarla a su lado. Mason salió detrás de su amiga, aferrándose al hielo con uñas y dientes. Buck a punto estaba ya de sacar a Emily, a su Emily, cuando la otra Emily le puso una mano en el hombro.

—Yo he de quedarme.

—¡Ni de broma! ¡Me niego! ¡Tú vienes conmigo!

—Mi destino siempre ha sido quedarme —le dijo con dulzura, y se volvió hacia Riley Sanchez—. El mío y el suyo.

Aunque la cueva se estaba desmoronando a su alrededor, la chica estaba muy tranquila, en paz. Los nombres escritos en sus brazos resplandecían con tanta intensidad que iluminaban la cueva.

—Esa es su posición —dijo Emily—. He de asegurarme de que aquellos que han de ocupar un lugar en el lago comparezcan aquí;

mientras que su cometido es consolar a los inocentes. Su posición y la mía, como ha sido siempre y como siempre será.

Buck no estaba dispuesto a aceptar aquello. Aunque ya no se notaba los brazos, volvió a meterlos en el agua gélida e intentó sujetar a su Emily, pero la joven estaba a demasiada profundidad como para poder alcanzarla.

Ellie, que se encontraba a su espalda, acertó a preguntarle:

—Buck, ¿dónde estamos? ¿Qué sucede?

—¡Llévatelos! ¡Sácalos de aquí! —Buck miró a su alrededor y vio a Robby—. ¡Chaval, indícales el camino! ¡Sacadlos a todos de aquí!

Robby asintió y ayudó a su hermana a ponerse de pie. Tras lo cual, señaló el pasillo por el que habían venido y exclamó:

—¡Por ahí! ¡Vamos, seguidme todos!

Ellie lo comprendió y empezó a ayudar a la gente que se encontraba allí a seguir el camino, que los conduciría al agujero que los sacaría de la gruta.

Buck se volvió de nuevo hacia el agua y miró a Emily, que también lo miraba a él. Sus ojos eran dos pozos insondables de dolor.

—No voy a abandonarte otra vez. No soy capaz de pasar un segundo más separado de ti. Ni ahora, ni nunca.

—Tu posición —dijo la otra Emily con dulzura.

—Mi posición.

—Que así sea.

Buck se puso de pie, se quitó las botas a toda prisa y entró en el agua.

Ya no estaba fría.

Estaba perfecta.

Bajo de la superficie, su Emily le sonrió con los brazos extendidos mientras él entraba en el agua y se sumergía para ir a su encuentro.

Buck no llegó a ver a Cody Hill derivando el activador remoto de su chaleco explosivo, ni vio cómo el chico lograba que la pila hiciera contacto directamente con los cables. Lo único que vio fue una luz increíblemente brillante.

110

ENTRADA DEL 16/10/2023 A LAS 22:16 (GMT-4)TRANSCRIPCIÓN: GRABACIÓN DE AUDIO Y VÍDEO

SORDELLO: Está usted muerto, agente.

Nota del análisis: parte de mí se preguntaba si el sujeto se habría puesto a pensar en la explosión cuando Sordello dijo aquello. Estaba claro que no recordaba lo que pasó a continuación; o que, cuando menos, tenía un vacío. ¿Cabría la posibilidad de que solo recordara haberse despertado aquí? No lo sé. Sé que es un pensamiento egoísta, pero deseé que a mí me pasara lo mismo, que no recordara nada de esta historia. Quería que Sordello se lo preguntase, pero sabía que no podía hacerlo. Ya no quedaba tiempo. Habían llegado más soldados a la estancia y acababan de rodear la cabina de plexiglás con las armas listas, aunque no dispararon. Cinco o seis voces gritaban a la vez a través de mi pinganillo y, si tenemos en cuenta que solo entendía la mitad de lo que decían, no quiero ni pensar qué debía de estar oyendo Sordello. Puede que esa sea la razón de que cogiera su pinganillo y lo tirara al suelo. Los signos vitales del sujeto seguían sin responder, y, a decir verdad, ya no esperaba que volvieran a aparecer. De hecho, me sorprendía tanto como a los demás que la máquina hubiera llegado a registrar algo. El sujeto se miraba las manos. Luego miró a los soldados y preguntó, nervioso:

MARO: ¿Han venido a matarme? ¿Por qué?

Nota del análisis: Sordello sabía que los soldados la matarían si seguía saltándose el procedimiento, pero lo hizo de todas formas.

SORDELLO: Tiene que leer los expedientes. Empiece por el suyo, que está el primero. ¡Dese prisa!

Nota del análisis: el sujeto estiró la mano con desgana y cogió los expedientes, los puso sobre su regazo y abrió el suyo. Las arrugas de su rostro iban en aumento a medida que leía el texto y estudiaba las fotografías.

SORDELLO: Está usted muerto.
MARO: Pero eso no es po...
SORDELLO: Esa noche, cuando Gabby Sanchez lo encontró a usted con Addie, le asestó seis puñaladas. Dos en el cuello, una de las cuales le seccionó la yugular. Se desangró usted en menos de un minuto. A continuación, la señora Sanchez asesinó a Addie Gallagher. Las autoridades creen que en ese momento debió de sufrir algún tipo de conmoción, porque tardó al menos treinta minutos en quitarse la vida. Tiene usted ahí los expedientes policiales, recortes de periódico y entrevistas con los vecinos y con compañeros de trabajo. Esto sucedió en 1947. Y no aquí, sino en Albuquerque.
MARO: No lo entiendo.

Nota del análisis: los soldados que estaban más cerca de la puerta de Sordello se hicieron a un lado y un hombre al que no conocía llegó, se arrodilló junto a la puerta, sacó unas herramientas y empezó a hurgar en la cerradura. Sordello empuñó la pistola con más decisión. Le señaló los expedientes al agente con un gesto de cabeza.

SORDELLO: Lleva usted muerto más de setenta y cinco años, Matt. Y no solo usted, Stuart Peterson también. Se suicidó en 1964. Josh Tatum murió víctima de la inyección letal en 1992 por asesinar a su esposa y a sus hijos. Arwa Gilmore

enterró a varios maridos antes de que las autoridades consiguieran detenerla aquí, en Atlanta, hace más de treinta años. Prefirió tomar cianuro a responder por sus crímenes. Cody Hill saltó por los aires en 2003, mientras intentaba construir una bomba en el sótano de la casa de sus padres. Y la lista sigue. Casi

todos los vecinos de Hollows Bend cometieron crímenes atroces cuando estaban vivos, y hay registros de su muerte..., salvo algunas excepciones.

Nota del análisis: Sordello encontró la fotografía del brazo de Riley Sanchez y la puso contra el cristal.

SORDELLO: Los que salen aquí parecen ser víctimas.
MARO: Inocentes...
SORDELLO: Inocentes, sí. Por otro lado, los nombres que aparecen en los brazos de la otra chica, esa que dice usted que se parecía a Emily Pridham, son culpables de diferentes crímenes.

Nota del análisis: en la cara del sujeto hubo un cambio evidente. Debió de recordar algo.

MARO: Crímenes no, pecados. Son culpables de haber cometido pecados.

Nota del análisis: algo más debió de conectarse en su cabeza, porque alzó la vista y miró a Sordello.

MARO: ¿Cómo ha conseguido una fotografía del brazo de Riley? ¿Dónde está? ¿Sobrevivió?
SORDELLO: Riley Sanchez se nos ha aparecido hace tres horas de una manera muy similar a la suya. No sabemos ni cómo ni por qué, pero hemos podido verla y ha estado presente durante cincuenta y tres minutos. Después la hemos perdido.
MARO: ¿... Perdido?

Nota del análisis: Sordello sacó un móvil. Debía de haberlo colado junto con el arma. Cargó un vídeo y puso el móvil contra el cristal. No sé cómo obtuvo una copia de la grabación... Yo aún tenía fresco el recuerdo de lo que había sucedido.

SORDELLO: Se ha desvanecido. Primero dejó de registrar signos vitales y, luego, ante nuestros propios ojos, desapareció. Ha ido apareciendo como en oleadas, yendo

y viniendo durante cinco minutos y, después, ha desaparecido definitivamente.

Nota del análisis: había oído a varias personas hablar del tema en el pasillo antes de que nos trajeran al agente Maro. La teoría general era que... que la niña había cambiado de fase y que había dejado de estar en el espectro visible. Así es como lo describieron, y yo no conozco ninguna otra forma de explicarlo. Empezó como si, de pronto, hubiera una niebla a su alrededor, y a los cinco minutos había desaparecido por completo. Entonces, cuando me fijé en el agente Maro, vi que lo envolvía la misma niebla. Sordello también se debió de dar cuenta, porque empezó a hablar más deprisa. El hombre que trasteaba con la cerradura también se apresuró.

SORDELLO: Está muerta. Igual que usted. Todos ustedes están muertos. Está usted en el infierno, agente. Para ser más exactos, creemos que está en el purgatorio y que lleva allí mucho tiempo. El pueblo que usted conoce como Hollows Bend no existe en la misma realidad que el resto del mundo. Usted y el resto de sus vecinos han estado muriendo una y otra vez. Es un ciclo escalofriante y sin fin.

MARO: Eso no es posible. Llevo viviendo en Hollows Bend desde que tengo memoria, como la mayoría de nosotros. Lo que usted me cuenta no puede ser verdad.

SORDELLO: Tengo imágenes de satélite de hace tres días... y allí no hay nada. Creemos que algo creó un agujero entre ambas realidades, permitiendo así que su mundo se colase en el nuestro, solo que no sabemos el qué. Está usted atrapado, pagando por los pecados que cometió en vida.

MARO: No. Eso no es...

SORDELLO: Mírese las manos. ¿Lo ve?

Nota del análisis: el sujeto estaba empezando a desvanecerse, iba y venía, como la chica. No sé qué es lo que vería, pero está claro que algo vio.

SORDELLO: Su cuello. Tóquese el cuello.

Nota del análisis: así lo hizo y, cuando se miró los dedos, vio que estaban manchados de sangre y resbaladizos por la herida que lo mató muchos años atrás. De pronto tenía

manchas en la camisa. Hacía unos instantes no estaban allí.

SORDELLO: En realidad, Gabby Sanchez y usted llevaban casados seis meses cuando cometió adulterio. Ese fue su crimen. Su pecado. La razón por la que está atrapado. Addie codició a un hombre casado. Gabby se suicidó. Todos son pecados capitales que los sentenciaron al infierno, donde han permanecido ustedes desde entonces. Por alguna razón, su vida ha continuado allí, pero no es sino parte del castigo; su purgatorio personal. Una tortura, a falta de un término mejor.

Nota del análisis: el hombre que manipulaba la cerradura hizo algún progreso, porque se oyó un clic. Sordello se volvió, disparó dos veces al cristal y alcanzó la cerradura. El hombre se echó hacia atrás, ileso, pero asustado. No obstante, con ello Sordello solo logró ganar unos segundos, el tiempo que el hombre tardó en ponerse a trabajar de nuevo.

SORDELLO: [Hablando más deprisa] Debajo de lo que ustedes creen que es Hollows Bend hay un lago helado. Por lo que hemos llegado a determinar, su alma y las de los demás están atrapadas allí; atrapadas indefinidamente. Dante lo describió como el noveno círculo del infierno. A las 6:37 de ayer, algo hizo un agujero en aquel lugar. Hemos descubierto que se trataba de un árbol enorme, un árbol... que podría ser más antiguo que el tiempo. El árbol abrió un agujero entre el infierno, que es donde ustedes residen, y nuestro mundo, el mundo de los vivos. Teníamos el área cerrada a cal y canto, pensábamos que los teníamos contenidos, pero una explosión secundaria hizo que todo saltara por los aires.

MARO: ¿El chaleco-bomba de Cody Hill?

SORDELLO: Cuando explotó la bomba, el desgarro que se había creado entre las dos realidades empeoró... y no sabemos lo que sucederá si saliera lo que hay allí dentro. Estamos intentando contenerlo, pero no lo estamos consiguiendo.

MARO: ¡Menuda chorrada! ¡La gente visita Hollows Bend! Tenemos turistas todo el año. Cada semana deben de venir...

Nota del análisis: Sordello negó con la cabeza, inició otro vídeo y volvió a poner el dispositivo contra el cristal.

SORDELLO: Hemos desplegado drones. Algunos de ellos han conseguido enviar imágenes de vídeo antes de caer.

Nota del análisis: he visto ese vídeo, sabía lo que el sujeto estaba visionando. Al igual que la chica, los coches y las personas desaparecían en cuanto salían del pueblo. Y la misma situación disparatada se daba con quienes se dirigían hacia Hollows Bend: aparecían de la nada camino del pueblo, y todos ellos eran unos desconocidos que no parecían conscientes de nada. Los programas de reconocimiento facial solo han podido identificar a unos pocos, pero está claro quiénes eran..., también se trata de personas culpables de crímenes terribles que ya han muerto en nuestro mundo. Ahora están atrapados en su propio infierno, todos y cada uno de ellos. Como el sujeto —Virgil Matthew Maro—, como todos los demás.

SORDELLO: Hemos intentado enviar mensajes. Algunos llegan, otros no. Creemos que fue Stuart Peterson quien puso los micros en casa de la sheriff. No sabemos ni por qué ni cuándo, pero hemos tenido la oportunidad de escucharlos a ustedes. Lo que tiene lugar «allí»... cambia. Evoluciona cada vez que lo experimentan.

MARO: No le entiendo.

SORDELLO: Esta no es la primera vez que hablamos en lo que va de día, sino la tercera. Sé que no lo recuerda, pero, de alguna manera, lo que experimentan ustedes en Hollows Bend, lo que consideran recuerdos, se repite. Es como si el infierno al que han sido sentenciados estuviera atrapado en una especie de bucle perpetuo que cambia con cada ciclo. Al caer el árbol, no obstante, algo se ha roto, y la situación va empeorando. La vez anterior consiguieron ustedes detener a Cody Hill antes de que detonara las bombas..., no como esta última vez. Creemos que, cuando desaparezca usted de aquí, volverá allí. Se verá obligado a experimentarlo todo una vez más y, pase lo que pase, desde luego, será peor que en el ciclo anterior. Quiero que haga una cosa por mí ahora mismo. En el cajón hay un aparato de escucha, cójalo, es como los demás, los

que había en la casa de la sheriff. Póngalo en la comisaría. Así podremos escuchar sus...

Nota del análisis: al sujeto se le cayeron los expedientes de la mano, pero no porque los dejara caer, sino porque se había desvanecido hasta tal punto que ya no podía sujetarlos. Vi cómo le pasaban entre los dedos antes de caerse al suelo. Intentó hablar, pero la herida de su cuello era más grande y había empezado a salirle sangre por la boca. Me di cuenta de que el sujeto había conseguido coger el aparato que le había pasado Sordello un instante antes de que todo aquello sucediera y... y no voy a mentir... si hubiera podido advertir a Sordello, lo habría hecho. Por desgracia, la mujer no podía ni oírme ni verme y, para cuando se dio cuenta de que el cerrajero había abierto la puerta, los soldados ya entraban a toda prisa.

No creo que Sordello pretendiera matar al primer soldado. Yo diría que levantó el arma y disparó más por instinto que por otra cosa; ni siquiera estaba mirando. La bala lo alcanzó en la sien. Al segundo sí que lo mató de forma deliberada; tenía que ganar tiempo. Y, aunque aquello apenas le proporcionó unos segundos, bastó para que le diera tiempo a decir:

SORDELLO: ¡Esfuércese por recordarlo, Matt! ¡Tiene que intentarlo! ¡Usted es el único que puede detener esto! ¡El único! ¡Si usted no lo hace, este mundo, el mundo real...!

Nota del análisis: al menos tres armas automáticas dispararon contra la cámara de Sordello. Su cuerpo cayó contra la silla y se golpeó con el respaldo. Aunque es muy probable que muriera al instante, siguieron disparándole hasta que agotaron los cargadores. Cuando miré la otra cámara, aquella en la que estaba el sujeto, me di cuenta de que ya había desaparecido. Habíamos perdido a Virgil Matthew Maro... de nuevo.

FIN DEL INFORME

111

MATT

El viento que descendía del Monte Washington era frío, lo suficiente como para que el agente Matt Maro se estremeciera y recordara que el otoño y otro duro invierno de New Hampshire no estaban lejos. Gracias a los días fríos de la semana anterior, las hojas de los árboles estaban espectaculares —todo dorados, rojos y amarillos—, por eso la mitad de los conductores que salían del pueblo en dirección a la Ruta 112 miraban los árboles en vez de la carretera. Era un milagro que no chocaran los unos con los otros.

«Dales tiempo, que el día acaba de empezar».

Matt cruzó la calle y entró en la cafetería Stairway. La campanita que había encima de la puerta sonó con la suficiente fuerza como para alzarse por encima de las voces y Matt se quedó allí, disfrutando de los olores de los desayunos el tiempo suficiente para que Gabby se fijara en él.

—¡El que fue a Sevilla perdió su silla! —le gritó desde la otra punta de la cafetería con una sonrisa en los labios—. ¡Hay veinte minutos de espera para las mesas!

Matt le sonrió. La mujer tenía la piel enrojecida y el uniforme lleno de manchas, pero nunca la había visto tan radiante.

—Sigue en pie lo de la barbacoa, ¿verdad?

La mujer le guiñó un ojo antes de volverse hacia el reservado en el que estaban los ocho miembros de la familia Lockwood.

Matt recorrió la cafetería saludando a todo el mundo y se detuvo al final de la barra. Había una mujer sentada en su taburete preferido, el que quedaba en la esquina más alejada, contra la pared. Estaba leyendo, muy concentrada, y en el plato que tenía delante quedaba parte de una tortilla. A Matt le daba la sensación de que la conocía, pero no era capaz de determinar de qué. Por suerte para él, el taburete que había entre la mujer y Roy «Buck» Buxton estaba vacío. Cuando Matt se acercó, vio el cartelito que había puesto Gabby justo delante:

RESERVADO PARA EL AGENTE CARACULO

Buck lo miró de refilón mientras Matt hacía una bola con el cartelito y lo lanzaba al fregadero que había detrás de la barra.

—No quiero meterme donde no me llaman, agente, pero, cuando tu mujer se dirige a ti públicamente como «caraculo», es muy probable que sea el momento de hacer la maleta o de comprarle unas flores, dependiendo de lo que dicten las circunstancias.

—Solo pretende tocarme los huevos.

—Bueno, pues como todas, ¿no?

A Matt no se le pasó por alto que, a continuación, Buck se quedó mirando el reservado en el que estaba Addie Gallagher, completamente sola, pero en ese momento tenía algo más importante de lo que hablar.

—Buck, no puedes seguir bebiendo hasta caerte redondo. Ya has pasado demasiadas horas durmiendo en comisaría.

Buck cogió un pedazo de salchicha con el tenedor y se lo llevó a la boca. No dijo nada.

—Aparte de las quejas, no es que seas precisamente joven —insistió Matt—. Tu cuerpo no aguantará mucho más.

—Mi cuerpo está perfectamente.

La mujer que estaba sentada en el taburete favorito de Matt sacó una tarjeta de crédito y la dejó sobre el mostrador. Él miró el nombre disimuladamente:

BEATRICE SORDELLO

El nombre no le sonaba de nada, pero había algo en ella que hacía que le resultase tremendamente familiar. Decidió salir de dudas:

—Disculpe, ¿fue usted a la Universidad de New Hampshire? Es que tengo la sensación de que nos conocemos.

La mujer se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio mientras con la otra mano señalaba el punto de la página por el que iba. Cuando llegó al final de la página, lo miró, estudió su cara unos instantes y negó con la cabeza.

—No, fui a Princeton.

Buck soltó una risita y comentó:

—Buen intento, Romeo, pero ponte las pilas, que la Novia 2 viene de camino.

Matt alzó la vista.

Addie había dejado su mesa e iba hacia él.

«Mierda».

Gabby había terminado con los Lockwood e iba de vuelta a la barra.

«Mierda, mierda, mierda».

Buck se levantó.

—Me abro.

La mujer que estaba sentada a su lado había vuelto a ponerse con el libro. Tenía muchas páginas marcadas con la punta doblada y la que estaba leyendo la había subrayado con marcadores de diferentes colores. El lomo del libro estaba tan arrugado que Matt casi no podía leer el título:

DIVINA COMEDIA

A Matt le sonaba el título vagamente, pero no sabía de qué.

Detrás de la barra, Gabby dejó una pila de platos en el agua jabonosa del fregadero e ignoró la nota hecha una bola que había en la superficie. Acababa de fijarse en la tarjeta de crédito que la mujer había dejado sobre la mesa.

—¿Quiere ver la cuenta antes de que pase la tarjeta?

Sin dejar de leer, la mujer hizo un gesto con la mano para decir que no.

—No es necesario —añadió.

Matt estaba convencido de que Addie iba a sentarse en el sitio de Buck para ver si molestaba un poco a Gabby, pero, en cambio, le lanzó una mirada nerviosa a la mujer que estaba leyendo, quien le puso algo en la palma de la mano a Matt y se marchó. Addie siguió avanzando por el pasillo y cruzó la puerta de la cocina.

—Venga, no me jodas —Gabby, cada vez más colorada, miraba la notita que Matt tenía en la mano—, ¿ahora os pasáis notitas? ¿Es que aún estáis en el instituto?

No era así como Matt quería empezar el día.

El agente desdobló la nota, frunció el ceño y se la mostró a Gabby:

Tenemos menos de doce horas para arreglarlo todo.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com